

# LA ENEIDA

VIRGILIO



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

873.1

V816e Virgilio Marón, Publio, 70-19 a.J.C.  
La Eneida [recurso electrónico]  
/ Virgilio. – 1ª. ed. – San José :  
Imprenta Nacional, 2012  
1 recurso en línea (254 p.) : pdf ;  
741 Kb

ISBN 978-9977-58-313-6

1. POESIA EPICA. I.Título

DGB/PT

12-32

**Fuente: licencia Creative Commons**

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

ENEIDA  
-VIRGILIO-

EDITORIAL DIGITAL  
[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA



ENEIDA  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

# ENEIDA



## LIBRO I

Canto las armas y a ese hombre que de las costas de Troya  
llegó el primero a Italia prófugo por el hado y a las playas  
lavinias, sacudido por mar y por tierra por la violencia  
de los dioses a causa de la ira obstinada de la cruel Juno,  
tras mucho sufrir también en la guerra, hasta que fundó la ciudad  
y trajo sus dioses al Lacio; de ahí el pueblo latino  
y los padres albanos y de la alta Roma las murallas.  
Cuéntame, Musa, las causas; ofendido qué numen  
o dolida por qué la reina de los dioses a sufrir tantas penas  
empujó a un hombre de insigne piedad, a hacer frente  
a tanta fatiga. ¿Tan grande es la ira del corazón de los dioses?  
Hubo una antigua ciudad que habitaron colonos de Tiro,  
Cartago, frente a Italia y lejos de las bocas  
del Tiber, rica en recursos y violenta de afición a la guerra;  
de ella se dice que Juno la cuidó por encima de todas las tierras,  
más incluso que a Samos. Aquí estuvieron sus armas,  
aquí su carro; que ella sea la reina de los pueblos,  
si los hados consienten, la diosa pretende e intenta.  
Pero había oído que venía una rama de la sangre troyana  
que un día habría de destruir las fortalezas tirias;  
para ruina de Libia vendría un pueblo poderoso  
y orgulloso en la guerra; así lo hilaban las Parcas.  
Eso temiendo y recordando la hija de Saturno otra guerra  
que ante Troya emprendiera en favor de su Argos querida,  
que aún no habían salido de su corazón las causas del enojo  
ni el agudo dolor; en el fondo de su alma  
clavado sigue el juicio de Paris y la ofensa de despreciar  
su belleza y el odiado pueblo y los honores a Ganimedes raptado.  
Más y más encendida por todo esto, agitaba a los de Troya  
por todo el mar, resto de los dánaos y del cruel Aquiles,

y los retenía lejos del Lacio. Sacudidos por los hados  
vagaban ya muchos años dando vueltas a todos los mares.  
Empresa tan grande era fundar el pueblo de Roma.  
Apenas daban velas, alegres, a la mar alejándose de las tierras  
de Sicilia y surcaban con sus quillas la espuma de sal  
cuando Juno, que guarda en su pecho una herida ya eterna,  
pensó: «¿Desistiré, vencida, de mi intento  
y no podré mantener apartado de Italia al rey de los teucros?  
En verdad se me enfrentan los hados. ¿No pudo quemar Palas  
la flota de los griegos y hundirlos a ellos mismos en el mar,  
por la culpa y la locura de uno solo, de Áyax Oileo?  
Ella fue quien lanzó de las nubes el rápido fuego de Jove  
y dispersó las naves y dio la vuelta al mar con los vientos;  
y a él mientras moría con el pecho atravesado de llamas  
se lo llevó en un remolino y lo clavó en escollo puntiagudo.  
Y yo, reina que soy de los dioses y de Júpiter  
hermana y esposa, contra un solo pueblo tantos años ya  
hago la guerra. ¿Acaso alguien querrá adorar  
el numen de Juno o suplicante rendirá honor a sus altares?»  
En su pecho encendido estas cuitas agitando la diosa  
a la patria llegó de los nimbos, lugares preñados de Austros furiosos,  
a Eolia. Aquí en vasta caverna el rey Éolo  
sujeta con su mando a los vientos que luchan y a las tempestades  
sonoras y los frena con cadenas y cárcel.  
Ellos enfurecidos hacen sonar su encierro del monte  
con gran ruido; Éolo se sienta en lo alto de su fortaleza  
empuñando su cetro y suaviza los ánimos y atempera su enojo.  
Si así no hiciera, en su arrebató se llevarían los mares sin duda  
y las tierras y el cielo profundo y los arrastrarían por los aires.  
Pero el padre todopoderoso los escondió en negros antros,  
eso temiendo, y la mole de un monte elevado  
puso encima y les dio un rey que con criterio cierto  
supiera sujetar o aflojar sus riendas según se le ordenase.  
Y a él entonces Juno se dirigió suplicante con estas palabras:  
«Éolo (pues a ti el padre de los dioses y rey de los hombres  
te confió calmar las olas y alzarlas con el viento),  
un pueblo enemigo mío navega ahora por el mar Tirreno,  
y se lleva a Italia Ilión y los Penates vencidos.  
Insufla fuerza a tus vientos y cae sobre sus naves, húndelas,  
o haz que se enfrenten y arroja sus cuerpos al mar.  
Tengo catorce Ninfas de hermoso cuerpo,  
de las que Deyopea es quien tiene más bonita figura;



la uniré a ti en matrimonio estable y haré que sea tuya,  
para que por tus méritos pase todos los años  
contigo y te haga padre de hermosa descendencia.»  
A lo que Éolo repuso: «Cosa tuya, oh reina, saber  
lo que desees; a mí aceptar tus órdenes me corresponde.  
Tú pones en mis manos este reino y me ganas el cetro y a Jove,  
tú me concedes asistir a los banquetes de los dioses  
y me haces señor de los nimbos y las tempestades.»  
Luego que dijo estas cosas, golpeó con su lanza el costado  
del hueco monte y los vientos, como ejército en formación de combate,  
por donde se les abren las puertas se lanzan y soplan las tierras con su torbellino.  
Cayeron sobre el mar y lo revuelven desde lo más hondo,  
a una el Euro y el Noto y el Ábrego lleno  
de tempestades, y lanzan vastas olas a las playas.  
Se oye a la vez el grito de los hombres y el crujir de las jarcias;  
las nubes ocultan de pronto el cielo y el día  
de los ojos de los teucros, una negra noche se acuesta sobre el ponto,  
tronaron los polos y el éter reluce con frecuentes relámpagos  
y todo se conjura para llevar la muerte a los hombres.  
Se aflojan de pronto de frío las fuerzas de Eneas,  
gime y lanzando hacia el cielo ambas palmas  
dice: «Tres veces y cuatro veces, ay, bienaventurados  
cuantos hallaron la muerte bajo las altas murallas de Troya,  
a la vista de sus padres. ¡Oh, el más valiente de los dánaos,  
Tidida! ¡Y no haber podido yo caer de Ilión en los campos  
a tus manos y que hubieras librado con tu diestra esta alma mía  
donde fue abatido el fiero Héctor por la lanza del Eácida,  
donde el gran Sarpedón, donde el Simunte arrastra  
en sus aguas tanto yelmo y escudo, y tantos cuerpos esforzados!»  
Cuando así se quejaba un estridente golpe del Aquilón  
sacude de frente la vela y lanza las olas a las estrellas.  
Se quiebran los remos, se vuelve la proa y ofrece  
el costado a las olas, viene después enorme un montón de agua;  
unos quedan suspendidos en lo alto de la ola; a estos otros se les abre el mar  
y les deja ver la tierra entre las olas en agitado remolino de arena.  
A tres las coge y las lanza el Noto contra escollos ocultos  
(a esos escollos que asoman en medio del mar los llaman los ítalos Aras,  
enorme espina de la superficie del agua), a tres el Euro las arrastra  
de alta mar a los bajíos y a las Sirtes, triste espectáculo,  
y las encalla en los vados y las cerca de un banco de arena.  
A una que llevaba a los licios y al leal Orontes,  
ante sus propios ojos la golpea en la popa una ola gigante

cayendo de lo alto: la sacudida arrastra de cabeza  
al piloto, rodando; a aquélla tres veces la hace girar  
la tromba en su sitio antes de que la trague veloz torbellino.  
Desperdigados aparecen algunos nadando en la amplia boca,  
las armas de los hombres, los tablones y el tesoro troyano entre las olas.  
Ya la nave poderosa de Ilioneo, ya la del fuerte Acates  
y la que lleva a Abante y la de Aletes el anciano  
la tempestad las vence; por las maderas sueltas de los flancos  
reciben todas el agua enemiga y se abren en rendijas.  
Entretanto Neptuno advirtió por el ruido tan grande que el mar se agitaba,  
se desataba la tormenta y el agua volvía de los profundos abismos  
y, gravemente afectado, miró desde lo alto  
sacando su plácida cabeza por encima del agua.  
Ve por todo el mar la flota deshecha de Eneas,  
y a los troyanos atrapados por las olas y la ruina del cielo;  
y no se le escaparon al hermano las trampas y la ira de Juno.  
Así que llama ante él al Céfito y al Euro, y así les dice:  
«¿A tanto ha llegado el orgullo de la raza vuestra?  
¿Ya revolvéis el cielo y la tierra sin mi numen, vientos,  
y os atrevéis a levantar moles tan grandes?  
Os voy a... Pero, antes conviene volver a componer las olas agitadas.  
Más adelante pagaréis con pena bien distinta vuestro atrevimiento.  
Marchaos ya de aquí y decid esto a vuestro rey:  
el gobierno del mar y el cruel tridente no a él,  
sino a mí, los confió la suerte. Se ocupa él de las rocas enormes,  
Euro, vuestras moradas; que se jacte en aquella residencia  
Éolo y reine en la cerrada cárcel de los vientos.»  
Así habla, y antes de decirlo aplaca el mar hinchado  
y dispersa el montón de nubes y vuelve a traer el sol.  
Cimótoe y Tritón intentan a la vez sacar las naves  
del filoso escollo; las alza él con su propio tridente  
y abre las vastas Sirtes y serena el mar  
y recorre la cresta de las olas con sus ruedas ligeras.  
Y como en un gran pueblo cuando a menudo surge  
el motín y se enciende el corazón de los villanos,  
y vuelan ya piedras y antorchas y la locura sirve a las armas.  
Entonces, si pueden ver a un hombre de grave piedad  
y méritos, callan y se detienen a su lado con el oído atento;  
él gobierna con palabras sus ímpetus y ablanda sus corazones:  
así decayó todo ruido en el mar luego que el padre  
contemplando la superficie y llevado a cielo abierto  
conduce sus caballos y vuela dando rienda suelta a su carro.

Los agotados Enéadas intentan ganar a la carrera  
las costas más próximas y se dirigen hacia las playas de Libia.  
Hay un lugar en una profunda ensenada y, ofreciendo sus costados,  
una isla lo hace puerto rompiendo contra ellos cuanta ola  
viene del mar, que se divide en arcos de reflujo.  
Aquí y allá vastos roquedales y farallones gemelos  
amenazan al cielo, bajo la cima de los cuales calla  
en gran extensión un mar seguro; se añade por encima un decorado  
de selvas relucientes y se alza un negro bosque de horrible sombra.  
Una gruta se abre enfrente, de colgantes escollos;  
dentro, aguas dulces y sitiales en la roca viva,  
morada de Ninfas. Se sujetan aquí las naves cansadas  
sin maroma alguna, no las ata el ancla con su curvo mordisco.  
Aquí llega Eneas con las siete naves que reunir pudo  
del número total, y desembarcando con gran ansia de tierra  
toman los troyanos posesión de la anhelada arena  
y tienden en la playa los cuerpos de sal entumecidos.  
Y primero Acates le hizo brotar al pedernal la chispa  
y prendió con ella unas hojas y puso alrededor  
árido alimento y raudo sacó del pábulo la llama.  
Luego, cansados de fatigas, sacan el alimento de Ceres  
que el agua empapó y las armas cereales y se aprestan  
a tostar en las llamas la comida rescatada y a entregarla al molino.  
Trepas mientras Eneas al acantilado y revisa a lo lejos  
cuanto se ve del mar, por si divisar puede a alguno  
arrastrado por el viento, y las birremes frigias, a Anteo  
o a Capis o las armas de Caíco en lo alto de sus popas.  
Ninguna nave a la vista, observa sin embargo a tres ciervos  
vagando por la playa; sigue por detrás entera  
la manada y padece larga formación por los valles.  
Se detiene entonces y empuña al punto el arco y las veloces  
flechas, las armas que el fiel Acates le llevaba,  
y abate los primeros a los que van delante con la cabeza erguida.  
de cuernos como árboles, después a la tropa y alborota  
a toda la manada acosándolos con sus disparos en el espeso bosque;  
y no paró hasta que, vencedor, siete hermosos ejemplares  
pone en el suelo, hasta igualar el número de naves;  
luego vuelve al puerto y entre todos los compañeros los reparte.  
Distribuye después el vino que el buen Acestes había puesto en orzas  
Y les había entregado el héroe cuando dejaban la costa trinacria,  
y consuela sus afligidos corazones con estas palabras:  
«Compañeros míos (pues que no ignoramos lo que son desgracias),

cosas más graves, habéis sufrido, y a éstas también un dios pondrá fin.  
Habéis pasado ya la rabia de Escila y los escollos que resuenan fuertemente, y conocéis también las piedras del Ciclope: recobrad el ánimo y deponed ese triste temor, que quizá hasta esto recordaremos un día con gusto. Entre diversas fatigas, entre tantas circunstancias adversas buscamos el Lacio, donde nos muestran los hados sedes apacibles; allí renacer deben los reinos de Troya. Aguantad y guardaos para tiempos mejores.» Así dice, y aunque graves cuitas lo afligen, simula esperanza en su rostro, guardando en su pecho una pena profunda. Ellos se aprestan al botín y van preparando la comida; separan el lomo de las costillas y las vísceras sacan; unos lo cortan en trozos que clavan, temblando, en los asadores, colocan otros los calderos en la playa y se encargan del fuego. Recobran luego las fuerzas comiendo y echados en la hierba se llenan de un Baco añejo y de pingüe carne. Después de saciar su hambre con el banquete y retirar la mesa, echan de menos en larga plática a los amigos perdidos, divididos entre la esperanza y el miedo, pensando bien que viven, bien que han llegado al final y no les oirán llamarlos. Y en especial el piadoso Eneas lamenta la pérdida ya del fiero Orontes, ya de Amico y el destino cruel de Lico y al valiente Gías y al valiente Cloanto. Y habían ya acabado cuando Júpiter de lo alto del éter, mirando el mar velero y las tierras que se extienden y las costas y los dilatados pueblos, así se detuvo en la cima del cielo y clavó sus ojos en los reinos de Libia. Y a él que revolvía en su pecho cuitas tales, afligida y llenos de lágrimas sus ojos brillantes, se dirige Venus: «Oh, tú que gobiernas con poder eterno las cosas humanas y divinas y aterrorizas con el rayo. ¿Qué delito tan grande ha podido cometer mi Eneas contra ti? ¿Cuál los troyanos que ven cerrarse ante Italia el orbe entero de las tierras cuando tantas muertes han sufrido? Cierto es que has prometido que de aquí al correr del tiempo saldrían los romanos, de aquí los caudillos de la sangre de Teucro que bajo su poder tendrían el mar y las tierras todas. ¿Qué pensamiento, padre mío, cambiar te ha hecho? Sólo eso en verdad me consolaba de la caída de Troya y sus tristes ruinas, compensando con otros unos hados adversos; pero ahora la suerte sigue igual para unos hombres a quienes tantas

desgracias han sacudido. ¿Qué límite marcas, rey soberano, a sus fatigas?  
Anténor, escapando de entre los aqueos, pudo llegar  
a los golfos de Iliria y entrar a salvo en el reino  
de los liburnos y superar las fuentes del Timavo,  
de donde entre el vasto rugido de los montes por nueve bocas  
baja mar desatado y golpea los campos con sonoro piélago.  
Pudo por fin fundar la ciudad de Pátavo y las sedes  
de los teucros y dio un nombre a su pueblo y de Troya las armas  
clavó; ahora descansa acomodado en plácido reposo.  
Y nosotros, tu estirpe, a quienes concedes el alcázar del cielo,  
nos vemos abandonados con las naves perdidas (¡terrible!),  
por el enojo de una sola y se nos aparta de las ítalas costas.  
¿Es éste el premio a la piedad? ¿Así nos repones en el trono?»  
El sembrador de dioses y de hombres, sonriéndole,  
con el rostro con el que el cielo serena y las tormentas,  
libó los besos de su hija, y luego le dice:  
«Deja ese miedo, Citerea, que intacto permanece para ti  
el sino de los tuyos; verás la ciudad y las prometidas murallas  
de Lavinio y llevarás, sublime, hasta las estrellas del cielo  
al magnánimo Eneas; que no ha cambiado mi opinión.  
Éste (lo diré, pues esa cuita te devora,  
claramente y dando vueltas removeré los arcanos del destino),  
te libraré en Italia una gran guerra y a pueblos feroces  
golpeará e impondrá a sus hombres leyes y murallas,  
hasta que el tercer verano le vea reinando en el Lacio  
y pasen tres inviernos desde la derrota de los rútuos.  
En cuanto a su hijo Ascanio, al que ahora se da el sobrenombre  
de Julio (que Ilo era mientras de Ilión la fuerza se sostuvo),  
ha de cumplir con su poder treinta grandes giros  
del paso de los meses, y de la sede de Lavinio trasladará  
su reino, y ceñirá de fuertes murallas Alba Longa.  
Aquí se reinará trescientos años completos  
por la raza de Héctor, hasta que Ilia, princesa sacerdotisa,  
preñada de Marte le dará con su parto una prole gemela.  
Después, contento bajo el rubio manto de una loba nodriza  
Rómulo se hará cargo del pueblo y alzará las murallas  
de Marte y por su nombre le dará el de romano.  
Y yo no pongo a éstos ni meta ni límite de tiempo:  
les he confiado un imperio sin fin. Y hasta la áspera Juno,  
que ahora fatiga de miedo el mar y las tierras y el cielo,  
cambiará su opinión para mejor, y velará conmigo  
por los romanos, por los dueños del mundo y el pueblo togado.

Así lo quiero. Al correr de los lustros llegará un tiempo  
en que la casa de Asáraco someterá a esclavitud a Ftía  
y la ilustre Micenas y mandará en la vencida Argos.  
Nacerá troyano César, de limpio origen, que el imperio  
ha de llevar hasta el Océano y su fama a los astros,  
Julio, con nombre que le viene del gran Julo.  
Lo acogerás, segura, tú en el cielo cuando llegue cargado  
con los despojos de oriente; también él será invocado con votos.  
Con el fin de las guerras más suave se hará el áspero siglo:  
la canosa Lealtad, y Vesta y Quirino con su hermano Remo  
darán sus leyes, y serán cerradas las sanguinarias puertas de la Guerra  
con trancas reforzadas y con hierro; dentro, impío, el Furor  
sentado sobre sus armas crueles y atado con cien nudos  
de cadenas a la espalda rugirá erizado con su boca de sangre.»  
Esto dice, y envía desde el cielo al que Maya engendró  
a que se abran las tierras y los nuevos alcázares de Cartago  
acojan a los teucros, para que no los rechace de sus tierras  
Dido, ignorando el destino. Vuela aquél por el cielo abierto  
con el impulso de sus alas y se presenta raudo en las costas de Libia.  
Y ya cumple las órdenes y rinden los púnicos su fiero corazón  
porque el dios lo quiere, y la que más la reina aguarda  
a los troyanos con ánimo sereno y bondadosa mente.  
El piadoso Eneas, en esto, dando muchas vueltas en la noche,  
apenas nació la luz sustentadora, decidió salir  
y explorar los nuevos lugares, las costas que ganaron con el viento,  
e indagar quién las habita (como no ve cultivos),  
si hombres o fieras, y traer exacta noticia a sus compañeros.  
En una quebrada del bosque, bajo el hueco de una roca sus naves  
oculta entre árboles y sombras de espanto.  
Y él se marcha sólo con la compañía de Acates  
apretando en sus manos dos lanzas de ancho filo.  
En medio del bosque se le presentó su madre con los rasgos  
y el aspecto de una doncella, y con las armas de una doncella  
espartana, cual fatiga la tracia a sus caballos  
Harpálice, o al Hebro alado sobrepasa corriendo;  
pues presto el arco lo llevaba colgado de sus hombros  
según la costumbre de caza y dejaba flotar al viento sus cabellos,  
desnuda la rodilla y la ropa suelta recogida en un nudo.  
Y habló la primera: «¡Eh, jóvenes! Decidme si de las mías  
habéis visto a alguna, de mis hermanas, vagando por aquí  
con la aljaba y con la piel de lince llena de manchas,  
o siguiendo a gritos la carrera de un jabalí espumante.»

Así Venus, y así de Venus el hijo comenzó por su parte:  
«Ni hemos oído ni hemos visto a ninguna de tus hermanas.  
¿Cómo he de llamarte, muchacha?, pues no tienes cara  
de mortal ni suena tu voz como la de los hombres, oh diosa sin duda  
(¿quizá hermana de Febo o una de la sangre de las Ninfas?).  
Sé feliz y ojalá, seas quien seas, alivies nuestra carga  
y nos digas por fin bajo qué cielo, a qué lugar del mundo  
hemos ido a parar. Ignorantes del lugar y de sus hombres  
vagamos, por el viento y el vasto oleaje aquí arrojados.  
Hará caer nuestra diestra muchas víctimas ante tus altares.»  
Venus entonces: «En verdad no me creo digna de tales honores.  
Llevar aljaba es costumbre de las muchachas de Tiro  
y anudar en alto sus piernas a coturnos de púrpura.  
Tierra de púnicos es la que ves, tirios y la ciudad de Agénor,  
y las fronteras con los libios, pueblo terrible en la guerra.  
Tiene el mando Dido, de su ciudad tiria escapada  
huyendo de su hermano. Larga es la ofensa, largos  
los avatares; mas seguiré lo más sobresaliente de la historia.  
De ésta el esposo era Siqueo, el hombre más rico en oro  
de los fenicios, y lo amó la infeliz con amor sin medida,  
desde que su padre la entregara sin mancha y la uniera con él en primeros  
auspicios. Pero el poder en Tiro lo ostentaba su hermano  
Pigmalión, terrible más que todos los otros por sus crímenes.  
Y vino a ponerse entre ambos la locura. Éste a Siqueo,  
impío ante las aras y ciego de pasión por el oro,  
sorprende a escondidas con su espada, sin cuidarse  
del amor de su hermana; su acción ocultó por mucho tiempo  
y con mentiras y esperanzas vanas engañó a la amante afligida.  
Pero en sueños se le presentó el propio fantasma de su insepulto  
esposo, con los rasgos asombrosamente pálidos;  
las aras crueles descubrió y el pecho por el hierro  
atravesado, y desveló todo el crimen secreto de su casa.  
La anima luego a disponer la huida y salir de su patria,  
y saca de la tierra antiguos tesoros escondidos,  
ayuda para el camino, gran cantidad de oro y de plata.  
Conmovida por esto preparaba Dido su partida y a los compañeros.  
Acuden aquellos que más odiaban al cruel tirano,  
o que más le temían; de unas naves que dispuestas estaban  
se apoderan y las cargan de oro. Se van por el mar  
las riquezas del avaro Pigmalión; una mujer dirige la empresa.  
Llegaron a estos lugares, donde ahora ves enormes murallas  
y nace el alcázar de una joven Cartago,

y compraron el suelo, que por esto llamaron Birsa,  
cuanto pudieron rodear con una piel de toro.  
Mas, ¿qué hay de vosotros? ¿De dónde habéis llegado  
o a dónde os dirigís?» A quien tal preguntaba, aquél  
entre suspiros y sacando la voz de lo hondo del pecho:  
«¡Oh, diosa! Si hubiera de empezar desde el principio  
y tiempo tuvieras de escuchar los anales de nuestras fatigas,  
antes encerraría Véspero al día en el Olimpo.  
Desde la antigua Troya, y puede que el nombre de Troya  
haya llegado a tus oídos, sacudidos por mares diversos,  
por azar, una tormenta nos lanzó a las costas de Libia.  
Yo soy Eneas piadoso que, arrancados al enemigo, mis Penates  
llevo en mi flota conmigo; mi fama es conocida más allá del cielo.  
Busco Italia, mi patria, y desciende mi raza del supremo Jove.  
Me lancé al mar de Frigia con dos veces diez naves,  
en pos de mi destino, bajo la guía de mi divina madre.  
Siete apenas han sobrevivido al castigo de las olas y del Euro.  
Yo mismo, desconocido y necesitado, vago por los desiertos de Libia,  
expulsado de Europa y de Asia.» Y no consintió Venus  
que más se quejase, y así dijo, interrumpiendo su dolor:  
«Seas quien seas, y ya que has llegado a esta ciudad tiria,  
no creo que consumas las auras de la vida odiado por los dioses.  
Así que prosigue y vete desde aquí a los umbrales de la reina.  
Pues que han vuelto tus amigos y que tu flota ha vuelto  
te anuncio, y que al cambiar los Aquilones está en seguro,  
si es que mis padres no me enseñaron mal a leer los augurios.  
Mira dos grupos de seis cisnes volando en formación alegres,  
a quienes dejando la región del éter el ave de Júpiter  
turbaba a cielo abierto; ahora en larga fila ya parecen  
elegir una tierra o mirar desde lo alto la elegida:  
igual que en su retorno juegan aquéllos con alas estridentes  
y recorren en círculo el cielo y lanzan su canto,  
no de otra forma tus naves y tus jóvenes  
o han entrado ya en puerto o buscan su boca a toda vela.  
Así que prosigue, y, por donde te lleva el camino, dirige tus pasos.»  
Dijo, y relució su nuca de rosa al darse la vuelta,  
y desde lo más alto exhalaban sus cabellos de ambrosía  
un olor divino; cayó su vestido hasta los mismos pies  
y se marchó con el andar de una diosa verdadera. Entonces  
reconoció aquél a su madre que escapaba y así la siguió con la voz:  
«¿Por qué tan a menudo, también tú cruel, te burlas de tu hijo  
con falsas imágenes? ¿Por qué no se me da juntar mi diestra



con la suya y oír y devolver palabras de verdad?»  
Éste fue su reproche y encaminó sus pasos hacia las murallas.  
Pero Venus cubrió con una sombra oscura a los caminantes  
y derramó la diosa a su alrededor un manto de niebla,  
para que nadie pudiera verlos y nadie tocarlos,  
o urdir un retraso o las causas inquirir de su llegada.  
Ella misma, volando, se va a Pafos y encontró alegre  
de nuevo su morada, donde tiene su templo y cien altares  
arden con incienso de Saba y huelen a guirnaldas recién cortadas.  
Reemprendieron entretanto su camino, por donde avanza el sendero,  
y ya subían ala colina que mucho asoma por encima  
de la ciudad y ve desde lo alto el alcázar de enfrente.  
Se asombra Eneas de la mole, cabañas otro tiempo,  
se asombra de las puertas y del ir y venir por las calzadas.  
Se afanan con fiebre los tirios: unos trazan la muralla  
y levantan la fortaleza y hacen rodar las piedras en sus manos;  
otros eligen un lugar para su techo y lo rodean de un surco;  
leyes están dictando los jueces y el senado sagrado.  
Unos aquí excavan el puerto; otros preparan profundos  
cimientos para el teatro y sacan enormes columnas  
de las rocas que habrán de decorar la escena futura.  
Igual que las abejas al entrar el verano por los campos floridos  
se afanan bajo el sol, sacando fuera las crías ya adultas  
de la especie, o espesando la líquida miel  
o hinchando las celdillas con el dulce néctar,  
o toman la carga de las que van llegando o en formación cerrada  
de la colmena arrojan al perezoso rebaño de los zánganos;  
hierve el trabajo y de la miel se escapa un olor a tomillo.  
«Afortunados los que ven sus murallas alzarse»,  
exclama Eneas de la ciudad contemplando los tejados.  
Encerrado en la niebla (asombra decirlo) se mete  
en el centro y se mezcla a la gente sin ser visto.  
Un bosque se alzaba en el corazón de la ciudad, de sombra amenísima,  
donde, arrojados por el torbellino y las aguas, sacaron  
del suelo los púnicos la primera señal que Juno soberana  
les había mostrado: la cabeza de un brioso caballo; que habría de ser  
por los siglos un pueblo famoso en la guerra y próspero en la paz.  
Aquí levantaba la sidonia Dido un templo enorme  
a Juno, opulento de ofrendas y del numen de la diosa,  
y para él se alzaban sobre la escalinata dinteles de bronce y vigas  
con bronce trabadas, y chirriaban en sus goznes las puertas de bronce.  
En este bosque por primera vez el insólito espectáculo dispó

su temor, y se atrevió Eneas por primera vez a esperar salvación y a más confiar en medio de la adversidad. Y así, mientras todo contempla al pie del templo enorme, esperando a la reina, mientras contempla absorto de la ciudad cuál sea la suerte, y las brigadas de obreros y el esfuerzo de los trabajos, ve por orden las luchas de Troya y las guerras que había divulgado la fama por todo el orbe, y a los Atridas y a Príamo y con ambos al cruel Aquiles. Se detuvo, y entre lágrimas dijo: «¿Qué lugar, Acates, qué región de la tierra no está llena de nuestras fatigas? Mira Príamo. Aquí también se premia la virtud, lágrimas hay para las penas y tocan el corazón las cosas de los hombres. Deja ese miedo, que esta fama alguna ayuda habrá de reportarte.» Dice así y alimenta su ánimo con la pintura inane entre grandes gemidos, y humedece su rostro inagotable río. Pues veía cómo por aquí escapaban los griegos peleando de Pérgamo alrededor, acosados por la juventud troyana; por aquí los frigios, al perseguirles con su carro Aquiles empenachado. Y no lejos de allí las blancas velas de las tiendas de Reso reconoce entre lágrimas: entregadas al sueño primero, el hijo de Tideo las llenaba desangre en gran carnicería y se lleva al campamento los fogosos caballos antes de que probasen los pastos de Troya y bebieran del Janto. En otra parte Troilo escapando tras perder sus armas, pobre muchacho en desigual combate con Aquiles, los caballos lo arrastran y cuelga caído del carro vacío, sujetando las riendas sin embargo; nuca y cabellos le arrastran por el suelo, y escribe en el polvo con la lanza vuelta. Mientras tanto, las mujeres de Ilión subían al templo de Palas inicua, sueltos los cabellos, un peplo a ofrecerle suplicantes, tristes y golpeándose el pecho con las palmas, y la diosa les daba la espalda, en el suelo clavados los ojos. Tres veces había arrastrado Aquiles el cuerpo de Héctor en torno a los muros de Troya y lo cambiaba sin vida por oro. No pudo más, y deja escapar un gemido de lo hondo del pecho, cuando los despojos, cuando el carro y cuando el cuerpo de su pobre amigo y a Príamo tendiendo sus manos inermes contempla. También él se vio, mezclado con los príncipes de los aqueos, y el ejército de la Aurora y las armas del negro Memnón. Guía la marcha de las Amazonas de escudos lunados Pentesilea, que arde enloquecida entre millares, con áureo ceñidor bajo el pecho descubierto,

guerrera, doncella que se atreve a combatir contra hombres.  
Mientras contempla todo esto el dardanio Eneas maravillado,  
mientras se queda absorto atento sólo a lo que ve,  
la reina hacia el templo, la bellísima Dido,  
se encamina con numeroso séquito de jóvenes.  
Cual en las riberas del Eurotas o en las laderas del Cinto  
Diana dirige a sus coros de Oréadas que la siguen a miles  
y se agolpan a un lado y a otro; ella la aljaba  
lleva al hombro y sobresale de todas las diosas al caminar  
(se agita de gozo el pecho callado de Latona):  
así estaba Dido, así de alegre caminaba  
entre todos apresurando las obras de su futuro reino.  
Y a las puertas de la diosa, bajo la bóveda del templo  
se sentó sobre alto sitio rodeada de sus armas.  
Impartía justicia y leyes a los hombres y la tarea de las obras  
distribuía en partes iguales o dejaba a la suerte,  
cuando de pronto Eneas ve llegar entre gran concurso  
de gente a Anteo y a Sergesto y al valiente Cloanto  
y a algunos otros teucros a quienes negro tornado  
había dispersado por el mar, lanzándolos a otras orillas.  
Pasmado se quedó y a la vez Acates se conmueve  
de alegría y de miedo; ardían ansiosos por estrechar  
sus diestras, mas la dudosa situación turba sus corazones.  
Se contienen y escondidos en el hueco de la nube observan  
cuál ha sido la suerte de sus hombres, dónde han dejado las naves,  
a qué vienen; pues llegaban escogidos de toda la flota  
a pedir favor y se dirigían al templo gritando.  
Luego que entraron y se les permitió hablar delante de todos,  
de este modo comienza el gran Ilioneo, con pecho sereno:  
«Oh, reina, a quien Júpiter ha dado fundar una nueva ciudad  
y en justicia que frenaras a pueblos soberbios.  
Los pobres troyanos, batidos por los vientos de todos los mares,  
te suplicamos: aleja el fuego maldito de nuestras naves,  
perdona a un pueblo piadoso y vigila de cerca nuestras cosas.  
Que no hemos venido a debelar con la espada los Penates  
de Libia, ni a llevar a la costa un botín apresado;  
no somos de ánimo guerrero ni es de vencidos soberbia tamaña.  
Hay un lugar al que llaman los griegos con el nombre de Hesperia,  
una tierra antigua, poderosa en las armas y fértil de suelo,  
que habitaron los hombres de Enotria; hoy se dice que sus descendientes  
llaman Italia al pueblo por el nombre de su jefe.  
Ése era nuestro rumbo,

cuando de pronto Orión tempestuoso surgió sobre las olas  
y nos lanzó a bajíos sin salida y con Austros tenaces del todo  
nos dispersó con el agua por encima entre olas y escollos  
inaccesibles; unos pocos logramos ganar a nado nuestras playas.  
¿Qué clase de hombres es ésta y qué patria tan bárbara permite  
una costumbre así? Se nos impide la hospitalidad de la playa,  
guerras nos levantan y nos prohíben detenernos en la orilla.  
Si despreciáis la raza de los hombres y las armas mortales,  
temed al menos a los dioses que no olvidan lo bueno y lo malo.  
Un rey teníamos, Eneas; más justo que él no hubo otro  
ni de mayor piedad, ni más grande en la guerra y las armas.  
Si los hados protegen a este hombre, si se alimenta del aura  
etérea y no duerme aún en las sombras crueles,  
no cabe miedo alguno, ni habrá de pesarte el cumplir  
la primera con nosotros. Ciudades tenemos en la región de los sículos  
y armas, y el famoso Acestes de sangre troyana.  
Permítasenos arrastrar a tierra la flota que desarboló el viento  
y reparar su madera en los bosques y cortar nuevos remos,  
y, si es posible, recobrados nuestros amigos y nuestro rey,  
buscar Italia y gozosos dirigirnos a Italia y al Lacio;  
y si no, si nuestra salvación se ha perdido y a ti, óptimo padre de los teucros,  
te guarda el mar de Libia y no queda esperanza ya de Julo,  
al menos al estrecho de Sicilia, a los lugares dispuestos  
de donde llegamos hasta aquí, y al rey Acestes volvamos.»  
Así dijo Ilioneo; así a la vez todos suspiraban los Dardánidas.  
Brevemente entonces, la cabeza inclinada, habla Dido:  
«Sacad el miedo de vuestro corazón, teucros, dejad esas cuitas.  
Lo difícil de la situación y el que el reino sea nuevo tales cosas  
me obligan a tramar y a defender con guardias todo mi suelo.  
¿Quién no ha oído hablar de la stirpe de Eneas y la ciudad de Troya,  
de su valor y sus hombres o de las llamas de guerra tan grande?  
Que no tenemos los púnicos corazones tan endurecidos  
ni tan lejos de la ciudad tiria unce el Sol sus caballos.  
Así que, tanto si ansiáis la grandeza de Hesperia y los campos saturnios  
como el suelo de Érice y el reino de Acestes,  
os dejaré marchar protegidos por mi auxilio y podréis disponer de mis recursos.  
¿Que preferís quedaros conmigo en pie de igualdad en mi reino?  
La ciudad que estoy levantando vuestra es; varad vuestras naves;  
ninguna distinción habré de hacer entre tirio y troyano.  
Y ojalá que en alas del mismo Noto llegase también  
Eneas, vuestro rey; al punto enviaré por las playas hombres  
de confianza y haré que recorran los confines de Libia,

por si anda perdido por algún bosque o ciudad.»  
Con el ánimo recobrado por estas palabras, el fuerte Acates  
y el padre Eneas también, impacientes, ardían por salir  
de la nube. Y Acates el primero interroga a Eneas:  
«Hijo de diosa, ¿qué opinión se alza en tu pecho?  
Todo estás viendo a salvo, y recobrados los amigos y la flota.  
Sólo uno falta, a quien nosotros mismos vimos perderse  
en medio de las olas; responde lo demás a las palabras de tu madre.»  
Apenas acabó de hablar cuando se abre la nube  
de repente, y se esfuma disipándose por cielo abierto.  
Allí apareció Eneas y en una blanca luz resplandeció,  
con la cara y el cuerpo como un dios; que su misma madre  
había insuflado al hijo brillante cabellera y la luz púrpura  
de la juventud y en sus ojos alegres resplandores:  
como añaden las manos adornos al marfil o como de rubio oro  
se engarza la plata o la piedra de Paros.  
Así entonces se dirige a la reina y a todos de repente,  
inesperado, dice: «Aquí me tenéis, soy quien buscáis.  
Soy el troyano Eneas, rescatado del oleaje libio.  
Oh, tú, la única en apiadarse de las fatigas indecibles de Troya,  
que a nosotros, restos de los dánaos, agotados por mar y tierra  
de toda clase de calamidades, de todo privados,  
a tu ciudad y a tu casa nos asocias. No podemos, Dido,  
darte las gracias que mereces, ni puede todo el pueblo troyano,  
perdido como está y disperso por el ancho mundo.  
Mas los dioses a ti, si algún numen vela por los piadosos, si es que  
algo queda de justicia y una inteligencia que sabe lo que es justo,  
digna recompensa habrán de darte. ¿Qué siglos tan felices  
te vieron nacer? ¿Qué padres tan grandes así te engendraron?  
Mientras hacia el mar corran los ríos, mientras recorran las sombras  
las quebradas de los montes, mientras estrellas alimente el cielo,  
permanecerá siempre el honor y la gloria de tu nombre,  
sea cual sea la tierra que me llama.» Así que habló, al amigo  
Ilioneo buscó con su diestra y con la izquierda a Seresto,  
y a los demás después, y al valiente Gías y al valiente Cloanto.  
Sin aliento se quedó la sidonia Dido, por la visión primero,  
después por tanta desventura del héroe y así habló con su boca:  
«¿Qué desventura, hijo de la diosa, en medio de tan grandes peligros  
te persigue? ¿Qué fuerza te arroja a riberas salvajes?  
¿No eres tú aquel Eneas que la madre Venus al dardanio  
Anquises le engendró junto a las aguas del frigio Simunte?  
Y recuerdo muy bien que Teucro vino a Sidón

expulsado de la tierra de su padre, buscando un nuevo reino  
con la ayuda de Belo; andaba entonces mi padre Belo  
asolando la rica Chipre y a su poder, vencedor, la tenía sometida.  
Pues ya desde aquel tiempo me era conocida la ruina  
de la ciudad troyana, y tu nombre, y los reyes pelasgos.  
Él mismo, un enemigo, hablaba de los teucros con la mayor alabanza  
y se pretendía descendiente de una antigua estirpe de teucros.  
Así que vamos, jóvenes, entrad en nuestras casas.  
Que a mí también fortuna parecida quiso traerme,  
sacudida por fatigas sin cuento, por último a esta tierra;  
no aprendo a ayudar al malhadado sin conocer la desgracia.»  
Así dice, y conduce al tiempo a Eneas a los techos  
reales y al tiempo ordena sacrificios en los templos de los dioses.  
Y envía a la vez a los compañeros de la playa no menos  
de veinte toros, cien erizados lomos  
de enormes cerdos, cien corderos bien cebados con sus madres,  
presentes y gozo del día.  
Y se dispone con lujo de reyes el interior del palacio,  
espléndido, y preparan los banquetes en las habitaciones:  
telas trabajadas con esmero y de soberbia púrpura,  
mucho plata en las mesas y, labradas en oro,  
las valerosas hazañas de los padres, la sucesión larguísima  
de batallas que tantos guerreros libraron desde el antiguo origen de la raza.  
Eneas (pues no deja descansar a sus pensamientos su amor  
de padre) envía por delante a las naves rápido a Acates,  
que cuente a Ascanio todo esto y a la ciudad lo traiga;  
todo el cuidado de su querido padre se pone en Ascanio.  
Presentes además salvados de la ruina de Troya  
manda traer, un vestido bordado con dibujos de oro  
y un velo festoneado en acanto azafrán,  
ornato de la argiva Helena que había traído ella  
de Micenas al venir a Pérgamo y a unos prohibidos  
himeneos, maravilloso regalo de su madre Leda;  
y el cetro además que un día llevara Ilión,  
la mayor de las hijas de Príamo, y para el cuello un collar  
de perlas, y una doble corona de oro y de gemas.  
Cumpliendo a toda prisa cubría Acates el camino a las naves.  
Pero la Citerea nuevas mañas, nuevos planes urde  
en su pecho, para que con la cara y el cuerpo del dulce Ascanio  
Cupido se presente y encienda con sus regalos  
la pasión de la reina, y meta el fuego en sus huesos.  
Y es que teme a una casa ambigua y a los tirios de dos lenguas;

la abrasa feroz Juno y aumenta por la noche su cuidado.  
Así que con estas palabras se dirige al alígero Amor:  
«Hijo mío, mi fuerza, mi gran poder, el único  
que despreciar puede los dardos tifeos de tu excelso padre,  
en ti me refugio y suplicante tu ayuda reclamo.  
Que tu hermano Eneas anda en el mar sacudido  
por todas las costas a causa del odio de la acerba Juno,  
lo sabes muy bien y a menudo de nuestro dolor te doliste.  
Ahora lo retiene la fenicia Dido y lo entretiene con blandas  
palabras, y me temo a dónde puede conducirle  
la hospitalidad de Juno: no dejará pasar ocasión como ésta.  
Por eso estoy planeando conquistar antes a la reina con engaños  
y ceñirla de fuego, para que no cambie por algún otro dios  
y conmigo se vea atada con un gran amor a Eneas.  
Escucha ahora mi plan para que puedas lograrlo.  
Por orden de su querido padre se dispone a acudir a la ciudad  
sidonia el niño real, el objeto mayor de mis cuitas,  
llevando consigo los presentes rescatados al mar y a las llamas de Troya;  
voy a ocultarlo, profundamente dormido, en las cumbres  
de Citera o en la sagrada morada de la Idalia,  
para que enterarse no pueda de mis engaños o interponerse.  
Tú, por no más de una noche, toma su aspecto  
con engaño, y, niño, como eres, viste los conocidos rasgos del niño  
de modo que, cuando te tome en su regazo felicísima Dido  
entre las mesas reales y el licor lileo,  
cuando te dé sus abrazos y te llene de dulces besos,  
le insuflés sin que lo advierta tu fuego y la engañes con tu droga.»  
Obedece Amor las palabras de su madre querida y las alas  
deja y toma gozoso los andares de Julo.  
Venus por su lado plácida quietud vierte por los miembros  
de Ascanio, y en sus brazos la diosa lo lleva a los altos  
bosques de Idalia, donde la suave mejorana lo perfuma  
y lo envuelve con sus flores y su dulce sombra.  
Iba ya obediente al mandato Cupido y llevaba  
los reales presentes a los tirios, alegre con la guía de Acates.  
Al llegar, la reina se instaló por fin en un lecho  
de oro con soberbios tapices y se puso en el centro,  
y ya el padre Eneas y ya la juventud troyana  
se presentan y se colocan sobre asientos de púrpura.  
Presentan los criados agua a las manos y el fruto de Ceres  
reparten en cestas y paños ofrecen de flecos cortados.  
Dentro hay cincuenta criadas a cuyo cuidado está la provisión

ordenada de las viandas y quemar perfumes a los Penates;  
otras cien y otros tantos servidores de la misma edad  
para colmar de viandas las mesas y servir las copas.  
No faltan tampoco los tirios, que en gran número acuden  
al alegre palacio; se les pide descansar en cojines bordados  
y admiran los regalos de Eneas, admiran a Juló,  
el rostro resplandeciente del dios y sus fingidas palabras,  
y el vestido y el velo bordado de acanto azafrán.  
En especial la infeliz fenicia, rendida a la perdición que acecha,  
no puede saciar su corazón y se abrasa mirando,  
y por igual la emocionan los presentes y el muchacho.  
Éste, luego que se colgó de los brazos y el cuello de Eneas  
y colmó el gran amor de su falso padre,  
busca a la reina. Ella con los ojos, con su corazón todo  
se le prende y lo atrae a su pecho ignorante Dido  
de qué dios terrible se le sienta, desdichada. Y él recordando  
a su madre Acidalia, a borrar poco a poco a Siqueo  
comienza y trata ya de cambiar con el amor de un vivo  
su corazón ha tiempo apagado y un pecho no acostumbrado.  
Tan pronto se descansó en el banquete y quitaron las mesas,  
disponen grandes crateras y coronan los vinos.  
Llena el bullicio la mansión y resuenan las voces por los amplios  
salones; cuelgan encendidas las lámparas del dorado  
arteson y derrota las antorchas con su llama a la noche.  
Pidió en ese momento la reina una pesada pátera de oro  
y de gemas y la llenó de vino puro, como Belo y todos  
desde Belo solían; luego se hizo el silencio en la sala:  
«Júpiter, pues dicen que está a tu cargo el derecho de hospitalidad,  
ojalá permitas que sea éste un día alegre para los tirios y cuantos  
salieron de Troya, y que de él se acuerden nuestros descendientes.  
Que nos asista Baco, dispensador de gozes, y Juno benigna;  
y vosotros, tirios, celebrad esta reunión con alegría.»  
Dijo, y libó sobre la mesa la ofrenda del vino  
y, hecha la libación, lo probó la primera con los labios apenas;  
convidó luego a Bitias, quien sin dudarle se tragó la copa  
espumante hasta topar con el oro macizo;  
después los demás príncipes. El crinado Yopas hace sonar  
su cítara dorada cual le enseñó Atlante gigantesco.  
Canta éste el vagar de la luna y del sol las fatigas,  
el origen de hombres y animales, del agua y del fuego,  
Arturo y las lluviosas Híades y los dos Triones,  
por qué tanto se apresuran a bañarse en el Océano los soles



de invierno o por qué se demoran las lentas noches;  
redoblan sus aplausos los tirios y los troyanos les siguen.  
Pasaba también la noche en animada charla  
la infeliz Dido, y un largo amor bebía,  
preguntando una y otra cosa sobre Príamo, una y otra sobre Héctor;  
ya con qué armas se había presentado el hijo de la Aurora,  
ya cómo eran de Diomedes los caballos, ya por la figura de Aquiles:  
«Ea, mi huésped; comienza por el principio y cuéntanos»,  
dijo, «las trampas de los dánaos y las desgracias de los tuyos  
y tu peregrinar; pues ya es el séptimo verano  
que vagar te ve por todas las tierras y los mares.»

ENEIDA  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## LIBRO II

Todos callaron y en tensión mantenían la mirada;  
luego el padre Eneas así comenzó desde su alto lecho:  
«Un dolor, reina, me mandas renovar innumerable,  
cómo las riquezas troyanas y el mísero reino  
destruyeron los dánaos, y tragedias que yo mismo he visto  
y de las que fui parte importante. ¿Quién eso narrando  
de los mirmídonos o dólopes o del cruel Ulises soldado  
contendría las lágrimas? Y ya la húmeda noche del cielo  
baja y al caer las estrellas invitan al sueño.  
Mas si tanta es tu ansia de conocer nuestra ruina  
y en breve de Troya escuchar la fatiga postrera,  
aunque el ánimo se eriza al recordar y huye del llanto,  
comenzaré. Quebrados por la guerra, por el hado rechazados  
los jefes de los dánaos al pasar ya tantos los años,  
como una montaña un caballo con arte divina de Palas  
levantan, tejiendo sus flancos con tablas de abeto;  
lo fingen un voto por el regreso; así la noticia se extiende.  
Escogidos a suerte, a escondidas aquí los guerreros  
encierran en el ciego costado y hasta el fondo llenan  
las cavernas enormes de la panza con hombres en armas.  
Enfrente está Ténédos, isla de bien conocida  
fama, rica en recursos al estar en pie de Príamo el reino,  
hoy sólo un golfo y un puerto del que los barcos desconfían:  
lanzados aquí en la playa desierta se ocultan;  
pensamos que, idos, andaban buscando Micenas al viento.  
Así toda Eucría se vio libre al fin de un duelo ya largo;  
se abren las puertas, da gusto pasear contemplando  
las tiendas de los dorios y ver desierto el lugar y la playa vacía:  
aquí la tropa de los dólopes, aquí Aquiles cruel acampaba;  
aquí el lugar de los barcos, aquí en formación peleaban.

Unos sin habla contemplan de Palas fatal el regalo,  
asombrados del tamaño del caballo, y el primero Timetes  
ordena pasarlo a los muros y ponerlo en lo alto,  
bien por engaño bien que ya así lo cantaba el destino de Troya.  
Capis no obstante y los de mejor opinión en la mente  
nos mandan arrojar al mar la trampa del dánao  
y el extraño presente y quemarlo con fuego debajo,  
o perforar los huecos de su panza buscando escondrijos.  
Dudosa entre dos pareceres se divide la gente.  
»Y, mira, el primero de todos seguido de gran compañía  
baja Laocoonte encendido de lo alto de la fortaleza,  
y a lo lejos: “¡Qué locura tan grande, pobres ciudadanos!  
¿Del enemigo pensáis que se ha ido? ¿O creéis que los dánaos  
pueden hacer regalos sin trampa? ¿Así conocemos a Ulises?  
O encerrados en esta madera ocultos están los aqueos,  
o contra nuestras murallas se ha levantado esta máquina  
para espiar nuestras casas y caer sobre la ciudad desde lo alto,  
o algún otro engaño se esconde: teucros, no os fiéis del caballo.  
Sea lo que sea, temo a los dánaos incluso ofreciendo presentes.”  
Luego que habló con gran fuerza una lanza enorme  
disparó contra el costado y contra el vientre curvo de tablones.  
Se clavó aquélla vibrando y en la panza sacudida  
resonaron las cuevas y lanzaron su gemido las cavernas.  
Y, si los hados de los dioses y nuestra mente no hubieran estado  
contra nosotros, nos habrían llevado a horadar  
los escondites de Argos,  
y aún se alzaría Troya y permanecerías en lo alto,  
fortaleza de Príamo.  
»Y hete aquí que a un joven atado a la espalda de manos  
con gran griterío los pastores ante el rey arrastraban  
Dardánidas, que, desconocido, a los que lo hallaron  
se entregó para urdir todo esto y abrir Troya a los griegos,  
confiado de ánimo y para ambas tareas dispuesto,  
bien a tramar sus engaños, bien a marchar a una muerte segura.  
De todas partes acude con ganas de verle  
y compite la juventud troyana en burlarse del preso.  
Escucha ahora las trampas de los dánaos y por el crimen de uno  
conócelos a todos.  
Pues cuando en medio del corro, turbado y sin armas,  
se detuvo y miró con sus ojos las tropas de Frigia,  
“¡Ay! ¿Qué tierra ahora -dijo-, qué mares me pueden  
guardar o qué queda por fin para mí desgraciado,

que no tengo siquiera un lugar con los dánaos y encima  
los hostiles Dardánidas mi castigo reclaman con sangre?”  
Con este lamento cambió nuestros ánimos  
y aplacó nuestros ímpetus todos.  
Le pedimos que cuente de qué sangre viene,  
y qué lo trae; que nos diga cuál es, prisionero, su confianza.  
» “Toda por cierto a ti, rey, te diré la verdad,  
pase lo que pase -dijo-, y no negaré que soy de la gente de Argos.  
Esto lo primero, y que no, si Fortuna forjó a un Sinón desgraciado,  
lo haga también, malvada, vano y mentiroso.  
Puede que haya llegado a tus oídos hablando  
de Palamedes Belida el nombre y la fama  
gloriosa, a quien los pelasgos con trampas  
siendo inocente, con falsas pruebas porque vetaba sus guerras,  
a la muerte enviaron y hoy le lloran de la luz privado.  
Como acompañante suyo y cercano en la sangre mi padre,  
al ser pobre, desde el principio de todo aquí a la guerra me envió.  
Mientras incólume estaba en el poder y fuerza tenía en las reuniones  
de reyes, también nosotros algún nombre y honra  
logramos. Luego que la envidia del tramposo Ulises  
(no cosas extrañas os cuento) lo arrojó de las riberas del día,  
arrastraba afligido mi vida en tinieblas y llanto  
y en mi interior me indignaba del inocente amigo la muerte.  
Y no callé, loco, y, a poco que el hado quisiera,  
si alguna vez regresaba vencedor a Argos, mi patria,  
juré que sería su vengador y un odio amargo moví con mis palabras.  
De ahí la pendiente primera de mi mal, de ahí siempre Ulises  
a aterrarme con nuevos crímenes, de ahí a lanzar voces  
ambiguas al pueblo y a buscar a propósito guerra.  
Y no paró, así, hasta que auxiliado por Calcante...  
pero ¿a qué fin doy vueltas en vano a tanta amargura  
o a qué me detengo? Si en una misma fila tenéis a todos los aqueos,  
ya habéis escuchado bastante, cumplid ahora mismo el castigo;  
que así lo querría el de Ítaca y en mucho os tendrían los Atridas”  
»Pero ya ardemos por saber e investigar las causas,  
ignorantes de crímenes tan grandes y de la maña pelasga.  
Tembloroso prosigue y habla con pecho fingido:  
» “A menudo, abandonando Troya, los dánaos ansiaron  
preparar la fuga y agotados dejar una guerra tan larga.  
¡Así lo lograrán! A menudo en el mar les frenó  
la dura tormenta y el Austro frustró su partida.  
Y justo cuando ya aquí tejido de tablas de arce

se alzaba el caballo, por todo el cielo restalló la tormenta.  
Intrigados enviamos a indagar de Febo el oráculo  
a Eurípilo, quien nos trae de su templo estas tristes palabras:  
‘Con sangre aplacasteis al viento y matando a una virgen,  
dánaos, el día que a estas costas ilíacas vinisteis;  
con sangre debéis procurar el retorno y con el sacrificio  
de un alma de Argos. En cuanto esta voz llegó a los oídos del pueblo,  
se suspendieron los ánimos y un helado temblor recorrió  
lo hondo de los huesos, a quién designaban los hados,  
a quién pide Apolo.

»En esto el de Ítaca con gran reunión a Calcante  
el adivino arrastra al centro; le pide que aclare  
cuál sea la voluntad de los dioses. Y muchos ya me cantaban  
a mí el crimen cruel del tramposo, y en silencio  
veían lo que iba a venir. Diez días calla aquél y escondido  
se niega a señalar a nadie con su voz y mandarlo a la muerte.  
A la fuerza, por fin, empujado por el de Ítaca con grandes gritos,  
rompe de acuerdo con él su silencio y me envía hacia el ara.  
Estuvieron todos de acuerdo y, lo que cada cual para sí se temía,  
convertido en la ruina de uno solo soportaron.  
Y ya había llegado el día nefando. Ya se me habían dispuesto  
las harinas saladas y las cintas en torno a mis sienas.  
De la muerte escapé, lo confieso, y rompí mis cadenas  
y en la oscuridad de la noche me escondí entre la ova  
de un lago limoso mientras se hacían a la mar,  
si acaso lo hacían. Y no hay ya para mí alguna esperanza  
de volver a ver mi antigua patria ni a mis dulces hijos  
o a mi padre añorado, a cuantos aquéllos quizá  
hagan pagar nuestra huida y expiarán con su muerte mi culpa.  
Por eso, por los dioses y los númenes que saben la verdad,  
por la fe sin tacha, si es que alguna queda entre los mortales,  
te suplico, compadécete de fatigas tan grandes,  
compadécete de un corazón que sufre lo que no merece.”

»Por sus lágrimas le salvamos la vida y nos compadecemos encima.  
Y Príamo mismo ordena el primero quitarlas esposas  
y las apretadas ligaduras y así le dice con palabras de amigo:  
“Seas quien seas, olvida desde ahora a los griegos que dejaste  
(serás de los nuestros) y dime la verdad, que te pregunto:  
¿para qué levantaron esa mole del caballo imponente?  
¿Quién lo ideó o qué pretenden? ¿Es algún voto?  
¿Es tal vez algún artefacto guerrero?”  
Había dicho. Y aquél en trampas experto y en la maña pelasga

levantó a las estrellas sus palmas libres de cadenas:  
“A vosotras, llamas eternas, y a vuestro numen inviolable  
por testigos os pongo -dice-,  
y también a vosotros, altares y nefandas espadas  
de los que pude huir, y cintas de los dioses que llevé al sacrificio:  
permitidme romper los sagrados juramentos de los griegos,  
permitidme odiar a esos hombres y poner todo en claro,  
todo cuanto ocultan. Que ninguna ley de la patria me ata.  
Tú sólo mantén tus promesas y si, Troya, te salvas,  
respetas tu palabra si te digo verdad, si te entrego cosas importantes.  
De los dánaos toda la esperanza y la fe de la guerra emprendida  
residió siempre en la ayuda de Palas. Ahora bien,  
desde que Ulises el inventor de crímenes y el hijo de Tideo  
osaron sacar del templo consagrado el fatal Paladio  
dando muerte a los guardianes de la fortaleza escarpada,  
robaron la sagrada imagen y con manos de sangre  
se atrevieron a mancillar de la diosa las cintas benditas,  
desde aquello bajaron las esperanzas de los dánaos,  
quebradas sus fuerzas, vuelta de espaldas la voluntad de la diosa.  
Y con prodigios no dudosos dio señas de eso Tritonia.  
Apenas colocaron la estatua en el campo: llamas brillantes  
ardieron en sus ojos encendidos y un salado sudor  
cayó de sus miembros y tres veces sola se alzó  
(asombra decirlo) del suelo con su escudo y la lanza agitando.  
Se apresura Calcante a decir que probemos la huida por mar  
y que no puede Pérgamo abrirse alas flechas argólicas  
si no buscan de nuevo augurios en Argos y otra vez traen  
con el mar y las curvas naves el numen que un día trajeron.  
Y ahora que con el viento han buscado la patria Micenas,  
armas y dioses tratan de ganarse y llegarán de improviso,  
surcando el mar de nuevo; así ve el futuro Calcante.  
Advertidos levantaron esta estatua por el numen herido,  
por el Paladio, para expiar el crimen funesto.  
Y mandó Calcante construir inmensa esta mole  
y tejiendo sus tablas levantarla hasta el cielo,  
para que entrar no pudiera por las puertas ni cruzar las murallas,  
ni proteger a vuestro pueblo bajo su antiguo poder.  
Pues si vuestra mano violase el don de Minerva,  
una gran maldición sobre el reino de Príamo  
y sobre los frigios caería (los dioses la vuelvan antes contra ellos).  
Si al contrario por vuestras manos subiera hasta vuestra ciudad,  
Asia caería en guerra terrible sobre las murallas de Pélope,

y ésa sería la suerte reservada a nuestros nietos.”  
»Resultaba creíble la cosa con tales insidias y la maña  
del perjuro Sinón, y capturó con trampas y lágrimas  
a quienes ni el Tidida ni Aquiles de Larisa  
lograron domar, ni diez años, ni miles de barcos.  
»En ese momento un nuevo prodigio mucho más terrible  
aparece ante los desgraciados y turba sus pechos confiados.  
Laocoonte, sacado a suertes sacerdote de Neptuno,  
degollaba en su ara festiva un toro tremendo.  
Y mira por dónde (me muero al contarlo), dos grandes serpientes  
se lanzan al mar desde Ténedos por la quieta llanura  
con curvas inmensas y buscan la costa ala vez;  
sus pechos se levantan entre las olas y con crestas  
de sangre asoman en el agua, el resto se dibuja  
en el mar y retuerce sus lomos enormes en un torbellino.  
Suena el silbido en la sal espumante, y ya a tierra llegaban  
e inyectados en sangre y en fuego sus ojos ardientes,  
sacudían sus bocas silbantes vibrando las lenguas.  
Escapamos exangües ante la visión. Aquéllas en ruta certera  
buscan a Laocoonte, y primero rodean con su abrazo  
los pequeños cuerpos de sus dos hijos y a mordiscos devoran  
sus pobres miembros; se abalanzan después sobre aquel  
que acudía en su ayuda con las flechas y abrazan  
su cuerpo en monstruosos anillos, y ya en dos vueltas  
lo tienen agarrado rodeándole el cuello con sus cuerpos de escamas,  
y sacan por encima la cabeza y las altas cervices.  
Él trata a la vez con las manos de deshacer los nudos,  
con las cintas manchadas de sangre seca y negro veneno,  
a la vez lanza al cielo sus gritos horribles,  
como los mugidos cuando el toro escapa herido del ara  
sacudiendo de su cerviz el hacha que erró el golpe.  
Se escapan luego los dragones gemelos hacia el alto santuario  
y buscan el alcázar de la cruel Tritónide  
ya los pies de la diosa, bajo el círculo de su escudo, se esconden.  
Entonces fue cuando un nuevo pavor se asoma a los pechos  
temblorosos de todos y se dice que Laocoonte había pagado su crimen,  
por herir con su lanza la madera sagrada  
y llegar a clavar en su lomo la lanza asesina.  
Gritan que hay que buscar un lugar a la efigie  
y ganarse el numen de la diosa.  
Rompe los muros y de la ciudad abrimos las murallas.  
Todos manos a la obra ponen ruedas a los pies,



y tienden a su cuello cuerdas de estopa;  
atraviesa los muros el ingenio fatal, preñado de armas.  
A su lado los mozos y las doncellas cantan sus himnos  
y gózanse si pueden tocar con su mano la cuerda;  
entra aquél y se desliza, amenazante, hasta el centro de la ciudad.  
¡Ay, patria! ¡Ay, Ilión, morada de dioses, y muros  
dardánidas, en la guerra famosos! Cuatro veces  
justo en el umbral de la puerta se detuvo, otras tantas  
gritaron de la panza las armas. Sin embargo, insistimos  
inconscientes y en ciego frenesí colocamos  
en lo más santo de la fortaleza el monstruo funesto.  
Aún entonces Casandra, a quien por mandato del dios los teucros  
no creían, abrió su boca para mostrarnos el destino futuro.  
¡Pobres de nosotros! Era aquel nuestro último día  
y adornamos con festivas guirnaldas los templos de la ciudad.  
»Gira el cielo entretanto y del Océano sube la noche  
envolviendo en su abrazo de sombra la tierra y el polo  
y los engaños de los mirmídones. Repartidos por los muros  
callaron los teucros; el sopor se apodera de sus miembros cansados.  
Y ya acudía desde Ténédos la falange argiva con las naves formadas  
entre el silencio amigo de la luna callada,  
buscando la conocida playa, cuando la nave capitana  
encendió las antorchas y, protegido por el hado inicuo de los dioses,  
libera Sinón a los griegos encerrados en la panza y descorre  
a escondidas los cerrojos de pino. Abierto a las brisas  
los devuelve el caballo y alegres se lanzan de la hueca  
madera los jefes Tesandro y Esténelo y Ulises cruel  
bajando por la cuerda tendida, y Acamante y Toante  
y el Pelida Neoptólemo y Macaonte el primero,  
y Menelao y Epeo, el propio urdidor de la trampa.  
Invaden la ciudad sepultada en el sueño y el vino;  
son muertos los guardias, y abriendo las puertas reciben  
a todos los compañeros y se reúnen los ejércitos cómplices.  
»Era el tiempo en que llega el descanso primero a los hombres  
cansados y se nos mete dentro, gratisimo regalo de los dioses.  
En sueños, atiende, se me apareció tristísimo Héctor  
ante mis ojos, derramando un llanto sin fin,  
como cuando fue arrebatado por las bigas y negro  
del polvo cruento y atravesados por una correa  
sus pies tumefactos. ¡Ay de mí y cómo estaba!  
¡Qué distinto del Héctor aquel que volvió revestido  
de los despojos de Aquiles o que lanzaba los fuegos frigos

a las naves de los dánaos! En desorden la barba  
y el cabello encostrado de sangre... y aquellas heridas,  
que muchas recibió rodeando de la patria los muros.  
Entre mis propias lágrimas  
me veía llamando al héroe y expresarle estos tristes lamentos:  
“¡Oh, luz de Dardania, de los teucros la más firme esperanza!  
¿Qué ha podido retenerte? ¿De qué riberas vienes  
Héctor ansiado? ¿Cómo te vemos, después de tantas muertes  
de los tuyos, agotados por tantas fatigas de los hombres  
y de nuestra ciudad! ¿Qué indigna causa tu rostro  
sereno manchó? ¿Por qué esas heridas estoy contemplando?”  
Nada repuso él a mis vanas preguntas, nada repuso  
pero sacando un grave gemido de lo hondo del pecho,  
“Ay, ¡huye, hijo de la diosa! -dijo-, líbrate de estas llamas.  
Está el enemigo en los muros; Troya se derrumba desde lo más alto.  
Bastante hemos dado a la patria y a Príamo. Si con tu diestra pudieras  
salvar a Pérgamo, ya por la mía habría sido salvada.  
Troya te encomienda sus objetos sagrados y sus Penates.  
Tómalos; compañeros de tu suerte, surca el mar  
y levanta para ellos unas dignas murallas.”  
Dice así y saca del interior del templo las cintas  
con sus manos, y Vesta poderosa, y el fuego eterno.  
»Se llenan entretanto las murallas de duelos diversos,  
y más y más, aunque estaba apartada la casa  
de Anquises, mi padre, y los árboles la escondían,  
claro se vuelve el sonido y se acerca el horror de las armas.  
Salgo de mi sueño y llego subiendo  
a lo más alto del tejado y me paro, atento el oído:  
como cuando la llama por la ira del Austro  
cae sobre el sembrado o el rápido torrente del río inunda  
los campos, inunda los alegres sembrados y las labores  
de los bueyes y arranca de cuajo los bosques; se queda de piedra,  
ignorante, el pastor sobre el alto peñasco escuchando el bramido.  
Entonces por fin quedó al descubierto su lealtad y se vieron las trampas  
de los dánaos. Ya se derrumba por Vulcano vencida la casa  
enorme de Deífobo, ya se incendia muy cerca  
Ucalegonte; las anchas aguas del Sigeo relucen de fuego.  
Se alza a la vez el clamor de los hombres y el clangor de las tubas.  
Cojo, loco, mis armas; nada pienso con ellas sino que arde  
mi pecho por reunir un grupo para el combate y con mis amigos  
acudir al alcázar; el furor y la ira aceleran  
mis ideas y me viene la imagen de una hermosa muerte con las armas.

»Y, mira, Panto que se libró de las flechas aqueas,  
Panto de Otris, sacerdote del alcázar y de Febo,  
llevando en sus manos los objetos de culto y a los dioses vencidos  
y al pequeño nieto, y se dirige, loco, corriendo alas puertas:  
“¿Dónde están peor las cosas, Panto? ¿Qué almena ocupamos?”  
Sin dejarme hablar me responde gimiendo:  
“Ya está aquí el día final y la hora que Dardania no puede  
evitar. Hubo troyanos, hubo una Ilión y una gloria inmortal  
de los teucros: Júpiter cruel se ha llevado todo  
a Argos; los dánaos dominan una ciudad en llamas.  
Erguido sin piedad en medio del recinto, el caballo  
vomita guerreros y Sinón victorioso, insolente,  
incendios provoca. Otros están a las puertas abiertas,  
cuantos a miles llegaron de Micenas la grande;  
otros han ocupado con lanzas enhiestas las calles  
estrechas; se levanta una línea de hierro, dispuesta a morir,  
trazada de filos brillantes; apenas intentan la lucha  
los primeros centinelas de las puertas y resisten a ciegas.”  
Por estas palabras del hijo de Otris y el numen divino  
me lanzo al combate y a las llamas a donde me convoca la Erinia  
funesta y el estruendo, y el clamor que se eleva hasta el cielo.  
Se me unen mis amigos Ripeo y el famoso guerrero  
Épito, que descubrí a la luz de la luna, e Hípanis y Dimante  
se ponen también a nuestro lado y el joven Corebo  
hijo de Migdón: justo por entonces a Troya  
acababa de llegar ardiente de amor insano por Casandra  
y como yerno brindaba su ayuda a los frigios y a Príamo,  
¡pobre de él, que no oyó los consejos de una esposa inspirada!  
En cuanto los vi juntos, enardecidos por combatir,  
comienzo a decirles “Jóvenes, corazones en vano valientes,  
si abrigáis un inmenso deseo de seguir al que quiere  
llegar hasta el fin, estáis viendo qué suerte es la nuestra.  
Han abandonado los templos y han dejado las aras los dioses  
que un día mantuvieron en pie nuestro imperio: acudís en ayuda  
de una ciudad en llamas. ¡Caigamos en el centro del combate!  
La única salvación para el vencido es no esperar salvación alguna.”  
Logré encender de esta forma las almas de los jóvenes. Y luego,  
como lobos rapaces en la oscura niebla, a quienes un hambre terrible  
los lanza fuera, ciegos, y sus cachorros abandonados esperan  
con las fauces secas, entre dardos, entre los enemigos  
buscamos una muerte segura avanzando hacia el centro de la ciudad;  
una negra noche vuela sobre nosotros con su cóncava sombra.

¿Quién puede narrar el desastre de la noche aquella,  
quién tanta muerte, o puede igualar las fatigas con lágrimas?  
Se derrumba una antigua ciudad que reinó muchos años;  
hay muchísimos cuerpos inertes por todas las calles  
y por las mansiones y los sagrados umbrales de los dioses.  
Mas no sólo los teucros pagaban su pena con sangre,  
que a veces también el valor retorna al corazón de los vencidos  
y caen los dánaos vencedores. Por todas partes un duelo  
cruel, por todas partes el miedo y la imagen repetida de la muerte.  
Andrógéo de los dánaos fue el primero en acercarse a nosotros, ignorante,  
con gran compañía, pensando en tropa de su bando;  
es más, se dirige a nosotros con palabras amigas:  
“¡Aprisa, soldados! Pues ¿qué pereza tan inoportuna  
os retrasa? Otros toman ya botín y Pérgamo saquean  
en llamas, ¿y vosotros llegáis aún de las altas naves?”  
Dijo, y al punto advirtió (pues que no se le daban respuestas  
creíbles) que había caído entre sus enemigos.  
De piedra se quedó y a un tiempo volvió atrás pies y palabras.  
Como el que al poner pie en el suelo entre ásperas zarzas  
pisó una serpiente, sin verla, y huye al instante asustado  
de la que hincha ya su cuello azulenco y se encrespa de ira.  
No de otro modo se marchaba Andrógéo tembloroso por lo que veía.  
Nos lanzamos y los rodeamos en un bosque de armas,  
y los aplastamos al no saber donde estaban, parados  
de espanto; favorece Fortuna nuestra empresa primera.  
Y entonces Corebo, saltando de gozo ante el éxito, dice:  
“Sigamos, amigos, por donde Fortuna primero  
nos muestra el camino y por donde aparece mejor;  
cambiemos las armas y tomemos los estandartes  
de los dánaos. Trampa o valor, ¿quién demandará al enemigo?  
Ellos nos darán sus armas.” Tras así decir se coloca  
el emplumado yelmo de Andrógéo y la preciada prenda de su escudo  
y acomoda a su costado la espada de un argivo.  
Lo mismo Ripeo, lo mismo hace Dimante y alegres también  
los jóvenes todos: cada cual se va armando con el botín reciente.  
Avanzamos mezclados con los dánaos bajo un numen adverso  
y, en la ciega noche enfrentados, combates innúmeros  
nos vimos trabando, y a muchos aqueos enviamos al Orco.  
Unos huyen a sus naves y buscan corriendo la costa  
segura; otros miedo cobarde al enorme caballo  
trepan de nuevo y en la madera amiga se ocultan.  
»¡Ay, que en nada puede uno confiar contra la voluntad de los dioses!

Mira cómo arrastran de los cabellos a la hija de Príamo,  
a Casandra la virgen, fuera del templo y la morada de Minerva,  
levantando hacia el cielo sus ojos ardientes en vano,  
sus ojos, que sus manos de niña cadenas las atan.  
No soportó este espectáculo, enloqueciendo, Corebo,  
y se lanzó dispuesto a morir en medio del ejército;  
todos le seguimos y caemos dentro de un bosque de armas.  
Y primero somos abatidos por las flechas que lanzan  
desde el tejado de un templo los nuestros y se hizo terrible matanza  
por la apariencia de nuestras armas y el error de los griegos penachos.  
Después se presentan los dánaos por todos lados gritando de ira  
por haberles quitado la doncella, el acérrimo Áyax  
y los dos hijos de Atreo y el ejército entero de los dólopes.  
Como cuando en quebrado remolino los vientos contrarios  
se enfrentan, el Céfito y el Noto y el alegre Euro  
con sus orientales caballos; gritan los bosques y el espumoso Nereo  
con su tridente se agita y sacude desde el fondo profundo los mares.  
También acuden aquellos a quienes engañamos con trampas  
en lo oscuro de la noche y perseguimos por toda la ciudad;  
advierten los primeros los dardos y los engañosos escudos  
y señalan por el sonido las lenguas discordantes.  
E inmediatamente nos aplastan con su número y el primero Corebo  
cayó junto al altar de la diosa armipotente por mano  
de Penéleo; cae así mismo Ripeo, el hombre más justo  
que hubo entre los teucros y el mejor cumplidor de lo bueno  
(otra cosa pareció a los dioses); también Hípanis y Dimante perecen  
atravesados por sus compañeros, y, Panto, ni tu mucha piedad  
ni las cintas de Apolo de caer te libraron.  
¡Ay, cenizas de Ilión y llama final de los míos! Os pongo  
por testigos de que nada rehuí en vuestra ruina,  
ni flechas ni nada, y de que habría caído a manos de los dánaos  
si lo hubiera querido mi sino. De allí nos marchamos,  
Ífito y Pelias conmigo (a Ífito la edad lo retrasa  
y tardo vuelve a Pelias la herida de Ulises),  
atraídos por un griterío que venía del palacio de Príamo.  
Aquí sí que vemos un combate tremendo; como si  
no hubiera más guerra y nadie muriera en toda la ciudad,  
así vemos a un indómito Marte y a los dánaos tratando de entrar  
en palacio y la puerta atacada por tenaz ariete.  
Se pegan las escalas a los muros y justo bajo la puerta  
se apoyan en los escalones y cubiertos con los escudos  
en la izquierda hacia los dardos se lanzan y tocan con su diestra los aleros.

Por el contrario, arrancan los Dardánidas las torres y todos los tejados de las casas; con tales armas cuando ven el final se aprestan a la defensa en la hora postrera de la muerte, y las doradas vigas, altivo adorno de los antiguos padres, hacen rodar; forman otros, espadas enhiestas, en las últimas puertas, que en fila cerrada vigilan.

Oso Nos lanzan nuestros corazones a defender la morada del rey y brindar ayuda a esos valientes, sumando nuestro brazo a los vencidos.

»Había una entrada y una puerta falsa y un pasadizo entre las casas de Príamo, por la parte de atrás, por donde solía la infeliz Andrómaca, cuando era fuerte su reino, ir sin compañía con frecuencia a casa de sus suegros y llevarle al abuelo al pequeño Astianacte.

Así que paso por ahí a lo más alto del tejado, desde donde los pobres teucros arrojaban sus dardos inútiles.

De su elevada base arrancamos y empujamos la torre aquella que se alzaba sobre el vacío hasta los astros, levantada en la parte más alta, de donde Troya entera solía contemplarse y las naves de los dánaos y el campamento aqueo, cavando con el hierro alrededor ahí donde los bordes de las tablas presentaban juntas abiertas. Se vino abajo de repente, gran ruina produjo con estruendo y en gran extensión cayó sobre las tropas de los dánaos. Mas otros acuden y no cesa entretanto toda clase de piedras y dardos.

»Ante la misma entrada y en el umbral primero, salta Pirro de gozo entre las flechas, brillando con la luz de sus bronces; como una culebra que comió malas hierbas cuando sale a la luz; el helado invierno la mantenía hinchada bajo tierra, pero ahora, dejando su piel vieja, con la nueva de juventud reluce y, estirándose al sol, agita irguiendo el pecho su lomo brillante y vibra su boca de triple lengua.

A la vez el gran Perifante y el que llevó los caballos de Aquiles, Automedonte, su escudero, y a la vez toda la juventud de Esciros al palacio se acercan y lanzan sus llamas al tejado.

Pirro entre los primeros rompe la puerta a hachazos terribles y arranca de cuajo las jambas de bronce; y ya parte de una viga y ataca la firme madera abriendo un enorme agujero de boca muy ancha.

Ya se ve el interior de la casa y se abren los amplios atrios; ya aparecen las habitaciones de Príamo y los reyes de antes y se ve a los guerreros que están en la entrada.

Y el interior del palacio ve mezclarse gemidos

y mísero tumulto, y con el ulular dolorido de mujeres  
resuenan los huecos de la casa; hiere los astros de oro el clamor.  
Vagan también las madres asustadas por las salas inmensas  
y a los postes se abrazan y los llenan de besos.  
Pirro arremete con la fuerza de su padre y contra él no valen  
ni cerrojos ni guardias; se tambalea la puerta  
a golpes de ariete y sacadas de su quicio caen las jambas.  
Se abre un camino de violencia. Rompen la entrada y los dánaos  
que pasan matan a los primeros y llenan de soldados el lugar.  
Que tanto no hace espúmea corriente cuando rompe su cauce,  
y se lanza y vence con su remolino a las moles que frente le hacen  
y arrasa enloquecida los sembrados y por todos los campos  
confunde ganados y establos. Y con estos ojos ni a Neoptólemo  
loco de sangre y a los dos Atridas en la puerta,  
yo vi a Hécuba y a sus cien nueras y a Príamo por los altares  
manchando de sangre los fuegos que había consagrado.  
Aquellas cincuenta alcobas, esperanza tan grande de nietos,  
cayeron y cayeron sus puertas orgullosas del oro y el botín  
de los bárbaros; llegan los dánaos donde no llega el fuego.  
»Y quizá me preguntes también cuál fue el sino de Príamo.  
Cuando vio la ruina de su ciudad conquistada y abatidos  
los umbrales de palacio y al enemigo dentro de su casa,  
en vano toma el viejo en sus hombros temblorosos las armas  
[enmohecidas tiempo ha, por la edad  
y se ciñe el hierro inútil y lánzase a morir entre los enemigos.  
Había un altar al aire libre, en medio del recinto sagrado,  
enorme, y a su lado un laurel muy antiguo  
que caía sobre el ara y abrazaba con su sombra los Penates.  
Estos altares en vano rodean Hécuba y sus hijas  
que aquí se juntan como palomas que la negra tempestad empuja,  
y estaban sentadas abrazando las estatuas de los dioses.  
Mas cuando vio nada menos que a Príamo ceñido  
con las armas de un joven: “¿Qué idea tan loca, pobre esposo mío,  
te ha llevado a armarte de ese modo? -dijo-, ¿a dónde corres?  
No precisa esta hora de ayudas así ni de defensores  
como tú; no, ni aunque mi Héctor estuviera con nosotros.  
Anda, ven aquí. El altar nos protegerá a todos,  
o moriremos juntos,” Y al callar lo abrazó  
en su regazo y sentó al anciano en el lugar sagrado.  
»Y ahí va por su lado Polites, uno de los hijos de Príamo,  
escapado de las manos de Pirro, y recorre en su huida  
los largos pórticos entre las flechas, entre los enemigos,

y pasa herido por las habitaciones vacías. Pirro le persigue ansioso por herirle de muerte y ya casi lo tiene y le da con su lanza. Cuando por fin escapa y llega hasta los ojos y el rostro de sus padres, es ya para morir y perder entre mucha sangre la vida. Príamo entonces, aunque casi lo abraza la muerte, no calló sin embargo ni evitó dar gritos de ira: “A ti, a ti -exclama-, por este crimen, por todo lo que has hecho, si hay aún en el cielo alguna piedad que vigile estas cosas, te paguen los dioses precio justo y el premio adecuado, por haberme hecho verla muerte de mi hijo y manchar con tu crimen la mirada de sus padres. No se portó de esa manera el gran Aquiles, del que te mientas hijo, con su enemigo Príamo; que respetó los sagrados derechos de un suplicante y me dejó enterrar el cuerpo exangüe de mi Héctor y me devolvió a mi reino.” Dejó de hablar el anciano y lanzó sin fuerzas una flecha inocente que rechazó sin más el bronco bronce y quedó inútilmente colgando del escudo en el centro. Y entonces Pirro: “Llévale esto y sé mi mensajero ante el Pelida, mi padre. Y no olvides contarle las tristes hazañas de un Neoptólemo degenerado. Ahora, muere.” Así diciendo justo hasta el altar lo arrastró, tembloroso y resbalando en la sangre de su hijo; con la izquierda cogió su cabello, desenvainó con la diestra su espada brillante y la hundió en el costado hasta la empuñadura. Éste fue el fin de los hados de Príamo, esta muerte le cupo en suerte tras ver el incendio de Troya y la ruina de Pérgamo, a él, otrora orgulloso señor de tantos pueblos y tierras de Asia. Yace enorme su tronco en la playa, arrancada de los hombros la cabeza y sin nombre su cuerpo. »Entonces por vez primera se apoderó de mí cruel horror. Me quedé estupefacto; la imagen me vino de mi querido padre cuando vi exhalar el último aliento al rey de su edad por herida cruel; pensé en Creúsa abandonada, y mi casa saqueada y la muerte de mi pequeño Julo. Miro atrás y reviso la tropa que aún tengo. Todos me abandonaron agotados y saltaron a tierra o entregaron sus cuerpos heridos a las llamas. [»Y quedaba yo sólo cuando veo a la hija de Tindáneo guardando el templo de Vesta y escondida en silencio en un lugar secreto; los incendios iluminan mi vagar y a todas partes dirijo mis ojos.



Temiendo de antemano el odio de los teucros por la caída de Pérgamo  
y el castigo de los dánaos y la ira de su esposo abandonado,  
Erinia común de Troya y de su patria,  
se había escondido y, odiada, estaba sentada en los altares.  
Llamas ardieron en mi corazón; una ira me nace por vengar a mi patria  
en su ruina y castigar tan graves crímenes.  
“¡Vaya! ¿Ésta, a salvo, volverá a ver Esparta y su patria  
Micenas y volverá a reinar con el triunfo obtenido?  
¿Y a su esposo verá y la casa de su padre y a sus hijos  
rodeada de troyanas y con servidores frigios?  
¿Y Príamo habrá muerto por la espada? ¿Y Troya habrá caído por el fuego?  
¿Y habrá rezumado sangre tantas veces la playa dardania?  
No tal. Que aunque no hay título alguno memorable  
en vencer a una mujer, esta victoria tiene su recompensa;  
por haber acabado con un crimen e infligir una pena  
merecida seré alabado y gozaré mi ánimo saciando  
de fama vengadora y cumpliendo con las cenizas de los míos.”  
Eso decía y me dejaba llevar de mi mente enloquecida,  
cuando se me presentó como nunca ante mis ojos lo había hecho  
tan claro, y en una luz pura brilló a través de la noche  
mi noble madre, mostrándose diosa tal y como la ven  
los que habitan el cielo, y tomándome con su diestra  
me contuvo y esto me dijo además con su boca de rosas:  
“Hijo, ¿qué dolor tan grande provoca tu cólera indómita?  
¿Por qué te enfureces? ¿A dónde se ha ido tu cuidado por mí?  
¿No verás antes dónde has dejado a tu padre Anquises,  
cansado por su edad, y si viven aún tu esposa Creúsa  
y tu hijo Ascanio? Por todas partes a todos les rodean  
las armas griegas, y, si no fuera constante mi providencia,  
ya les tendrían las llamas y clavado se habría el puñal despiadado.  
No eches la culpa a la odiada belleza de la espartana hija  
de Tindáreo, ni aun a Paris: la inclemencia de los dioses,  
la de los dioses, arruinó este poder y abatió a Troya de su cumbre.  
Mira bien (que ahora retiraré toda la nube que tienes  
delante y oscurece tu visión mortal, y, húmeda, se evapora  
alrededor; no temas tú los mandatos de tu madre  
ni rehúses obedecer sus órdenes):  
aquí, donde ves las moles deshechas y las rocas arrancadas  
de las rocas y el humo ondear mezclado con el polvo,  
Neptuno con su enorme tridente es quien golpea los muros  
y los removidos cimientos y la ciudad entera de su asiento  
arranca. Aquí la muy cruel Juno ocupa la primera

las puertas Esceas y ceñida con la espada convoca  
enloquecida de las naves al ejército aliado.  
Mira ya en lo más alto del alcázar a Palas Tritonia  
sentada, brillando con su nimbo y la cruel gorgona.  
Mi propio padre da ánimo a los dánaos y favorece  
sus fuerzas; él empuja a los dioses contra las armas de Troya.  
Sálvate, hijo, y marca un final a tus fatigas;  
nunca te faltaré, y te llevaré a salvo hasta el umbral de una patria.”  
Así dijo, ocultándose en las espesas sombras de la noche.  
Los númenes supremos de los dioses muestran su rostro a Troya  
cruel y enemigo.  
»Me parece ya entonces que Ilión se asienta, toda ella,  
en una hoguera y la Troya de Neptuno ser arrancada de cuajo.  
Y como cuando en lo alto del monte el viejo olmo  
con hierro cortado y con golpes de hachas se esfuerzan  
en abatir los campesinos con empeño, y él amenaza  
y agita los cabellos con la copa sacudida, temblando,  
hasta que poco a poco vencido por las heridas gime  
por último y arrancado causa gran ruina a los collados.  
Bajo y con la guía de la diosa puedo pasar por las llamas  
y los enemigos: abren paso las flechas y las llamas retroceden.  
»Y cuando llego por fin al umbral de la casa paterna  
y a la antigua morada, mi padre, a quien quería  
subir el primero a los altos montes y el primero buscaba,  
se niega a seguir con vida ante la muerte de Troya  
y padecer el exilio: “¡Ay! Vosotros que conserváis  
el vigor de la edad en la sangre  
y cuyas fuerzas permanecen intactas -dice-, emprended  
vosotros la huida.  
Si los del cielo hubieran querido que yo conservase la vida,  
me habrían salvado también esta casa. Bastante y de sobra una vez  
vi su destrucción y escapé a la conquista de mi ciudad.  
Así, marchaos así dando el último adiós a mi cuerpo.  
Yo mismo encontraré por mi mano la muerte; se compadecerá el enemigo  
y buscará mis despojos. Leve resulta quedarse sin sepulcro.  
Ya estoy viviendo demás, odioso a los dioses  
e inútil, desde que el padre de los dioses y rey de los hombres  
me sopló con los vientos de su rayo y me alcanzó con el fuego.”  
»En eso insistía al hablar y permanecía inmutable.  
Repusimos nosotros bañados en lágrimas, mi esposa Creúsa  
y Ascanio y toda mi casa, que no quisiera mi padre llevarse  
todo con él ni acelerar un sino ya presuroso.

Se niega y se mantiene en lo dicho y en el mismo lugar.  
Me lanzo de nuevo al combate y busco en mi desgracia la muerte.  
Pues, ¿qué solución o qué fortuna me quedaban?:  
“¿Creíste, padre mío, que podría escapar dejándote aquí  
y un crimen así se abrió paso en la boca paterna?  
Si agrada a los dioses que no quede nada de ciudad tan grande  
y así está en su ánimo y quieren sumar a la ruina de Troya  
la tuya y la de los tuyos, la puerta está abierta a esa muerte,  
y en seguida estará aquí Pirro, manchado de la sangre de Príamo,  
quien no vacila en degollar al hijo ante su padre ni al padre junto al ara.  
Madre mía, ¿para esto me sacaste entre los dardos  
y las llamas? ¿Para ver al enemigo dentro de nuestra casa,  
y a Ascanio y a mi padre y con ellos Creúsa,  
el uno junto al otro anegados en sangre?  
¡A las armas, muchachos, a las armas! Que la luz postrera reclama a los vencidos.  
Llevadme con los dánaos; dejadme ver de nuevo el combate  
emprendido. No todos moriremos hoy sin venganza.”  
»Me ciño entonces de nuevo la espada y colocaba ya el escudo  
en mi izquierda y me lanzaba fuera de la casa.  
Pero mira por dónde abrazada en el umbral Creúsa a mis pies  
se detenía y a su padre ofrecía al pequeño Julo:  
“Si vas a morir, llévanos a nosotros contigo, pase lo que pase;  
pero si, a sabiendas, alguna esperanza pones en las armas que empuñas,  
lo primero es guardar esta casa tuya. ¿A quién entregas al pequeño Julo  
a quién a tu padre y a mí, que un día fui llamada tu esposa?”  
»Gritando y gimiendo llenaba toda la casa con esas palabras,  
cuando aparece de repente un prodigio asombroso.  
En efecto, entre las manos y los rostros de sus pobres padres,  
he aquí que de lo alto de la cabeza de Julo derramar parecía  
un leve rayo su luz y una llama suave que no quemaba al tacto  
lamer sus cabellos y posarse en torno a sus sienas.  
Temblamos, asustados, de miedo y le sacudíamos el cabello  
que ardía, tratando de apagar con agua el fuego sagrado.  
Pero el padre Anquises alzó hacia los astros sus ojos,  
alegre, y a la vez levantó la voz y las palmas al cielo.  
“Júpiter todopoderoso, si te dejas ganar por alguna oración,  
míranos, sólo eso, y, si somos dignos de tu piedad,  
danos tu ayuda en seguida, padre, y confirma estos presagios.”  
»Apenas había hablado el anciano, y con súbito fragor  
tronó por la izquierda y del cielo cayó entre las sombras  
veloz una estrella de cola con una gran luz.  
Cruzar la vimos sobre los tejados

e ir a ocultarse brillante en los bosques del Ida  
señalando caminos; deja a su paso largo surco  
de luz y humea el lugar en gran extensión con un humo de azufre.  
Al fin vencido, se alza mi padre hacia las auras  
y habla a los dioses y adora la santa estrella: "Ya no cabe retraso alguno; te sigo y  
donde me llevéis estaré,  
dioses de mi patria. Salvad mi casa, salvad a mi nieto.  
Esta señal es vuestra y Troya cuenta en vuestros designios.  
Me rindo, vaya, y no me niego, hijo, a acompañarte."  
Eso dijo, y ya por la muralla se oye el fuego  
más claro y más cerca se revuelven las llamas del incendio.  
"Vamos entonces, padre querido, súbete a mis hombros,  
que yo te llevaré sobre mi espalda y no me pesará esta carga;  
pase lo que pase, uno y común será el peligro,  
para ambos una será la salvación. Venga conmigo  
el pequeño Julo y siga detrás nuestros pasos mi esposa.  
Y vosotros, mis siervos, prestad atención a cuanto diga.  
A la salida de la ciudad hay un túmulo y un viejísimo templo  
abandonado de Ceres y a su lado un antiguo ciprés  
que la piedad de nuestros padres guardó muchos años.  
Cada uno por su lado llegaremos todos a ese mismo lugar.  
Tú toma, padre, los objetos de culto y los patrios Penates;  
yo no puedo tocarlos saliendo de guerra tan grande  
y de la reciente matanza, hasta que me purifique  
el agua viva de un río."  
Dicho esto, me pongo una tela sobre mis anchos hombros  
y el cuello agachado y encima la piel de un rubio león,  
y tomo mi carga; de mi diestra se coge  
el pequeño Julo y sigue a su padre con pasos no iguales;  
detrás viene mi esposa. Avanzamos por ocultos caminos  
y hasta el aire me asusta ahora a mí, a quien todos los griegos  
juntos enfrente ni todas sus flechas podían dar miedo,  
cualquier ruido me alerta de igual modo  
temiendo a la vez por mi compañero y por mi carga.  
Y ya estaba cerca de la puerta y parecía todo el camino  
haber salvado cuando de repente el sonido repetido  
de unos pasos llega hasta mis oídos, y mi padre mirando  
entre las sombras: "Hijo -exclama-, huye, hijo mío, se acercan.  
Puedo ver sus escudos ardientes y sus brillantes bronce."  
En ese momento no sé qué numen nada favorable  
se apoderó de mi confundida y asustada razón. Pues mientras sigo  
corriendo caminos apartados tras salir de las calles conocidas,

pobre de mí, Creúsa mi esposa quedó atrás, no sé si por el hado o si se equivocó de camino o si cansada se sentó.  
Nunca después volvieron a verla mis ojos. Y no miré atrás por si se perdía ni le presté atención hasta que llegamos al túmulo de la antigua Ceres y al lugar a ella consagrado.  
Aquí, finalmente todos reunidos, sólo ella fue echada de menos y desapareció ante su hijo, su esposo y sus compañeros.  
¿A quién no acusé, enloquecido, de dioses y hombres, o qué vi más cruel en la ruina de mi ciudad?  
Encomiendo a los compañeros a Ascanio y a mi padre Anquises y los Penates teucros y los escondo en un oculto valle, y yo me vuelvo a la ciudad y ciño de nuevo mis armas brillantes.  
Decidido está: Volveré a pasar todos los riesgos y a recorrer toda Troya de nuevo y de nuevo a lanzar mi vida a los peligros.  
Recorro primero los muros y los oscuros umbrales de la puerta por la que había salido y vuelvo sobre mis pasos buscando en la noche con mis ojos las huellas que dejamos; el horror se apodera de mi pecho y hasta el propio silencio me asusta.  
Vuelvo de nuevo a casa por si acaso había encaminado hacia allí sus pasos: los dánaos habían entrado y la ocupaban entera.  
Trepas voraz el fuego con el favor del viento a las vigas más altas; asoman por encima las llamas y el calor se agita en el aire.  
Prosigo y llego otra vez a la casa de Príamo y a la fortaleza; ya estaban guardando el botín en los pórticos vacíos, en el recinto de Juno, Fénix y el cruel Ulises, escogidos guardianes. Aquí se amontona de todas partes el tesoro de Troya, saqueado en el incendio de los templos, y las mesas de los dioses y las crateras de oro macizo y la ropa de los vencidos.  
Alrededor están en larga fila los niños y las madres asustadas.  
Hasta me atreví a gritar entre las sombras y llené las calles de mi voz y afligido, Creúsa repitiendo, una y otra vez la llamé en vano.  
Buscando y corriendo sin parar entre los edificios, se presentó ante mis ojos la sombra de la misma Creúsa, su figura infeliz, una imagen mayor que la que tenía.  
Me quedé parado, se erizó mi cabello y la voz se clavó en mi garganta.  
Entonces habló así y con estas palabras me liberó de cuidado:  
“Por qué te empeñas en entregarte a un dolor insano, oh dulce esposo mío? No ocurren estas cosas sin que medie la voluntad divina; ni te ha sido dado el llevar a Creúsa contigo, ni así lo consiente el que reina en el Olimpo soberano.  
Te espera un largo exilio y arar la vasta llanura del mar,

y llegarás a la tierra de Hesperia donde el lidio Tiber  
fluye con suave corriente entre los fértiles campos de los hombres.  
Allí te irán bien las cosas y tendrás un reino y una esposa  
real; guarda las lágrimas por tu querida Creúsa.  
No veré yo la patria orgullosa de los mirmídonos  
o de los dólopes, ni marcharé a servir a las matronas griegas,  
nuera que soy de la divina Venus y Dardánida;  
me deja en estos lugares la gran madre de los dioses.  
Adiós ahora, y guarda el amor de nuestro común hijo.”  
Luego me dijo esto, me abandonó llorando y queriendo  
hablar aún mucho, y desapareció hacia las auras sutiles.  
Tres veces intenté poner mis brazos en torno a su cuello,  
tres veces huyó de mis manos su imagen en vano abrazada,  
como el viento ligera y en todo semejante al sueño fugitivo.  
Así por fin, consumida la noche, vuelvo con mis compañeros.  
»Y encuentro allí asombrado que una gran muchedumbre  
de nuevos amigos había acudido, mujeres y hombres,  
la juventud reunida para la marcha, una gente digna de lástima.  
De todas partes acudieron preparados de ánimo y recursos  
para partir hacia la tierra que yo eligiera allende el mar.  
Surgía ya Lucifer en lo alto de las cumbres del Ida  
y nos traía el día, y los dánaos tenían ocupados  
los umbrales de las puertas y no quedaba ya esperanza de ayuda.  
Me puse en marcha y los montes busqué con mi padre a la espalda.

## LIBRO III

Luego que subvertir el poder de Asia y de Príamo al inocente pueblo plugo a los dioses, y cayó la soberbia Ilión y por el suelo humea toda la Troya de Neptuno, a diversos exilios y a buscar tierras abandonadas nos obligan los augurios de los dioses y una flota bajo la misma Antandro disponemos y al pie del Ida de Frigia, sin saber a dónde nos llevan los hados, dónde podremos instalarnos, y reunimos a los hombres. Había comenzado apenas la primavera y el padre Anquises ordenaba rendir al destino las velas, cuando llorando dejó las costas de la patria y sus puertos y los llanos donde un día se alzó Troya. Heme allí arrastrado al exilio, al mar, con mis amigos y mi hijo, con los Penates y los grandes dioses. »Hay una tierra lejos de vastas llanuras consagradas a Marte (los tracios la aran), gobernada otrora por el fiero Licurgo, antiguo asilo de Troya y Penates aliados mientras fortuna hubimos. Ahí paramos y en la curva playa levanto las primeras murallas llevado por un hado inicuo e invento el nombre de Enéadas por mi propio nombre. Preparaba sacrificios a mi madre de Dione hija y a los dioses tutelares de la obra emprendida y un toro corpulento en la playa ofrecía al supremo rey de los que pueblan el cielo. Mira por dónde se alzaba al lado un túmulo, y en lo alto ramas de cornejo y un mirto erizado de espesas puntas. Me acerqué tratando de arrancar del suelo un verde arbusto que cubriera con su espeso follaje los altares, y veo un extraño prodigio horrible de contar. Pues en cuanto arranco del suelo cortando sus raíces el primer tallo, destila éste gotas de negra sangre que ensucia la tierra con su peste. Un helado espanto sacude mi cuerpo y mi sangre helada se me cuaja de miedo.

De nuevo trato de arrancar una flexible vara  
y de buscar hasta el fondo las causas escondidas;  
y otra vez negra sangre mana de la corteza.  
Dando muchas vueltas en mi corazón invocaba a las Ninfas agrestes  
y al padre Gradivo, el que reina en los campos de los getas;  
que propiciasen la visión e hicieran bueno el presagio.  
Mas cuando con mayor esfuerzo a una tercera vara  
me pongo y de rodillas me apoyo contra la arena  
(¿sigo, o me callo?), se escuchan de lo profundo de la altura  
lacrimosos gemidos y sale, y llega a mis oídos esta voz:  
“¿Por qué desgarras, Eneas, a un desgraciado? Deja ya en paz a un muerto,  
deja de profanar tus manos piadosas. Troya no me hizo  
extraño a ti ni mana esta sangre de la madera.  
Huye, ¡ay!, de esta tierra despiadada, huye de una costa tan avara,  
que soy Polidoro. Aquí, atravesado, férrea me sepultó  
mies de lanzas que aumentó con agudas jabalinas.”  
Entonces, agobiada mi mente por la duda y el miedo quedé estupefacto,  
se erizaron mis cabellos y la voz se clavó en mi garganta.  
»Hacía tiempo que a este Polidoro, con gran cantidad de oro,  
a escondidas lo había enviado el pobre Príamo al rey de Tracia  
para que lo cuidase, desconfiando ya de las armas  
de Dardania y viendo a su ciudad ceñida por el asedio.  
El otro, apenas se quebraron las esperanzas de los teucros y los dejó Fortuna,  
se puso de parte de Agamenón y de las armas vencedoras,  
rompiendo todo compromiso: asesina a Polidoro y se apodera  
del oro por la fuerza. ¡A qué no obligas a los mortales pechos,  
hambre execrable de oro! Cuando el pavor abandonó mis huesos,  
refiero a los mejores de mi pueblo y a mi padre el primero  
los avisos de los dioses y su opinión les demando.  
En todos había igual ánimo: salir de una tierra maldita,  
dejar un asilo mancillado y confiar la flota a los Austros.  
Así que preparamos las exequias de Polidoro y gran cantidad  
de tierra amontonamos sobre su túmulo; se alzan a sus Manes  
las aras funerales de bandas azules y negro ciprés,  
y alrededor las troyanas con el pelo suelto según la costumbre;  
derramamos encima espumantes cuencos de tibia leche  
y páteras de sangre sagrada, y entregamos su alma  
al sepulcro y a grandes voces rendimos el saludo postrero.  
»Y luego, en cuanto el piélago nos ofrece confianza y presentan los vientos  
un mar en calma y el Austro con suave silbo nos llama al agua,  
arrastran los compañeros las naves y llenan la playa;  
salimos del puerto y se alejan las tierras y las ciudades.



Hay en medio del mar una tierra sagrada gratísima  
a la madre de las Nereidas y a Neptuno Egeo,  
que, errante por costas y playas, el piadoso arquero  
la encadenó a la elevada Míconos y a Gíaros  
y la dejó inmóvil y habitada, con el poder de despreciar los vientos.  
Allá vamos y ella, placidísima, agotados en su seguro puerto  
nos acoge; desembarcamos y veneramos la ciudad de Apolo.  
El rey Anio, rey a la vez de hombres y sacerdote de Febo,  
ceñidas sus sienes con las ínfulas y el laurel sagrado,  
se presenta; reconoció en Anquises al viejo amigo.  
Juntamos nuestras diestras como hospitalidad y en la ciudad entramos.  
»Veneraba yo los templos del dios erigidos en un viejo peñasco:  
“Concedéndonos, Timbreo, una casa propia; concede a los fatigados  
unas murallas y una estirpe y una ciudad perdurable; salva la nueva  
Pérgamo de Troya, los restos de los dánaos y del cruel Aquiles.  
¿A quién seguimos o a dónde nos mandas ir? ¿Dónde establecernos?  
Danos, padre, una señal y métete en nuestros corazones:”  
Apenas había acabado de hablar: todo me pareció temblar de pronto,  
los umbrales y el laurel del dios, y el monte entero  
agitarse alrededor y en el abierto santuario sonar su trípode.  
Caemos al suelo de rodillas y una voz llega a nuestros oídos:  
“Duros Dardánidas, la tierra que os creó primero de la raza  
de vuestros padres, esa misma con alegre seno  
os acogerá al volver. Buscad a la antigua madre.  
Aquí la casa de Eneas gobernará sobre todas las riberas  
y los hijos de sus hijos y los que nazcan de ellos.”  
Esto Febo, y en medio del tumulto una gran alegría  
nació, y todos preguntan cuáles son esas murallas,  
a dónde llama Febo a los errantes y les manda volver.  
Mi padre entonces, evocando los recuerdos de los más viejos,  
“Escuchadme, señores de Troya -dice-, y conoced vuestras esperanzas.  
Creta, la isla del gran Júpiter, yace en medio del ponto,  
donde el monte Ida y la cuna de nuestro pueblo.  
Cien grandes ciudades habitan, ubérrimos reinos,  
de donde, si bien recuerdo lo escuchado, nuestro gran padre  
Teucro arribó por vez primera a las costas reteas  
y eligió un lugar para su reino. Ilion aún no se había levantado  
ni los alcázares de Pérgamo; vivían en lo profundo de los valles.  
De allí la madre venerada en el Cibelo y los bronceos de los Coribantes  
y el bosque ideo, de allí los fieles silencios de los misterios  
y los leones vinieron uncidos al carro de su dueña.  
Así que ánimo y sigamos por donde nos llevan los mandatos de los dioses;

aplaquemos los vientos y busquemos el reino de Cnosos.  
El camino no es largo: con que Júpiter nos asista,  
la tercera luz dejará nuestra flota en las costas de Creta”  
Dicho esto rindió en los altares honores merecidos,  
un toro a Neptuno, un toro para ti, bello Apolo,  
una oveja negra a la Tormenta y a los felices Céfiros una blanca.  
»Vuela el rumor de que ha sido expulsado del reino de su padre  
el rey Idomeneo, que desiertas estaban las playas de Creta,  
que la región está libre de enemigos y sedes vacías nos aguardan.  
Dejamos el puerto de Ortigia y por el mar volamos  
y por Naxos con los collados de Baco y la verde Donusa  
y Oléaros y la nívea Paros y esparcidas por las aguas  
las Cícladas pasamos y los mares encrespados de tierras numerosas.  
El grito de los marinos salta al aire en reñida disputa:  
piden los compañeros que Creta busquemos y a nuestros padres.  
Nos empuja un viento que se levanta a nuestra popa,  
y llegamos por fin a las antiguas costas de los curetes.  
Así que ansioso levanto los muros de la ciudad deseada  
y Pergámea la llamo y a mi pueblo contento con el nombre  
lo animo a amar sus hogares y a elevar el alcázar sobre los tejados  
Y ya las naves estaban varadas en una playa casi seca,  
la juventud entregada a nuevos campos y nuevos matrimonios,  
y les daba leyes y casas, y he aquí que de pronto nos vino encima  
una peste horrible para los cuerpos y para árboles y sembrados  
miserable y un año de muerte desde una envenenada región del cielo.  
Dejaban sus dulces almas o enfermos se arrastraban  
los cuerpos; Siro además abrasaba los estériles campos,  
se sacaban los pastos y una mies enferma nos negaba el sustento.  
De nuevo a recorrer el mar, al oráculo de Ortigia y a Febo,  
me exhorta mi padre y a suplicar su venia,  
qué fin dispone a estas desgracias, dónde nos ordena  
buscar el remedio a nuestras fatigas, a dónde dirigirnos.  
»Era la noche y el sueño en la tierra se había adueñado de los animales.  
Las sagradas imágenes de los dioses y los frigios Penates  
que sacara conmigo de Troya en medio de incendio  
de la ciudad se mostraron erguidos ante mis ojos,  
en sueños, iluminados con gran resplandor, con el que la luna  
llena se derramaba por las abiertas ventanas;  
Y así hablaron entonces y con estas palabras se llevaron mis cuitas:  
“Lo que Apolo te diría si volvieras a Ortigia,  
aquí te lo revela y además nos envía a tus umbrales.  
Nosotros te seguimos a ti, tras el incendio de Dardania, y a tus armas;

bajo tu guía hemos recorrido nosotros el mar hinchado con las naves,  
seremos nosotros quienes alcen a los astros a tus descendientes  
y confieran el imperio a tu ciudad. Tú dispón para grandes  
grandes murallas y no abandones el enorme esfuerzo de tu periplo.  
Debes cambiar de territorio. No de estas riberas te habló  
el Delio, no te ordenó Apolo establecerte en Creta.  
Hay un lugar (los griegos lo llaman con el nombre de Hesperia),  
una tierra antigua, poderosa en las armas y de feraces campos;  
la habitaron hombres de Enotria; hoy se dice que sus descendientes  
la llaman Italia por el nombre de un caudillo.  
Ésta es nuestra verdadera patria, de aquí procede Dárdano  
y el padre Yasión, origen éste de nuestra stirpe.  
Levanta, pues, y transmite alegre estas palabras indubitables  
a tu anciano padre: que busque Córito y las tierras  
ausonias; Júpiter te niega los campos dicteos”  
Atónito ante visión semejante y por la voz de los dioses  
(que no era aquello ningún sueño; reconocer de verdad me parecía  
los rasgos y las cabezas cubiertas y los rostros presentes;  
y manaba de todo mi cuerpo un sudor helado),  
me lanzo de la cama y dirijo al cielo  
las palmas extendidas y mi voz y libo ante el fuego sagrado  
presentes sin mancha. Gozoso, cumplido el sacrificio,  
lo comunico a Anquises y le expongo las cosas por orden.  
Reconoció la ambigua prole y dobles antepasados  
y a él mismo engañado por el nuevo error de los antiguos lugares.  
Recuerda entonces: “Hijo mío de Ilión atormentado por el sino,  
Casandra sola me profetizaba estos sucesos.  
Ahora recuerdo que, al prever el destino de nuestro pueblo,  
hablaba con frecuencia de Hesperia y de los ítalos reinos.  
Mas ¿quién iba a imaginar a los teucros en las costas de Hesperia?  
¿A quién podían convencer entonces los vaticinios de Casandra?  
Hagamos caso a Febo y advertidos sigamos mejores señales.”  
Así dice, y todos obedecemos entre aclamaciones sus palabras.  
Abandonamos también este lugar y, dejando a unos pocos,  
largamos las velas y la vasta planicie recorreremos en el cavo leño.  
»Luego que las naves cubrieron el mar y más no aparece  
ninguna tierra, cielo por todo y por todo agua,  
se paró entonces sobre mi cabeza una nube cerúlea  
llena de noche y tormenta, y el mar se encrespó de tiniebla.  
Al punto los vientos revuelven el mar y enormes se levantan  
las olas, nos dispersa el azote de un vasto remolino.  
Escondieron los nimbos el día y cubrió una húmeda noche

el cielo y los relámpagos aumentan en las rasgadas nubes,  
perdemos el rumbo y vagamos en las aguas ciegas.  
Ni Palinuro acierta siquiera a distinguir en el cielo  
el día de la noche ni recuerda el camino entre las olas.  
En la ciega tiniebla vagamos así tres inciertos soles  
por el mar y otras tantas noches sin estrellas.  
El cuarto día al fin pareció asomar una tierra,  
mostrarse a lo lejos las montañas y evaporarse la niebla.  
Caen las velas, nos ponemos a los remos; sin tardanza  
los esforzados marineros agitan la espuma y surcan el azul.  
Las costas de las Estrófades me acogen las primeras salvado  
de las aguas. Se alzan las Estrófades con su nombre griego,  
islas del gran Jonio, que la siniestra Celeno  
y las otras Harpías habitan luego que la casa de Fineo  
se les cerró y por miedo dejaron las mesas de antes.  
No hay monstruo más aciago que ellas ni peste alguna  
más cruel o castigo de los dioses nació de las aguas estigias.  
Rostros de doncella en cuerpos de ave, nauseabundo el excremento  
de su vientre, manos que se hacen garras y rasgos siempre  
pálidos de hambre.  
Aquí cuando llegamos y entramos en el puerto, mira por dónde  
vemos por todo el campo espléndidas manadas de bueyes  
y un rebaño de cabras sin custodia alguna por los pastos.  
Nos lanzamos con las espadas invocando a los dioses y al propio  
Júpiter con una parte del botín; entonces en el curvo litoral  
disponemos los lechos y con viandas exquisitas nos regalamos.  
Mas de pronto con espantoso salto de los montes se presentan  
las Harpías y baten con estridencia sus alas,  
y nos roban la comida y ensucian todo con su contacto  
inmundo, y un grito feroz entre el olor repugnante.  
En un lugar apartado bajo el hueco de una roca, de nuevo  
montamos las mesas y reponemos el fuego de los altares;  
de nuevo de otra parte del cielo y de oscuros escondrijos  
la ruidosa turba sobrevuela el botín con sus garras,  
ensucia con su boca la comida. Ordeno entonces a mis compañeros  
que empuñen sus armas, que presentemos batalla a la raza funesta.  
Ejecutan mis órdenes y cubiertas por la hierba  
preparan las espadas y ocultan los escudos.  
Y así, cuando se lanzaron llenando de alaridos las curvas  
playas, da Miseno la señal desde la alta atalaya  
con el cavo bronce. Acuden los compañeros y buscan nuevos combates,  
manchar con su espada a los obscenos pájaros del mar.

Pero ni golpe alguno en sus alas ni heridas en el lomo  
reciben, y escapando en rápida huida a las estrellas  
dejan su presa a medio comer y los sucios restos.  
Sólo una se posó en lo más alto de una roca, Celeno,  
vate de desgracias, y saca de su pecho este grito:  
“¿También la guerra sobre la matanza de bueyes y los novillos muertos,  
hijos de Laomedonte, la guerra pensáis traernos  
y arrojar a las inocentes Harpías del reino de su padre?  
Recibid así en vuestro corazón y clavad bien estas palabras mías,  
que a Febo el padre todopoderoso y a mí Febo Apolo  
me inspiró y yo, la mayor de las Furias, a vosotros las abro.  
Italia es el fin de vuestro viaje, con la ayuda de los vientos:  
a Italia llegaréis y se os dará entrar en sus puertos.  
Mas no ceñiréis de murallas la ciudad que os aguarda  
antes de que un hambre terrible y el pecado de atacarnos  
os obliguen a morder y devorar con las mandíbulas las mesas.”  
Dijo, y llevada de sus alas, se refugió en el bosque.  
A los compañeros entonces del repentino espanto se les heló  
la sangre; se abatieron sus ánimos y ya no por las armas,  
sino con votos y oraciones me ordenan pedir la paz,  
bien sean diosas, bien funestos pájaros y obscenos.  
Y el padre Anquises desde la playa con las palmas extendidas  
invoca al más alto numen e indica las honras oportunas:  
“Impedid, dioses, las amenazas; dioses, alejad esta desgracia  
y velad plácidos por los piadosos.” Y de la playa la maroma  
ordena arrancar y sacudir y aflojar las amarras.  
Inflan las velas los Notos: huimos por las olas de espuma,  
por donde nos marcaban el rumbo los vientos y el piloto.  
Ya aparece en medio de las aguas la nemorosa Zacintos  
y Duliquio y Same y Néritos erizada de peñascos.  
Evitamos los escollos de Ítaca, el reino de Laertes,  
y maldecimos la tierra que alimentó al cruel Ulises.  
En seguida también las nubosas cumbres del monte Leucate  
y se muestra el templo de Apolo que asusta a los navegantes.  
Allí nos dirigimos cansados y entramos en la pequeña ciudad;  
cae el áncora de la proa, se yerguen las naves en la playa.  
Y así, tomando al fin posesión de una tierra no esperada,  
nos purificamos con sacrificios a Jove y quemamos ofrendas en los altares,  
y celebramos con juegos de Ilión las costas de Accio.  
Realizan los patrios ejercicios con lábil aceite  
los compañeros desnudos. ¡Qué bien haber escapado de tantas ciudades  
argivas y haber logrado huir entre los enemigos!

El sol entretanto recorre el círculo de un largo año  
y el glacial invierno pone ásperas las olas con los Aquilones.  
Un escudo de cavo bronce, prenda del gran Abante,  
cuelgo en las puertas y pongo en recuerdo este verso:  
“ENEAS DE LOS DÁNAOS VICTORIOSOS ESTAS ARMAS”;  
ordeno luego dejar el puerto y sentarse en los bancos.  
Compiten mis compañeros en herir el mar y surcan sus aguas;  
perdemos en seguida de vista los aéreos alcázares de los feacios  
y seguimos la costa del Epiro y entramos en el puerto  
caonio y llegamos a la elevada ciudad de Butroto.  
»Llega aquí un rumor de historias increíbles a nuestros oídos.  
Héleno, el hijo de Príamo, reinaba sobre ciudades griegas,  
dueño y señor de la esposa y del trono del eácida Pirro,  
y Andrómaca había pasado de nuevo a un marido de la patria.  
Me quedé atónito, encendido mi pecho con un ansia tremenda  
de interrogar al príncipe y conocer aventuras tan grandes.  
Me alejo del puerto dejando atrás naves y playas,  
cuando por caso viandas solemnes y tristes ofrendas  
ante la ciudad, en un bosque junto a las aguas de un falso Simunte,  
estaba Andrómaca libando a la ceniza y a sus Manes llamaba  
junto al túmulo de Héctor, que con verde hierba consagrara  
vacío y dos altares, motivo de lágrimas.  
Cuando me vio llegar y a su alrededor las armas  
contempló troyanas fuera de sí, aterrorizada de la extraña visión  
se quedó paralizada en medio, el calor abandonó sus huesos,  
desfallece y apenas dice después de un buen rato:  
“¿Eres una cara de verdad, llegas a mí como nuncio verdadero,  
hijo de la diosa? ¿Vives? O si es que se apagó la luz de la vida,  
¿dónde está Héctor?” Dijo, y lágrimas derramó y todo  
el lugar llenó de sus gritos. Enloquecida, poco puedo  
ofrecerle y turbado dejo escapar unas palabras:  
“Vivo ciertamente, y arrastro mi vida por peligros extremos;  
no dudes, que es verdad cuanto ves.  
¡Ay! ¿Qué ha sido de ti desde que la desgracia te apartó de marido  
tan ilustre? ¿Te ha contemplado por fin fortuna merecida,  
Andrómaca de Héctor? ¿Sigues siendo la esposa de Pirro?”  
Bajó los ojos y habló con voz apagada:  
“¡Oh, doncella más feliz que ninguna, hija de Príamo,  
enviada a la muerte en un túmulo enemigo bajo las altas  
murallas de Troya! No tuvo que sufrir sorteo alguno  
ni tocó, prisionera, el lecho de un amo victorioso.  
A nosotras la ruina de la patria, arrastradas por mares diversos,

en penosa esclavitud nos hizo soportar la insolencia de la raza  
de Aquiles y a un orgulloso joven que corrió en seguida  
tras la ledea Hermíone y unas bodas lacedemonias  
y me entregó esclava al esclavo Héleno.  
Mas a aquél, inflamado de un gran amor por la esposa  
arrebatada y agitado Orestes por las Furias del crimen,  
lo pilló desprevenido y lo degüella junto a los altares patrios.  
Con la muerte de Neoptólemo la parte correspondiente de sus reinos  
pasó a Héleno, quien caonios llamó a estos campos y Caonia  
a todo el territorio por el Caón troyano,  
y una Pérgamo y la fortaleza de Ilión alzó sobre estos collados.  
Pero a ti, ¿qué derrotero te marcaron los vientos y el destino?  
¿Qué dios te empujó sin saberlo hasta nuestras riberas?  
¿Qué fue del niño Ascanio? ¿Vive y se alimenta del aura?  
¿Tiene aún el muchacho algún recuerdo de la madre que perdió?  
¿Al antiguo valor quizá y a viriles esfuerzos  
lo mueven su padre Eneas y su tío Héctor?”  
Tal vertía entre lágrimas y derramaba largos  
llantos en vano, cuando desde las murallas se presenta  
el héroe con numerosa compañía, Héleno el Priámida,  
y reconoce a los suyos y alegre los conduce a sus umbrales,  
y vierte muchas lágrimas entre palabras sueltas.  
Avanzo y reconozco una Pérgamo y una pequeña Troya  
copiadas de la grande, y un arroyo seco que llamaban  
el Janto, y abrazo los batientes de una puerta Escea;  
también los teucros todos disfrutaban conmigo de una ciudad amiga.  
El rey en amplios pórticos les acogía;  
en el centro de la sala libaban las copas de Baco  
con las viandas ofrecidas en oro y páteras sostenían.  
»Y así pasó un día y otro día pasó, y las brisas  
llaman a las velas y se hincha el lino del tímido Austro.  
Con estas palabras me acerco al vate y así le pregunto:  
“Hijo de Troya, intérprete de los dioses que los designios sientes  
de Febo, los trípodes del Clario y su laurel, y las estrellas  
y el lenguaje de las aves y los auspicios de su vuelo.  
Habla, ea (pues todas las señales divinas favorables se mostraron  
a mi camino y los dioses todos me persuadieron con su numen  
a buscar Italia y a probar tierras remotas;  
sólo la Harpía Celeno nos canta un agüero distinto  
que decir no se puede y anuncia tristes iras  
y un hambre sucia), ¿qué peligros evito primero?  
¿En busca de qué podría yo superar fatigas tan duras?”

Héleno entonces, tras matar unos novillos según el rito,  
implora de los dioses la paz y las ínfulas suelta  
de su cabeza sagrada y me lleva de la mano, Febo,  
hasta tu puerta, sobrecogido por numen tan imponente,  
y anuncia luego de su divina boca el sacerdote:  
» “Hijo de la diosa (pues es evidente que tú navegas  
con auspicios mayores; así echa a suertes el rey de los dioses  
los hados y agita los cambios y este orden resulta),  
poco de mucho te voy a aclarar con mis palabras, para que más seguro  
recorras mares hospitalarios y arribes  
al puerto ausonio; pues saber el resto lo prohíben  
las Parcas a Héleno y hablar me impide Juno Saturnia.  
De Italia primero, aunque tú ya piensas, ignorante,  
que está cerca y te dispones a entrar en puertos vecinos,  
lejos te separa un largo y difícil camino por largas tierras.  
Antes debes hincar tu remo en la ola trinacria  
y recorrer con tus naves la llanura del mar ausonio  
y los lagos del infierno y la isla de Circe,  
antes de que puedas fundar tu ciudad en una tierra segura.  
Te diré las señales, tú tenlas guardadas en tu memoria;  
cuando, angustiado, junto a las aguas de un río escondido  
encuentres bajo las encinas de la orilla una enorme cerda  
blanca echada en el suelo, recién parida de treinta  
cabezas, con las blancas crías en torno a sus ubres,  
éste será el lugar de tu ciudad, éste el seguro descanso a tus fatigas.  
Y que no te espanten los mordiscos que darás a las mesas:  
los hados encontrarán el camino y Apolo llegará si le invocas.  
Sin embargo, estas tierras y esta ribera de Italia  
cercana que baña la marea de nuestro mar,  
evítalas; todas las murallas están llenas de malvados griegos.  
Aquí pusieron también sus murallas los locros naricios  
e infestó de hombres en armas los campos salentinos  
Idomeneo de Creta; aquí la pequeña Petelia del rey  
melibeo Filoctetes, la famosa, apoyada en sus muros.  
Y cuando tras cruzarlo al otro lado del mar se detenga la flota  
y estés cumpliendo ya tus votos en altares dispuestos en la playa,  
oculta tus cabellos cubriéndolos con un manto de púrpura  
para que entre los fuegos sagrados en honor de los dioses  
no acuda alguna aparición hostil que turbe los presagios.  
Guarda tú esta costumbre en tus sacrificios y así tus compañeros;  
que fieles permanezcan a esta devoción tus descendientes.  
Y cuando tras tu partida el viento a la sícula costa te empuje



y ralas se vuelvan las barreras del estrecho Peloro,  
habrás de buscar las tierras a tu izquierda y a tu izquierda los mares  
en largo circuito; evita la costa de la derecha y sus olas.  
Estos lugares asolados un día por la fuerza de una vasta ruina  
(tanto puede transformar la prolongada vejez del tiempo)  
es fama que se separaron, aun cuando antes ambas tierras  
fueron sólo una: irrumpió en medio el mar y con la fuerza de sus aguas  
la costa separó de Hesperia de la sícula y campos y ciudades  
apartados de la ribera cruzó con estrecha corriente.  
Ocupa Escila el lado derecho y la implacable Caribdis  
el izquierdo, y en el profundo remolino de su abismo tres veces  
sorbe de pronto vastas olas y otras tantas las lanza de nuevo  
al aire, y azota las estrellas con el oleaje.  
A Escila por su parte una caverna la encierra en ciegos escondrijos  
y a ella saca la cabeza y atrae las naves a los acantilados.  
Por arriba, un rostro humano y es doncella de hermoso pecho  
hasta la ingle, monstruo marino de enorme cuerpo por abajo  
con panza de lobo terminada en colas de delfín.  
Es mejor recorrer la línea del Paquino trinacrio  
en tu ruta y dar un largo rodeo  
que contemplar una sola vez en su enorme antro a la deforme  
Escila y las rocas resonantes de cerúleos canes.  
Por último, si aún queda sabiduría en Héleno el adivino,  
si aún confianza, si llena aún su corazón Apolo con la verdad,  
una sola cosa te he de advertir, una sola por todas,  
hijo de la diosa, y te aconsejaré repitiendo una y otra vez:  
de Juno la grande adora lo primero el numen con tus plegarias,  
a Juno canta en tus libaciones y a la dueña poderosa  
aplaca con dones de súplica; así, al fin vencedor,  
serás enviado a las ítalas tierras dejando atrás Trinacria.  
Una vez allí llegarás a la ciudad de Cumas  
y a los lagos divinos y al Averno resonante de bosques,  
verás a la vidente frenética que al fondo de una roca  
canta el destino y confía a las hojas señales y nombres.  
Cuantas respuestas escribe la virgen en las hojas  
las pone en orden y las deja encerradas en la cueva;  
allí permanecen sin moverse en su lugar y no se apartan de su sitio.  
Ahora, cuando al girarlos goznes suave ráfaga de viento  
las empuja y agita las tiernas hojas la puerta,  
revolotean por el cavo peñasco y ya de recogerlas  
no se cuida ni de ponerlas en su lugar o juntas las respuestas:  
se alejan sin contestación y odian la sede de la Sibila.

No habrá de preocuparte entonces el tiempo invertido,  
aunque te increpen tus compañeros y tu ruta requiera con fuerza  
las velas a alta mar y puedas llenar los pliegues de viento favorable,  
hasta que veas a la adivina y reclames su oráculo con preces  
y ella te responda y de grado libere su voz y sus labios.  
Ella te hablará de los pueblos de Italia y de las guerras  
venideras y de cómo evitar o soportar todas las fatigas,  
y, si la veneras, te marcará caminos favorables.  
Esto es cuanto me está permitido que con mi voz te advierta.  
Ponte en marcha y lleva la gran Troya con tus hazañas a los astros.”  
»Luego que el vate así habló con palabras de amigo,  
pesados presentes de oro y marfil librado  
ordena llevar a las naves, y amontona en los barcos  
mucho plata y jarras de Dodona,  
una loriga tejida de mallas con triple hilo de oro  
y el cono de un yelmo señero con crestas de crines,  
armas de Neoptólemo. También hay presentes para mi padre.  
Añade caballos y añade guías,  
nos surte de remeros y provee de armas también a los compañeros.  
»Entretanto andaba disponiendo la flota con las velas  
Anquises, que demora no hubiera si llegaba el viento.  
Con gran respeto a él se dirige el intérprete de Febo:  
“Anquises, digno que fuiste de noble unión con Venus,  
cuita de los dioses, dos veces rescatado de las ruinas de Troya,  
ahí tienes la tierra de Ausonia, gánala con tus velas.  
Y es, sin embargo, preciso que por mar la rodees:  
lejos está la parte de Ausonia que Apolo te muestra.  
Ve -dice-, afortunado por la piedad de tu hijo. ¿Por qué  
continúo aún y retraso con mis palabras el Austro naciente?”  
También Andrómaca, triste por la definitiva despedida,  
lleva ropas con historias bordadas en hilos de oro  
a Ascanio, y una clámide frigia -no inferior en presentes-  
y lo carga de regalos tejidos, y así le dice:  
“Tómalos, y que sean para ti recuerdos de estas manos  
mías, niño, y testigos del gran amor de Andrómaca,  
esposa de Héctor. Recibe los últimos dones de los tuyos,  
¡ay!, única imagen ya viva para mí de mi Astianacte:  
así eran sus ojos, así sus manos, así su cara;  
¡también ahora estaría creciendo contigo, con tus años!”  
Así les hablaba yo al partir, deshecho en lágrimas:  
“Vivid felices, pues que vuestra fortuna se ha visto  
ya cumplida: somos nosotros llamados de uno a otro destino.

A vosotros se os ha dado el reposo: no hay mar que debáis surcar,  
ni perseguirlos campos de Ausonia que están siempre  
más lejos. Podéis verla imagen del Janto y una Troya  
que han levantado vuestras manos, con mejores (deseo)  
auspicios, y que menos fácil será para los griegos.  
Si llego alguna vez al Tiber y del Tíber a los campos  
vecinos y contemplo las murallas destinadas a mi stirpe,  
las ciudades un día hermanas y los pueblos cercanos,  
del Epiro y Hesperia (pues ambas tienen a Dárdano de padre  
e igual sino), una haremos y ambas serán Troya  
en nuestros corazones: quede esta tarea para los nietos.”  
»Nos lanzamos al mar bordeando los cercanos Ceraunios,  
de donde el camino a Italia y la ruta de las olas se hace más corta.  
Cae el sol entretanto y los montes se vuelven opacos de sombras;  
nos tendemos en el regazo de una tierra deseada junto a la orilla  
tras sortear los remos y por doquier en la costa seca  
damos descanso al cuerpo y el sopor invade los miembros cansados.  
Y aún la Noche que las Horas llevan no había cubierto la mitad de su orbe;  
se lanza ágil de su lecho Palinuro y todos  
los vientos explora y recoge las brisas con sus oídos,  
observa cuántas estrellas se deslizan por el cielo callado,  
a Arturo y las lluviosas Híades y los dos Triones,  
y a su alrededor contempla a Orión armado de oro.  
Luego que advierte la quietud del cielo sereno,  
lanza clara señal desde su popa; nosotros levantamos el campo  
y nos ponemos en marcha y desplegamos las alas de las velas.  
»Y ya con el huir de las estrellas asomaba de rojo la Aurora  
cuando a lo lejos vemos oscuros collados y a ras de suelo  
Italia. Italia grita el primero Acates,  
Italia, saludan con alegre clamor los compañeros.  
Entonces el padre Anquises adornó una enorme cratera  
con una corona y la llenó de vino puro e invocó a los dioses  
de pie en lo alto de su nave:  
“Dioses señores del mar y de la tierra y de las tempestades,  
abrid un camino fácil al viento y soplad favorables.”  
Se animan las brisas ansiadas y el puerto se ofrece  
ya más cerca, y el templo aparece de Minerva sobre su roca;  
recogen velas los compañeros y ponen proa a la costa.  
Es un puerto curvado en arco por las olas de levante,  
las rocas que se interponen salpicadas están de salada espuma,  
y él mismo parece esconderse; en doble muralla ofrecen sus brazos  
escollos como torres y se aleja el templo de la costa.

Aquí pude ver, augurio primero, cuatro caballos en el pasto de nívea blancura, que pacían libremente por el campo. Y el padre Anquises: “Guerra traes, tierra que nos recibes: para la guerra se arman los caballos, guerra amenazan estas bestias Pero desde hace tiempo a uncirse al carro están acostumbrados los mismos cuadrúpedos y a llevar frenos concordados en el yugo: también esperanza de paz”, dice. Suplicamos entonces al santo numen de Palas armisonante, la primera en recibir nuestro saludo, y nos cubrimos las cabezas ante las aras con el frigio manto, y, según los preceptos que más nos señalara Héleno, cumplimiento dimos a los honores debidos a la argiva Juno.

»Sin tardanza, realizados por orden los votos, volvemos los cabos de las veladas entenas y atrás dejamos las moradas y los campos sospechosos de los griegos. Desde aquí puede verse el golfo de la Tarento (si cierta es la fama) de Hércules, enfrente se alza la divina Lacinia, y las rocas caulonias y el Escilaceo rompedor de naves. Entonces aparece a lo lejos entre las olas el Etna trinacrio, y el ingente gemido del mar y las rocas batidas escuchamos de lejos y voces quebradas nos llegan de la costa, y se agitan los vados y la arena se revuelve en el remolino. Y el padre Anquises: “Esto es, sin duda, aquella Caribdis: estos escollos anunciaba Héleno, estos horribles peñascos. Escapad, compañeros, y empujad a la vez los remos.” No de otro modo obedecen y el primero la rugiente proa vuelve Palinuro a las aguas de la izquierda; la izquierda buscó con vientos y remos la flota entera. Al cielo nos lanza el mar hinchado y luego, al bajar la ola, nos hunde hasta los Manes más profundos. Tres veces los escollos lanzaron su grito entre huecos peñascos, tres veces vimos la espuma hecha pedazos y los astros rociándonos. Entretanto el viento con el sol nos abandonó agotados, y perdido el rumbo arribamos a las costas de los Cíclopes.

»Es este puerto grande y está libre del acoso de los vientos, mas cerca ruge el Etna en horrible ruina y, si no, lanza hacia el cielo negra nube que humea con negra pez y ascuas encendidas, y forma remolinos de llamas y lame las estrellas; otras veces se levanta vomitando piedras y las entrañas que arranca del monte y al aire con estruendo amontona masas de roca líquida y hierve en el profundo abismo. Es fama que el cuerpo de Encélado abrasado por el rayo

sepultado está por esta mole; que el Etna enorme, encima,  
fuego respira por sus quebradas chimeneas y que cuantas veces,  
cansado, se cambia de lado, entera tiembla  
la Trinacria con gran ruido y el cielo se cubre de humo.  
Al abrigo del bosque el espantoso prodigio soportamos  
aquella noche sin ver aún la causa del estruendo.  
No había en verdad fuego de astros ni lucía el éter  
con su globo de estrellas; sólo nubes en un cielo oscuro  
y una noche desapacible con la luna escondida en la niebla.  
»Y ya se alzaba el nuevo día con los primeros rayos de oriente  
y había ya la Aurora retirado del cielo la húmeda sombra,  
cuando de pronto avanza desde el bosque consumida de hambre  
la extraña figura de un desconocido con aire lastimoso  
que tiende sus manos, suplicante, hacia la playa.  
Le observamos. Terrible suciedad y barba crecida,  
la ropa cosida con espinas; pero, por lo demás, un griego  
y de los que un día se alistaron contra Troya en el ejército patrio.  
Y él cuando vio a lo lejos vestidos dardanos y de Troya  
las armas, aterrado por la visión se detuvo un tanto  
y freno su marcha; al punto se lanzó de cabeza a la playa  
entre llanto y súplicas: “A las estrellas pongo por testigos,  
a los dioses y a esta luz del día que respiramos:  
llevadme con vosotros, teucros, a no importa qué tierras.  
Con eso me conformo. Sé que fui de la flota de los dánaos  
y confieso haber marchado en son de guerra contra los Penates de Troya.  
A cambio, si es tan grande la ofensa de mi crimen,  
arrojadme a las aguas y hundidme en lo profundo del mar;  
si muero, siempre será mejor hacerlo por mano de hombres.”  
Había dicho, y abrazado a mis rodillas de rodillas postrado  
se quedaba. Le animamos a decirnos quién era, de qué sangre  
venía, a que nos contase cuál había sido su fortuna.  
El propio padre Anquises sin dudarle mucho la diestra  
ofrece al joven y aumenta con este gesto su confianza.  
Él, dejando al fin su miedo, habla de esta manera:  
“Ítaca es mi patria, compañero del infortunado Ulises,  
de nombre Aqueménides, que a Troya por la pobreza de mi padre  
Adamasto marché (¡y ojalá hubiera conservado esa fortuna!)  
Aquí, mientras temblando dejan los crueles umbrales,  
me abandonaron mis compañeros sin reparar en la vasta caverna  
del Ciclope. Morada de sangre corrompida y manjares cruentos,  
sin luz en su interior, enorme. Y él, altísimo, toca las altas  
estrellas (¡los dioses aparten de las tierras peste semejante!)

y a nadie resulta fácil verlo ni es fácil escucharlo;  
de las entrañas se alimenta de los desgraciados y de su negra sangre.  
Yo mismo lo he visto cuando los cuerpos de dos de los nuestros  
apresados en su enorme mano, tendido en medio de su cueva,  
los machacó contra las rocas y se inundaron sus umbrales con la sangre  
desparramada; le he visto cuando los miembros devoraba cubiertos  
de negra sangre y temblaban tibios aún entre sus dientes.  
Mas no quedó sin castigo ni Ulises lo consintió,  
ni en tan comprometida situación se olvidó el de Ítaca de sí mismo.  
Pues en cuanto saciado de comida y ahogado en vino  
reclinó la vencida cerviz y se tumbó por la cueva,  
inmenso, vomitando los restos en sueños y bocados  
bañados en vino sanguinolento, suplicamos nosotros a los grandes  
dioses y sorteando el cometido de cada cual a una y a su alrededor  
nos derramamos, y con una aguda punta perforamos su ojo  
enorme, el único que se ocultaba bajo la torva frente,  
del tamaño de un escudo de Argos o de la lámpara de Febo,  
y vengamos al fin, contentos, las sombras de nuestros compañeros.  
Pero huid, desgraciados. Huid y cortad la maroma  
de la playa.  
Que así y tan grandes como ese Polifemo que en antro cavo  
cierra lanígeras ovejas y ordeña sus ubres,  
otros cien Cíclopes terribles habitan esparcidos  
estas curvas riberas y vagan por las cumbres de sus montes.  
Tres veces los cuernos de la luna de luz se han llenado  
desde que arrastro mi vida en las selvas y en las cuevas  
y guaridas que las fieras dejan y desde una roca observo  
a los Cíclopes gigantes y tiemblo al ruido de sus pasos y a sus voces.  
Pobre alimento, bayas y cerezas silvestres de los roquedales,  
me ofrecen las ramas y las hierbas me nutren con las raíces arrancadas.  
Al recorrer estos lugares vi, por vez primera, que una flota  
llegaba a estas costas, la vuestra. Y, fuese cual fuese,  
a ella me he rendido, contento de haber escapado de un pueblo nefando.  
Vosotros mejor cobraos esta vida con la muerte que os plazca.”  
»Apenas había hablado cuando en lo alto del monte descubrimos  
al propio Polifemo, pastor de sus ganados, moviéndose  
con su vasta mole en dirección a las conocidas riberas,  
monstruo horrendo, informe y gigantesco, sin su ojo.  
Un pino cortado gobierna sus pasos y les sirve de apoyo;  
le siguen sus lanígeras ovejas, que era éste su solo placer  
y el consuelo de su desgracia.  
Luego que tocó las aguas profundas y llegó al mar,

de su ojo atravesado lavó la líquida sangre  
rechinando los dientes en un gemido, y camina ya en medio  
de las aguas sin que las olas mojen sus altos costados.  
Así que nosotros aceleramos la huida temblorosos, merecidamente  
acogiendo al suplicante, y en silencio cortamos las cuerdas  
y nos lanzamos al mar empeñados en un combate de remos.  
Se dio cuenta, y encaminó sus pasos hacia el sonido de las voces.  
Cuando por fin se queda sin poder alcanzarnos con su mano  
ni es capaz de igualar a las olas jonias con sus pasos,  
lanza un grito terrible con el que el mar y todas  
las olas se agitaron y tembló de lo profundo la tierra  
de Italia y el Etna mugió por sus curvas cavernas.  
Y a su llamada acude corriendo de los bosques y las cumbres  
la raza de los Cíclopes al puerto y llenan las riberas.  
Allí de pie los vemos en vano con su torvo ojo,  
a los hermanos del Etna tocando el cielo con sus altas cabezas,  
horrendo concilio: cuales con la copa erguida  
las aéreas encinas o los coníferos cipreses  
se yerguen, alta selva de Jove o bosque sagrado de Diana.  
Un agudo miedo nos lanza a sacudir las jarcias  
hacia donde sea y a tender las velas a vientos favorables.  
En contra están los avisos de Héleno, que entre Escila y  
Caribdis, camino de muerte a uno y otro lado en pequeño trecho,  
no haga pasar mi rumbo: es más seguro volverlas velas.  
Y hete aquí que se presenta Bóreas escapado de su angosto encierro  
del Peloro: dejó atrás las bocas en roca viva  
de Pantagia y el golfo de Mégara y la tendida Tapso.  
Tales costas nos mostraba el compañero del infortunado Ulises,  
Aqueménides, quien ya las surcara en sentido contrario.  
»En el golfo sicano se encuentra una isla tendida  
frente al undoso Plemirio; los antiguos la llamaron  
Ortigia. Es fama que el Alfeo, río de la Élide,  
se abrió hasta aquí un oculto camino bajo el mar y que hoy,  
Aretusa, con las aguas sículas se confunde en tu boca.  
Según lo ordenado, invocamos a los grandes númenes del lugar y al punto  
dejó atrás el fértil suelo del pantanoso Heloro.  
De aquí los altos riscos y las rocas salientes del Paquino  
bordeamos y aquella a quien los hados dijeron que nunca se moviera,  
Camerina, aparece a lo lejos, y los campos geloos  
y Gela, llamada por el nombre de un gran río.  
Luego enseña a lo lejos sus murallas la escarpada  
Agrigento, un día engendradora de valientes caballos;

y llevado de los vientos te dejo a ti, Selinunte de palmas,  
y paso los crueles vados de Lilibeo con sus ocultos escollos.  
De aquí el puerto de Drépano y su aciaga playa  
me acogen. Y aquí, sacudido por tantas tempestades del mar,  
¡ay!, a mi padre, consuelo de toda cuita y desgracia,  
pierdo, a Anquises. Aquí, óptimo padre, cansado  
me dejas, ¡ay!, en vano arrancado a peligros tan grandes.  
Ni el vate Héleno, que muchas calamidades me anunciara,  
me predijo este duelo, ni la terrible Celeno.  
Ésta fue mi fatiga postrera, ésta la meta de largos derroteros,  
de aquí al partir el dios me lanzó a vuestras playas.»  
Así el padre Eneas, solo entre todos los que le escuchaban,  
narraba los hados de los dioses y explicaba su discurrir.  
Calló por fin y descansó terminando aquí su relato.



## LIBRO IV

Mas la reina hace tiempo, atormentada de grave cuidado,  
con sangre de sus venas alimenta su herida y ciego ardor la devora.  
El gran valor del héroe acude a su ánimo y la gloria  
muy grande de este pueblo; se clavan en su pecho sus rasgos  
y palabras y no deja el cuidado a su cuerpo el plácido descanso.  
Y recorría las tierras la Aurora siguiente  
con la luz de Febo y había alejado del cielo la húmeda sombra  
cuando así se dirige, fuera de sí, a su hermana del alma:  
«Ana, querida hermana, ¡qué ensueños me desvelan y me angustian!  
¡Qué huésped tan extraordinario ha entrado en nuestra casa!  
¡Qué prestancia la suya! ¡Qué fuerza en su pecho y en sus armas!  
Ciertamente creo, y mi confianza no es vana, que es de dioses su raza.  
El temor delata al pusilánime. ¡Ay, qué sino  
lo zarandé! ¡Qué combates librados narraba!  
Si no estuviera en mi ánimo, fijo e incommovible,  
el propósito de a nadie unirme en vínculo matrimonial,  
luego que mi primer amor me engañó, frustrada, con la muerte;  
si no me hubiera hastiado del tálamo y la antorcha nupcial,  
a esta sola infidelidad habría podido tal vez sucumbir.  
Ana (te lo diré, sí) después del desgraciado destino de mi esposo  
Siqueo y de que la trágica muerte de mi hermano manchase mis Penates,  
sólo éste ha doblado mis sentidos y ha empujado mi lábil  
corazón. Reconozco las huellas de una vieja llama  
Mas antes querría que la tierra profunda se abriera ante mí,  
o que me lanzase el padre omnipotente a las sombras con su rayo,  
a las pálidas sombras del Erebo y a la noche profunda,  
antes, Pudor, que profanarte o romper los juramentos que te hice.  
Aquél, el primero que con él me unió, se llevó mis amores;  
que los tenga consigo y los guarde en su sepulcro.»  
Habló así, y llenó su regazo de impetuosas lágrimas.

Responde Ana: «Oh, más querida para tu hermana que la luz,  
¿te desgarrarás sola, afligida, en mocedad eterna,  
sin conocer dulces hijos ni los presentes de Venus?  
¿Crees que se preocupan de esto las cenizas o los Manes enterrados?  
Sea: no pudo pretendiente alguno doblegarte  
ni aquí, en Libia, ni antes en Tiro; Yarbas fue despreciado  
con otros caudillos a quienes África sustenta  
rica en triunfos. ¿Lucharás también contra un amor deseado?  
¿No tienes en cuenta de quién son los campos en que te has instalado?  
Por aquí las ciudades getulas, raza invencible en la guerra,  
y los nómadas sin freno te rodean y la inhóspita Sirte;  
por allí una región desolada por la sed y los barceos  
furiosos. ¿Y qué decir de las guerras que se alzan en Tiro y las amenazas de tu  
hermano?  
Creo, sin duda, que por auspicios divinos y el favor de Juno  
mantuvieron hasta aquí su curso en alas del viento las naves troyanas.  
¿Cómo has de ver esta ciudad, hermana, qué reinos has de ver surgir  
con una boda así! ¿Con qué hazañas se alzarán la gloria  
púnica servida por las armas de Troya!  
Pide sólo la venia de los dioses, con sacrificios adecuados  
cuida la hospitalidad y trenza motivos para que se quede,  
mientras las tormentas y Orión lluvioso descargan su ira en el mar  
y las naves están aún sin reparar y el cielo tempestuoso.»  
Estas palabras su ánimo encendieron con amor desmedido,  
dieron esperanza a un corazón en duda y su pudor liberaron.  
Al punto se dirigen a los templos y tratan de encontrar la paz  
por los altares; sacrifican a Ceres legisladora ovejas  
de dos años escogidas según el rito, y a Febo y al padre Lieo,  
y antes que a nadie a Juno, que cuida de los lazos conyugales.  
La propia Dido, bellísima, con la pátera en la diestra  
vierte sus libaciones entre los cuernos de una blanca vaca,  
o da vueltas junto a los pingües altares bajo la mirada de los dioses  
y dedica el día a sus ofrendas y ansiosa consulta las entrañas  
palpitantes de las víctimas en los pechos abiertos de los animales.  
¡Ay, mentes ignorantes de los vates! ¿De qué sirven los votos  
al demente, de qué los templos? Sigue la llama devorando  
las tiernas médulas y palpita en su pecho la herida, calladamente.  
Se consume Dido infeliz y vaga enloquecida  
por toda la ciudad como la cierva tras el disparo  
que, incauta, el pastor persiguiéndola alcanzó con sus flechas  
en los bosques de Creta y le dejó el hierro volador  
sin saberlo: aquélla recorre en su huida bosques y quebradas

dicteos; sigue la flecha mortal clavada a su costado.  
Ahora lleva consigo a Eneas por las murallas  
y le muestra las riquezas sidonias y una ciudad dispuesta,  
comienza a hablar y se detiene de repente en la conversación.  
Ahora, al caer el día, busca de nuevo el banquete,  
y con insistencia reclama de nuevo escuchar, enloquecida,  
las fatigas de Ilión y de la boca del narrador se cuelga de nuevo.  
Después, cuando se van y la luna oscura oculta a su vez  
la luz y al caer las estrellas invitan al sueño,  
languidece solitaria en una casa vacía y se acuesta en una cama  
abandonada. En su ausencia lo ve, ausente, y lo oye,  
o retiene en su pecho a Ascanio abrazando la imagen  
de su padre, por si engañar puede a un amor inconfesable.  
No crecen las torres comenzadas, no practica la juventud  
sus armas ni preparan los puertos o los baluartes  
seguros en la guerra; interrumpidos quedan los trabajos y los enormes  
salientes de los muros y los andamios que llegaban al cielo.  
En cuanto la querida esposa de Júpiter advirtió que aquella  
estaba atrapada por tal enfermedad y que la fama no frenaría la locura,  
se acerca a Venus la Saturnia con estas palabras:  
«Egregia en verdad alabanza y gran botín sacáis  
tú y tu hijo (gran y memorable numen),  
si una sola mujer se ve vencida por el engaño de dos dioses.  
Y a mí no se me escapa que por temer nuestras murallas  
recelas de las casas de la alta Cartago.  
Mas, ¿cuál será el límite? ¿O a dónde vamos con tan gran disputa?  
¿Por qué no acordar, mejor, eterna tregua con el pacto  
de un himeneo? Tienes ya lo que buscaste con todas tus ganas:  
arde una Dido enamorada y corre por sus huesos la locura.  
Gobernemos, pues, sobre un pueblo común y con auspicios  
iguales; séale permitido servir a marido frigio  
y poner como dote bajo tu diestra a los tirios.»  
A ésta (pues notó que había hablado con disimulo,  
para desviar a las costas de Libia el poder de Italia)  
así repuso Venus: «¿Quién con tan poco juicio  
para rechazar tal proyecto prefiriendo la guerra contigo?  
Ojalá que la suerte acompañe a cuanto acabas de exponer.  
Pero insegura del hado estoy: si querrá Júpiter que una sea  
la ciudad de los tirios y los desterrados de Troya,  
o si aprobará que los pueblos se mezclen o que pactos se firmen.  
A ti, su esposa, te toca tantear su voluntad con tus ruegos.  
Inténtalo, te seguiré.» Así lo aceptó entonces Juno soberana:

«Ésa será mi tarea. Ahora, cómo lograr podemos lo que nos ocupa en pocas palabras (atiende) te explicaré.  
Eneas, y con él la muy desgraciada Dido, se disponen a marchar al bosque a cazar en cuanto su orto primero haya hecho salir el titán de mañana y desvele el orbe con sus rayos. Yo a ellos les he de enviar desde lo alto un negro nubarrón de granizo, mientras se apresuran los flancos y rodean el lugar con sus redes, y agitaré con truenos el cielo entero.  
El séquito huirá y les envolverá una noche espesa; Dido y el jefe troyano en la misma cueva se encontrarán. Allí estaré yo, y, si es firme hacia mí tu voluntad, os uniré en estable matrimonio, consagrándola como legítima esposa. Entonces se cumplirá el himeneo.» Accedió sin oponerse Citerea a su demanda, y rió por haber descubierto el ardid.  
Entretanto la Aurora naciente abandonó el Océano. Sale la flor de la juventud por las puertas al despuntar el alba, amplias redes, trampas, venablos de ancha punta, corren los jinetes masilos y el poderoso olfato de los perros. Los principales de los púnicos junto al umbral aguardan a la reina que se demora en el tálamo, y allí está, enjaezado de púrpura y oro, su caballo que muerde con ímpetu el espumante freno. Sale por fin rodeada de apretada compañía y revestida de una clámide sidonia de bordada cenefa; de oro lleva la aljaba, en oro se anudan sus cabellos y una fíbula de oro prende su vestido de púrpura.  
Y no faltan tampoco los compañeros frigios y el alegre Julo. Por delante de todos, más hermoso que nadie, Eneas se le ofrece de acompañante y reúne los escuadrones. Como cuando abandona la Licia invernal y las corrientes del Janto Apolo y rinde visita a la materna Delos, y reanuda las danzas y cretenses y dríopes braman mezclados en torno a los altares, y los tatuados agatirsos; él, Apolo, recorre los collados del Cinto y ciñe su pelo suelto con hojas tiernas, moldeándolo, y lo anuda con oro, resuenan las flechas en sus hombros. No menos vigoroso marchaba Eneas, tanta hermosura resplandece en el brillo de su rostro. Luego que llegaron a lo alto del monte y a lugares intransitables, he aquí que las cabras salvajes, arrojadas de lo alto de su roca, se lanzan por las laderas; por otra parte, los ciervos echan a correr en campo abierto y aprietan sus filas en polvorienta huida y dejan los montes. Allí está el joven Ascanio, gozoso en medio del valle

con brioso caballo, ganando a unos y otros en la carrera;  
suplica con sus votos que entre los tardos rebaños le sea dado  
un rabioso jabalí o que baje del monte rubio león.  
Entretanto el cielo de terrible rugido empieza  
a llenarse, sigue una tormenta mezclada con granizo  
y el séquito tirio, dispersado, y la juventud troyana  
y el dardanio nieto de, Venus asustados buscaron  
los techos de todos los campos; ríos bajan corriendo del monte.  
A la misma gruta Dido y el caudillo troyano  
acuden. La Tierra, la primera, y Prónuba Juno  
dan la señal; brillaron los fuegos y cómplice el aire  
del casamiento en su alta cumbre ulularon las Ninfas.  
Aquél fue el primer día de la muerte y la causa primera  
de las desgracias; pues ni de apariencias ni de opinión se deja  
llevar Dido ni planea ya un amor a escondidas:  
casamiento lo llama, con este nombre esconde su culpa.  
Se echa a andar al punto la Fama por las ciudades libias,  
la Fama: más rápido que ella no hay mal alguno;  
en sus movimientos se refuerza y gana vigor según avanza,  
pequeña de miedo al principio, al punto se lanza al aire  
y camina por el suelo y oculta su cabeza entre las nubes.  
A ella la madre Tierra, irritada de ira contra los dioses,  
la última, según dicen, hermana de Encélado y de Ceo,  
la parió veloz de pies y ligeras alas,  
horrendo monstruo, enorme, con tantas plumas en el cuerpo  
como ojos vigilantes debajo (asombra contarlos),  
como lenguas, como bocas le suenan, como orejas levanta.  
Vuela de noche estridente entre el cielo y la tierra  
por la sombra, y no rinde sus ojos al dulce sueño;  
de día se sienta, vigilante, o en lo alto de un tejado  
o en las torres elevadas, y amedrenta a las grandes ciudades,  
mensajera tan firme de lo falso y lo malo cuanto de la verdad.  
En aquellos días llenaba gozosa de rumores diversos  
los pueblos e igual cantaba hechos verdaderos y no:  
había llegado Eneas, nacido de sangre troyana,  
y se había dignado la hermosa Dido unirse a este hombre;  
templaban ahora su invierno con todo regalo descuidando  
sus obligaciones reales, atrapados en pasión vergonzosa.  
Difunde la diosa estas mentiras por la boca de los hombres.  
Al punto dirige su rumbo hacia el rey Yarbas  
y enciende su corazón con palabras y aumenta su enojo.  
Éste, engendrado por Hamón y una ninfa Garamanta raptada,

cien templos enormes a Júpiter en su ancho dominio  
levantó y cien altares y había consagrado un fuego vigilante,  
eternas centinelas de los dioses, y un suelo empapado  
de sangre de animales, y dinteles florecidos de variadas guirnaldas.  
Pues éste, se dice, loco de ánimo y enfurecido por el amargo rumor,  
entre la majestad de los dioses y ante sus altares  
suplicante, muchos ruegos vertió con las manos alzadas:  
«Júpiter todopoderoso a quien hoy el pueblo maurusio  
en sus banquetes, sobre bordados lechos, liba la ofrenda lenea.  
¿Ves esto? ¿Es que, padre, cuando blandes tus rayos  
nos espantamos en vano, y ciegos tus fuegos en las nubes  
aterrozan los corazones e inane se agita su bramido?  
Esa mujer que errante en nuestro territorio su pequeña  
ciudad estableció, por su precio, a quien un litoral entregamos  
para que lo arase y las leyes del lugar, nuestra boda  
rechazó y acogió a Eneas por dueño de sus dominios.  
Y ahora, el Paris ese con su afeminada comitiva,  
el mentón y el perfumado cabello con la mitra meonia  
ceñidos, disfruta de su raptó. ¡Y nosotros mientras presentes  
llevando a tus templos y alimentando una fama huera! »  
A quien con tales palabras oraba abrazado a sus altares  
prestó oídos el Todopoderoso y dirigió sus ojos a las murallas  
reales y a unos amantes olvidados de mejor fama.  
Entonces habla así a Mercurio, y así lo ordena:  
«Ea, ve, hijo. Convoca a los Céfiros y déjate caer con tus alas  
y al caudillo dardanio que en la tiria Cartago  
hoy se demora, sin ver las ciudades que le reserva el hado,  
háblale y llévale mis palabras por las rápidas auras.  
Que no nos lo prometió así su bellísima madre  
ni lo salvó para esto dos veces de las armas griegas;  
habría de ser por el contrario quien gobernase una Italia  
preñada de poder y del estrépito de la guerra, origen de una raza  
de la noble sangre de Teucro, y daría sus leyes al orbe entero,  
Si la gloria de futuro tan grande no le enciende  
ni le hace ponerse a la tarea su propia honra,  
¿dejará a Ascanio su padre sin el alcázar romano?  
¿Qué trama o con qué esperanza se detiene en un pueblo enemigo,  
apartando sus ojos de la prole ausonia y los campos lavinius?  
¡Que se haga a la mar! Esto es todo, y éste mi mensaje.»  
Había hablado. Se disponía aquél a obedecer de su augustó padre  
la orden, y primero anuda a sus pies los talaes  
de oro que lo llevan ligero con sus alas bien sobre el mar

bien sobre la tierra, con la rápida brisa.  
Toma entonces la vara: con ella evoca a las pálidas almas  
del Orco, a otras las manda al triste Tártaro,  
da y quita los sueños y abre los ojos en la hora de la muerte.  
En ella confiado conduce los vientos y traspasa las nubes  
tempestuosas. Y ya volando divisa la cima y la escarpada ladera  
del duro Atlante que sostiene con su vértice el cielo,  
del Atlante, cuya pinífera cabeza ceñida de negros nubarrones  
azotan con frecuencia la lluvia y el viento,  
la nieve caída le cubre los hombros y ríos bajan  
de su barbilla de anciano y se eriza espantosa su barba por el hielo.  
Aquí se detuvo, en primer lugar, sosteniéndose el Cilenio  
en sus alas iguales; de aquí se lanzó con todo su cuerpo  
a las olas, al ave semejante que baja vuela sobre los mares,  
ya por las playas, ya por los acantilados llenos de peces.  
No de otra forma entre las tierras y el cielo volaba  
hacia la arenosa costa de Libia y cortaba los vientos  
el nacido en Cilene que venía de su abuelo materno.  
En cuanto tocó con sus aladas plantas las cabañas,  
divisó a Eneas fundando fortalezas y construyendo  
nuevas casas. Tenía la espada salpicada  
de rubio jaspe y resplandecía con una capa de púrpura tiria  
colgada de los hombros, presentes que la espléndida Dido  
le hiciera y había bordado la tela con hilo de oro.  
Y enseguida le aborda: «¿Tú te dedicas ahora a plantar los cimientos  
de la alta Cartago y complaciente con tu esposa construyes deberes!  
una hermosa ciudad? ¡Olvidas, ay, tu reino y tus propios  
El propio rey de los dioses desde el Olimpo luminoso  
me envía, el que cielo y tierra gobierna con su numen;  
él mismo me ordena traerte estas órdenes por las rápidas auras:  
¿qué tramas o con qué esperanza gastas tu tiempo en las tierras libias?  
Si no consigue moverte la gloria de futuro tan grande,  
mira cómo crece Ascanio y respeta las esperanzas de tu heredero  
Julo, a quien se deben el reino de Italia y la tierra romana.»  
Tras hablar de esta manera dejó el Cilenio  
su aspecto mortal sin aguardar respuesta  
y desapareció de los ojos, lejos, hacia el aura tenue.  
Así que enmudeció Eneas, perplejo por la visión,  
y se erizaron de espanto sus cabellos y se le clavó la voz en la garganta.  
Encendido está por preparar la huida y dejar tan dulces tierras,  
atónito por el poder de tal consejo y orden de los dioses.  
¡Ay! ¿Qué hacer? ¿Con qué palabras osará abordar hoy a la reina

enloquecida? ¿Cómo empezar a hablar?  
Y divide su ánimo veloz acá y allá  
y lo lleva a partes bien distintas y todo discurre.  
Entre todas, ésta le pareció la opinión más prudente:  
llama a Mnesteo y a Segesto y al fiero Seresto,  
que dispongan con discreción la flota y reúnan en la playa a los compañeros,  
que preparen las armas, disimulando cuál sea la causa  
del cambio de planes; él entretando, puesto que nada sabe  
la buena de Dido y no espera que se rompa amor tan grande,  
trataría de encontrar la mejor ocasión para hablarle,  
el modo mejor para sus intenciones. Rápidamente todos  
obedecen alegres sus órdenes y se apresuran a ejecutarlas.  
Pero la reina (¿hay quien pueda engañar a un enamorado?)  
presintió la trampa y adivinó el siguiente paso la primera,  
temiendo porque todo andaba bien. La despiadada Fama contó  
a la apasionada que se estaba preparando la flota y disponiendo su partida.  
Enloquece privada de la razón y recorre encendida toda la ciudad  
como una bacante excitada ante el comienzo de sus ritos,  
cuando la estimulan al oír a Baco las orgías  
trienales y la llama el nocturno Citerón con su clamor.  
Increpa por último a Eneas con estas palabras.  
«¿Es que creías, pérfido, poder ocultar  
tan gran crimen y marcharte en silencio de mi tierra?  
¿Ni nuestro amor ni la diestra que un día te entregué  
ni Dido que se ha de llevar horrible muerte te retienen?  
¿Por qué, si no, preparas tu flota en invierno  
y te apresuras a navegar por alta mar entre los Aquilones,  
cruel? ¿Es que si no tierras extrañas y hogares  
desconocidos buscases y en pie siguiera la antigua Troya,  
habrías de ir a Troya en tus naves por un mar tempestuoso?  
¿Es de mí de quien huyes? Por estas lágrimas mías y por tu diestra  
(que no me he dejado, desgraciada de mí, otro recurso),  
por nuestra boda, por el emprendido himeneo,  
si algo bueno merecí de tu parte, o algo de la mía  
te resultó dulce, ten piedad de una casa que se derrumba,  
te lo ruego, y abandona esa idea, si hay aún lugar para las súplicas.  
Por tu culpa los pueblos de Libia y los reyes de los númidas  
me odian, en contra tengo a los tirios; también por tu culpa  
perdí mi pudor y con lo que sola caminaba a las estrellas,  
mi fama primera. ¿A quién me abandonas moribunda, mi huésped  
(que sólo esto te queda de tu antiguo nombre de esposo)?  
¿Qué puedo esperar? ¿Tal vez que arrase mis murallas mi hermano



Pigmalión o que prisionera me lleve el getulo Yarbás?  
Si al menos hubiera recibido de ti algún retoño  
antes de tu huida, si algún pequeño Eneas  
me jugase en el patio, que te llevase de algún modo en su rostro,  
no me vería entonces de esta manera atrapada y abandonada.»  
Dijo. Él no apartaba sus ojos de los mandatos  
de Júpiter y a duras penas ocultaba el dolor en su corazón.  
Responde por fin en pocas palabras: «Yo a ti de cuanto  
puedas decir, reina, nunca te negaré  
merecedora, ni me avergonzará acordarme de Elisa  
mientras de mí mismo tenga memoria, mientras un hálito gobierne mis miembros.  
Poco añadiré en mi defensa. Ni yo traté de ocultar mi huida  
con una estratagema (no inventes), ni nunca del esposo  
te ofrecí las antorchas o me comprometí a pacto tal.  
Yo, si mis hados me permitieran guiar mi vida  
según mis deseos y buscar mis propias preocupaciones,  
habilitaría primero la ciudad de Troya y las dulces  
reliquias de los míos, en pie seguirían las altas moradas  
de Príamo y por mi mano habría levantado de nuevo Pérgamo para los vencidos.  
Pero he aquí que Apolo Grineo a la grande Italia,  
a Italia las suertes licias me ordenaron marchar;  
ése es mi amor, ésa mi patria. Si a ti, fenicia, las murallas  
te retienen de Cartago y la vista de una ciudad libica,  
¿por qué, di, te parece mal que los teucros se establezcan  
en tierra ausonia? También nosotros podemos buscar reinos lejanos.  
A mí la turbia imagen de mi padre Anquises, cada vez que la noche  
cubre la tierra con sus húmedas sombras, cada vez que se alzan  
los astros de fuego, en sueños me advierte y me asusta;  
y mi hijo Ascanio y el daño que hago a su preciosa vida,  
a quien dejo sin reino en Hesperia y sin las tierras del hado.  
Ahora, además, el mensajero de los dioses mandado por el propio Jove  
(lo juro por tu cabeza y la mía) me trajo por las auras veloces  
sus mandatos: yo mismo vi al dios bajo una clara luz  
entrar en estos muros y bebí su voz con sus propios oídos.  
Deja ya de encenderme a mí y a ti con tus quejas;  
que no por mi voluntad voy a Italia.»  
Hace rato le mira mientras habla con malos ojos,  
los revuelve aquí y allá, y todo lo recorre  
con silenciosa mirada y así estalla por último:  
«Ni una diosa fue el origen de tu raza ni descendes de Dárdano,  
pérfido, que fue el Cáucaso erizado de duros peñascos  
quien te engendró y las tigresas de Hircania te ofrecieron sus ubres.

Pues, ¿por qué disimulo o a qué faltas mayores me reservo?  
¿Es que se ablandó con mi llanto? ¿Bajó acaso la mirada?  
¿Se rindió a las lágrimas o tuvo piedad de quien tanto le ama?  
¿Qué pondré por delante? ¡Si ya ni la gran Juno  
ni el padre Saturnio contemplan esto con ojos justos!  
No hay lugar seguro para la lealtad. Arrojado en la costa,  
lo recogí indigente y compartí, loca, mi reino con él.  
Su flota perdida y a sus compañeros salvé de la muerte  
(¡ ay, las furias encendidas me tienen!), y ahora el augur Apolo  
y las suertes licias y hasta enviado por el propio Jove  
el mensajero de los dioses le trae por las auras las horribles órdenes.  
Es, sin duda, éste un trabajo para los dioses, este cuidado inquieta  
su calma. Ni te retengo ni he de desmentir tus palabras:  
vete, que los vientos te lleven a Italia, busca tu reino por las olas.  
Espero confiada, si algo pueden las divinidades piadosas,  
que suplicio hallarás entre los peñascos y que repetirás entonces  
el nombre de Dido. De lejos te perseguiré con negras llamas  
y, cuando la fría muerte prive a estos miembros de la vida,  
sombra a tu lado estaré por todas partes. Pagarás tu culpa, malvado.  
Lo sabré y esta noticia me llegará hasta los Manes profundos.»  
Con estas palabras da la conversación por terminada y, afligida,  
se aparta de las auras y se aleja, y se esconde de todas las miradas,  
dejando a quien mucho dudaba de miedo y mucho se disponía  
a decir. La recogen sus sirvientes y su cuerpo sin sentido  
levantan del lecho marmóreo y lo colocan en su cama.  
Y el piadoso Eneas, aunque quiere con palabras de consuelo  
mitigar su dolor y disipar sus cuitas,  
entre grandes suspiros quebrado su ánimo por un amor tan grande,  
cumple sin embargo con los mandatos de los dioses y revisa la flota.  
Se esfuerzan entonces los teucros y arrastran al mar por toda  
la costa las altas naves. Nada la quilla embreada,  
traen de los bosques hojosos remos y maderos  
toscos en su afán por huir.  
Se les ve de un lado para otro y bajar de toda la ciudad,  
como cuando arramplan las hormigas con su carga de farro  
pensando en el invierno y la ponen en su refugio;  
avanza por los campos el negro batallón y en angosto sendero  
arrastra su botín entre las hierbas; unas los granos mayores  
empujan con los hombros, otras cuidan la formación  
y azuzan a las retrasadas, hierva el camino entero con su trabajo.  
¡Qué sentías entonces, Dido, al contemplar todo eso!  
¡Qué gemidos no dabas al ver de lo alto de la muralla

hervir el litoral entero y animarse  
ante tus ojos la llanura con tanto griterío!  
¡improbo Amor, a qué no obligas a los mortales pechos!  
De nuevo a recurrir a las lágrimas, a intentarlo de nuevo con ruegos  
y, suplicante, se ve obligada a domeñar sus ánimos ante el amor,  
que no ha de dejar nada sin probar en vano la que va a morir.  
«Ana, ves cómo por toda la costa se apresuran,  
de todas partes acuden; que la vela solicita ya las brisas  
y hasta gozosos los marinos colocaron guirnaldas sobre sus popas.  
Yo, si pude aguardar a este dolor tan grande,  
también, hermana mía, podré aguantarlo. Sólo esto en mi desgracia  
concédeme, Ana. Que sólo a ti te respetaba aquel pérfido,  
y a ti te confiaba también sus secretos sentimientos;  
sólo tú conocías sus momentos mejores y su disposición.  
Ve, hermana mía, y habla suplicante a un enemigo orgulloso:  
no juré yo con los dánaos en Áulide la destrucción  
del pueblo troyano, ni envié contra Pérgamo mi flota,  
ni he violado las cenizas de su padre Anquises, ni sus Manes.  
¿Por qué no deja que lleguen mis palabras a sus duros oídos?  
¿Hacia dónde corre? Que al menos dé un último presente a la amante desgraciada:  
que espere una huida fácil y unos vientos propicios.  
No reclamo ya el compromiso aquel que ha traicionado,  
ni que se quede sin su hermoso Lacio o abandone su reino;  
pido un tiempo muerto, descanso y tregua para mi locura,  
mientras mi suerte me enseña a soportar el dolor de la derrota.  
Éste es el último favor que pido (ten piedad de tu hermana)  
y, si me lo concede, con creces se lo pagaré con mi muerte.»  
De esta manera suplicaba y tales llantos la desgraciada  
hermana lleva y vuelve a llevar. Mas a él no hay lágrima  
que lo conmueva ni quiere escuchar palabra alguna:  
los hados se lo impiden y un dios le tapa los oídos imperturbables.  
Y como cuando de un lado y de otro los Bóreas alpinos  
se pelean por arrancar la robusta encina de añoso tronco  
con sus soplidos; braman, y las altas ramas  
caen a tierra desde la copa golpeada;  
ella, sin embargo, a las rocas se clava y tanto su punta eleva  
a las auras etéreas como llega hasta el Tártaro con la raíz:  
no de otro modo se ve batido el héroe de una y otra parte  
con insistencia, y en lo hondo de su noble pecho siente las cuitas;  
firme sigue su propósito, las lágrimas ruedan inanes.  
Entonces, aterrorizada por su sino, la infeliz Dido  
busca la muerte; odia contemplar ya la bóveda del cielo.

Y para más animarse a sacar adelante su plan y abandonar la luz,  
vio (horrible presagio), al dejar sus ofrendas sobre las aras  
donde arde el incienso, que negros se ponían los líquidos sagrados  
y sangre impura volverse los vinos libados;  
y a nadie contó lo que había visto, ni a su hermana siquiera.  
Además, había en su casa de mármol un templo  
del antiguo esposo, que honraba con honor admirable,  
adornado de niveos vellones y fronda festiva;  
de aquí le pareció oír sus voces y palabras,  
que la llamaba, cuando la oscura noche se apoderaba de la tierra,  
y que por los tejados un búho solitario con fúnebre canto  
se lamentaba a menudo hasta convertir su larga voz en llanto.  
Y muchas predicciones además de antiguos vates  
la aterrizan con terrible advertencia. La persigue fiero Eneas  
en persona en sus sueños de loca y siempre se ve a sí misma  
sola, abandonada, siempre sin compañía marchando  
por un largo camino y en una tierra desierta buscar a los tirios,  
como Penteo ve en su locura de las Euménides la tropa  
y aparecer dos soles gemelos y una doble Tebas,  
como aparece Orestes en la escena, hijo de Agamenón,  
cuando huye de su madre armada de antorchas y negras  
serpientes y en el umbral están sentadas las Furias vengadoras.  
Así que cuando, vencida por la pena, la invadió la locura  
y decretó su propia muerte, el momento y la forma planea  
en su interior, y dirigiéndose a su afligida hermana  
oculta en su rostro la decisión y serena la esperanza en su frente:  
«He encontrado, hermana, el camino (felicítame)  
que me lo ha de devolver o me libraré de este amor.  
Junto a los confines del Océano y al sol que muere  
está la región postrera de los etíopes, donde el gran Atlante  
hace girar sobre su hombro el eje tachonado de estrellas:  
de aquí me han hablado de una sacerdotisa del pueblo masilo,  
guardiana del templo de las Hespérides, la que daba al dragón  
su comida y cuidaba en el árbol las ramas sagradas,  
rociando húmedas mieles y soporífera adormidera.  
Ella asegura liberar con sus encantamientos cuantos corazones  
desea, infundir por el contrario a otros graves cuitas,  
detener el agua de los ríos y hacer retroceder a los astros,  
y conjura a los Manes de la noche. Mugir verás  
la tierra bajo sus pies y bajar los olmos de los montes.  
A ti, querida hermana, y a los dioses pongo por testigos  
y a tu dulce cabeza, de que a disgusto me someto a la magia.

Tú levanta en secreto una pira dentro del palacio,  
al aire, y sus armas, las que dejó el impío colgadas  
en el tálamo y todas sus prendas y el lecho conyugal  
en el que perecí, ponlos encima: todos los recuerdos  
de un hombre nefando quiero destruir, y lo indica la sacerdotisa.»  
Dice estoy se calla, e inunda la palidez su rostro.  
Ana no advierte, sin embargo, que su hermana bajo ritos extraños  
oculta su propio funeral, ni imagina en su mente locura  
tan grande o teme desgracia mayor que la muerte de Siqueo.  
Así que obedece sus órdenes.  
La reina al fin, levantada la enorme pira al aire  
en lugar apartado con teas de pino y de encina,  
adorna el lugar con guirnaldas y lo corona de ramas  
funerales; encima las prendas y la espada dejada  
y un retrato sobre el lecho coloca sin ignorar el futuro.  
Altares se alzan alrededor y la sacerdotisa, suelto el cabello,  
invoca con voz de trueno a sus trescientos dioses, y a Érebo y Caos  
y Hécate trigémina, los tres rostros de la virgen Diana.  
Y había asperjado líquidos fingidos de la fuente del Averno,  
y se buscan hierbas segadas con hoces de bronce  
a la luz de la luna, húmedas de la leche del negro veneno;  
se busca asimismo el filtro arrancado de la frente del potrillo  
mientras nacía, quitándose a su madre.  
La propia reina junto a los altares, con uno de sus pies desatado,  
la harina sagrada en las piadosas manos y el vestido suelto,  
pone por testigos a los dioses de que va a morir y a las estrellas  
sabedoras del destino, y reza entonces al numen justo y memorioso,  
si es que lo hay, que cuida de los amores no correspondidos.  
La noche era, y gozaban del plácido sopor los cuerpos  
fatigados por las tierras, y habían callado los bosques y las feroces  
llanuras, cuando giran los astros en mitad de su caída,  
cuando enmudece todo campo, los ganados y las pintadas aves,  
cuanto los líquidos lagos y cuanto los campos erizados  
de zarzas habita, entregado al sueño bajo la noche callada.  
Mas no la fenicia de infeliz corazón, en ningún momento  
se abandona al sueño o acoge en sus ojos o en su pecho  
a la noche: se le doblan las penas y alzándose de nuevo  
amor la mortifica y fluctúa en gran tormenta de ira.  
Así vuelve a insistir y así da vueltas consigo en su corazón:  
«¡Qué hago, ay! ¿He de servir de burla a mis antiguos  
pretendientes? ¿Buscaré matrimonio suplicante entre los núbidas,  
a quienes ya tantas veces desdeñé como maridos?

¿He de seguir si no a las naves de Ilión y las orgullosas órdenes de los teucros? ¿Tal vez por la ayuda con la que les salvé aún permanece en su memoria el agradecimiento por mi acción? Mas aun si así lo quiero, ¿quién lo permitirá y odiosa me acogerá en las naves soberbias? ¿Acaso no lo sabes, pobre de ti, y no conoces aún los perjuicios del pueblo de Laomedonte? ¿Qué, entonces? ¿Acompañaré sola en su huida a los victoriosos marinos o con los tirios y todo el apretado grupo de los míos me dejaré llevar lanzando de nuevo a las aguas a cuantos a la fuerza arranqué de la ciudad sidonia y ordenaré dar velas al viento? No, no. Muere, te lo has ganado, y aleja tu sufrir con la espada. Tú vencida por mis lágrimas; tú, hermana mía, mi locura cargas la primera de desgracias y me ofreces al enemigo. No he podido pasar mi vida sin bodas y sin culpa, como las fieras salvajes, sin probar cuitas tales; no he mantenido la palabra dada a las cenizas de Siqueo.» Lamentos tan grandes rompía ella en su pecho: Eneas, decidido a partir, en lo alto de su popa gozaba sus sueños tras disponerlo todo según el rito. En sueños se le presentó la imagen del dios que volvía con el mismo rostro y así de nuevo le pareció decir, en todo semejante a Mercurio, en la voz y el color, así como los rubios cabellos y el cuerpo de juventud adornado: «Hijo de la diosa, ¿puedes dormir en una hora como ésta, por más que ves el peligro acechar a tu alrededor, inconsciente, y no oyes cómo los Céfiros su favor te brindan? Mira que esa mujer trama en su pecho engaños y un horrendo crimen, dispuesta a morir, y suscita diversas tempestades de ira. ¿No te marchas al punto de aquí, ahora que puedes escapar? Has de ver el mar enturbiarse de maderos, y crueles antorchas encenderse, el litoral hervir en llamas, si la Aurora te sorprende entretenido aún por estas tierras. Ea, ánimo. Date prisa, que cosa varia es siempre y mudable la mujer.» Tras así decir se confundió con la negra noche. Entonces, por fin, Eneas, asustado por las sombras repentinas, saca su cuerpo del sueño y a sus compañeros fatiga presurosos: «¡Atentos, amigos, y a los remos! ¡Soltad las velas, rápido! Que un dios ha llegado del alto cielo a precipitarla marcha y las retorcidas amarras nos anima de nuevo a desatar. Vamos tras de ti, santo dios, quienquiera que seas, y gozosos te obedecemos de nuevo. Asístenos favorable y ayúdanos y ponnos los astros

propicios en el cielo.» Dijo, y saca la espada de la vaina relampagueante y corta con golpe preciso las sogas. El mismo ardor se apodera de todos, y se lanzan y corren; dejaron las playas, se esconde el mar bajo las naves, se esfuerzan en agitar la espuma y barren las olas azules. Y ya la Aurora primera regaba las tierras con nueva claridad, abandonando el lecho azafrán de Titono. La reina cuando desde su atalaya vio blanquear la luz primera y a la flota avanzar con las velas en línea, y notó playas y puertos vacíos y sin remeros, golpeando tres y cuatro veces con la mano su hermoso pecho y mesándose el rubio cabello: « ¡Por Júpiter! ¿Se va a marchar éste?», dice. «¿Se burlará un extranjero de mi poder? ¿No tomarán los míos las armas y bajarán de la ciudad entera, no arrancarán las naves de sus diques? ¡Id, volad presurosos con el fuego, disparad las flechas, impulsad los remos! ¿Qué estoy diciendo? ¿Dónde estoy? ¿Qué locura agita mi mente? Pobre Dido, ¿ahora te afectan las impías acciones? Debiste hacerlo al tiempo de entregarle tu cetro. ¡Ay, diestra y promesa! ¡Y dicen que lleva consigo los patrios Penates, que ofreció sus hombros a un padre vencido por la edad! ¿Es que no pude destrozarse su cuerpo y esparcir por las olas sus pedazos? ¿Ni pasar por la espada a sus compañeros y al propio Ascanio, y servirlo luego en la mesa de su padre? Mas incierta habría sido la fortuna del combate. ¡Igual daba! ¿A quién temer, si iba ya a morir? Antorchas habría lanzado contra su campamento y habría llenado de fuego todas sus esquinas, y al hijo y al padre habría liquidado con su pueblo, y yo misma me habría lanzado a la hoguera. ¡Oh, Sol, que todos los afanes de la tierra iluminas con tus rayos! ¡Y tú, Juno, intérprete y sabedora de mis cuitas, y Hécate, ululada de noche en los cruces de las ciudades, y Furias de la venganza y dioses de Elisa que se muere! Aceptad esto, caed sobre los malvados con justo numen y escuchad nuestras plegarias. Si es preciso que arribe a puerto este ser infando y navegue hasta tierra, y así lo exigen los hados de Jove y está determinado este final, que al menos perseguido por la guerra y las armas de un pueblo audaz, expulsado de sus territorios, arrancado del abrazo de Julio implore auxilio y contemple las muertes indignas de los suyos, y que, cuando se haya colocado bajo una ley inicua, ni disfrute del reino ni de la luz ansiada, sino que caiga antes de tiempo y quede insepulto en la arena.

Esto pido, esta voz mía derramado la última junto con mi sangre.  
Luego vosotros, tirios, perseguid con odio a su estirpe  
y a la raza que venga, y dedicad este presente  
a mis cenizas. No haya ni amor ni pactos entre los pueblos.  
Y que surja algún vengador de mis huesos  
que persiga a hierro y fuego a los colonos dardanios  
ahora o más tarde, cuando se presenten las fuerzas.  
Costas enfrentadas a sus costas, olas contra sus aguas  
imploro, armas contra sus armas: peleen ellos mismos y sus nietos.»  
Esto dice, y a todas partes dirigía su ánimo,  
buscando romper cuanto antes una luz odiada.  
Y entonces habló brevemente a Barce, nodriza que fue de Siqueo,  
que a la suya negra ceniza tenía en su antigua patria:  
«A Ana, mi querida nodriza, llama aquí a mi hermana.  
Dile que se apresure a lavar su cuerpo con agua del río,  
y que traiga consigo los animales y las víctimas prescritas.  
Que venga así, y tú misma ciñe tus sienes con las ínfulas santas.  
El sacrificio a Júpiter Estigio que comencé y dispuse según el rito,  
tengo intención de cumplirlo y acabar así con mis cuitas  
entregando a las llamas la pira del dardanio.»  
Así dice. Y ya apresuraba la otra el paso con senil afán.  
Mas Dido, enfurecida y trémula por su empresa tremenda,  
volviendo sus ojos en sangre y cubriendo de manchas  
sus temblorosas mejillas y pálida ante la muerte cercana,  
irrumpe en las habitaciones de la casa y sube furibunda  
a la pira elevada y la espada desenvaina  
dardania, regalo que no era para este uso.  
En ese momento, cuando las ropas de Ilión y el lecho conocido  
contempló, en breve pausa de lágrimas y recuerdos,  
se recostó en el diván y profirió sus últimas palabras:  
«Dulces prendas, mientras los hados y el dios lo permitían,  
acoged a esta alma y libradme de estas angustias.  
He vivido, y he cumplido el curso que Fortuna me había marcado,  
yes horade que marche bajo tierra mi gran imagen.  
He fundado una ciudad ilustre, he visto mis propias murallas,  
castigo impuse a un hermano enemigo tras vengar a mi esposo:  
feliz, ¡ah!, demasiado feliz habría sido si sólo nuestra costa  
nunca hubiesen tocado los barcos dardanios.»  
Dijo, y, la boca pegada al lecho: «Moriremos sin venganza,  
mas muramos», añade. «Así, así me place bajar a las sombras.  
Que devore este fuego con sus ojos desde alta mar el troyano  
cruel y se lleve consigo la maldición de mi muerte.»



Había dicho, y entre tales palabras la ven las siervas  
vencida por la espada, y el hierro espumante  
de sangre y las manos salpicadas. Se llenan de gritos los altos  
atrios: enloquece la Fama por una ciudad sacudida.  
De lamentos resuenan los techos y de los gemidos  
y el ulular de las mujeres, el éter de gritos horribles,  
no de otro modo que si Cartago entera o la antigua Tiro  
cayeran ante el acoso del enemigo y llamas enloquecidas  
se agitasen por igual en los tejados de los dioses y de los hombres.  
Lo oyó su hermana sin aliento y en temblorosa carrera  
asustada, hiriéndose la cara con las uñas y el pecho con los puños,  
se abalanza y llama por su nombre a la agonizante:  
«¿Así que esto era, hermana mía? ¿Con trampas me requerías?  
¿Esto esa pira, estos fuegos y altares me reservaban?  
¿Qué lamentaré primero en mi abandono? ¿Desprecias en tu muerte  
la compañía de tu hermana? Me hubieras convocado a un sino igual,  
que el mismo dolor y la misma hora nos habrían llevado a ambas.  
¿He levantado esto con mis manos y con mi voz he invocado  
a los dioses patrios para faltarte, cruel, en tu muerte?  
Has acabado contigo y conmigo, hermana, con el pueblo y los padres  
sidonios y con tu propia ciudad. Dejadme, lavaré sus heridas  
con agua y si anda errante aún su último aliento  
con mi boca lo he de recoger.» Dicho esto había subido los altos escalones,  
y daba calor a su hermana medio muerta con el abrazo de su pecho  
entre lamento y con su vestido secaba la negra sangre.  
Cayó aquélla tratando de alzar sus pesados ojos  
de nuevo; gimió la herida en lo más hondo de su pecho.  
Tres veces apoyada en el codo intentó levantarse,  
tres veces desfalleció en el lecho y buscó con la mirada perdida  
la luz en lo alto del cielo y gimió profundamente al encontrarla.  
Entonces Juno todopoderosa, apiadada de un dolor tan largo  
y de una muerte difícil a Iris envió desde el Olimpo  
a quebrar un alma luchadora y sus atados miembros.  
Que, como no reclamada por su sino ni par la muerte se marchaba  
la desgraciada antes de hora y presa de repentina locura,  
aún no le había cortado Prosérpina el rubio cabello  
de su cabeza, ni la había encomendado al Orco Estigio.  
Iris por eso con sus alas de azafrán cubiertas de rocío  
vuela por los cielos arrastrando contra el sol mil colores  
diversos y se detuvo sobre su cabeza. «Esta ofrenda a Dite  
recojo como se me ordena y te libero de este cuerpo.»  
Esto dice y corta un mechón con la diestra: al tiempo todo  
calor desaparece, y en los vientos se perdió su vida.

ENEIDA  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## LIBRO V

Entretanto Eneas ya mantenía seguro su rumbo  
con la flota y del Aquilón negras cortaba las olas  
volviéndose a mirar las murallas que ya resplandecen con las llamas  
de la infeliz Elisa. Oculta les queda la causa que encendiera  
fuego tan terrible; mas las penas duras de un amor grande  
mancillado, y el saber de qué es capaz una mujer desesperada  
lo toman los corazones de los teucros como triste presagio.  
Cuando las naves ocuparon el mar y ya ninguna tierra  
les viene al encuentro, mar por todo y por todo cielo,  
a él cerúleo nubarrón se le paró sobre la cabeza  
llevando noche y tormenta y se encrespó la ola de tinieblas.  
El propio Palinuro, el piloto, desde su alta popa:  
«¡Ay!, ¿por qué nimbos tan grandes han ceñido el éter?  
¿Qué nos deparas, padre Neptuno?» Luego que así dijo  
ordena arriar las velas y ponerse a los fuertes remos,  
y ofrece pliegues oblicuos al viento, y añade esto:  
«Magnánimo Eneas, ni aunque Júpiter me lo prometiera  
con su respaldo esperaré yo tocar Italia con este cielo.  
Opuestos rugen los vientos de costado y se levantan  
de lo negro de la tarde y el aire se condensa en nubes.  
Y no podemos nosotros luchar en su contra ni hacer  
tan gran esfuerzo. Puesto que nos vence Fortuna, sigamos  
y pongamos rumbo a donde nos llama. No creo lejanas  
las seguras costas de tu hermano Érice y los puertos sicanos,  
si es que bien recuerdo y vuelvo a medir los astros ya observados.»  
Y el piadoso Eneas: «En verdad así veo hace rato que lo piden  
los vientos y que en vano te empeñas en su contra.  
Dobla el camino a las velas. ¿Puede haber tierra más grata  
para mí o a donde más quisiera llevar mis naves cansadas  
que la que me guarda al dardanio Acestes

y abraza en su seno los huesos de mi padre Anquises?»  
Cuando dijo esto, a los puertos se dirigen y Céfiros propicios  
les inflan las velas; avanza por las aguas rauda la flota,  
y al fin gozosos arriban a la playa conocida.  
Y a lo lejos desde la elevada cumbre de un monte se asombra  
Acestes de su llegada y baja al encuentro de las naves amigas,  
erizado de sus jabalinas y la piel de una osa de Libia:  
concebido por el río Criniso una madre troyana  
lo había tenido. Sin olvidar a sus antiguos padres  
se alegra con los que vuelven y con agrestes tesoros gozoso  
les recibe, y cansados les reconforta con amistosa ayuda.  
Cuando el día siguiente, luminoso, había espantado a las estrellas  
con el otro primero, a los compañeros de toda la playa convoca  
Eneas a reunión y habla desde la altura de un túmulo:  
«Grandes Dardánidas, estirpe de la alta sangre de los dioses,  
se cierra el círculo de un año con sus meses cumplidos  
desde que los restos y los huesos de mi divino padre  
cubrimos con tierra y consagramos altares afligidos;  
y ya ha llegado el día, si no me engaño, que siempre por acerbo  
y por honrado he de tener (así lo quisisteis, dioses).  
Así exiliado lo pasara yo en la Sirtes getulas,  
o en el mar argólico atrapado o en la ciudad de Micenas,  
votos anuales y, por orden, solemnes pompas  
le rendiría y colmaría sus altares de presentes.  
Mucho más hoy: a las cenizas y los huesos de mi propio padre  
hemos llegado, creo, en verdad no sin la intención de los dioses  
ni sin su numen y se nos ha hecho entrar en un puerto amigo.  
Así que ánimo y celebremos todos alegre ceremonia:  
invoquemos a los vientos, y ojalá él me acepte todos los años  
en la nueva ciudad estas ofrendas en los templos que le dediquemos.  
Acestes, un hijo de Troya, da dos cabezas de bueyes  
para cada una de vuestras naves: invitad al banquete  
a los Penates patrios y a los que venera el huésped Acestes.  
Y además, cuando la novena Aurora haya traído a los mortales  
el almo día y haya despejado el orbe con sus rayos,  
dispondré en primer lugar para los teucros un combate de las naves veloces;  
y el que vale en la carrera a pie, y el que osado de fuerzas  
llega más lejos con la jabalina y las rápidas flechas,  
o se anima a presentar batalla con el rudo cesto,  
acudan todos y aguarden el premio de la merecida palma.  
Guardad todos silencio y ceñid con ramos vuestras sienes.»  
Dicho esto cubre con el mirto materno sus sienes.

Así hace Hélimo, así Acestes por la edad maduro,  
así el niño Ascanio, y les sigue toda la juventud.  
Él desde la asamblea con muchos millares se dirigía  
al túmulo, en el centro de numerosa compañía.  
Aquí libando según el rito dos copas de vino puro  
las vertió en tierra, dos de leche nueva, dos de sangre consagrada,  
y esparce flores purpúreas, y esto dice:  
«Salve, sagrado padre, de nuevo; salve, cenizas en vano  
recobradas, y ánimas y sombras paternas.  
No se me concedió buscar contigo los territorios ítalos  
ni los campos del destino ni, dondequiera que esté, el Tiber ausonio.»  
Así había dicho, cuando una lúbrica serpiente del hondo recinto  
sacó, enorme, sus siete anillos, sus siete revueltas,  
en plácido abrazo al túmulo y deslizándose por los altares;  
el lomo tenía cubierto de manchas azulencas y de oro  
un fulgor encendía sus escamas, como el arco en las nubes  
esparce contra el sol mil diversos colores.  
Se paralizó Eneas con la visión. Ella en larga línea  
serpentea por fin entre las páteras y los vasos bruñidos  
y gustó las viandas y bajó de nuevo sin daño a lo profundo  
del túmulo y dejó los probados altares.  
Por esto más reanuda los emprendidos honores a su padre,  
dudando si pensar en un genio del lugar o en un siervo  
de su padre; sacrifica según la costumbre dos ovejas  
y otros tantos cerdos y los mismos novillos de negro lomo,  
y vino derramaba con las páteras y el alma invocaba  
de Anquises el grande y sus Manes devueltos del Aqueronte.  
Y así también los compañeros, según cada cual puede, gozosos  
llevan sus ofrendas, colman los altares y matan novillos;  
calderos colocan otros en fila y dispersos por la hierba  
amontonan las brasas bajo los asadores y queman las vísceras.  
Había llegado el día esperado y ya los caballos de Faetonte  
la novena Aurora traían con su luz serena,  
y la noticia y del ilustre Acestes el nombre a los comarcanos  
habían congregado; en alegre reunión la playa llenaban  
por ver a los Enéadas y otros dispuestos a competir.  
Primero ante sus ojos se disponen los presentes de la arena  
en el centro, los trípodas sagrados y las verdes coronas  
y las palmas, premio para los vencedores, y las armas y las ropas  
teñidas de púrpura, talentos de oro y de plata;  
y canta la trompa de lo alto de una duna el comienzo de los juegos.  
Avanzan iguales para el certamen primero cuatro naves

de pesados remos escogidas de toda la flota.  
Mnesteo guía con fiera tripulación la veloz Pristis,  
ítalo muy pronto Mnesteo, de quien el nombre de la estirpe de Memmio;  
y Gías la inmensa Quimera de inmensa mole  
como de una ciudad, que en triple hilera la juventud impele  
dardania, se alzan sus remos en tres filas;  
y Sergesto, del que recibe su nombre la casa Sergia,  
avanza sobre la gran Centauro y Cloanto en la Escila  
cerúlea, de donde tu estirpe, romano Cluentio.  
Hay a lo lejos en el mar un peñasco frente a la espumantes  
riberas que a veces, sumergido, lo baten las olas  
hinchadas cuando los Cauros de invierno ocultan los astros;  
en la bonanza calla y sobre las olas inmóviles asoma,  
prado y solana gratuitos para los tibios somormujos.  
Aquí colocó el padre Eneas una verde meta  
de frondoso arce, una señal para los marineros de donde regresar  
supieran y en torno a donde doblar la larga carrera.  
Luego eligen a suertes los puestos y los propios capitanes  
en sus popas brillan de oro a lo lejos y de púrpura relucientes;  
los demás jóvenes se cubren con hojas de chopo  
y resplandecen con los hombros desnudos untados de aceite.  
Se sientan en los bancos, atentos los brazos a los remos;  
atentos aguardan la señal, y consume sus excitados  
corazones un ansia pulsante y un vehemente deseo de gloria.  
Luego, cuando la clara trompa lanzó la señal -no hay retraso-  
todos saltaron de sus marcas; hiera el éter un clamor  
marinero y las aguas se hacen espuma por el batir de brazos.  
Hienden los surcos a la vez, y toda se abre  
la llanura agitada por los remos y los rostros tridentes.  
No tanto se precipitan en la carrera de bigas al llano  
corriendo ni se lanzan los carros fuera de la barrera,  
ni así hacen restallar los aurigas las riendas ondeantes  
sobre los veloces caballos e inclinados hacia adelante los azotan.  
Luego con el aplauso y los gritos de los hombres y los ánimos  
de sus seguidores resuena todo el bosque y las playas recogidas  
hacen volar la voz, y devuelven el eco los collados por el clamor sacudidos.  
Escapa antes que los demás y se desliza por las olas primeras  
Gías entre la turba y los gritos; después le sigue  
Cloanto, mejor con los remos, aunque el lento pino le frena  
con su peso. Tras ellos, a igual distancia, la Pristis  
y la Centauro disputan por ocupar el lugar primero,  
y ya lo tiene la Pristis, ya vencida la sobrepasa la enorme

Centauro, ya ambas a la vez avanzan con sus frentes  
pegadas y con largas carenas surcan las olas saladas.  
Y ya se acercaban al peñasco y la meta tocaban,  
cuando el primero, Gías, vencedor en medio de las aguas  
increpa con sus palabras al timonel de su nave, Menetes:  
«¿Dónde te me vas tan a la derecha? Vuelve aquí la proa;  
besa la costa y deja que el remo roce las rocas por la izquierda;  
que otros ocupen las aguas profundas.» Dijo; pero Menetes, temiendo  
los ciegos escollos, dobla la proa hacia las ondas del piélagos.  
«Dónde vas tan lejos?», de nuevo, «¡Busca las rocas, Menetes!»,  
con sus gritos Gías le insistía, y en eso ve a Cloanto  
que se pone a su espalda y cada vez más cerca.  
Éste entre la nave de Gías y las rocas resonantes  
costea a la izquierda por el lado interno y de pronto al primero  
adelanta y pasando la meta entra en aguas seguras.  
Entonces en verdad un intenso dolor se encendió en los huesos del joven  
y no faltaron lágrimas en sus mejillas, y al miedoso Menetes,  
olvidando su propio decoro y la seguridad de sus amigos,  
lo arroja de cabeza al mar desde la alta popa;  
él mismo se pone a gobernar el timón, él mismo en timonel  
anima a sus hombres y dirige el gobernalle hacia la costa.  
Por su lado, Menetes cuando apenas logró salir de la profunda hondura,  
pesado y ya anciano y chorreando con la ropa empapada,  
busca lo alto del arrecife y se sienta sobre una roca seca.  
De él al caer se rieron los teucros y cuando nadaba,  
y se ríen cuando vomita de su pecho el agua salada.  
Entonces una alegre esperanza se encendió en los dos últimos,  
en Sergesto y Mnesteo, de superar a un Gías que se retrasaba.  
Sergesto se adelanta primero y se acerca al peñasco,  
y no le saca aún de ventaja toda la carena;  
en parte el primero, en parte lo alcanza con su rostro émula Pristis.  
Y moviéndose en el centro de la nave entre sus compañeros  
les anima Mnesteo: «Ahora, alzaos ahora sobre los remos,  
hectóreos amigos a quienes elegí por compañeros en la suerte  
suprema de Troya; sacad ahora aquellas fuerzas,  
ahora los ánimos que tuvisteis en las Sirtes getulas  
y en el mar Jonio y en las olas tenaces del Malea.  
No busco ya la cabeza, yo Mnesteo, ni lucho por vencer  
(aunque... ¡oh! Mas ganen aquellos a los que se lo diste, [Neptuno]);  
avergoncémonos de llegar los últimos: triunfad en eso, ciudadanos,  
y evitad el oprobio.» Ellos en un supremo esfuerzo  
se doblan: tiembla con los golpes tremendos la popa de bronce

y el mar se retira, entonces un constante anhelo sacude  
sus miembros y las áridas bocas, el sudor corre a ríos por todo.  
Y fue un golpe de suerte quien les deparó el honor ansiado:  
pues mientras con ánimo furioso acerca Sergesto su proa  
a las rocas y se mete por dentro en una zona estrecha,  
encalló el desgraciado en las rocas prominentes.  
Los peñascos recibieron el impacto y contra el agudo arrecife  
los remos se hicieron pedazos y colgada quedó la proa tras el golpe.  
Se alzan los marineros y se detienen entre grandes gritos  
y las pértigas de hierro y los garfios de aguda punta  
toman y recogen en el agua los pedazos de los remos.  
Mas alegre Mnesteo y enardecido por esta misma suerte,  
con la veloz línea de sus remos y los vientos propiciados  
busca mejores aguas y corre a mar abierto.  
Cual la paloma arrojada de pronto de la cueva  
que, escondrijo de piedra, de casa le sirve y de dulce nido,  
se lanza volando a los campos y asustada causa en su techo  
gran aleteo; al punto se desliza por el aire quieto  
y traza un límpido camino sin mover sus alas veloces:  
así Mnesteo, así la propia Pristis surca en su huida postrera  
los mares, así su propio impulso la lleva volando.  
Y primero deja peleando con el alto peñasco  
a Sergesto y con los breves vados y en vano pidiendo  
auxilio y aprendiendo a correr con los remos quebrados.  
Luego a Gías y a la propia Quimera de inmensa mole  
alcanza; cede, porque no tiene timonel.  
Sólo queda ya Cloanto justo en la llegada,  
al que busca y apremia empeñándose con todas sus fuerzas.  
Y entonces redobla el clamor y todos al segundo  
animan con sus gritos, y resuena con el fragor el éter.  
Unos temen perder una gloria ya propia y un premio  
ya ganado, y cambian su vida por la victoria;  
a otros el éxito les alienta: pueden porque creen que pueden.  
Y tal vez habrían conquistado los premios con rostros empataados,  
si tendiendo al ponto ambas palmas Cloanto  
no hubiera vertido sus oraciones e invocado con votos a los dioses:  
«Dioses que poder tenéis sobre el mar cuyas aguas recorro,  
gozoso he de ofreceros yo un toro blanco  
en esta playa ante las aras, cumpliendo un voto, y sus entrañas  
arrojaré a las olas saladas y verteré líquidos vinos.»  
Dijo, y bajo las olas profundas lo escuchó todo  
el coro de las Nereidas y de Forco y la virgen Panopea,



y el propio padre Portuno lo impulsó con mano grande  
en su marcha: la nave, más rauda que el Noto y que veloz saeta  
escapó hacia tierra y se metió en el puerto profundo.  
Entonces el hijo de Anquises a todos convoca según la costumbre  
y con la gran voz del heraldo vencedor proclama  
a Cloanto y con verde laurel cubre sus sienes,  
y deja que cada nave elija como presentes tres terneros  
y que se lleven los vinos y un gran talento de plata.  
Honores especiales concede para los propios capitanes;  
al vencedor una clámide de oro cuya orla recorre  
en doble meandro muchísima púrpura melibea,  
y, bordado, el regio muchacho del frondoso ida  
fatiga a los veloces ciervos con su jabalina, en la carrera  
fiero, como jadeando, al que el alado escudero  
de Jove se llevó a lo alto desde el Ida en sus curvas garras;  
los ancianos guardianes tienden en vano sus palmas  
a los astros y se ensaña con el aire el ladrido de los perros.  
Y el que por su valor ocupó después el lugar segundo,  
a ese una loriga tejida de mallas ligeras y triple hilo  
de oro que él mismo vencedor arrancara a Demóleo  
junto al rápido Simunte al pie de la alta Ilión,  
se la da para que la tenga, gloria de un guerrero y reparo en las armas.  
Apenas, tan tupida, la aguantaban sobre sus hombros los esclavos  
Fégeo y Ságaris; mas vistiéndola un día  
Demóleo perseguía a la carrera a los dispersos troyanos.  
Como tercer premio entrega dos calderos de bronce  
y copas terminadas en plata y ásperas de relieves.  
Y ya todos con sus presentes y orgullosos de sus premios  
se marchaban con las sienes ceñidas de purpúreas cintas,  
cuando escapado apenas con gran habilidad del cruel escollo,  
con los remos perdidos y a falta de una fila entera,  
impulsaba sin honor Sergesto su nave, objeto de burlas.  
Cual a menudo sorprendida la serpiente en el lomo del camino,  
que la rueda de bronce pisó por la mitad o a golpes de piedra  
cruel caminante la dejó medio muerta y aplastada;  
en vano huyendo largas vueltas da con su cuerpo,  
feroz en parte, y ardiente en sus ojos y alzando en alto  
el cuello sibilante; la parte mutilada por la herida la frena  
en su esfuerzo sobre los nudos y se pliega sobre sí misma:  
con tales remos se movía tarda la nave;  
velas larga no obstante y a toda vela entra en la bocana.  
Eneas premia a Sergesto con el regalo prometido,

contento, por salvar su nave y traer a sus compañeros.  
A él le entrega una esclava experta en los trabajos de Minerva,  
de estirpe cretense, Fóleo, con dos gemelos bajo su pecho.  
Cumplida esta carrera, el piadoso Eneas se dirige  
a un prado herboso que por todo ceñían las selvas  
de curvos collados, y era como un anfiteatro  
en medio del valle; allí se encaminó el héroe con muchos  
millares y en alto se sentó de la reunión en el centro.  
Entonces, los que quieran competir en rápida carrera,  
los ánimos estimula con regalos y fija los premios.  
De todas partes acuden los teucros y con ellos los sicanos,  
Niso y Euríalo los primeros,  
Euríalo señalado por su belleza y en la flor de la edad,  
Niso con piadoso amor por el muchacho; les sigue luego  
el regio Diores de la egregia estirpe de Príamo;  
con él, Salio y Patrón, de los que uno acarnanio  
y el otro de la sangre arcadia del pueblo tegeo;  
también dos jóvenes trinacrios, Hélimo y Pánopes,  
compañeros del anciano Acestes hechos a los bosques;  
y muchos aún a quienes esconde una fama oscura.  
Eneas en medio de todos ellos así dijo luego:  
«Recibid esto en el corazón y prestadme atención gozosa.  
Nadie de este grupo se marchará sin que lo premie.  
Daré a cada uno de hierro bruñido dos lucientes dardos  
cinosios y un hacha doble cincelada en plata;  
este honor será, pues, igual para todos. Premios los tres primeros  
recibirán y ceñirán su cabeza con rubio olivo.  
El vencedor primero tenga un caballo distinguido por sus jaeces;  
el segundo una aljaba de las Amazonas y llena de dardos  
tracios, que cuelga de una correa con ancha banda  
de oro y anuda una fíbula de piedras preciosas;  
el tercero vaya contento con este yelmo de Argos.»  
Luego que dijo esto, ocupan sus lugares, y escuchada de pronto  
la señal se roban el terreno y dejan la salida,  
desparramándose como una nube. Todos miran la meta,  
y marcha el primero Niso y destaca con mucho  
sobre los otros más rápidos que el viento y las alas del rayo;  
el segundo, mas el segundo tras largo intervalo,  
le sigue Salio; después de un trecho luego  
el tercero Euríalo;  
y a Euríalo le sigue Hélimo; justo a su espalda  
allá va volando Diores que le va pisando los talones

atacándole con el hombro, y si hubiera más sitio  
se escaparía al lugar mejor y lo dejaría inseguro.  
Y ya en el tramo final y cansados se aproximaban  
a la misma meta cuando el desgraciado Niso resbala  
en la sangre viscosa que inmolados los novillos por caso  
había caído al suelo y empapado las verdes hierbas.  
Aquí el joven ya triunfante vencedor no dominó sus pasos  
vacilantes al pisar sobre el suelo y cayó de cabeza  
sobre él en el inmundo fimo y en la sangre sagrada.  
Mas no de Euríalo, no se olvidó aquél de sus amores:  
pues alzándose del charco se puso frente a Salio  
y éste cayó dando vueltas en la espesa arena  
y se escapa Euríalo y victorioso por el favor del amigo  
ocupa el primer puesto, y vuela entre el aplauso y los gritos de apoyo.  
Luego entra Hélimo y la palma tercera es ya de Diores.  
Entonces todo el círculo de la enorme cávea y los rostros  
primeros de los padres Salio llena con grandes gritos,  
y para sí reclama el honor arrebatado con trampas.  
Protege a Euríalo el favor y las hermosas lágrimas,  
y el valor que se hace más grato en un bello cuerpo.  
Le asiste y lo proclama con gran voz Diores,  
que alcanzó su palma y en vano llegó al último  
premio si los primeros honores se dieran a Salio.  
Entonces el padre Eneas: «Vuestros presentes -dice- seguros  
siguen con vosotros, y nadie cambia el orden de las palmas, muchachos;  
mas pueda yo compadecerme de la desgracia del amigo inocente.»  
Dicho esto la piel enorme de un león getulo  
entrega a Salio, cargada de pelo y con las uñas de oro.  
A esto Niso: «Si premios tan grandes -dice- hay para los vencidos,  
y pena te dan los caídos, ¿qué presentes a Niso  
dignos darás, que merecí por mi hazaña la primera corona  
de no haberme tumbado, enemiga, la misma fortuna que a Salio?»  
Y a la vez que hablaba su rostro mostraba y sus miembros  
manchados del húmedo fimo. Le sonrió el óptimo padre  
y mandó traer un escudo, trabajo de Didimaon,  
que arrancaron los dánaos del sagrado dintel de Neptuno.  
Con este hermoso presente premia al joven egregio.  
Luego, cuando acabó la carrera y entregó los premios:  
«Ahora, si alguno ánimo y valor guarda en su pecho,  
preséntese y levante sus brazos con las palmas fajadas»,  
así dice, y propone un doble honor para el combate:  
al vencedor un novillo cubierto de oro y de cintas,

una espada y un hermoso yelmo como consolación para el vencido.  
Al punto, sin tardanza, con vastas fuerzas se presenta  
Dares y se alza entre gran griterío de los hombres,  
el único que solía competir con Paris  
y también, junto al túmulo donde duerme Héctor el grande,  
al victorioso Butes de enorme cuerpo, el que presumía  
de venir del pueblo bebricio de Amico,  
le golpeó y lo tumbó moribundo en la rubia arena.  
Así Dares yergue su alta cabeza para el combate primero  
y muestra sus anchos hombros y lanza adelante  
alternadamente los brazos y azota las auras con sus golpes.  
Se le busca un rival, y nadie de grupo tan grande  
osa enfrentársele y enfundarse el cesto en las manos.  
Así que orgulloso y pensando que todos renunciaban a la palma  
se plantó ante los pies de Eneas y sin rodeos  
agarra el toro por un cuerno con la izquierda, y así dice:  
«Hijo de la diosa, si nadie osa acudir al combate,  
¿cuánto debo esperar? ¿Cuánto se me debe entretener?  
Ordena que traigan los premios.» Todos a la vez gritaban  
los Dardánidas y pedían que se le entregase lo prometido.  
Entonces Acestes, severo, azuza con sus palabras a Entelo  
según estaba sentado a su lado en el verde lecho de hierba:  
«Entelo, en vano un día el mejor de nuestros héroes,  
¿dejarás que se lleven presentes tan grandes  
sin presentar batalla? ¿Dónde está ahora aquel dios nuestro,  
Érice, maestro inútilmente celebrado? ¿Dónde la fama por toda  
la Trinacria y aquellos despojos colgando de tu techo?»  
Y él a eso: «No me dejó el amor de gloria ni el honor  
vencidos por el miedo; pero la gélida sangre me entorpece  
con la pesada vejez, y se enfrían en mi cuerpo las fuerzas extremas.  
Si yo tuviera aquella juventud de antaño de la que presume  
seguro este malvado, si ahora la tuviera,  
en verdad no me presentaría yo animado por el premio  
y el hermoso novillo, que no me fijo en los regalos.» Dicho esto  
arrojó dos cestos iguales de enorme peso  
al centro, con los que el fiero Érice solía en la lucha  
lanzar sus manos y revestir sus brazos de duro cuero.  
Atónitos quedaron los corazones; las pieles ingentes de siete  
bueyes bien grandes rígidas estaban de plomo y de hierro cosido.  
Estupefacto más que nadie Dares mucho retrocede,  
y el magnánimo hijo de Anquises sopesa y da vueltas  
acá y allá al peso, y las inmensas lazadas de las correas.

Luego el anciano sacaba estas palabras de su pecho:  
«Bien, ¿y si hubiérais visto los cestos y las armas del propio  
Hércules y su triste lucha en esta misma playa?  
Un día tu hermano Érice llevaba estas armas  
(las ves aún manchadas de sangre y de trozos de sesos),  
con ellas se enfrentó al gran Alcides, éstas usaba yo  
mientras una sangre mejor fuerzas me daba y aún no llenaba  
de canas mis sienes gemelas la vejez envidiosa.  
Mas si el troyano Dares rehúsa estas armas nuestras  
y así lo quiere el piadoso Eneas y lo aprueba el muñidor Acestes,  
igualemos la lucha. De las pieles de Érice te libero  
(no temas), y quítate tú esos cestos troyanos.»  
Dicho esto se quitó el manto doble de los hombros  
y sus miembros enormes, los grandes huesos y los brazos  
desnudó y enorme se plantó en el centro de la arena.  
Entonces el padre de la sangre de Anquises trajo cestos iguales  
y revistió de armas parejas las palmas de ambos.  
Los dos se alzaron al punto sobre la punta de los pies  
e impávidos levantaron los brazos a las auras superiores.  
Las cabezas, en alto, las echaron atrás, lejos del golpe,  
y abrazan manos con manos y provocan la lucha,  
uno mejor con el juego de pies y en su juventud confiado,  
el otro poderoso de miembros y talla; pero tiembla y le fallan  
las torpes rodillas, un profundo jadeo sacude su cuerpo enorme.  
Muchos golpes se lanzan en vano los hombres,  
mucho se aplican al cavo costado y en su pecho retumban  
las sacudidas, y en torno a las orejas y las sienes  
vaga la mano constante, crujen las mandíbulas por el duro golpe.  
Firme se queda plantado Entelo y con esfuerzo, sin moverse,  
esquiva sólo con el cuerpo los golpes y con ojos atentos.  
El otro, como quien asedia una ciudad escarpada con sus máquinas  
o acampa en armas en torno a las fortalezas de los montes,  
y uno y otro acceso, y todo el lugar explora  
con maña y con asaltos diversos la ataca en vano.  
Muestra Entelo su diestra erguido y la levanta  
en alto, el otro rápido prevé el golpe que le cae  
de arriba y lo evita escapando con ágil cuerpo;  
Entelo gasta sus fuerzas con el aire y, él solo,  
bajo su propio peso enorme cayó pesado a tierra  
y pesadamente, como cuando cayó en el Erimanto el cavo  
pino arrancado de sus raíces o en el grande Ida.  
Se enfrentan con sus gritos los teucros y la juventud trinacria;

llena el cielo el clamor y acude Acestes el primero  
y al amigo de su edad levanta compadecido del suelo.  
Pero, ni entorpecido por la caída ni asustado, el héroe  
vuelve más fiero a la lucha y saca fuerzas de su enojo;  
el pudor además enciende su coraje y un valor consciente,  
y furioso persigue al lanzado Dares por toda la llanura  
redoblando los golpes ya de su diestra, ya de su izquierda.  
No hay tregua ni descanso: como repican los nimbos cargados  
sobre los tejados, así el héroe con repetidos golpes  
no deja de pegar con una y otra mano y acosa a Dares.  
Entonces el padre Eneas no consintió que fueran las iras  
más allá ni que Entelo se ensañase con ánimo acerbo,  
y ordenó el foral de la lucha y al exhausto Dares  
rescató consolándolo con sus palabras, y así le dice:  
«Desgraciado, ¿qué locura tan grande se adueñó de tu pecho?  
¿No sientes las fuerzas distintas ni los númenes adversos?  
Abandona ante el dios.» Dijo, y con su voz interrumpió la lucha.  
Y así, arrastrando sus rodillas heridas y moviendo la cabeza  
a un lado y a otro, y arrojando por la boca densa sangre  
y dientes mezclados con la sangre, leales compañeros  
lo llevan a las naves; se les llama y reciben el yelmo  
y la espada, y dejan la palma y el toro para Entelo.  
Éste, vencedor, con ánimo crecido y orgulloso del toro:  
«Hijo de la diosa -dice- y teucros todos, aprended esto,  
qué fuerzas tuvo mi cuerpo de joven  
y de qué muerte salvado conserváis a Dares.»  
Dijo, y se paró frente al hocico del novillo  
que le aguardaba como premio de la lucha, y los duros cestos  
dejó caer blandiendo su diestra en alto  
entre los cuerpos, y le aplastó los huesos y el cerebro:  
cae vencido en tierra, temblando y sin vida, el animal.  
Él saca luego de su pecho estas palabras:  
«Érice, te entrego esta vida mejor a cambio de la muerte  
de Dares; aquí, vencedor, depongo mis cestos y mi arte.»  
Al instante invita Eneas a competir con la veloz saeta  
a los que así lo deseen y señala los premios,  
y el mástil de la nave de Seresto con mano poderosa  
levanta y una paloma voladora atada a una cuerda,  
a donde apunten sus dardos, cuelga de lo alto del mástil.  
Acudieron los hombres y recibió las suertes  
un yelmo de bronce y entre gritos de ánimo el primero  
sale, antes que los otros, el Hirtácida Hipocoonte;

Mnesteo, vencedor poco ha en el naval combate,  
le sigue, Mnesteo ceñido de verde olivo.  
Euriti3n fue el tercero, tu hermano, oh P3ndaro  
ilustr3simo que cuando se orden3 romper el pacto  
lanzaste el primero tu dardo en medio de los aqueos.  
El 3ltimo y en el fondo del yelmo se queda Acestes,  
que se hab3a decidido a probar con su mano una lid de j3venes.  
Entonces con fuerzas poderosas doblan y curvan sus arcos  
cada uno por s3 mismo y sacan los dardos de las aljabas,  
y la primera vibrando el nervio por el cielo, la flecha  
del joven Hirt3cida azota las auras voladora,  
y llega y se clava en el 3rbol del m3stil frontero.  
Tembl3 el m3stil y asustado agit3 sus alas  
el animal, y todo reson3 con intenso aplauso.  
Despu3s el fiero Mnesteo se plant3 con el arco tendido  
apuntando hacia arriba, y a la vez lanz3 el ojo y la flecha.  
Mas, pobre de 3l, no pudo alcanzar justo al ave  
con su flecha; cort3 los nudos y las cuerdas de lino  
con las que estaba colgada de una pata en lo alto del m3stil;  
ella vuela y escapa con los Notos a las negras nubes.  
R3pido entonces, con la flecha hace rato montada  
en el arco dispuesto, Euriti3n invoc3 con votos a su hermano,  
y avist3ndola ya gozosa en el cielo libre y agitando  
sus alas, atraviesa a la paloma bajo una negra nube.  
Cay3 ex3nime y se dej3 la vida entre los astros  
et3reos y devuelve abatida la flecha clavada.  
Perdida ya la palma, s3lo quedaba Acestes,  
que lanz3, sin embargo, su dardo a las auras a3reas,  
exhibiendo el padre su arte y el arco sonoro.  
Entonces un prodigio repentino que gran augurio ser3a  
se ofrece a los ojos; lo mostr3 despu3s un gran suceso  
y los vates terribles cantaron presagios tard3os.  
Pues volando en las l3quidas nubes ardi3 la ca3a  
y se3al3 un camino de llamas y desapareci3 consumida  
en los tenues vientos, como a menudo arrancadas del cielo  
pasan corriendo y arrastran su cola las estrellas voladoras.  
At3nitos de 3nimo quedaron teucros y trinacrios  
e invocando a los dioses de lo alto y Eneas el grande  
no rechaza el presagio, sino que abrazando al feliz Acestes  
lo colma de grandes regalos, y as3 le dice:  
«Toma, padre, pues quiso el gran rey del Olimpo que por tales  
auspicios honores recibieras fuera de sorteo.

Este presente tendrás del propio anciano Anquises,  
una cratera llena de figuras que un día el tracio  
Ciseo por un gran servicio había dado  
a mi padre Anquises, recuerdo y prenda de su amor.»  
Dicho esto, ciñe sus sienes de laurel verdeante  
y antes que los otros declara primero a Acestes vencedor.  
Y no ve mal el bueno de Euriti3n el honor que se le quita,  
aunque s3lo 3l derrib3 al ave del alto cielo.  
Luego recibe sus regalos el que rompi3 las cuerdas,  
y por 3ltimo el que clav3 la caña voladora en el m3stil.  
Mas el padre Eneas antes de clausurar las pruebas  
llama ante s3 a Ep3tides, custodio y compa3ero  
del imp3ber julo, y as3 dice a los leales 33dos:  
«Vamos, ve y di a Ascanio, si ya tiene dispuesto  
el juvenil escuadr3n y prepar3 la carrera de caballos,  
que gu3e su tropa en honor del abuelo y se exhiba  
con sus armas», dice. 3l mismo pide a toda la gente dispersa  
que se retiren de la larga pista y que dejen el campo libre.  
Avanzan los muchachos y en l3nea ante la mirada de sus padres  
resplandecen en los frenados caballos, asombrada por su desfile  
se enardece toda la juventud de Trinacria y de Troya.  
Seg3n la costumbre, a todos les ciñe el cabello pelada corona;  
llevan dos flechas de cornejo con hierro en la punta,  
algunos las ligeras aljabas al hombro; cae sobre su pecho  
flexible c3rculo de oro retorcido que ciñe su cuello.  
Caracolean tres equipos de jinetes con sus tres  
capitanes; a cada uno le siguen doce muchachos  
en grupos separados que relucen en l3nea con sus jefes.  
Una es la fila de j3venes exultantes que conduce quien toma  
el nombre de su abuelo, el peque3o Pr3amo, tu ilustre prole,  
Polites, que multiplicar3 a los 3talos; un caballo tracio  
de manchas blancas lo lleva, que tiene blancas las patas  
sobre los cascos y ense3a en alto su blanca frente.  
El segundo es Atis, de donde su stirpe sacaron los Atios latinos,  
el peque3o Atis, muchacho querido del muchacho Julo.  
El 3ltimo, y el m3s hermoso de todos, Julo montando  
un caballo sidonio que la deslumbrante Dido  
le hab3a entregado, recuerdo y prenda de su amor.  
Los dem3s j3venes van sobre caballos trinacrios  
del anciano Acestes.  
Los reciben con aplausos y se gozan vi3ndolos asustados  
los Dard3nidas, y reconocen los rasgos de sus antiguos padres.



Luego que recorrieron alegres toda la pista y los ojos  
de los suyos sobre los caballos, Epítides dio la señal  
a lo lejos con un grito e hizo restallar su látigo.  
Ellos avanzaron alineados y formando grupos de tres en tres  
rompieron la formación, y llamados de nuevo  
invirtieron la marcha y blandieron los dardos enhiestos.  
Luego realizan otros avances y otras retiradas  
colocándose de frente y responden rodeos alternos  
a rodeos y emprenden simulacros de combate bajo las armas,  
y ya descubren sus espaldas en la huida, ya vuelven flechas  
amenazantes, ya firmada la paz cabalgan en línea.  
Como cuentan que un día en la alta Creta el Laberinto  
tuvo un recorrido trazado de muros ciegos y una engañosa  
trampa de mil caminos por donde las pistas de la salida  
quebraba un vagar desconocido y sin retorno;  
no con marcha distinta los hijos de los teucros enlazan  
sus pasos y tejen fugas y batallas jugando,  
como delfines que nadando por los húmedos mares  
surcan el Carpacio y el Libico.  
Este tipo de carrera y estos combates renovó el primero  
Ascanio cuando ciñó de muros Alba Longa,  
y enseñó a celebrarlos a los antiguos latinos,  
según él mismo de muchacho y con él la juventud troyana;  
los albanos los enseñaron a los suyos; de aquí Roma la grande  
los recibió a su vez y conservó el honor de los padres;  
hoy a los muchachos Troya y al escuadrón troyano se les llama.  
Hasta aquí se celebraron los juegos por el padre santo.  
Luego, por vez primera, variable Fortuna cambió de lado.  
Mientras cumplen los ritos en torno al túmulo con juegos diversos,  
Juno Saturnia envió a Iris desde el cielo  
a la flota de Ilión y vientos insufla a su caminar,  
tramando muchas cosas sin saciarse aún por el dolor antiguo.  
Ella apresura su camino por el arco de mil colores  
y corre la virgen sin que nadie la vea con rápido vuelo.  
Contempla la numerosa reunión y la playa recorre  
y ve los puertos desiertos y la flota abandonada.  
A lo lejos, en una solitaria ribera, las troyanas apartadas  
lloraban la pérdida de Anquises y todas el profundo  
mar contemplaban llorando. Tantas olas, ¡jay!, y mares  
tan grandes aguardaban a las fatigadas, era la queja de todas;  
piden una ciudad, hartas de soportar las fatigas del ponto.  
Así que entre ellas se lanza experta en causar daño

y pierde el aspecto y las ropas de diosa;  
se convierte en Béroe, anciana esposa del tmario Doriclo,  
que un día tuvo estirpe, hijos y nombre,  
y así se presenta ante las madres de los Dardánidas.  
«¡Ay, desventuradas -dice- a las que la tropa aquea no condujo  
a la muerte en la guerra bajo los muros de la patria! ¡Ay, pueblo  
infeliz! ¿Para qué destrucción te reserva Fortuna?  
Ya transcurre el séptimo verano desde la caída de Troya,  
y los mares y las tierras todas y tantos inhóspitos peñascos  
y los astros andamos recorriendo, mientras por el gran mar  
perseguimos una Italia que se escapa y nos hacen rodar las olas.  
Aquí está el territorio de su hermano Erice y el huésped Acestes:  
¿quién nos impide plantar los muros y dar una ciudad a los hombres?  
¡Ay, patria y Penates salvados en vano del enemigo!,  
¿ningún muro ya se llamará de Troya? ¿En ningún sitio  
veré los ríos de Héctor, el Janto y el Simunte?  
Venid conmigo, pues, y quememos las infaustas naves.  
Que a mí en sueños la imagen de la vidente Casandra  
he visto que me daba teas encendidas: «Buscad aquí Troya;  
aquí está vuestra casa», me dijo. Ya es hora de actuar,  
y retraso no cabe ante prodigios tan grandes. ¡Mirad, cuatro aras  
de Neptuno! El propio dios nos da teas y coraje.»  
Esto diciendo agarra la primera con fuerza una llama amenazante,  
la hace brillar blandiéndola a lo lejos con la diestra levantada  
y la lanza. Suspensos quedaron los pechos de las troyanas  
y atónitos sus corazones. Entonces una de ellas, la mayor,  
Pirgo, real nodriza de tantos hijos de Príamo:  
«No está Béroe ante vosotras, mujeres, no es ésta la retea  
esposa de Doriclo; las señales de una divina belleza  
advertid y los ojos ardientes, qué aliento en ella,  
qué rostro y qué sonido el de su voz y qué paso el suyo.  
Yo misma cuando me vine dejé a Béroe  
enferma, enojada por ser la única en faltar  
a la ceremonia y no ofrecer a Anquises los debidos honores.»  
Esto dijo.  
Mas las madres al principio dudosas e indecisas miraban ya  
las naves con ojos malignos entre un amor desgraciado  
por la tierra presente y los reinos fatales que las llamaban,  
cuando la diosa se alzó por el cielo en sus alas iguales  
y trazó a su paso bajo las nubes un arco enorme.  
Entonces atónitas por la visión y llevadas de su furia  
se ponen a gritar y roban el fuego de los hogares secretos,

despojan unas los altares, hojas y ramas y teas  
arrojan. Se enfurece Vulcano con las riendas sueltas  
por los bancos y los remos y las pintadas popas de abeto.  
Mensajero, al túmulo de Anquises y a las gradas del teatro  
lleva la nueva de que arden las naves Eumelo, y ellos mismos  
ven detrás la oscura ceniza volando en una nube.  
Y Ascanio el primero, según guiaba gozoso la ecuestre  
carrera, así se dirigió decidido sobre su caballo al agitado  
campamento y sus maestros sin fuerzas retenerle no pueden.  
«¿Qué es esa nueva locura? ¿Y ahora, qué pretendéis -dice-  
¡ay!, pobres ciudadanas? Ni al enemigo ni el hostil campamento  
de los argivos, vuestras esperanzas estis quemando. ¡Eh, soy yo,  
soy vuestro Ascanio! » Arrojó ante sus pies el yelmo vacío,  
con el que cubierto andaba jugando a simulacros de guerra.  
Se apresura a la vez Eneas, a la vez la tropa de los teucros.  
Mas ellas por todas partes escapan de miedo a playas  
diversas, y buscan las selvas a escondidas y las cóncavas rocas  
por donde pueden; su acción las avergüenza y la luz y vueltas  
en sí reconocen a los suyos y arrojan a Juno de su pecho.  
Pero no por eso la llama y el incendio su fuerza  
indómita depusieron; bajo la mojada madera vive  
la estopa vomitando tardo humo y un calor lento  
devora las quillas y desciende la peste por todo el cuerpo,  
y no valen las fuerzas de los héroes ni los ríos vertidos.  
Entonces Eneas piadoso se arranca el vestido de los hombros  
y pide la ayuda de los dioses y tiende sus palmas:  
«Júpiter todopoderoso, si aún no odias a los troyanos  
hasta el último, si todavía la antigua piedad contempla  
las fatigas de los hombres, haz que las llamas dejen la flota  
ahora, padre, y libra de la muerte los frágiles restos de los teucros.  
O manda t a la muerte con rayo enemigo cuanto nos queda,  
si es que lo merezco, y aplstanos aquí con tu diestra.»  
Apenas había dicho esto cuando con mares de lluvia una negra  
tempestad nunca vista se desata y tiemblan con el trueno  
las cumbres de las tierras y los campos; cae de todo el éter  
turbulento aguacero y negrsimo de densos Austros;  
y se llenan por arriba las naves y medio quemadas se empapan  
las maderas, hasta que se apagó todo el fuego y todos  
los barcos menos cuatro se salvaron de la destrucción.  
Y el padre Eneas sacudido por la acerba desgracia  
agitaba hacia uno y otro lado muchas cuitas en su pecho  
dándoles vueltas, si quedarse en los sculos campos

olvidando sus hados, si poner rumbo a las ítalas costas.  
Entonces el anciano Nautes, el único al que Palas  
Tritonia enseñó y famoso lo hizo con su mucha ciencia,  
estas respuestas daba (bien qué presagiaba la grande  
ira de los dioses, bien qué exigía el orden de los hados)  
y comienza consolando a Eneas con estas palabras:  
«Hijo de la diosa, por donde los hados nos llevan y nos traen  
sigamos; sea lo que sea, toda suerte debemos vencer sufriendo.  
Cuentas con el dardanio Acestes de divina estirpe:  
hazle compañero de tus planes gustoso y únelo a ti,  
confíale los que sobran de las naves perdidas y los que  
se han hastiado de tu gran empresa y de tu suerte.  
Y a los longevos ancianos y a las madres cansadas de agua  
y a todos los débiles y a los que temen el peligro  
sepáralos y deja que en estas tierras tengan los cansados sus murallas;  
llamarán a su ciudad, si así lo permites, con el nombre de Acesta.»  
Encendido por palabras tales del anciano amigo,  
divide sin embargo su ánimo en mil preocupaciones,  
y la negra Noche llevada por su biga ocupaba el cielo.  
Caída entonces del cielo se le apareció la imagen de su padre  
Anquises de pronto que le infundía estas palabras:  
«Hijo a quien quise un día más que a mi vida, cuando la vida  
tenía, hijo a quien han probado de Ilión los hados,  
aquí llego por orden de Jove, que apartó el fuego  
de tus naves y se compadeció al fin desde el alta cielo.  
Atiende los consejos que ahora te brinda bellísimos  
el anciano Nautes; llévate a Italia jóvenes escogidos,  
los más esforzados corazones. Tendrás que pelear en el Lacio  
con un pueblo duro y salvaje. Antes, sin embargo, entra  
en las mansiones infernales de Dite y por el profundo Averno  
ven, hijo, a mi encuentro. Que no me tiene el impío  
Tártaro, las tristes sombras, sino que frecuento los amenos  
concilios de los píos y el Elisio. Aquí la casta Sibila  
te guiará con mucha sangre de negros animales.  
Entonces toda tu raza conocerás y qué murallas te aguardan.  
Y ahora, adiós; dobla la mitad de su carrera la húmeda Noche  
y cruel Oriente me ha soplado el aliento de sus caballos.»  
Había dicho y escapó a las auras tenue como humo.  
Eneas dice: «¿A dónde vas ahora? ¿A dónde te me escapas?  
¿De quién huyes o quién te aparta de mis abrazos?»  
Esto diciendo aviva la ceniza y los fuegos dormidos,  
y el Lar de Pérgamo y los sagrarios de la canosa Vesta

venera suplicante con harina piadosa y un incensario lleno.  
Y al punto a los compañeros convoca y a Acestes el primero  
y la orden de Jove y los preceptos de su querido padre  
les cuenta y el plan que ahora se asienta en su pecho.  
No hay tardanza en las decisiones ni rehúsa las órdenes Acestes:  
pasan a la ciudad las madres y dejan a cuantos  
así lo desean, corazones que no precisan grandes glorias.  
Ellos mismos reparan los bancos y reponen en los barcos  
las maderas devoradas por las llamas, remos disponen y jarcias;  
son pocos en número, pero es vigoroso su valor en la guerra.  
Entretanto Eneas traza la ciudad con el arado  
y sorteas las casas. Ordena que esto sea Ilión y Troya sean  
estos lugares. Se alegra con el reino el troyano Acestes  
y señala el foro y da leyes a los padres convocados.  
Luego junto a los astros en la cumbre ericina la sede  
se funda de Venus Idalia y se dispone un sacerdote  
consagrado al túmulo de Anquises y un amplio bosque.  
Y ya todos habían celebrado un banquete de nueve días y cumplido  
el honor a los altares: plácidos vientos el mar allanaron  
y con frecuente soplado a alta mar les llama el Austro.  
Un llanto intenso surge por las playas curvadas;  
abrazados dejan pasar la noche y el día.  
Ya hasta las madres y aquellos que poco ha por áspera  
tenían la cara del mar e insoportable su numen,  
irse quieren y aguantar todas las fatigas del camino.  
El bueno de Eneas les consuela con palabras de amigo  
y llorando los encomienda a su pariente Acestes.  
Tres terneros a Érice y una cordera a las Tempestades  
ordena sacrificar y largar luego amarras.  
Él, ceñida la cabeza con hojas de olivo cortado,  
sostiene la pátera, de pie sobre la proa, y las entrañas arroja  
a las olas saladas y derrama líquidos vinos.  
Les empuja un viento que nace de popa;  
compiten los compañeros en herir el mar y surcan sus aguas.  
Mas Venus entretanto agobiada de cuitas a Neptuno  
se dirige y saca de su pecho quejas tales:  
«De Juno la grave ira y su pecho insaciable  
me obligan, Neptuno, a recurrir a todas las preces;  
ni el largo día ni piedad alguna la conmueven,  
ni descansa rendida ante el poder de Jove y los hados.  
No le basta con haber arrancado con odios nefandos la ciudad  
de los frigios de entre su pueblo ni haber arrastrado los restos

de Troya por todos los suplicios: sus cenizas y huesos, destruida,  
persigue. Ella sabrá las causas de locura tan grande.  
Tú fuiste mi testigo hace poco en las aguas de Libia  
de qué agitación provocó de pronto: mezcló todos los mares  
con el cielo, en vano confiada en las tormentas de Éolo,  
a tanto se atrevió en tus propios reinos.  
Y ahora, mira, lanzando al crimen a las madres troyanas  
quemó vergonzosamente las naves y con la flota destruida  
les forzó a dejar a los compañeros en una tierra extraña.  
Puedan los que quedan, te suplico, confiarte velas seguras  
por las olas, puedan alcanzar el Tíber laurente,  
si pido cosas concedidas, si las Parcas les dan sus murallas.»  
Entonces el Saturnio dominador del mar profundo dijo esto:  
«Es bien justo, Citerea, que tengas confianza en mis reinos,  
de donde proviene tu stirpe. Además lo merezco; a menudo furores  
he reprimido y rabia tan grande del mar y del cielo.  
Y no ha sido cuita menor para mí en las tierras tu Eneas,  
lo juro por el Janto y el Simunte. Cuando Aquiles lanzaba  
contra los muros a los abatidos ejércitos troyanos  
y a muchos miles mandaba a la muerte, y gemían repletos  
los ríos y no podía el Janto encontrar su camino  
ni rodar hacia el mar, entonces yo en el hueco de una nube  
rapté a Eneas cuando se enfrentaba con dioses y fuerzas desiguales  
al valiente Pelida, si bien deseaba arrancar de sus raíces  
las murallas de la perjura Troya que levanté con mis manos.  
Ese mismo ánimo sigue aún hoy en mí; pierde esos miedos.  
Llegará sano y salvo a los puertos del Averno que deseas.  
A uno sólo echarás de menos perdido en el abismo;  
uno sólo dará su vida por muchos.»  
Luego que consoló el pecho alegre de la diosa con estas palabras,  
unce con oro el padre sus caballos y frenos coloca  
de espuma a los animales y suelta de sus manos todas las riendas.  
Por encima de las aguas vuela ligero en su carro cerúleo;  
se humillan las olas y bajo el eje tonante la hinchada  
llanura de las aguas se encalma, escapan las nubes en el vasto éter.  
Entonces las figuras diversas de su séquito, cetáceos inmensos,  
y el viejo coro de Glauco y Palemón de Ino  
y los raudos Tritones y todo el ejército de Forco;  
la izquierda ocupa Tetis y Mélite y la virgen Panopea,  
Nisea y Espio y Talía y Cimódoce.  
Entonces dulces gozos invaden a oleadas el pecho  
suspenseo del padre Eneas; manda rápido que todos

los mástiles levanten y tensar las velas en las entenas.  
Todos a una pusieron manos a la obra y soltaron las lonas  
a izquierda y a derecha; a una tuercen y retuercen  
los altísimos cabos; brisas favorables impelen la flota.  
Palinuro en cabeza delante de todos guiaba el denso  
ejército; por su derrotero siguen los otros las órdenes.  
Y ya casi la meta del centro del cielo la húmeda Noche  
había alcanzado, con plácido reposo relajaban sus miembros  
los marineros echados bajo los remos por los duros asientos,  
cuando caído de los astros etéreos el Sueño ligero  
apartó el aire tenebroso y dispersó las sombras  
buscándote a ti, Palinuro, trayéndote a ti tristes sueños,  
inocente, y se posó el dios en la alta popa  
con la figura de Forbante y vierte de su boca estas palabras:  
«Yásida Palinuro, las propias aguas conducen la flota,  
soplan las brisas iguales, llega la hora de tu descanso.  
Inclina la cabeza y hurta al trabajo tus ojos cansados.  
Por un rato yo mismo cumpliré por ti tu tarea.»  
Alzando apenas hacia él sus ojos le dice Palinuro:  
«¿Me pides que ignore el rostro del mar en calma  
y las olas tranquilas? ¿Qué confíe en este monstruo?  
¿Entregaré a Eneas (¿cómo podría?) a las auras falaces,  
cuando tantas veces me ha sorprendido el engaño de un cielo sereno?»  
Tales palabras devolvía, y clavado y el timón agarrando  
no lo dejaba ni un momento y mantenía los ojos en las estrellas.  
Mas he aquí que el dios con un ramo empapado en el Lete  
y con el poder soporífero de la Estigia le rocía ambas  
sienes, y le cierra los ojos que ya vacilaban.  
Un inesperado letargo había relajado apenas sus miembros,  
viniéndole encima, y arrancando una parte de la popa  
y el timón, lo precipitó en las líquidas aguas  
de cabeza y en vano llamaba una y otra vez a sus compañeros;  
el dios levantó su vuelo como un ave a las auras sutiles.  
Prosigue la flota por el mar su seguro camino  
y avanza impertérrita con las promesas del padre Neptuno.  
Y ya se acercaba navegando a los escollos de las Sirenas,  
un día difíciles y blancos de los huesos de muchos  
(resonaban entonces las broncas rocas con la continua resaca),  
cuando advirtió Eneas que el barco derivaba  
sin su piloto y él mismo lo gobernó en las nocturnas olas  
mucho gimiendo y con el corazón ahogado por la pérdida del amigo:  
«¡Ah, demasiado seguro del cielo y el piélagos sereno,  
Palinuro! Desnudo yacerás sobre una playa extraña.

ENEIDA  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA



## LIBRO VI

Así dice entre lágrimas, y suelta riendas a la flota  
y al fin se aproxima a las playas eubeas de Cumas.  
Vuelven las proas al mar; con tenaz diente entonces  
sujetaba el áncora las naves y las curvas popas  
cubren la ribera. El grupo de muchachos salta impaciente  
a la playa de Hesperia; unos buscan las semillas del fuego  
que se ocultan en las venas del sílex, otros se dirigen a los bosques,  
tupida morada de las fieras, y señalan los ríos que van encontrando.  
El piadoso Eneas por su parte la roca busca que preside  
el alto Apolo y el apartado retiro de la horrenda Sibila,  
la enorme gruta, a quien la mente grande y el corazón  
inspira el vate Delio y descubre el futuro.  
Ya entran en los bosques de Trivia y en los techos de oro.  
Dédalo, según es fama, huyendo del reino de Minos  
osó lanzarse al cielo con plumas veloces  
por un camino nuevo y bogó hasta las Osas heladas,  
y sobre la roca calcídica se detuvo al fin suavemente.  
En cuanto regresó a estas tierras te consagró, Febo,  
los remos de sus alas y te levantó un templo enorme.  
En las puertas la muerte de Andrógeo; los Cecrópidas luego  
obligados a pagar el castigo (¡qué desgracia!) todos los años  
de siete de sus hijos; allí se ve la urna con las suertes echadas.  
Enfrente corresponde asomando por el mar la tierra cnosia:  
aquí el amor salvaje por el toro y uniéndosele a escondidas  
Pasífae, y la híbrida stirpe y la prole biforme,  
ahí está, el Minotauro, testimonio de una Venus nefanda.  
Aquí la famosa construcción de la casa y el laberinto intrincado;  
pero apiadado del gran amor de la princesa,  
el propio Dédalo le descubre las trampas del edificio y sus revueltas,  
guiando con el hilo sus ciegos pasos. Tú también parte

grande en obra tamaña -si el dolor lo quisiera-, Ícaro, tendrías.  
Dos veces había intentado cincelar en oro tu caída,  
dos veces cayeron las manos de tu padre. Todo lo recorrerían  
con sus ojos de no ser porque Acates, enviado por delante,  
regresa y con él la sacerdotisa de Febo y de Trivia,  
Deífobe de Glauco, que así dice al rey:  
«No es éste para ti el momento de mirar estampas;  
ahora mejor será sacrificar siete novillos de un rebaño  
intacto y otras tantas ovejas escogidas según la costumbre.»  
Así dijo a Eneas (y no retrasan los hombres las sagradas  
órdenes) y convoca a los teucros la sacerdotisa al alto templo.  
El flanco inmenso de la roca eubea se abre en un antro  
al que llevan cien amplias entradas, cien bocas,  
por donde salen otras tantas voces, respuestas de la Sibila.  
Habían ya llegado al umbral cuando dice la virgen: «Es el momento  
de buscar los hados. ¡El dios, he aquí al dios!» Mientras esto decía  
delante de la puerta, de pronto, ni su gesto ni el color  
ni la compuesta cabellera eran ya iguales; el pecho anhelante  
se hincha de rabia y el fiero corazón, y parece más grande  
y no suena como mortal, porque está inspirada por el numen  
del dios, ya más cerca. «¿Dudas en tus votos y plegarias,  
troiano Eneas? ¿Dudas? Pues bien, no antes han de abrirse  
las grandes bocas de esta atónita casa.» Y dicho esto  
se calló. Un helado temblor corrió por los duros  
huesos de los teucros, y saca el rey sus preces de lo hondo del pecho:  
«Febo, que siempre te apiadaste de las pesadas fatigas de Troya,  
que dirigiste la mano y las flechas dardanias de Paris  
contra el cuerpo del Eácida. A tantos mares que circundan  
grandes tierras me hice bajo tu guía y hasta los apartados  
pueblos de los masilos y los campos que se extienden frente a las Sirtes:  
por fin, abrazamos ya las huidizas riberas de Italia.  
¡Sólo hasta aquí nos haya seguido la mala fortuna de Troya!  
Que justo es que también vosotros perdonéis de Pérgamo a la raza,  
las diosas y los dioses todos, a los que estorbó Ilión y la gloria  
sin par de Dardania. Y tú, santísima vidente,  
sabedora del porvenir, concede a los teucros (y no pido reinos  
no debidos a mis hados) instalarse en el Lacio  
y a sus dioses errantes y a los agitados númenes de Troya.  
Entonces a Febo y a Trivia un templo de sólido mármol  
consagraré y unos días de fiesta con el nombre de Febo.  
También a ti te aguarda en nuestro reino un gran santuario:  
pues aquí yo tus suertes y los secretos destinos

anunciados a mi pueblo depositaré y te consagraré, madre, varones escogidos. Sólo no confíes tus vaticinios a las hojas, que no vuelen turbados juguetes de los rápidos vientos; que los cantes tú misma te ruego.» Y aquí cesó de hablar. Pero sin someterse aún vaga terrible por el antro como bacante la vidente de Febo, por si puede sacudirse del pecho al dios imponente, y tanto más aquél fatiga su boca rabiosa, domando el fiero corazón, y la rinde bajo su peso. Y entonces se abrieron las cien enormes bocas de la casa espontáneamente y llevan por el aire las respuestas de la vidente: «O, tú que ya has agotado los grandes peligros del piélago (aunque faltan los más graves de la tierra), a los reinos de Lavinio llegarán los Dardánidas (saca esa cuita de tu pecho), y también querrán no haber llegado. Guerras, horribles guerras, y el Tíber espumante de la mucha sangre estoy viendo. No te faltarán los campamentos dorios, ni un Simunte, ni un Janto; ya otro Aquiles ha nacido en el Lacio, hijo también éste de una diosa, y Juno, la aflicción de los teucros, no andará lejos tampoco cuando tú en la desgracia suplicante ¡qué pueblos o qué ciudades de Italia no habrás probado con tus ruegos! La causa de tamaño mal, de nuevo una esposa huésped de los teucros, y de nuevo un matrimonio forastero. No cedas tú a estos males y hasta sigue avanzando lleno de valor por donde te permita tu Fortuna. De la salvación el camino [primero (nunca lo creerías) habrá de abrirte una ciudad griega.» Con tales palabras del interior del templo la Sibila de Cumas anuncia horribles enigmas y resuena en el antro, envolviendo en tinieblas la verdad: Apolo sacude las riendas de su locura y clava agujones en su pecho. En cuanto cesó el furor y calló la boca rabiosa, comienza el héroe Eneas: «No me presentas, virgen, el rostro de fatiga alguna nueva o inesperada; todo lo he probado y en mi pecho antes lo he recorrido. Sólo esto te pido: como aquí está -se dice- la puerta del rey infernal y la tenebrosa laguna que ciñe el Aqueronte, llegar a la presencia de mi querido padre y que toque su rostro; que el camino me muestres y me abras las sagradas puertas. Yo a él, entre las llamas y los dardos a miles que nos seguían, lo rescaté sobre mis hombros y lo libré de las manos del enemigo; él, siguiendo mi camino, todos los mares conmigo y todas las amenazas del piélago y del cielo soportaba, sin aliento, más allá de sus fuerzas y de la suerte de sus años.

Y más aún, que suplicante a ti acudiera y a tu puerta llegase,  
él también en sus ruegos me lo ordenaba. Del hijo y del padre  
te suplico que te apiades, alma (pues todo lo puedes  
y no en vano Hécate puso a tu cuidado los bosques del Averno),  
si es que pudo Orfeo conjurar a los Manes de su esposa  
valiéndose de la cítara tracia y las canoras cuerdas,  
si Pólux rescató a su hermano con otra muerte  
y va y vuelve tantas veces por ese camino. ¿Y Teseo? ¿Y qué voy  
a decir del gran Alcides? También mi estirpe viene de Jove supremo.»  
Con tales palabras rezaba y abrazaba los altares,  
cuando esto comenzó a decir la vidente: «Nacido de la sangre  
de los dioses, troyano Anquisiada, fácil es la bajada al Averno:  
de noche y de día está abierta la puerta del negro Dite;  
pero dar marcha atrás y escapar a las auras del cielo,  
ésa es la empresa, ésa la fatiga. Unos pocos a los que amó el justo  
Júpiter o su ardiente valor los sacó al éter,  
lo lograron hijos de dioses. En medio los bosques todo lo ocupan,  
y el cauce del Cocito lo rodea en negra revuelta.  
Pero si ansia tan grande anida en tu pecho, si tanto deseo  
de surcar dos veces los lagos estigios, de dos veces ver la negrura  
del Tártaro y te place emprender una fatiga insana,  
escucha primero lo que has de hacer. En un árbol espeso se esconde  
la rama de oro en las hojas y en el tallo flexible,  
según se dice consagrada a Juno infernal; todo el bosque  
la oculta y la encierran las sombras en valles oscuros.  
Mas no se permite penetrar en los secretos de la tierra  
sino a quien ha cortado primero los retoños del árbol de dorados cabellos.  
La hermosa Prosérpina determinó que se le llevara  
este presente. Cuando se arranca el primero no falta otro  
de oro y echa hojas el tallo del mismo metal.  
Así que busca atentamente con tus ojos y cógela con tu mano  
según el rito cuando la halles, pues por su gusto y fácilmente  
habrá de seguirte, si los hados te llaman; ni con todas tus fuerzas  
de otro modo podrías vencer ni arrancarla con el duro hierro.  
Otra cosa: yace sin vida el cuerpo de uno de tus amigos  
(lo ignoras, ¡ay!) que con su muerte mancilla a la flota entera,  
Mientras tú consejo demandas y te demoras en mis umbrales.  
Ponlo primero en su lugar y dale sepultura.  
Toma unas ovejas negras, que sean la expiación primera.  
Así, por fin, podrás los bosques contemplar estigios y los reinos  
prohibidos a los vivos.» Dijo y calló cerrando la boca.  
Eneas con los ojos bajos y el rostro afligido

echa a andar la gruta dejando, y a los oscuros sucesos  
da vueltas en su corazón. Su fiel Acates  
le acompaña y marcha con iguales pensamientos.  
Mucho discurrían entre ellos en animada charla,  
quién sería el compañero muerto del que habló la vidente,  
cuál el cuerpo por sepultar. Y ven a Miseno en tierra firme,  
cuando llegaron, perecido de una muerte indigna,  
al eólida Miseno; ningún otro le ganaba  
en mover a los hombres con su bronce ni en encender a Marte con su canto.  
Había sido éste compañero de Héctor el grande, junto a Héctor  
salía al combate señalado por su lituo y su lanza.  
Cuando le venció Aquiles y le despojó de la vida,  
el héroe valerosísimo al séquito se había sumado  
del dardanio Eneas en pos de hazañas no menores.  
Pero un día, cuando por caso hace sonar al mar con su cóncava concha,  
fuera de sí, y llama con su canto a los dioses al combate,  
émulo Tritón lo sorprendió, si hay que creerlo,  
y lo había sumergido entre los escollos en la ola de espumas.  
Así que todos se agitaban a su alrededor con gran griterío,  
y en especial el piadoso Eneas. Se apresuran entonces,  
llorando, a cumplir la orden de la Sibila y en levantar porfían  
el ara del sepulcro con troncos y subirla hasta el cielo.  
Se adentran en un antiguo bosque, escondido refugio de las fieras;  
caen abatidos los pinos, resuenan las encinas con el golpe de las segures  
y con cuñas se abre la madera del fresno y el blando  
roble, ruedan por los montes ingentes olmos.  
Y no falta Eneas en medio del trabajo exhortando el primero  
a sus compañeros y ceñido de las mismas armas.  
Y así da vueltas en su afligido pecho  
contemplando la inmensa selva y así por caso suplica:  
«¡Si ahora se nos mostrase aquella rama de oro en su árbol  
entre bosque tan grande! Que demasiado verdadero ha sido,  
¡ay, Miseno!, cuanto de ti dijo la vidente.»  
Apenas había hablado, cuando por caso dos palomas  
bajaron volando del cielo ante sus ojos  
y se posaron en el verde suelo. El gran héroe entonces  
reconoció las aves de su madre y alegre implora:  
«Sed mi guía, si es que hay algún camino, y alzád el vuelo  
por el aire hasta el bosque donde la espléndida rama da sombra  
al pingüe suelo. Y tú no me falles en mis dudas,  
madre divina.» Dicho esto detuvo sus pasos  
estudiando qué señales anuncian, hacia dónde prosiguen.

Ellas vuelan en busca de alimento tanto  
cuanto abarcar podrían los ojos de quienes las siguieran.  
Más tarde, cuando llegaron a las fauces del Averno de pesado olor,  
se elevan presurosas y dejándose caer por el líquido aire  
se posan en el lugar ansiado sobre un árbol doble  
desde donde relució distinta entre las ramas el aura del oro.  
Cual suele en los bosques bajo el frío invernal el muérdago  
reverdecer con hojas nuevas, al que no alimenta su propia planta,  
y rodear de fruto azafranado los troncos redondos,  
tal era el aspecto de las hojas de oro en la encina  
tupida, así crepitaba la lámina al viento suave.  
Se lanza Eneas al punto y ávido la arranca  
aunque se resiste y a la cueva la lleva de la vidente Sibila.  
Y seguían entretanto los teucros llorando a Miseno  
en la playa y rendían los últimos honores a la ingrata ceniza.  
Formaron primero una gran pira pingüe de teas  
y de madera cortada, y con hojas negras  
le cubren los lados y delante levantan cipreses  
funerales, y la adornan con sus armas resplandecientes.  
Unos preparan agua caliente y calderos que bullen  
al fuego, y lavan y ungen el helado cuerpo.  
Se oyen gemidos. Colocan entonces los llorados miembros  
sobre un lecho, y encima vestidos de púrpura, las conocidas  
ropas. Otros se acercaron al féretro ingente,  
triste ministerio, y vueltos de espaldas según la costumbre  
de los padres le arrojaron una tea encendida. Arden mezclados  
presentes de incienso, las viandas, las crateras llenas de aceite.  
Luego que cayeron las cenizas y descansó la llama,  
lavaron con vino los restos y la brasa bebedora  
y los huesos recogidos guardó Corineo en urna de bronce.  
Rodeó también por tres veces a los compañeros con agua pura  
asperjándolos con las leves gotas y con la rama del feliz olivo,  
y purificó a los hombres y pronunció las palabras postreras.  
Y el piadoso Eneas coloca encima un sepulcro  
de mole ingente y las armas del héroe y el remo y la tuba  
bajo el monte aéreo que hoy por él Miseno  
se llama y tiene por los siglos un nombre eterno.  
Hecho esto, continúa a toda prisa los mandatos de la Sibila.  
Había una profunda caverna imponente por su vasta boca,  
riscosa, protegida por un lago negro y las tinieblas de los bosques;  
sobre ella ninguna criatura voladora podía impunemente  
tender el vuelo con sus alas, tal era el hálito

que de su negra boca dejaba escapar a la bóveda del cielo.  
(Por eso los griegos llamaron a este lugar Aorno.)  
Aquí primero cuatro novillos de negro lomo dispone  
y les riega la sacerdotisa de vino la frente,  
y tomando de entre los cuernos las cerdas más altas  
las arroja a la llama sagrada, ofrenda primera,  
invocando a voces a Hécate poderosa en el cielo y el Érebo.  
Otros hincan por debajo los cuchillos y la tibia sangre  
recogen en páteras. El propio Eneas a una oveja de negro  
vellón en honor de la madre de las Euménides y la gran hermana  
la hiere con su espada, y para ti, Prosérpina, una vaca estéril;  
luego prepara al rey estigio nocturnas aras  
y pone sobre las llamas las entrañas enteras de los toros,  
y derrama pingüe aceite sobre las vísceras ardientes.  
Y de repente, bajo el umbral del sol primero y del orto  
bajo sus plantas comenzó el suelo a mugir y las cimas de los bosques  
a agitarse y se escuchó como un aullar de perras por la sombra  
según se acercaba la diosa. «¡Lejos, quedaos lejos, profanos!  
-exclama la vidente-, ¡alejaos del bosque entero!;  
y tú emprende el camino y saca la espada de la vaina:  
ahora, Eneas, valor precisas y ahora un ánimo firme.»  
Sólo esto dijo fuera de sí y se metió por la boca del antro;  
él con pasos no tímidos alcanza a la guía que se escapa.  
Dioses a quienes cumple el gobierno de las almas y sombras calladas  
y Caos y Flegetonte, mudos lugares de la inmensa noche:  
pueda yo repetir lo que sé, pueda por vuestro numen  
abrir secretos sepultados en la calígene del fondo de la tierra.  
Iban oscuros por las sombras bajo la noche solitaria  
y por las moradas vacías de Dite y los reinos inanes:  
como el camino bajo una luz maligna que se adentra en los bosques  
con una luna incierta, cuando ocultó Júpiter el cielo  
con sombra y a las cosas robó su color la negra noche.  
Ante el mismo vestíbulo y en las bocas primeras del  
Orco el Luto y las Cuitas de la venganza su cubil instalaron,  
y habitan los pálidos Morbos y la Senectud triste,  
y el Miedo y Hambre mala consejera y la Pobreza torpe,  
figuras terribles a la vista, y la Muerte y la Fatiga;  
el Sopor además, pariente de la Muerte, y los malos Gozos  
de la mente, y, en el umbral de enfrente, la guerra mortal  
y los tálamos de hierro de las Euménides y la Discordia enfurecida  
enlazado su cabello de víboras con cintas ensangrentadas.  
En medio extiende sus ramas y los brazos añosos

un olmo tupido, ingente, donde se dice que habitan  
los sueños vanos, agazapados bajo sus hojas.  
Y muchas visiones además de variadas fieras,  
los Centauros tienen sus establos en esta puerta y las Escilas bifformes  
y Briareo el de cien brazos y de Lerna el horrisono  
monstruo, y la Quimera armada de llamas,  
Gorgonas y Harpías y la figura de la sombra de tres cuerpos.  
Empuña entonces Eneas su espada presa de un miedo  
repentino y ofrece su agudo filo a los que llegan,  
y, si su docta compañera no le mostrase las tenues vidas  
sin cuerpo que vuelan fantasmas de una imagen hueca,  
se lanzaría y en vano azotaría a las sombras con su espada.  
De aquí el camino que lleva a las aguas del Aqueronte del Tártaro.  
Turbio aquí de cieno y de la vasta voráGINE un remolino  
hierva y eructa en el Cocito toda la arena.  
Un horrendo barquero cuida de estas aguas y de los ríos,  
Caronte, de suciedad terrible, a quien una larga canicie  
descuidada sobre el mentón, fijas llamas son sus ojos,  
sucio cuelga anudado de sus hombros el manto.  
Él con su mano empuja una barca con la pértiga y gobierna las velas  
y transporta a los muertos en esquife herrumbroso,  
anciano ya, pero con la vejez cruda y verde de un dios.  
Hacia estas riberas corría toda una multitud desparramada,  
mujeres y hombres y los cuerpos privados de la vida  
de magnánimos héroes, y muchachos y muchachas solteras,  
y jóvenes colocados en la pira ante la mirada de sus padres:  
como todas esas hojas en las selvas con el frío primero del otoño:  
caen arrancadas, o todas esas aves que se amontonan  
hacia tierra desde alta mar, cuando la estación fría  
las hace huir allende el ponto y las arroja a tierras soleadas.  
De pie estaban pidiendo cruzar los primeros  
y tendían sus manos por el ansia de la otra orilla.  
Pero el triste marino a éstos o a aquéllos acoge,  
mas a otros los mantiene alejados en la arena de la playa.  
Así pues, Eneas, asombrado y emocionado por el tumulto:  
«Dime, virgen -exclama-, ¿qué quiere el gentío de la orilla?  
¿Qué buscan las almas? ¿Con qué criterio unas dejan las riberas  
mientras surcan otras las lívidas aguas con sus remos?»  
Así le repuso la longeva sacerdotisa en pocas palabras:  
«Hijo de Anquises, retoño bien cierto de los dioses,  
estás ante las aguas profundas del Cocito y la laguna estigia,  
por la que temen jurar los dioses y engañar a su numen.



Toda esta muchedumbre que ves es una pobre gente sin sepultura;  
aquél, el barquero Caronte; éstos, a los que lleva el agua, los sepultados.  
Que no se permite cruzar las orillas horrendas y las roncadas  
corrientes sino a aquel cuyos huesos descansan debidamente.  
Vagan cien años y dan vueltas alrededor de estas playas;  
sólo entonces se les admite y llegan a ver las ansiadas aguas.»  
Se paró y detuvo sus pasos el hijo de Anquises  
mucho pensando y lamentando en su pecho la suerte inicua.  
Ve allí afligidos y privados de las honras de la muerte  
a Leucaspis y a Orontes, jefe de la flota licia;  
a la vez navegando desde Troya por un mar ventoso  
los abatió el Austro, sepultando en el agua nave y marineros.  
Y hete aquí que llegaba Palinuro, el piloto,  
quien poco ha en las aguas libias mientras miraba las estrellas  
se había caído de la popa y se hundió en las aguas.  
Apenas lo reconoció afligido en medio de las sombras,  
así se le dirige el primero: «¿Quién de los dioses, Palinuro,  
te nos ha arrebatado y te sumergió en las aguas del mar?  
Ea, dime. Pues a mí Apolo, jamás antes hallado en mentira,  
me engañó el corazón sólo con esta respuesta,  
al anunciarme que saldrías incólume del mar y llegarías  
al territorio ausonio. ¿Y es ésta la palabra empeñada?»  
El otro a su vez: «Ni a ti te engañó el trípode de Febo,  
caudillo hijo de Anquises, ni un dios a mí me hundió en el mar.  
Pues arrancado el timón con gran violencia y por azar,  
al que yo, su guardián, estaba clavado y el rumbo regía,  
lo arrastré conmigo en mi caída. Por los mares encrespados  
juro que no abrigué temor tan grande por mí  
como por tu nave, desmantelada de defensas y sin piloto,  
que no sucumbiera al alzarse olas tan grandes.  
Tres noches de invierno el Noto me arrastró por la inmensa  
llanura azotándome con el agua; entreví el cuarto día  
Italia subido en lo alto de una ola.  
Poco a poco nadaba hacia tierra; ya estaba a salvo,  
si un pueblo cruel, bajo el peso de una ropa empapada  
y agarrándome con las uñas a los ásperos salientes del monte,  
no me hubiera atacado con sus armas tomándome ignorante por una presa.  
Ahora las olas me guardan y los vientos en el litoral me sacuden.  
Por la grata luz del cielo y por sus auras,  
por tu padre te lo pido, por la esperanza de julio que crece,  
líbrame, invicto, de estos males: ponme tierra  
encima, ya que puedes, y busca los puertos de Velia;

o bien, si hay algún medio, si alguno te muestra  
la madre divina (pues no creo que sin el numen de los dioses  
te dispongas a cruzar el gran río y la laguna estigia),  
tiende tu diestra a un desgraciado y llévame contigo por las olas,  
que al menos en la muerte descansa en un lugar tranquilo.»  
Así había hablado, cuando así comenzó la vidente:  
«¿De dónde, Palinuro, te viene esta ansia desmedida?  
¿Vas a ver tú sin enterrar las aguas estigias y la severa  
corriente de las Euménides y pasarás sin que se te ordene al otro lado?  
No confíes en torcer los hados de los dioses con tus súplicas,  
pero guarda en tu corazón estas palabras, consuelo de tu dura suerte.  
Que los comarcanos, conmovidos a lo largo y ancho en las ciudades  
por prodigios del cielo, expiarán tus huesos  
y un túmulo levantarán y honores rendirán al túmulo,  
y tendrá el lugar para siempre de Palinuro el nombre.»  
Con estas palabras se alejaron las penas y un momento de su triste  
corazón se fue el dolor; se alegra con la tierra de su nombre.  
Así prosiguen el camino emprendido y se acercan al río.  
Desde las aguas estigias en cuanto los vio el marino  
marchar por el bosque callado y dirigir sus pasos a la orilla,  
así dice el primero y sin más les increpa:  
«Seas quien seas, armado que te presentas en nuestro río,  
vamos, di a qué vienes desde ahí, y detén tus pasos.  
Éste es el lugar de las sombras, del sueño y la noche soporosa:  
cuerpos vivos no puede llevar la barca estigia.  
Tampoco me alegré de recibir a Alcides en mi lago  
cuando bajó, ni a Teseo y Pirítoo,  
aunque hijos eran de dioses y de fuerza invencible.  
Aquél vino a encadenar con su mano al guardián del Tártaro  
y lo arrancó tembloroso del trono del mismo rey;  
éstos llegaron para sacar a mi señora del tálamo de Dite.»  
A lo que repuso en pocas palabras la vidente anfrisia:  
«Aquí no hay ninguna de esas trampas (no te preocupes),  
ni traen las armas violencia; que el ingente portero en su antro  
ladrando eternamente aterrorice a las sombras exangües,  
que casta guarde Prosérpina el umbral de su tío paterno.  
Eneas de Troya, famoso por su piedad y sus armas,  
a su padre busca bajando del Érebo a las sombras profundas.  
Si nada te conmueve la imagen de piedad tan grande,  
quizá esta rama (muestra la rama que escondía entre sus ropas)  
reconozcas.» Entonces se aplaca el corazón henchido de ira,  
y no hubo más. Admirando aquél el venerable presente

de la rama del destino que no veía desde hacía tiempo,  
gira la popa cerúlea y se acerca a la orilla.  
Después a otras almas que sentadas estaban en los largos bancos  
expulsa y despeja los puentes, al tiempo que recibe en la barca  
al corpulento Eneas. Gimió el esquiife bajo su peso,  
cosido como estaba, y tragó mucha agua por las rendijas.  
Por último, al otro lado del río desembarcó incólume  
a la vidente y al héroe sobre el blando cieno y la glauca ova.  
El gigante Cérbero hace resonar con su triple ladrido  
estos reinos tumbados a lo largo delante de la gruta.  
La vidente, al ver que ya erizaba sus cuellos de serpientes,  
una torta soporosa de miel le arroja y frutas  
medicinales. Él, abriendo sus tres gargantas con hambre rabiosa,  
la coge al vuelo, y relaja sus gigantescos miembros  
tendido en el suelo y enorme se extiende por el antro.  
Se lanza Eneas a la entrada, sepultado el guardián en el sueño,  
y abandona raudo la orilla del río sin retorno.  
De pronto se escucharon voces y un gran gemido  
y ánimas de niños llorando, en el umbral justo,  
a quienes, sin gozar de la dulce vida y arrancados del seno  
los robó el negro día y los sepultó en amarga muerte;  
junto a ellos, los condenados a muerte sin motivo.  
Y en verdad no se asignan estos lugares sin juez ni sorteo:  
Minos el inquisidor mueve la urna; él convoca  
la asamblea silenciosa y discierne las vidas y las culpas.  
El lugar inmediato lo ocupan esos desgraciados inocentes  
que con su mano se dieron muerte y de la luz hastiados  
se quitaron la vida. ¡Cómo desearían en el alto éter ahora  
soportar su pobreza y las duras fatigas!  
La ley se interpone, y la odiosa laguna de triste onda  
les ata y la Estige les retiene nueve veces derramada.  
No lejos de aquí se extienden hacia todas partes  
las Llanuras del Llanto; con este nombre las llaman.  
Aquí a los que duro amor de cruel consunción devoró  
ocultan senderos escondidos y un bosque de mirto  
los envuelve; ni en la muerte les dejan sus cuitas.  
Por estos lugares distingue a Fedra y a Procris y a la triste  
Erifile mostrando las heridas de su cruel hijo,  
y a Evadne y Pasífae; Laodamía les acompaña  
y Céneo, mozo un día y hoy mujer de nuevo,  
vuelta a su antigua figura por obra del destino.  
Entre todas ellas la fenicia Dido, reciente aún su herida,

errante andaba por la gran selva; el héroe troyano  
en cuanto llegó a su lado y la reconoció oscura  
entre las sombras, como el que a principios de mes  
ve o cree haber visto alzarse la luna entre las nubes,  
lágrimas vertió y le habló con dulce amor:  
«Infeliz Dido, ¿así que cierta era la noticia  
que me llegó de que habías muerto y buscado el final con la espada?  
¿Fui entonces yo, ¡ay!, la causa de tu muerte? Por los astros  
juro, por los dioses y por la fe que haya en lo profundo de la tierra;  
contra mi deseo, reina, me alejé de tus costas.  
Que los mandatos de los dioses, que ahora a ir entre sombras,  
por lugares desolados me fuerzan y una noche cerrada,  
me obligaron con su poder, y creer no pude  
que con mi marcha te causara un dolor tan grande.  
Detente y no te apartes de mi vista.  
¿De quién huyes? Por el hado, esto es lo último que decirte puedo.»  
Con tales palabras Eneas trataba de calmar el alma  
ardiente de torva mirada, y lágrimas vertía.  
Ella, los ojos clavados en el suelo, seguía de espaldas  
sin que más mueva su rostro el discurso emprendido  
que si fuera de duro pedernal o de roca marpesia.  
Se marchó por fin y hostil se refugió  
en el umbroso bosque donde su esposo primero, Siqueo,  
comparte sus cuitas y su amor iguala.  
Eneas por su parte emocionado con el suceso inicuo  
y mientras se aleja, llorando la sigue de lejos y se compadece.  
Prosiguen entonces el camino marcado. Y ya cruzaban los campos  
últimos, los que, apartados, habitan los famosos en la guerra.  
Aquí se le presenta Tideo, aquí famoso en las armas  
Partenopeo y el fantasma del pálido Adrasto,  
Oso aquí los Dardánidas tan llorados arriba, en combate  
caídos, a los que viendo en larga fila, por todos  
gimió, a Glauco, Medonte y Tersíloco,  
hijos los tres de Anténor, y a Polibetes consagrado a Ceres,  
y a Ideo, aún con su carro y aún con sus armas.  
Numerosas almas le rodean a derecha y a izquierda,  
Y no se conforman con haberle visto una vez; les place pararse  
Y seguir sus pasos y saber las causas de su llegada.  
Pero los jefes de los dánaos y las falanges de Agamenón  
cuando vieron al héroe y sus armas brillantes entre las sombras,  
se echaron a temblar con gran miedo; unos volvieron la espalda  
como buscaron sus naves un día; otros dejaron escapar

un hilo de voz: el grito iniciado se queda en sus gargantas.  
Y entonces al hijo de Príamo con el cuerpo destrozado,  
a Deífobo ve, mutilado cruelmente el rostro,  
el rostro y ambas manos, y las sienas podadas,  
sin las orejas, y las narices trucas en infamante herida.  
A duras penas le reconoció, tembloroso y el cruel suplicio  
intentando ocultar, y se adelanta con voz conocida:  
«Deífobo, poderoso guerrero de la alta sangre de Teucro,  
¿quién pudo gustar de infligirte castigos tan crueles?  
¿A quién se le dio tanto sobre ti? La última noche  
me trajo la noticia de que, cansado de matar pelasgos,  
habías caído tú sobre un confuso montón de muertos.  
Entonces yo mismo en la costa retea un túmulo inane  
te levaté y con gran voz invoqué tres veces a tus Manes.  
Tu nombre y tus armas guardan el lugar; a ti, amigo, verte  
no pude ni enterrarte al partir en el suelo de la patria.»  
A lo que el Priámida: «Nada descuidaste, amigo mío;  
en todo cumpliste con Deífobo y con las sombras de su cadáver.  
Pero mis propios hados y el criminal delito de la lacedemonia  
en estas penas me hundieron; ella me dejó estos recuerdos.  
Sabes bien cómo nos descuidamos la última noche  
entre alegrías engañosas: es preciso recordarlo siempre.  
Cuando el caballo fatal llegó en su salto a las alturas  
de Pérgamo y grávido trajo en su panza guerreros armados,  
ella guiaba a las frigias como en un baile entonando  
los cantos de Baco; ella misma sostenía en medio una antorcha  
enorme y llamaba a los dánaos desde lo alto de la ciudadela.  
Agotado entonces de preocupaciones y vencido por el sueño  
me retuvo mi lecho infausto y de mí se apoderó al tumbarme  
un dulce y profundo descanso en todo semejante a la plácida muerte.  
Entre tanto mi egregia esposa saca todas las armas  
de mi casa y había apartado de mi cabeza mi fiel espada:  
llama dentro a Menelao y le abre las puertas,  
pensando, sin duda, que éste sería un buen regalo para su amante  
y así poder expiar la fama de antiguas desgracias.  
¿A qué me entretengo? Irrumpen en el tálamo y se les suma  
el Eólida muñidor de crímenes. Dioses, para los griegos cosas  
así reservad, si castigo reclamo con boca piadosa.  
Pero, ea, dime tú en respuesta qué avatares te han traído  
vivo. ¿Llegas a causa de las peripecias del piélogo,  
o por orden de los dioses? ¿Qué fortuna te fatiga  
para entrar en tristes moradas sin sol, en tórbidos lugares?»

Con esta conversación había ya la Aurora en su cuadriga  
de rosas pasado la mitad del eje con etérea carrera,  
y tal vez así transcurriría todo el tiempo concedido,  
mas le advirtió su compañera y brevemente le dijo la Sibila:  
«La noche llega, Eneas, y nosotros pasamos las horas llorando.  
Éste es el lugar donde el camino se parte en dos direcciones:  
la derecha lleva al pie de las murallas del gran Dite,  
ésta será nuestra ruta al Elisio; la izquierda, sin embargo,  
castigo procura a las culpas y manda al Tártaro impío.»  
Deífobo, a su vez: «No te enojas, gran sacerdotisa;  
me marchó, vuelvo al grupo y regreso a las tinieblas.  
Ve, ve, gloria nuestra; que tengas hados mejores.»  
Esto dijo, y aún hablando volvió sobre sus pasos.  
Mira Eneas atrás y de pronto bajo una roca a la izquierda  
ve unas anchas murallas protegidas con un triple muro  
que rauda corriente ciñe de ardientes llamas,  
el Flegetonte del Tártaro, y arrastra resonantes piedras.  
Enfrente queda una puerta enorme y unas columnas de diamante macizo,  
tal que ninguna fuerza humana ni los propios habitantes del cielo  
podrían abrir en son de guerra; una torre de hierro se alza al aire,  
Y Tisífone sentada, revestida de un manto de sangre,  
guarda insomne la entrada de día y de noche.  
Por aquí se escuchan gemidos y el chasquido de crueles  
azotes con el estridor del hierro y de cadenas arrastradas.  
Se detuvo Eneas y escuchó el estrépito aterrorizado:  
«¿De qué crímenes se trata? Habla, virgen. ¿Con qué penas  
se les atormenta? ¿A qué tanto lamento por el aire?»  
Entonces la vidente así comenzó a decir: «Caudillo famoso de los teucros,  
ningún inocente puede detenerse en el umbral de los criminales;  
pero a mí, cuando Hécate me puso al cuidado de los bosques avernos,  
ella misma me mostró los castigos de los dioses y me llevó por todas partes.  
Manda en estos reinos despiadados Radamanto de Cnosos  
y castiga y escucha los engaños y a declarar obliga  
lo que cada cual entre los vivos, las culpas cometidas,  
dejó para la muerte tardía contento con un fraude vano.  
Al punto la vengadora armada con su látigo cae saltando,  
Tisífone, sobre los culpables, y con las torvas serpientes  
en la izquierda llama al ejército cruel de sus hermanas.  
Entonces finalmente chirrían sobre su horrísono gozne y se abren  
las sagradas puertas. ¿Ves qué guardián hay sentado  
a la entrada, qué monstruo guarda los umbrales?  
La gigantesca Hidra con sus cincuenta negras bocas,

más cruel aún, tiene dentro su sede. Luego es el Tártaro mismo, que se abre al abismo y se extiende bajo las sombras dos veces lo que la vista del cielo hasta el Olimpo etéreo. Aquí la antigua prole de la Tierra, los jóvenes Titanes, por el rayo abatidos se revuelven en la profunda hondura. Aquí vi también a los dos Alóadas, los enormes cuerpos, los que intentaron rasgar el gran cielo con sus manos y arrojar a Jove de los reinos superiores. A Salmóneo vi también pagando cruel castigo por imitar los fuegos de Júpiter y los sonidos del Olimpo. Llevado éste por cuatro caballos y agitando una antorcha, por los pueblos de los griegos y la ciudad en el centro de la Élide marchaba triunfante, y pedía para sí honor de dioses, pobre loco que las nubes y el rayo inimitable simulaba con bronces y con el trote de los cascos de los caballos. Pero el padre todopoderoso blandió su dardo entre el denso nublado, no antorchas o los fuegos humeantes de las teas, y lo hundió de cabeza en el profundo abismo. También a Ticio podía verse, retoño de la madre Tierra, cuyo cuerpo se extiende a lo largo de nueve yugadas mientras un buitre enorme de corvo pico devora su hígado inmortal y las entrañas fecundas con el castigo y rebusca en su comida y vive metido en su pecho sin dar descanso alguno a las fibras renacidas. ¿Para qué mencionar a los Lápitás, a Ixión y Pirítoo? Sobre ellos una negra roca a punto de caer amenaza y parece que cae; brillan las patas de oro de altos lechos suntuosos, y los banquetes preparados ante sus ojos con lujo de reyes; al lado la mayor de las Furias acecha e impide tocar las mesas con las manos, y se alza blandiendo la antorcha y atruena con su boca. Aquí los que odiaron a sus hermanos mientras vivían, o pegaron a su padre y engaños urdieron a sus clientes, o quienes tras encontrar un tesoro lo guardaron para ellos y no dieron parte a los suyos (éste es el grupo mayor), y los muertos por adulterio, y quienes armas siguieron impías sin miedo a engañar a las diestras de sus señores, aquí encerrados aguardan su castigo. No trates de saber qué castigo o qué forma o fortuna sepultó a estos hombres. Unos hacen rodar un enorme peñasco y de los radios de las ruedas cuelgan encadenados; sentado está y lo estará para siempre Teseo, desgraciado, y el misérrimo Flegias a todos

advierte y a grandes voces avisa por las sombras:  
«Aprended advertidos la justicia y a no despreciar a los dioses.»  
Éste vendió su patria por oro y a un dueño poderoso  
la sometió; leyes hizo y deshizo por dinero;  
éste se metió en el lecho de su hija y en himeneos vedados:  
todos osaron crímenes horribles y a cabo los llevaron.  
No podría yo, así cien lenguas y cien bocas tuviera  
y una voz de hierro, de sus delitos abarcar todas las formas,  
todos los nombres enumerar de los castigos.»  
Luego que dijo esto la longeva sacerdotisa de Febo,  
«pero vamos ya, ponte en marcha y acaba la tarea emprendida;  
démonos prisa -añade-; construidas en las fraguas de los Cíclopes  
las murallas estoy viendo y en el arco de enfrente las puertas  
donde nos ordenan depositar las ofrendas debidas».  
Había dicho y a la par marchando por oscuros caminos cubren  
la distancia que les separa y a la puerta se aproximan.  
Gana Eneas la entrada y asperja su cuerpo  
con agua fresca y cuelga la rama del umbral frontero.  
Por fin, esto cumplido, realizada la ofrenda a la diosa,  
llegaron a lugares gozosos y a las amenas praderas  
de los bosques bienaventurados y a las felices sedes.  
Aquí un aire anchuroso los campos viste de luz  
purpúrea, y su propio sol y sus astros conocen.  
Unos ponen a punto sus músculos en palestras de hierba,  
compiten jugando y pelean en la rubia arena;  
otros marcan el baile con los pies y recitan poemas.  
Allí también el sacerdote tracio de larga vestidura  
se acompaña con los siete tonos de los sonidos  
y ya los pulsa con los dedos, ya con el plectro marfileño.  
Aquí la antigua dinastía de Teucro, hermosísima prole,  
héroes magnánimos nacidos en tiempos mejores,  
Ilo y Asáraco y Dárdano el fundador de Troya.  
De lejos contempla las armas de los héroes y sus carros vacíos;  
están las lanzas clavadas en tierra y sueltos por todo  
el campo pacen los caballos. El gusto que de vivos  
tuvieron por carros y armas, ese cuidado en dar de comer  
a lustrosos caballos, el mismo les sigue bajo tierra.  
A otros distingue, en fin, a derecha e izquierda comiendo  
por la hierba y entonando el alegre peán en corro  
en el bosque perfumado de laurel del que hacia lo alto  
corre caudalosa por la selva la corriente del Erídano.  
Aquí el grupo de los que recibieron heridas luchando por la patria,



y los que fueron castos sacerdotes mientras vivieron,  
y los vates piadosos que hablaron dignos de Febo,  
o quienes ennoblecieron la vida descubriendo las artes,  
quienes por sus méritos lograron que los demás les recordasen:  
a todos ellos, ínfulas de nieve les ciñen las sienes.  
Así, esparcidos alrededor como estaban, les habló la Sibila,  
y a Museo el primero (pues la multitud lo tiene  
en el centro y lo contempla asomando con sus altos hombros):  
«Decid, ánimas felices, y tú, el mejor de los vates,  
¿qué región, qué lugar tiene a Anquises? Por su causa  
venimos y atravesamos del Érebo las aguas caudalosas.»  
Y esta respuesta le dio el héroe con pocas palabras:  
«Ninguno tiene morada fija; vivimos en bosques tupidos,  
y andamos por los lechos de las riberas y los frescos prados  
de los arroyos. Pero vosotros, si en el corazón os lo pone el deseo,  
pasad este collado y os pondré ya en un camino fácil.»  
Dijo, y echó a andar delante y desde la altura les muestra  
la espléndida llanura; dejan luego las altas cimas.  
Y el padre Anquises, en lo hondo de un valle verdeante,  
observaba a las almas encerradas que iban a subir al mundo  
superior fijándose con atención, y al número todo  
de los suyos andaba censando, y a sus nietos queridos  
y el hado y la fortuna de los hombres, sus costumbres y sus obras.  
Y cuando vio a Eneas que le venía al encuentro  
por la hierba, le tendió gozoso ambas palmas,  
se llenaron de lágrimas sus mejillas y la voz se escapó de su boca:  
«¡Al fin, has llegado! ¿Esa piedad tuya que tu padre anhelaba  
ha podido vencer el duro camino? ¿Se me da mirar tu rostro,  
hijo mío, y escuchar y responder a voces conocidas?  
Así ciertamente lo esperaba en mi corazón y pensaba  
que ocurriría los días contando, y no me engañó mi cuidado.  
¡Qué tierras y qué mares inmensos has recorrido  
para que te reciba! ¡Por qué peligros has pasado, hijo!  
¡Cómo temí que te dañaran los reinos de Libia!»  
Y Eneas a su vez: «Padre, tu triste imagen a menudo  
se me apareció y me empujó a buscar estos umbrales;  
las naves aguardan en el mar tirreno. Dame tu diestra,  
dámela, padre mío, y no te sustraigas a mi abrazo.»  
Así diciendo con mucho llanto regaba a la vez su rostro.  
Tres veces intentó poner los brazos en torno a su cuello;  
tres veces huyó de sus manos la imagen en vano abrazada,  
como el viento ligera y en todo semejante al sueño fugitivo.

Ve entretanto Eneas en el fondo de un valle  
un apartado bosque y las ramas susurrantes de la selva,  
y el río Lete que corre delante de las plácidas mansiones.  
A su alrededor gentes innúmeras y pueblos volaban:  
como las abejas cuando en la calma del verano por los prados  
se posan en flores diversas y de los cándidos lirios  
en torno se derraman, vibra todo el campo con su murmullo.  
Se espanta Eneas, ignorante, por la visión repentina  
y pregunta los motivos, qué ríos son éstos,  
y quiénes llenan sus riberas en numeroso grupo.  
A eso el padre Anquises: «Ánimas a las que otro cuerpo  
se debe por el hado, junto a las aguas del río Lete  
beben el líquido sereno y largos olvidos.  
Hace ya tiempo que quiero hablarte de ellas y delante  
ponértelas, enumerarte esta prole de los míos,  
para que más te alegres conmigo de haber encontrado Italia.»  
«Padre mío, ¿hay que pensar entonces que de aquí suben al cielo  
ligeras algunas almas y de nuevo regresan a los torpes  
cuerpos? ¿Qué ansia tan cruel de luz es la de estos desgraciados?»  
«Te lo diré en verdad y no te dejaré, hijo, sin respuesta»,  
comienza Anquises y por orden va explicando cada cosa.  
«Para empezar, el cielo y las tierras y los líquidos llanos  
y el luminoso globo de la luna y el astro titanio,  
un espíritu interior los alienta y un alma metida en sus miembros  
da vida a la mole entera y se mezcla con el gran cuerpo.  
De ahí la estirpe de los hombres y los ganados y la vida de las aves  
y los monstruos que el ponto guarda bajo la superficie de mármol.  
De fuego es su vigor y celeste el origen  
eso de las semillas, en tanto no las gravan cuerpos dañinos  
o partes terrenales las embotan y miembros que han de morir.  
Entonces temen y desean, sufren y gozan y las auras  
no ven, encerradas en las tinieblas y en una cárcel ciega.  
Y así, cuando en el día supremo las deja la vida,  
no por ello todo mal abandona a las desgraciadas  
ni del todo el contagio del cuerpo, y es bien natural  
que misteriosamente arraiguen muchas adherencias.  
De modo que se las prueba con penas y de antiguas culpas  
sufren el castigo. Unas colgadas se abren  
a los vientos inanes, de otras en vasto remolino  
se lava el crimen infecto o con fuego se quema;  
cada cual padecemos los propios Manes; después se nos suelta  
por el Elisio anchuroso, y unos cuantos ocupamos los campos felices

hasta que el largo día, cumplido el ciclo del tiempo,  
limpia la impureza arraigada y puro deja  
el sentido etéreo y el fuego del aura primitiva.  
A todas ellas, luego que durante mil años giraron la rueda,  
el dios las llama en numeroso grupo al río Lete,  
para que sin memoria de nuevo contemplen la bóveda del cielo  
ya desear empiecen otra vez entrar en un cuerpo.»  
Había dicho Anquises, y a su hijo junto con la Sibila  
lleva al centro de una asamblea y una ruidosa muchedumbre,  
Y gana una altura desde donde ver pueden en larga fila  
a todos de frente, y conocer los rostros de los que llegan.  
«Mira ahora, qué gloria ha de seguir en adelante a la raza  
de Dárdano, qué descendencia aguarda a la ítala estirpe,  
almas ilustres y que han de sumarse a nuestro nombre,  
te explicaré con palabras, y te haré ver tu propio destino.  
Aquel joven -es- que se apoya sobre el asta pura,  
ocupa por suertes el lugar más cercano a la luz, el primero a las auras  
etéreas subirá con mezcla de ítala sangre,  
Silvio, nombre albano, tu póstuma prole  
que, longevo, tarde tu esposa Lavinia  
te criará en las selvas, rey y padre de reyes,  
de donde nuestra raza dominará en Alba Longa.  
A su lado está Procas, gloria del pueblo troyano,  
y Capis y Numitor y el que te hará volver con su nombre,  
Silvio Eneas, por igual en piedad y en armas  
egregio, si alguna vez recibe el reino de Alba.  
¡Qué jóvenes! ¡Qué fuerza demuestran –mira-  
y qué sienes ciñe con su sombra la cívica encina!  
Éstos Nomento y Gabios y la ciudad de Fidena,  
éstos el alcázar colatino levantarán para ti sobre los montes,  
Pometios y Castro de Inuo y Bola y Cora;  
éstos serán sus nombres luego, hoy son tierras sin nombre.  
Y el hijo de Marte se hará compañero del abuelo,  
Rómulo, a quien de la sangre de Asáraco su madre Ilia  
parirá. ¿No ves cómo se alzan sobre su cabeza dos crestas  
y el mismo padre de los dioses ya con su honor lo señala?  
¡Ah, hijo! Bajos los auspicios de éste aquella ínclita Roma  
igualará su imperio con las tierras, su espíritu con el Olimpo,  
y una que es rodeará sus siete alcázares con un muro,  
bendita por su prole de héroe, como la madre Berecintia  
coronada de torres se deja llevar en su carro por las ciudades frigias  
gozosa con el parto de dioses, abrazando a sus cien nietos,

habitantes todos del cielo, todos en las regiones superiores.  
Vuelve hacia aquí tus ojos, mira este pueblo  
y a tus romanos. Aquí, César y toda de Julio  
la progenie que ha de llegar bajo el gran eje del cielo.  
Éste es, éste es el hombre que a menudo escuchas te ha sido prometido,  
Augusto César, hijo del divo, que fundará los siglos  
de oro de nuevo en el Lacio por los campos que un día  
gobernara Saturno, y hasta los garamantes y los indos  
llevará su imperio; se extiende su tierra allende las estrellas,  
allende los caminos del año y del sol, donde Atlante portador del cielo  
hace girar sobre sus hombros un eje tachonado de lucientes astros.  
Ante su llegada, ahora ya se horrorizan los reinos caspios  
con las respuestas de los dioses y la tierra meotia,  
y se estremecen las siete bocas temblorosas del Nilo.  
Ni aun Alcides recorrió tanta tierra,  
bien que asaetease a la cierva de patas de bronce o de Erimanto  
en los bosques pusiera paz y temblar hiciera a Lerna con su arco;  
ni el que victorioso lleva sus yuntas con riendas de pámpanos,  
Líber, bajando tigres de la elevada cumbre del Nisa.  
¿Y aún dudamos en extender el valor con hazañas,  
o el miedo nos impide quedarnos en la tierra de Ausonia?  
¿Quién es aquel que lleva a lo lejos los símbolos sagrados  
distinguido con la rama del olivo? Reconozco el cabello y la barba  
canosa del rey romano que con sus leyes la ciudad primera  
fundará, de la pequeña Cures y de una pobre tierra  
lanzada a un gran imperio. A éste le seguirá después  
Tulo, quien romperá los ocios de la patria y a sus hombres inactivos  
mandará a la guerra y a escuadrones ya sin costumbre  
de triunfos. De cerca le sigue Anco, demasiado orgulloso,  
que incluso ya aquí goza en demasía con el favor del pueblo.  
¿Quieres ver también a los reyes Tarquinius y el alma  
orgullosa del vengador Bruto y las fasces recobradas?  
La autoridad del cónsul él será el primero en recibir y las crueles  
segures y, padre, en nombre de la hermosa libertad  
pedirá el castigo para sus hijos por levantar guerras nuevas,  
desgraciado comoquiera que juzguen esto sus descendientes:  
Vencerá el amor de la patria y un ansia de gloria sin medida.  
También a Decios y Drusos a lo lejos y a Torcuato mira  
cruel con su segur y a Camilo que recupera las enseñas.  
Pero aquellas almas que ves brillar con armas parecidas,  
en paz ahora y mientras esta noche las contenga,  
¡ay! ¡Qué guerra terrible entre ellas, si la luz de la vida

llegan a alcanzar, qué ejércitos moverán y qué matanza:  
el suegro bajando de las laderas alpinas y la roca  
de Moneco, el yerno frente a él con las tropas de oriente!  
No, muchachos, no acostumbréis vuestro ánimo a guerras tan grandes  
ni volváis fuerzas poderosas contra las entrañas de la patria,  
y tú más, ¡perdona tú que eres del linaje del Olimpo,  
arroja las armas de tu mano, sangre mía!  
Aquél, sometida Corinto, su carro llevará victorioso  
al alto Capitolio, insigne por la matanza de aqueos.  
Abatirá aquél Argos y de Agamenón la Micenas  
e incluso a un Eácida, estirpe de Aquiles poderoso en las armas,  
vengando a los antepasado de Troya y los templos mancillados de Minerva.  
¿Quién dejará de nombrarte, gran Catón, o a ti, Coso?  
¿Quién la estirpe de Graco o a los dos Escipiones,  
dos rayos de la guerra, azote de Libia, y al poderoso en lo poco,  
Fabricio, o a ti, Serrano, sembrando tus surcos?  
¿A dónde me lleváis cansado, Fabios? Tú el Máximo aquél eres,  
quien solo, contemporizando, nos salvas el estado.  
Labrarán otros con más gracia bronces animados  
(no lo dudo), sacarán rostros vivos del mármol,  
dirán mejor sus discursos, y los caminos del cielo  
trazarán con su compás y describirán el orto de los astros:  
tú, romano, piensa en gobernar bajo tu poder a los pueblos  
(éstas serán tus artes), y a la paz ponerle normas,  
perdonar a los sometidos y abatir a los soberbios.»  
Así, el padre Anquises, y añade ante su asombro:  
«Mira cómo llega Marcelo señalado por opimo  
botín y vencedor sobresale entre todos los soldados.  
Éste los intereses de Roma en medio de gran revuelta  
afirmará a caballo, tumbará a los púnicos y al galo rebelde,  
y colgará el tercero al padre Quirino las armas capturadas.»  
Y entonces Eneas (pues a su lado marchar veía  
a un joven de hermoso aspecto y armas brillantes,  
mas ensombrecida su frente y los ojos en un rostro abatido):  
«¿Quién, padre, es aquel que así acompaña el caminar del héroe?  
¿Su hijo o alguno de la gran estirpe de sus nietos?  
¡Qué estrépito forma su séquito! ¡Qué talla la suya!  
Pero una negra noche de triste sombra vuela en torno a su cabeza.»  
A lo que el padre Anquises sin contener las lágrimas repuso:  
«¡Ay, hijo! No preguntes por un gran duelo de los tuyos;  
los hados lo mostrarán a las tierras sólo y que más sea  
no habrán de consentir. La descendencia romana demasiado poderosa

os parecería, dioses, si hubiera contado con este presente.  
¡Cómo se llenará de gemidos de hombres el campo aquel  
junto a la gran ciudad de Marte! ¡Y qué funerales verás,  
Tiberino, cuando pases lamiendo el túmulo reciente!  
Ningún hijo del pueblo troyano hará llegar tan lejos  
las esperanzas de los padres latinos, ni se jactará tanto  
la tierra de Rómulo nunca con ninguno de sus retoños.  
¡Ay, piedad! ¡Ay, fe de los antiguos y diestra invicta  
en la guerra! Nadie habría salido a su encuentro en armas  
impunemente, bien que a pie fuera contra el enemigo,  
bien que clavase su espuela en los ijares del espumante caballo.  
¡Pobre muchacho, ay! Si puedes quebrar un áspero sino,  
tú serás Marcelo. Dadme lirios a manos llenas,  
que he de cubrirlo de flores de púrpura y colmar el alma  
de mi nieto al menos con estos presentes, y cumplir una huera  
ofrenda.» Así vagan sin rumbo por la región entera  
en los anchos campos aéreos y todo recorren.  
Luego que Anquises llevó a su hijo a ver cada cosa  
y encendió su corazón con el ansia de la fama venidera,  
cuenta después las guerras al héroe que ha de pasar  
y le muestra los pueblos laurentes y la ciudad de Latino,  
y cómo y qué fatigas ha de evitar y ha de soportar.  
Dos son las puertas del Sueño, de las cuales una se dice  
de cuerno, por donde fácil salida se da a las sombras verdaderas;  
la otra resplandece del brillante marfil que la forma  
pero envían los Manes al cielo los falsos ensueños.  
Allí Anquises lleva luego a su hijo junto con la Sibila  
con estas palabras y los saca por la puerta marfileña,  
va este derecho a las naves y encuentra a sus compañeros.  
Se dirige entonces por la costa al puerto de Cayeta.  
Cae el áncora de la proa; se yerguen las naves en la playa.

## LIBRO VII

Tú también a nuestros litorales, oh nodriza de Eneas,  
fama diste inmortal con tu muerte, Cayeta;  
y aún hoy conservan tus honras el lugar y los huesos tu nombre  
en Hesperia la grande -si gloria es eso- señala.  
El piadoso Eneas, celebradas debidamente las exequias,  
levantando el terraplén del túmulo, luego que callaron  
los mares profundos, abre camino a sus velas y el puerto abandona.  
Brisas lo llevan soplando hacia la noche y no oculta el rumbo  
una luna brillante, esplende el mar a la luz temblorosa.  
Pasan rozando las cercanas costas de la tierra de Circe,  
donde la exhuberante hija del Sol recónditos bosques  
hace que resuenen de su canto continuo, y a las luces de la noche  
en moradas soberbias quema el cedro oloroso  
mientras recorre las delicadas telas con afilado peine.  
Se escuchan allí los gemidos y la furia de los leones  
que cadenas rechazan y rugen bien entrada la noche;  
y los cerdos erizados de púas y los osos enfurecidos  
en sus jaulas y el aullido de las sombras de lobos enormes:  
a todos de su aspecto humano la diosa cruel con poderosas hierbas  
los había cambiado, Circe, en rostro y cuerpos de fieras.  
Para que maravilla semejante no sufrieran los piadosos troyanos  
si entraban en el puerto, ni padecieran un litoral cruel,  
Neptuno llenó sus velas de vientos favorables,  
propició su huida y los lanzó más allá de hirvientes escollos.  
Y ya enrojecía con sus rayos el mar y desde el alto éter  
la Aurora brillaba de azafrán en su biga de rosas,  
cuando se posaron los vientos y se detuvo de repente todo  
soplo y se esfuerzan los remos en el tardo mármol.  
Y ve entonces Eneas un enorme bosque  
desde el mar. Aquí el Tiber de amena corriente

y rápidas crestas y rubio de la mucha arena  
irrumpe en el mar. Alrededor y en lo alto frecuentan  
aves diversas sus orillas y el curso del río  
endulzando el aire con su canto y volaban por el bosque.  
Torcer el rumbo ordena a sus compañeros y volver las proas  
a tierra y alegre se adentra en la corriente umbrosa.  
Ahora ea, Erato. He de contar qué reyes, qué tiempos,  
cuál era en el Lacio antiguo el estado de las cosas,  
cuando un ejército extranjero llevó su flota  
a las costas ausonias, y cantaré el origen de la lucha primera.  
Tú, diosa, ilumina tú al vate. He de decir guerras horribles,  
he de decir ejércitos formados y reyes que el valor condujo a la muerte  
y las tropas tirrenas y toda entera sometida alas armas  
Hesperia. Se alza ante mí una serie mayor de sucesos,  
emprendo una obra aún más grande.  
Reinaba el rey Latino,  
ya anciano, en larga paz sobre campos y tranquilas ciudades.  
Que era éste nacido de Fauno y la Ninfa laurente Marica  
sabemos; Pico fue el padre de Fauno y a ti, Saturno,  
por padre te tiene éste: eres tú el origen remoto de esta sangre.  
No tenía hijo Latino por sino de los dioses ni le quedaba  
de varones prole alguna, que había perdido en el surgir de la primera juventud.  
Sola guardaba su casa y posesiones tan grandes una hija,  
madura ya para varón, ya con los años de casar cumplidos.  
Muchos la pretendían del gran Lacio y de Ausonia  
entera; la pretendía el más bello que todos los otros,  
Turno, poderoso de abuelo y bisabuelo, a quien la regia esposa  
animaba con ansia sorprendente a unírsele por yerno;  
mas portentos divinos lo impiden con terrores diversos.  
Había un laurel en medio de la casa, en lo más hondo,  
de sagrado follaje y cuidado con reverencia durante muchos años,  
que, se decía, el padre Latino en persona encontró y consagró  
a Febo, al fundar de la ciudad los cimientos,  
y que por él puso de nombre laurentes a los colonos.  
De aquél en lo más alto una nube de abejas  
(asombra contarle) se instaló, llevadas por el aire  
transparente con intenso zumbido y se colgó con las patas trabadas  
un repentino enjambre de la rama frondosa.  
Al punto el vate dijo: «Vemos que llega  
un hombre extranjero, y que del mismo sitio viene  
al mismo sitio y se apodera de la alta fortaleza.»  
Además, mientras los altares perfumaba con castas antorchas



y junto a su padre en pie estaba la joven Lavinia,  
se vio (¡qué espanto!) que un fuego prendía en el largo cabello  
y ardía todo su tocado entre llamas crepitantes,  
abrasado su pelo de reina, abrasada la corona  
cuajada de gemas; llena de humo, entonces, la envolvía  
una luz amarilla y extendía a Vulcano por toda la casa.  
Contaban esta visión como algo horrible y asombroso,  
pues anunciaba que ilustre y famoso sería su propio  
destino, pero que gran guerra habría de traer a su pueblo.  
Entonces el rey, preocupado por estos fenómenos, de Fauno el oráculo,  
su padre clarividente, busca y consulta los bosques  
al pie de la alta Albúnea, donde resuena la mayor de las selvas  
con su fuente sagrada que, sombría, exhala terribles vapores.  
Aquí los pueblos de Italia y toda la tierra de Enotria  
respuesta buscan en la duda; aquí el sacerdote,  
cuando lleva su ofrenda y en la noche callada se acuesta  
en pellejos de velludas ovejas y el sueño concilia,  
puede ver con maravillosas figuras muchas imágenes volar  
y escucha voces diversas y de la conversación goza  
de los dioses y habla con el Aqueronte del profundo Averno.  
Aquí también entonces el padre Latino respuesta buscando  
sacrificaba según el rito cien lanudas ovejas y acostado  
descansaba sobre sus vellones extendidos.  
De la hondura del bosque le llegó una voz repentina:  
«No pretendas casar a tu hija con un matrimonio latino,  
oh, sangre mía, ni confíes en el tálamo ya preparado.  
Yernos vendrán extranjeros que con su sangre nuestro  
nombre llevarán a los astros y cuyos descendientes  
todo verán caer bajo sus pies, todo gobernarán  
cuanto ve el sol al correr de uno a otro Océano.»  
No guarda en su boca Latino esta respuesta  
de su padre Fauno ni los consejos recibidos en la noche callada,  
sino que ya la Fama que vuela alrededor por las ciudades  
ausonias los había llevado, cuando la juventud laomedontia  
ató sus naves a la pendiente hermosa de la orilla.  
Eneas y sus jefes primeros y el apuesto Julo  
dan con sus cuerpos bajo las ramas de un árbol alto,  
y ordenan un banquete y disponen por la hierba bajo los alimentos  
tortas de harina (así el propio Júpiter se lo inspiraba)  
y colman de frutas silvestres el suelo cereal.  
Aquí por caso, cuando todo acabaron y la poca comida les obligó  
a hincar el diente en la delgada pasta de Ceres

y a violar con manos y audaces mandíbulas el círculo  
de las tortas del destino, sin dejar siquiera los anchos cuadros:  
«¡Vaya! ¿Hasta las mesas nos comemos?», exclamó Julo  
y nada más, en broma. El escuchar estas palabras por vez primera  
trajo el final de las fatigas, y al punto las arrancó el padre  
de la boca de quien las dijo y le hizo callar pasmado del augurio.  
Al punto: «Salve, tierra que el destino nos debía,  
y salve a vosotros -dijo-, leales Penates de Troya.  
Aquí está mi casa, ésta es mi patria. Pues ya mi padre  
Anquises (ahora lo recuerdo) me dejó estos arcanos del destino:  
“Cuando, hijo mío, estés en litoral desconocido y por el hambre  
te veas obligado, agotadas las viandas, a devorar las mesas,  
acuérdate, aun cansado, de esperar tus casas y de con tu mano  
levantar allí tu primera morada y disponer alrededor un muro.”  
Ésta era el hambre aquélla, ésta por último nos aguardaba  
para marcar el fin de nuestros sufrimientos.  
Así que ánimo y, contentos, con la primera luz del sol  
qué lugares o qué hombres los ocupan, dónde las murallas del pueblo  
investiguemos y salgamos del puerto por diversos caminos.  
Libad ahora las páteras a Júpiter y con preces llamad  
a mi padre Anquises, y reponed el vino de las mesas.»  
Después de hablar así ciñe sus sienes con una frondosa  
rama y al genio del lugar y a la primera de las diosas,  
la Tierra, y a las Ninfas y a los ríos aún desconocidos  
invoca, como a la Noche y de la Noche a los astros nacientes  
y a Júpiter Ideo y a la madre frigia por orden  
les reza y a su madre en el cielo y en el Érebo al padre.  
Tronó entonces tres veces el padre todopoderoso, brillante  
en lo alto del cielo, y con sus rayos y el oro de la luz por su mano  
mostró una nube ardiente sacudiéndola desde el éter.  
Corre de pronto en el campo troyano el rumor  
de que el día había llegado en que la muralla debida fundaran.  
Reanudan encendidos el banquete y ante visión tan grande  
llenan alegres las crateras y coronan el vino.  
Cuando la luz del día siguiente a bañar empezaba  
las tierras, la ciudad y el territorio y las costas de ese pueblo  
exploran por caminos diversos: éstas eran las aguas de la frente del Numico,  
éste el río Tíber, aquí vivían los valientes latinos.  
Entonces el hijo de Anquises ordena marchar al agosto  
recinto del rey a cien oradores elegidos entre todas  
las clases, cubiertos todos con las ramas de Palas,  
a llevarle presentes y pedir la paz para los teucros.

Sin tardanza se apresuran a cumplir la orden y van a toda prisa. Él marca las murallas con un surco en el suelo y prepara el lugar y, a la manera de los campamentos, rodea el emplazamiento primero de la costa con un terraplén y unas almenas. Y ya divisaban los jóvenes, cubierto el camino, las torres y los altos tejados de los latinos y llegaban al muro. Delante de la ciudad niños y jóvenes en la flor primera practican a caballo y prueban sus carros en el polvo, o tensan los difíciles arcos o agitan con sus brazos pesadas lanzas, y compiten corriendo o a golpes, cuando un mensajero se adelanta a caballo y lleva a oídos del anciano rey que han llegado unos hombres enormes de extraña vestidura. Él ordena que sean llevados a palacio y se sienta en el centro en el trono de sus mayores. Estaba en lo alto de la ciudad la augusta morada, enorme,alzada sobre cien columnas, el palacio del laurente Pico, imponente de selvas y por la devoción de los mayores. Aquí quería el augurio que recibieran los reyes el cetro y levantasen las primeras fasces; era éste su templo, la curia, éste el lugar de sus sagrados banquetes; aquí, matando el carnero, solían sentarse los padres en mesas corridas. Aparecían además por orden las efigies de los antepasados en rancia madera de cedro, ítalo y el padre Sabino plantador de la vid, con una corva hoz bajo su figura, y el anciano Saturno y la imagen de Jano bifronte estaban en el vestíbulo y desde el principio los demás reyes con las heridas de Marte recibidas luchando por la patria. Y muchas armas además sobre sagrados postes, cuelgan carros prisioneros y corvas segures y penachos de yelmos y enormes cerrojos de las puertas y lanzas y escudos y las quillas arrancadas a las naves. El propio Pico aparecía sentado, el domador de caballos, con la trompeta de Quirino y ceñido de breve trábea, y en la izquierda llevaba un escudo; a éste su esposa, loca de pasión, golpeándolo con varita de oro y con filtros cambiándolo, Circe, pájaro lo volvió y salpicó de colores sus alas. Del interior de tal templo, sentado en el trono de sus padres, Latino llamó a los teucros a su lado y les hizo pasar, y una vez allí les dice el primero con boca placentera: «Decidme, Dardánidas (pues no nos es vuestra ciudad desconocida ni vuestra raza, y hemos oído que andáis vagando por el mar), ¿qué buscáis? ¿Qué motivo o qué necesidad arrastró

vuestras naves a la playa de Ausonia por vados cerúleos?  
Bien por errar la ruta, bien llevados de las tempestades  
cual a menudo sucede en alta mar a los marinos,  
os habéis adentrado en las orillas del río e instalado en el puerto.  
No evitéis nuestra hospitalidad ni queráis ignorar a los latinos,  
raza de Saturno que es justa no por ley o atadura,  
sino por voluntad propia y siguiendo el ejemplo del antiguo dios.  
Que recuerdo, en efecto (aunque los años oscurecen los hechos),  
que así lo contaban los viejos auruncos, cómo nacido en estos campos  
llegó Dárdano hasta las ciudades ideas de Frigia  
y a la Samos de Tracia, que ahora llaman Samotracia.  
A aquel que de aquí partió del tirreno solar de Córito,  
ahora en solio de oro la morada regia del cielo estrellado  
lo acoge y aumenta en los altares el número de los dioses.»  
Dijo, y con estas palabras le sigue Ilioneo:  
«Rey de la egregia stirpe de Fauno, ni la negra tormenta  
nos obligó, llevados de las olas, a arribar a esta tierra vuestra  
ni la estrella o la costa nos hicieron errar el camino.  
Hemos llegado a esta ciudad por decisión propia y queriéndolo  
en nuestro corazón, expulsados del reino más grande  
que un día el sol contempló en su camino desde el Olimpo.  
De Jove el origen de la raza nuestra, la juventud dardánida  
se enorgullece de su padre Jove y de la raza suprema de Jove nuestro rey:  
el troyano Eneas nos ha traído hasta tus umbrales.  
De qué manera de la cruel Micenas se desató por los ideos  
campos la tempestad, por qué hados llevados de una y otra parte  
se enfrentaron el mundo de Europa y el de Asia,  
lo saben tanto el que el límite de las tierras aleja  
donde refluye el Océano como aquel a quien separa la zona del sol inicuo  
que se extiende en medio de las otras cuatro.  
Después de aquel desastre llevados por tantos vastos mares,  
buscamos un pequeño solar para los dioses patrios y una costa  
tranquila, y agua y aire libre para todos.  
No seremos indignos de vuestro reino ni será pequeña  
vuestra fama ni se borrará la gracia de tan grande favor,  
ni habrán de arrepentirse los ausonios de acoger a Troya en su regazo.  
Que lo juro por los hados y la diestra poderosa de Eneas,  
si alguno hay que la haya conocido en tratos o en armas y guerra;  
muchos pueblos, muchas naciones (no nos desprecies, aunque  
nos veas con cintas en las manos y palabras suplicantes)  
nos requirieron y quisieron unirnos con ellos;  
mas los hados de los dioses nos obligaron con su fuerza

a buscar vuestras tierras. De aquí procede Dárdano,  
aquí nos manda de nuevo Apolo y nos obliga con sus órdenes  
al Tiber tirreno y a las sagradas aguas de la fuente del Numico.  
A ti te entrega además, como presentes, exiguos testigos  
de una mejor fortuna, restos salvados de las llamas de Troya.  
Con este oro libaba el padre Anquises junto a los altares,  
éste era el ornato de Príamo cuando impartía justicia  
según la costumbre a los pueblos convocados, el cetro y la tiara  
santa y su vestido, labor de las troyanas.»

A tales palabras de Ilioneo fijos Latino mantenía el rostro  
y la mirada y no los apartaba sin moverse del suelo,  
volviendo sus ojos atentos. Y ni la púrpura bordada  
distrae al rey ni le distraen los cetros de Príamo tanto  
cuanto pensando está en la boda y el tálamo de la hija,  
y da vueltas en su corazón al antiguo aviso de Fauno;  
éste era aquel yerno venido de un país extranjero  
que anunciaba el destino y con iguales auspicios  
llamado estaba a reinar, de éste la estirpe que por su valor  
sería famosa y habría de llenar con sus fuerzas el orbe entero.  
Contento al fin exclama: «¡Secunden los dioses nuestros planes  
y su propio augurio! Se te dará, troyano, lo que pides,  
y no desprecio tus regalos. Mientras sea rey Latino la riqueza  
no os faltará de un buen campo o la opulencia de Troya.  
Así que, venga Eneas en persona, si tanto deseo tiene de nosotros,  
si es que tiene prisa en sellar nuestra hospitalidad  
y ser llamado nuestro aliado, y no se esconda de rostros amigos:  
prenda será para mí de paz estrechar la diestra de vuestro jefe.  
Volved a llevar ahora a vuestro rey mis palabras:  
una hija tengo que según las suertes del templo de mi padre  
no debe casarse con varón de nuestra raza, ni lo permiten  
muchas señales del cielo; avisan que de costas lejanas  
yernos vendrán -que éste es el futuro del Lacio- que con su sangre  
alzarán nuestro nombre a las estrellas. Y yo creo que éste  
es aquel que el destino reclama y así si es buen adivino el corazón, lo deseo.»  
Dicho esto el padre elige caballos de su manada  
(trescientos aguardaban relucientes en altos establos),  
y al punto ordena que para todos los teucros sean llevados por orden  
los alados corceles enjaezados de púrpura y telas bordadas  
(de los pechos les cuelgan collares de cuentas de oro,  
de oro cubiertos, oro amarillo muerden entre los dientes),  
para el ausente Eneas un carro y una pareja para el yugo  
de celestial simiente que fuego respira por la nariz,

de la raza de aquellos que a su padre robó la maga Circe  
y crió bastardos de una madre que les había puesto debajo.  
Con presentes tales los Enéadas y con las palabras de Latino  
regresan altivos sobre sus caballos y llevan ofertas de paz.  
Mas he aquí que volvía de la Argos del Ínaco  
la cruel esposa de Júpiter y volaba por los aires,  
y divisó a los lejos desde el cielo al feliz Eneas  
y a la flota dardania por encima del sículo Paquino.  
Ve cómo se alzan ya las casas, que se entregan confiados a la tierra,  
que han abandonado los barcos; clavada se quedó de aguda rabia.  
Sacudiendo entonces la cabeza estas palabras saca de su pecho:  
«¡Ay raza odiada y a nuestros hados contrarios  
hados de los frigios! ¿Así que no cayeron en los campos sigeos,  
no pudieron tampoco caer prisioneros, ni quemó el incendio  
de Troya a sus guerreros? En plena batalla y entre el fuego  
supieron hallar una salida. Así que, ya veo, al fin mi numen  
yace agotado, o saciado mi odio me he cruzado de brazos.  
¡Para eso me lancé a perseguirlos, arrojados de su patria,  
con vehemencia por las aguas y a impedir por todo el mar su huida!  
Agotado se han las fuerzas del mar y del cielo contra los teucros.  
¿De qué me sirvieron las Sirtes o Escila, de qué Caribdis  
enorme? Ya se refugian en el ansiado cauce del Tiber  
sin miedo del piélagos o de mí. Fue Marte capaz de perder  
al pueblo de los Lápitidas gigantes; el propio padre de los dioses  
entregó la antigua Calidón a la ira de Diana,  
¿y qué delito cometieron Lápitidas y Calidón para merecerlo?  
Y heme aquí, la gran esposa de Jove que, pobre de mí,  
nada dejé por intentar, que a todo me he lanzado,  
vencida ahora por Eneas. Pues bien, si mi numen  
no es bastante, no he de dudar ciertamente en implorar donde sea:  
si domeñar no puedo a los de arriba, moveré al Aqueronte.  
No me será dado alejarlos del reino latino -sea-  
y sin cambio sigue por el destino la esposa Lavinia;  
mas añadir y acumular obstáculos puedo a cosas tan grandes,  
en dos puedo dividir a los pueblos de estos reyes.  
Este precio pagarán los suyos, si suegro y yerno se unen:  
de sangre troyana y rútila tendrás la dote, muchacha,  
y Belona será la diosa que presida tu boda. No ha sido sola  
la hija de Ciseo en parir, preñada de la tea, fuegos conyugales;  
también Venus tendrá su parto y habrá un nuevo Paris,  
y de nuevo funestas alumbrarán las antorchas a la Pérgamo que renace.»  
Luego que dijo esto horrenda descendió a tierra;

a la enlutada Alecto de la sede de las diosas crueles  
saca y de la tiniebla infernal, a la que ama las guerras  
dolorosas, las iras, las insidias y los crímenes dañinos.  
Hasta Plutón, su padre, la odia y sus hermanas del Tártaro  
odian al monstruo: en tantos rostros se transforma,  
con tan crueles caras aparece, tan negra de culebras.  
Juno la provoca con estas palabras, y así le dice:  
«Bríndame tu ayuda favorable, muchacha nacida de la Noche,  
colabora para que mi honor no ceda ni se quebrante  
mi fama en el lugar, que con bodas no puedan los Enéadas  
ganarse a Latino ni en territorio ítalo instalarse.  
En tus manos está lanzar al combate a hermanos de igual alma  
y derribar las mansiones con el odio; tú puedes meter tu fusta  
en las casas y las antorchas funerales; tú tienes mil nombres  
y mil formas de dañar. Sacude tu pecho fecundo,  
rompe el arreglo de paz, siembra crímenes de guerra.  
Que ansíe las armas, las pida y las empuñe la juventud.»  
Sale Alecto infestada del veneno de la Gorgona  
y el Lacio primero y los altos techos del caudillo  
laurente busca, y se sienta en el callado umbral de Amata,  
a la que, ardiente, quemaban además de la llegada de los teucros  
y las bodas de Turno, cuitas y enojos de mujer.  
A ella la diosa de cabellos cerúleos una sola serpiente  
le lanza que se mete en su seno hasta lo hondo del pecho,  
para que, enfurecida por el monstruo, sacuda la casa entera.  
Se desliza ella entre el vestido y el suave pecho  
y vueltas da sin contacto alguno y engaña a la enfurecida  
inspirándole aliento de víbora; se vuelve la culebra  
enorme collar de oro en su cuello, se vuelve remate de cinta  
y ciñe sus cabellos y lúbrica vaga por sus miembros.  
Y mientras el contagio primero con su húmedo veneno  
ataca sus sentidos y envuelve sus huecos en fuego  
y aún su ánimo no recibe la llama en todo el pecho,  
habló dulcemente y a la manera que las madres acostumbran,  
llorando y llorando por su hija y el himeneo frigio:  
«¿A unos teucros sin patria será entregada mi Lavinia,  
padre, y no tendrás piedad ni de ti ni de su hija?  
¿Y no tendrás piedad de una madre a quien el pérfido pirata  
dejará con el primer Aquilón, llevándose a su hija a alta mar?  
¿Es que no fue así cómo entró en Lacedemonia el pastor frigio  
y a Helena se llevó, la hija de Leda, a la ciudad troyana?  
¿Qué hay de tu sagrada palabra? ¿Qué de tu antiguo cuidado por los tuyos

y de tu diestra, que tantas veces diste a tu pariente Turno?  
Si para yerno se busca a uno de un pueblo que no sea latino  
y así está decidido y el mandato te obliga de tu padre Fauno,  
pienso en verdad que toda la tierra que está libre de tu cetro  
es extranjera, y que así lo proclaman los dioses.  
Y de Turno, si hay que buscar el origen primero de su casa,  
Ínaco y Acrisio son los padres y Micenas la patria.»  
Cuando advirtiendo que ha hablado en vano ve que Latino  
sigue en su contra, y hasta el fondo de su corazón se desliza  
el veneno furioso de la serpiente y por completo la gana,  
entonces la infeliz empujada por terribles visiones  
enloquece fuera de sí sin freno por la inmensa ciudad.  
Como el trompo gira impulsado por la cuerda retorcida  
con el que los niños en gran corro juegan por los patios vacíos  
y practican atentos su juego: él va trazando círculos  
al golpe de la cuerda; pasmados miran desde lo alto  
los grupos de niños ante el boj volandero;  
las vueltas le dan fuerzas. No en carrera más lenta  
se agita Amata por la ciudad y entre la gente fiera.  
Luego, fingiéndose bajo el numen de Baco por los bosques  
se entrega a un delito mayor y en alas de una mayor locura  
vuela y esconde a su hija en los montes frondosos,  
para arrancársela del tálamo a los teucros y retrasar las teas,  
gritando «Evohé, Baco», «sólo tú digno de mi hija»  
vociferando, «que empuñe para ti los blandos tirsos,  
que te rodee con su danza, que para ti alimente su cabello sagrado».  
Vuela la noticia y a todas las madres, el pecho encendido  
por la furia, empuja el mismo ardor a buscar nuevos techos.  
Sus casas dejaron, entregan al viento su pelo y su cuello;  
algunas llenan el aire de trémulo ulular  
y vestidas con pieles portan las lanzas de pámpanos.  
Ella en medio de todas sostiene fervorosa el pino  
ardiente y canta las bodas de su hija con Turno,  
torciendo una mirada de sangre, y en tono siniestro  
exclama de pronto: «¡Madres del Lacio, eh! ¡Escuchadme!  
Si alguna gracia para la infortunada Amata queda  
en vuestros píos corazones y os muerde el diente del derecho materno,  
desatad las cintas de vuestro pelo, venid a la orgía conmigo.»  
Así lleva de un lado para otro Alecto a la reina,  
por bosques y lugares sólo de alimañas con el estímulo de Baco.  
Cuando entendió que había aguzado bastante su furor primero  
y que había dado en tierra con los planes y la casa de Latino,



la diosa triste de las alas foscas vuela de aquí en seguida  
a los muros del rútilo audaz, ciudad que, dicen,  
Dánae fundara con colonos acrisioneos  
impulsada por la fuerza del Noto. Hay un lugar que Ardea  
llamaron un día los mayores, y hoy Ardea sigue siendo su gran nombre,  
aunque pasó su suerte. Aquí bajo altos techos Turno  
gozaba ya de un profundo descanso en una noche negra.  
Alecto se quita su torva faz y sus miembros  
furiosos y se transforma en la figura de una anciana  
y ara de arrugas su obscena frente y ciñe sus blancos  
cabellos con una cinta, entrelaza luego un ramo de olivo;  
se convierte en Cálibe, la anciana de Juno sacerdotisa de su templo,  
y a los ojos se presenta del joven con estas palabras:  
«Turno, ¿vas a aguantar que se gasten en vano tantas fatigas  
y que sea entregado tu cetro a colonos dardanios?  
El rey te niega el matrimonio y una dote ganada  
con sangre, y busca para su reino un heredero de lejos.  
Venga, acude ya y ofrécete, burlado, a enojosos peligros;  
ve y dispersa al ejército tirreno, protege con la paz a los latinos.  
Que todo esto me ordenó contarte a las claras, cuando yacieras  
en la plácida noche, la propia Saturnia todopoderosa.  
Así que, ¡venga! Dispón gozoso que se arme la juventud  
y que salga por las puertas a los campos, y abrasa a los jefes  
frigios que se instalaron en el hermoso río y sus pintadas naves.  
Una poderosa fuerza del cielo lo ordena. El propio rey Latino,  
si no se aviene a consentir la boda y obedecer esta orden,  
lo sienta y conozca por fin a Turno con sus armas.»  
Se echó a reír en este punto el joven de la vidente  
y así le replicó: «No escapó a mis oídos la noticia, como piensas,  
de que han entrado barcos en las aguas del Tiber;  
no me vengas con miedos tan grandes. Ni se ha olvidado  
de nosotros Juno soberana.  
Mas a ti, abuela, vencida por el tiempo y ahíta de verdad  
la vejez te castiga con vanas cuitas, y entre ejércitos  
de reyes se burla de tus adivinanzas con un falso temor.  
Cuídate mejor de las estatuas de los dioses y de sus templos;  
deja a los hombres la guerra y la paz, que a ellos la guerra toca.»  
Con estas palabras se encendió la cólera de Alecto.  
Y un súbito temblor se apodera de los miembros del joven según habla,  
fijos se quedaron sus ojos: con tantas hidras silva la Erinia,  
así de horrible descubre su rostro; entonces torciendo su mirada  
de fuego rechazó al que entre dudas trataba

de seguir hablando e hizo alzarse dos serpientes en su pelo,  
y chasqueó sus látigos y esto añadió con boca de rabia:  
«Aquí me tienes, vencida por el tiempo y de quien ahíta de verdad  
se burla la vejez con falso temor entre ejércitos de reyes.  
Mírame bien: vengo de la morada de las crueles hermanas,  
llevo en mi mano la guerra y la muerte.»  
Dicho esto arrojó su antorcha sobre el joven  
y bajo su pecho clavó teas humeantes de negra luz.  
Y un intenso pavor le sacó de su sueño y huesos y miembros  
baña el sudor manado de todo su cuerpo.  
Enloquece pidiendo sus armas y sus armas busca por la cama y la casa;  
le enfurece el ansia de hierro y una locura criminal de guerra  
y luego la cólera: como cuando la llama con gran ruido  
de leños se amontona a los lados de un caldero que hierve  
y brincan los líquidos por el calor, se agita la masa humeante  
de agua y asoma por arriba una corriente de espuma,  
y no se contiene ya la ola, vuela por los aires el negro vapor.  
Así que, violada la paz, marca el camino a los jóvenes principales  
hacia el rey Latino y ordena preparar las armas,  
defender Italia, expulsar del territorio al enemigo;  
que ellos se bastaban para ir contra los dos, teucros y latinos.  
Luego que así habló e invocó en su favor a los dioses,  
compiten los rútilos en lanzarse a las armas.  
A éste lo mueve la prez egregia de su figura y de su juventud,  
a éste sus reales antepasados, a éste la diestra de claras hazañas.  
Mientras Turno llena a los rútilos de un espíritu audaz,  
Alecto se dirige a los teucros con sus alas estigias,  
explorando el lugar con nuevos trucos, en cuya playa andaba  
persiguiendo el hermoso Julio a las fieras con carreras y trampas.  
La doncella del Cocito infundió entonces a las perras  
una súbita rabia y toca sus hocicos con olor conocido  
para que persigan con vehemencia a un ciervo; ésta fue la causa  
primera de las fatigas y encendió los ánimos agrestes al combate.  
Había un ciervo de hermosa presencia y enorme cornamenta,  
al que los hijos de Tirro, arrancado de las ubres maternas,  
alimentaban y su padre, Tirro, a quien obedecen  
los ganados del rey y encomendada está la guardia de los campos.  
Acostumbrado a sus órdenes, Silvia la hermana con todo cuidado  
adornaba sus cuernos cuajándolos de flexibles guirnaldas,  
y peinaba al animal y lo bañaba en aguas cristalinas.  
Él, sumiso a la mano y acostumbrado a la mesa de sus amos,  
vagaba por los bosques y de nuevo al umbral conocido

volvía por su voluntad, aunque fuera ya noche cerrada.  
A éste lo sintieron vagando a lo lejos las perras rabiosas  
de Julo cuando, de caza, seguía por caso la corriente  
de un río y en la ribera verdeante aliviaba su calor.  
Y hasta el mismo Ascanio encendido por el ansia  
de gloria montó sus dardos en el curvo arco,  
y no faltó el dios a la diestra insegura y con gran ruido  
atravesó la flecha el vientre y los ijares.  
Mas herido escapa el cuadrúpedo hacia la casa conocida  
y gana gimiendo los establos y con su queja llenaba  
todo el lugar, cubierto de sangre y como suplicando.  
Silvia la primera, la hermana, golpeándose los brazos con las palmas  
pide ayuda y convoca a los duros habitantes de los campos.  
Éstos (pues la peste funesta se esconde en los callados bosques)  
acuden presurosos, quien armado de quemado tizón,  
quien con los nudos de pesada estaca; lo que cada cual pilló  
la ira se lo vuelve armas. Llama Tirro a sus hombres  
cuando andaba partiendo en cuatro una encina  
con cuñas clavadas, blandiendo su segur entre grandes jadeos.  
La diosa cruel, por su parte, viendo desde su atalaya llegada la hora,  
se dirige a lo alto del establo y desde el tejado  
lanza la señal de los pastores y con curvo cuerno  
hace sonar su voz del Tártaro, con la que al punto todo  
el bosque se estremeció y resonaron las selvas profundas;  
la oyó a lo lejos de la Trivia el lago, la oyó la corriente  
del Nar, blanco de aguas sulfurosas, y las fuentes velinias,  
y estrecharon las madres temblorosas contra el pecho a los hijos.  
Raudos entonces a la voz con que la tuba cruel  
les dio la señal acuden los indómitos campesinos tomando  
acá y allá sus flechas, y no deja la juventud troyana  
a Ascanio sin su ayuda y sale fuera de su campamento.  
Se enfrentaron las filas. Y ya no de un agreste certamen  
se trata con duros troncos o leños quemados,  
sino que combaten a hierro de doble filo y un negro  
sembrado de espadas enhiestas se eriza, y brillan los bronce  
heridos por el sol y despiden su luz bajo el nublado:  
como empieza la ola a clarear al primer soplo de viento,  
y se encrespa poco a poco el mar y más alto las olas  
levanta para desde el abismo profundo llegar hasta el éter.  
Aquí el joven Almón, el mayor de los hijos de Tirro,  
cae en primera línea de estridente flechazo;  
pues bajo la garganta se le abre la herida y el camino

de la húmeda voz y con sangre taponó el hilo de vida.  
Muchos cuerpos de soldados alrededor y el anciano Galeso,  
mientras acude mediador de paz, el más justo que fue  
y un día el más rico de los campos ausonios:  
cinco rebaños de ovejas le balaban y otras cinco vacadas  
a su casa volvían y con cien arados revolvía la tierra.  
Y mientras esto ocurre en los campos con igualado Marte,  
la diosa, dueña de las órdenes recibidas, cuando la guerra  
de sangre llenó y celebró las primeras muertes del combate,  
abandonó Hesperia y cruzando las auras del cielo  
llega ante Juno con orgullosa voz de vencedora:  
«Ahí tienes, cumplida para ti la discordia de una triste guerra.  
Diles ahora que afirmen su amistad y hagan los pactos.  
Ahora que he empapado a los teucros con sangre ausonia,  
esto otro a esto he de añadir si tu voluntad me aseguras:  
en guerra pondré con mis rumores a las ciudades vecinas  
y encenderé sus ánimos con el ansia de un Marte insano,  
para que de todas partes acudan en su ayuda; sembraré de armas los campos.»  
Repuso Juno entonces: «Hay ya bastantes terrores y engaño;  
ahí están ya las causas de la guerra, de cerca se combate con las armas,  
una nueva sangre empapa las armas que ofreció primero la suerte.  
Que tales bodas y tales himeneos celebren  
la estirpe egregia de Venus y el propio rey Latino.  
Y no querría el padre que reina en la cima del Olimpo  
que andes dando vueltas libremente por las auras del éter.  
Deja estos lugares. Si algo queda aún del azar en las manos,  
yo misma lo conduciré.» Con esta voz habló la hija de Saturno;  
la otra por su parte alzó sus alas estridentes de culebras  
y volvió a su puesto del Cocito dejando las alturas.  
Hay un lugar en el centro de Italia al pie de altas cumbres,  
noble y nombrado por su fama en muchas partes,  
los valles del Ansanto; un negro flanco de bosques  
con denso follaje lo ciñe por dos lados y un fragoso  
torrente resuena en las rocas y el torcido remolino.  
Aquí una gruta horrenda y los respiraderos del cruel Dite  
aparecen, y roto el Aqueronte una enorme vorágine  
abre las fauces pestilentes en las que se ocultó la Erinia,  
numen odioso, dejando descansar al cielo y a las tierras.  
Y no deja entretanto la hija de Saturno a la guerra  
de dar el postrer empujón. Corre a la ciudad todo  
el número de los pastores desde el frente y muertos llevan  
al joven Almón y de Galeso el cuerpo ensangrentado,

e imploran a los dioses y reclaman el testimonio de Latino.  
Llega Turno y en medio del fuego del asesinato  
redobla el terror: convocan al reino a los teucros,  
se mezclan con la raza de los frigios, a él lo arrojan de su puerta.  
Entonces aquellos cuyas mujeres, golpeadas por Baco, en tíasos  
andan saltando por bosques perdidos (grande es el nombre de Amata),  
acuden a juntarse de todas partes y a Marte requieren.  
Al punto todos proclaman la guerra infanda contra los presagios,  
contra el hado de los dioses, bajo un numen maligno.  
Rodean disputando la mansión del rey Latino;  
él se resiste como la roca que el piélago mover no puede,  
como la roca que soporta su mole ante el fragor intenso  
del piélago que se le echa encima, rodeada por los ladridos  
de muchas olas; escollos y peñascos espúmeos en vano tiemblan  
alrededor y a su costado se derrama el alga machacada.  
Pero cuando se ve sin fuerza alguna para vencer la ciega  
decisión, y marchan las cosas según las órdenes crueles de Juno,  
poniendo por testigos a los dioses y a las auras inanes el padre  
dice: «Nos quebrantan, ¡ay!, los hados y la tormenta nos arrastra.  
Mas vosotros habréis de pagar el castigo con sacrílega sangre,  
infelices. A ti, Turno, te aguarda -¡horror!- un triste  
suplicio y con tardíos votos suplicarás a los dioses.  
Pues a mí me llega la hora del descanso y en la boca del puerto  
sólo de una muerte feliz se me priva.» Y sin decir más  
se encerró en su casa y dejó las riendas del gobierno.  
Esta costumbre había en el Lacio de Hesperia que siempre las ciudades  
albanas guardaron por sagrada, y hoy la mayor de todas,  
Roma, la guarda, cuando citan a Marte al inicio del combate  
y la guerra lacrimosa deciden llevar a los getas,  
los hircanos o los árabes, o marchar sobre el Indo  
y seguir a la Aurora y arrebatarse los estandartes a los partos.  
Son dos las Puertas de la Guerra (con este nombre las llaman),  
sagradas por el culto y el terror del fiero Marte;  
cien tirantes de bronce las cierran y postes eternos  
de hierro, y no falta a la entrada Jano guardián.  
Cuando es definitiva la decisión de combatir en los padres,  
el cónsul en persona, con la trábea quirinal y el ceñidor  
gobierno revestido, abre sus hojas chirriantes,  
en persona convoca a las guerras; le sigue después la juventud entera  
y con ronco asenso soplan sus cuernos de bronce.  
Por eso también así se ordenaba a Latino según la costumbre  
la guerra declarar a los Enéadas y abrir las tristes puertas.

Se abstuvo el padre de su contagio y rehuyó sin mirar  
el ingrato ministerio y se escondió en ciegas sombras.  
Entonces la reina de los dioses bajando del cielo con su mano  
empuja las tardas hojas y la hija de Saturno  
rompe, girando el gozne, los herrados postes de la Guerra.  
Se enciende Ausonia antes en calma e inmóvil;  
unos se aprestan a marchar a pie por los campos, otros altivos  
en altos caballos se excitan cubiertos de polvo; todos buscan sus armas.  
Unos bruñen los escudos pulidos y las flechas brillantes  
con pingüe grasa y afilan con el pedernal las segures;  
les agrada portar las enseñas y escuchar el sonido de las tubas.  
Y cinco grandes ciudades en yunques ya preparados  
renuevan sus armas: Atina poderosa y la orgullosa Tíbur,  
Ardea y Crustumeros con Atenas, coronada de torres.  
Cavan seguras defensas para la cabeza y doblan de sauce  
las varas de los escudos; otros lorigas de bronce  
preparan o las grebas brillantes de flexible plata;  
de aquí el culto de la reja y de la hoz, de aquí toda ansia  
de arado se apartó; funden de nuevo en los hornos las patrias espadas.  
Y suenan ya los clarines, pasa la tésera la señal del combate.  
Éste saca nervioso el yelmo de su casa, aquél tembloroso  
caballos apareja bajo el yugo y el escudo y la malla  
de triple hilo de oro se pone y se ciñe la leal espada.  
Abrid, diosas, ahora el Helicón y lanzad vuestros cantos,  
qué reyes la guerra movió, qué ejércitos y de qué bando  
llenaron los campos, de qué guerreros florecía por entonces  
la tierra sustentadora de Italia, de qué armas ardió.  
Pues bien lo sabéis, diosas, y podéis decirlo,  
que a nosotros apenas nos llega el sopro tenue de la fama.  
El primero en entrar en guerra fue el áspero Mecencio  
de las costas tirrenas, despreciador de los dioses, y en armar sus tropas  
A su lado Lauso, su hijo, más gallardo que el cual  
no hubo otro si no contamos al laurente Turno;  
Lauso, domador de caballos y vencedor de fieras,  
manda a mil hombres que en vano lo siguieron  
de la ciudad de Agila, digno de órdenes más felices  
que las de su padre, y de un padre que no fuera Mecencio.  
Tras ellos por la hierba muestra su carro señalado  
de palma y sus caballos victoriosos el hijo del hermoso Hércules,  
el hermoso Aventino, y lleva en su escudo el emblema  
paterno, cien serpientes y la hidra ceñida de culebras;  
en los bosques del monte Aventino Rea la sacerdotisa

lo parió a escondidas a la luz de este mundo  
unida a un dios siendo mujer, luego que el héroe de Tirinto  
tras vencer a Gerión llegó a los campos laurentes  
y lavó las vacas hiberas en el río tirreno.  
Lanzas llevan en la mano y picas crueles para la guerra,  
y pelean con el romo puñal y el asador sabino.  
Él mismo a pie, envuelto en una piel enorme de león  
erizada de terribles cerdas, de blancos dientes  
protegida la cabeza, así entraba en el palacio real,  
hirsuto, revestidos los hombros con el manto de Hércules.  
Salen entonces dos hermanos gemelos por los muros de Tíbur,  
ciudad así llamada por el nombre de su hermano Tiburto,  
Catilo y el fiero Coras, la juventud de Argos,  
y llegan a primera línea entre un bosque de dardos:  
como cuando de lo alto del monte bajan dos Centauros  
que la nube engendró dejando el Hómole en rápida carrera  
y el Otris nevado; les abre paso en su marcha  
la selva inmensa y se apartan con gran ruido las ramas.  
Y no faltó el fundador de la ciudad de Preneste,  
de quien toda edad ha creído que nació ya rey de Vulcano  
entre los agrestes ganados y se le encontró delante del fuego,  
Céculo. Le acompaña agreste y numerosa legión:  
los guerreros que habitan la elevada Preneste y los de los campos  
de Juno Gabina y el helado Anio y rociados de arroyos  
los peñascos hérnicos y cuantos alimentas, rica Anagnia,  
y los tuyos, padre Amaseno. No a todos ellos les suenan  
las armas, los escudos o los carros; la parte mayor dispara  
bolas grises de plomo, otra parte lleva dos flechas  
en la mano y tienen la cabeza protegida  
con cascos rubios de piel de lobo; dejan huellas desnudas  
con el pie izquierdo y cuero crudo el otro les cubre.  
Y allá va Mesapo, domador de caballos, prole de Neptuno,  
a quien nadie puede abatir con hierro o con fuego;  
llama de pronto a las armas a pueblos ha tiempo ociosos  
y a ejércitos sin costumbre de guerras y empuña de nuevo la espada.  
Aquí están las tropas de Fescenio y los ecuos faliscos,  
éstos habitan los alcázares del Soracte y los campos flavinios  
y de Címino el lago, con su monte, y los bosques capenos.  
Marchaban igualados en número y cantando a su rey:  
como los cisnes de nieve entre nubes transparentes  
cuando vuelven de comer y de sus largos cuellos  
salen cantos melodiosos, suena la corriente y devuelve el eco la laguna Asia.

Y nadie pensaría que de concurso tan grande  
una tropa de bronce se forma, sino que de alta mar  
se precipita a la playa una nube aérea de roncadas aves.  
Y mira a Clauso al frente de un gran ejército  
de la antigua sangre de los sabinos y él mismo cual un ejército,  
de quien llega hasta hoy la familia Claudia y la tribu  
por el Lacio, luego que Roma fue dada en parte a los sabinos.  
A una la numerosa cohorte de Amiterno y los antiguos Quirites,  
todo el grupo de Ereto y de Mutusca olivarera;  
quienes habitan la ciudad de Nomento y los Campos  
Róseos del Velino, los de las escarpadas rocas de Tétrica  
y el monte Severo y Casperia y Forulos y el río de Himela;  
los que beben del Tiber y el Fábar, los que envió la fría  
Nursia y las tropas de Hortano y los pueblos latinos,  
y a los que divide con sus aguas el Alia de infausto nombre:  
numerosos como las olas que ruedan en el mármol libico,  
cuando cruel Orión se oculta entre las aguas en invierno,  
o como espigas que se doran apretadas bajo el sol nuevo  
en las llanuras del Hermo o en los rubios campos de Licia.  
Resuenan los escudos y la tierra se espanta del batir de pies.  
También el agamenonio Haleso, enemigo del nombre troyano,  
unce a su carro los caballos y en ayuda de Turno suma mil  
pueblos feroces, los que trabajan con el rastrillo los felices  
a Baco viñedos del Másico, y los que los padres auruncos  
de los altos collados enviaron, y, al lado, los llanos  
sicidinos, y los que dejan Cales y los habitantes de la corriente  
vadosa del Volturmo e igualmente el áspero saticulano  
y el grupo de los oscos. Sus dardos son redondeadas  
jabalinas y la costumbre atarles un flexible látigo.  
La cetra les cubre la izquierda, con falcatas combaten de cerca.  
Y no te irás de nuestro poema sin ser señalado,  
Ébalo que, se dice, Telón te engendró de la Ninfa  
Sebétide, cuando tenía el reino en Capri de los teléboes,  
anciano ya; pero el hijo de ninguna manera contento  
con los campos paternos, a su poder ya entonces sometía  
a los pueblos sarrastes y la llanura que el Sarno riega,  
y los que pueblan Rufras y Bátulo y los campos de Celemna,  
y los que contemplan las murallas de Abela, rica en manzanas,  
hechos a lanzar al modo teutónico sus cateyas;  
cubiertas sus cabezas con la corteza arrancada al alcornoque,  
de bronce resplandecen sus peltas, de bronce resplandecen sus espadas.  
Y te mandó a la guerra la montañosa Nersas,



Ufente, glorioso por la fama de tus armas felices;  
su pueblo, una gente espantosa sobre todas acostumbrada  
a cazar por los bosques, los ecuos, y a la dura gleba.  
Armados trabajan la tierra y les gusta reunir constantemente  
botines nuevos y vivir de la rapiña.  
Faltar no podía el sacerdote del pueblo de los marsos  
con el yelmo de la rama del feliz olivo adornado,  
por orden del rey Arquipo, el muy valiente Umbrón,  
quien con víboras e hidras de pesado aliento  
solía infundir el sueño entre cantos y gestos de su mano  
y apagaba los enojos y con su arte curaba los mordiscos.  
Mas no le valió para curarse del golpe de la danza  
dardánida ni le ayudaron con su herida los cantos  
somniaferos o las hierbas cogidas en los montes marsos.  
El bosque de Angitia te lloró y te lloró el Fucino  
de aguas cristalinas y los lagos transparentes.  
Marchaba también a la guerra el bellísimo hijo de Hipólito,  
Vibio, a quien insigne lo envió Aricia, su madre,  
criado en los bosques de Egeria entre húmedas  
riberas, donde la grasa aplaca el altar de Diana.  
Pues dice la fama de Hipólito que luego que por las mañanas  
de su madrastra murió y pagó el castigo paterno con su sangre  
descuartizado entre locos caballos, a los astros de nuevo  
etéreos llegó y a los aires superiores del cielo  
al conjuro de las hierbas peonias y del amor de Diana.  
Entonces el padre omnipotente enojado porque de las sombras  
infernales algún mortal volviera a la luz de la vida,  
él mismo al inventor de tal arte y medicina,  
al hijo de Febo lo lanzó con su rayo a las olas estigias.  
Pero la divina Trivia oculta a Hipólito en secretos  
lugares y lo confía a la ninfa Egeria y a su bosque,  
donde sin fama, solo, su edad transcurriera en las selvas  
de Italia y donde Virbio fuera con nombre cambiado.  
Por eso también del templo de Trivia y sus bosques sagrados  
se aparta a los caballos de córneas uñas, porque en la playa un día  
espantados por monstruos del mar arrojaron al joven de su carro.  
Su hijo conducía caballos no menos fogosos por el llano  
campo y en su carro marchaba hacia el combate.  
El propio Turno de hermosa presencia entre los primeros  
se mueve sosteniendo sus armas y destacando por encima.  
Su alto yelmo de triple penacho una Quimera soporta  
que resopla por sus fauces fuegos del Etna;

tanto más ésta se agita y se enardece de tristes llamas  
cuanto más crudo se vuelve el combate de la sangre vertida.  
El bruñido escudo lo con los cuernos levantados  
en oro le adornaba, ya cubierta de pelo, ya vaca  
-tema extraordinario-, y Argo el custodio de la virgen  
y su padre Inaco derramando un torrente de la jarra labrada.  
Le sigue una nube de infantes y ejércitos de escudos  
se forman por toda la campiña, la juventud argiva  
y las tropas auruncas, los rútuos y los antiguos sicanos  
y las filas sacranas y los labicos de pintados escudos;  
los que aran, Tiberino, tu valle y del Numico las sagradas  
riberas y los collados rútuos trabajan con la reja  
y el monte circeo, cuyos campos Júpiter preside  
Ánxuro y Feronia gozosa de su bosque verdeante;  
por donde se extiende la negra laguna de Sátura y entre valles  
profundos busca su salida al mar y se oculta el gélido Ufente.  
A éstos se añadió Camila, del pueblo de los volscos,  
con una columna de jinetes y huestes florecientes de bronce,  
guerrera, no como la que acostumbró su manos de mujer  
a la rueca y los cestillos de Minerva, sino joven hecha a sufrir  
duros combates y a ganar con el correr de sus pies a los vientos.  
Ella volaría sobre las crestas de un sembrado  
sin tocarlas, ni rozaría en su carrera las tiernas espigas,  
o en medio del mar suspendida sobre las olas hinchadas  
se abriría camino sin que las aguas tocasen sus plantas veloces.  
A ella la contempla la juventud entera saliendo de casas  
y campos, y no la pierden de vista al pasar las madres,  
con la boca abierta de asombro ante el regio adorno de púrpura  
que cubre sus hombros suaves o la fíbula de oro  
que trenza su cabello, de cómo lleva ella misma su aljaba  
licia o el mirto pastoril rematado en punta.

## LIBRO VIII

Cuando la enseña de la guerra sacó Turno  
del alcázar laurente y resonaron los cuernos con ronco canto  
y cuando azuzó los fogosos caballos y llamó a las armas,  
turbados al punto los ánimos, en seguida en agitado tumulto  
el Lacio entero se juramenta y la juventud se levanta  
fiera. Primero los caudillos Mesapo y Ufente  
y Mecencio despreciador de los dioses, de todas partes reúnen  
ayuda y dejan los dilatados campos sin cultivadores.  
Se envía también a Vénulo a la ciudad del gran Diomedes  
para pedir refuerzos y que informe de que en Lacio los teucros  
se han instalado, de que Eneas ha arribado con su flota y los Penates  
derrotados trae y dice que los hados lo han elegido  
como rey, y de que muchos pueblos al héroe se han unido  
dardanio y que su nombre crece asombrosamente en el Lacio.  
Qué pretende con estas empresas, qué final del combate  
desea si la suerte le ayuda, más claro estaría  
para él mismo que para el rey Turno o para el rey Latino.  
Esto por el Lacio. Al ver así las cosas el héroe  
laomedontio vacila entre gran oleaje de cuitas,  
y raudo su ánimo hacia aquí o hacia allí se divide  
y a muchas partes lo lleva y a todo da vueltas.  
Igual en el agua de una vasija de bronce cuando la trémula luz  
reflejada por el sol o por la imagen de la luna brillante  
revolotea por todos los lugares y ya al aire  
se eleva y hiere en lo alto del techo el artesonado.  
Era la noche y un profundo sopor se había apoderado  
por las tierras todas de los cansados animales, aves o ganados,  
cuando el padre en la ribera bajo la bóveda del éter helado,  
Eneas, turbado su pecho por una triste guerra,  
se acostó y concedió a sus miembros tardío descanso.

Le pareció que el propio dios del lugar, Tiberino  
de amena corriente, como un anciano se alzaba entre las hojas  
de los álamos (leve de glauco manto lo cubría  
y su cabello umbrosa caña lo coronaba);  
que así le hablaba luego y borraba sus cuitas con estas palabras:  
«Oh, de una raza de dioses engendrado que de los enemigos  
nos rescatas la troyana ciudad y salvas la Pérgamo eterna,  
esperado en el suelo laurente y en los predios latinos:  
ésta será tu casa segura, tus seguros Penates (no te rindas).  
Ni te asusten amenazas de guerra; abajo se vinieron  
todo el enojo de los dioses y sus iras.  
Y tú mismo, para que no creas que el sueño te forma imágenes falsas,  
encontrarás bajo las encinas de la orilla una enorme cerda blanca  
echada en el suelo, recién parida de treinta  
cabezas, con las blancas crías en torno a sus ubres.  
[Éste será el lugar de tu ciudad, ése el seguro descanso a tus fatigas,]  
de donde con el correr de tres veces diez años la ciudad  
Ascanio fundará de ilustre nombre, Alba.  
No te anuncio cosas no seguras. Ahora escucha que te muestre  
brevemente cómo has de salir victorioso de estas empresas.  
En estas orillas los arcadios, pueblo que viene de Palante,  
compañeros del rey Evandro que sus enseñas siguieron,  
eligieron el lugar y en los montes la ciudad pusieron  
que por su antepasado Palante llamaron Palanteo.  
Éstos guerras continuas hacen con el pueblo latino;  
súmalos a tu campamento como aliados y haz un pacto.  
Yo mismo he de llevarte por mis riberas y la senda de mi corriente,  
para que de abajo arriba superes las aguas con tus remos.  
Vamos, venga, hijo de la diosa, y en cuanto caigan las primeras estrellas  
da piadoso tus preces a Juno y vence con tus votos suplicantes  
su ira y amenazas. Acuérdate de honrarme cuando seas  
el vencedor. Yo soy el que ves a plena corriente  
abrazar las orillas y cortar fértiles sembrados,  
cerúleo Tiber, río gratísimo al cielo.  
Ésta es mi gran morada, sale mi cabeza de escarpadas ciudades.»  
Dijo, y al punto el río se ocultó en lo profundo de las aguas  
el fondo buscando; la noche y el sueño dejaron a Eneas.  
Se levanta y mirando la luz naciente del sol  
etéreo toma agua del río según el rito en el hueco  
de sus manos y vierte al aire estas palabras:  
«Ninfas, Ninfas laurentes, de donde el linaje de los ríos,  
y tú, padre Tíber de sagrada corriente,

amparad a Eneas y alejadle por fin de peligros.  
Sean los que sean los lagos que en tu fuente te tienen,  
piadoso con mis fatigas, sea el que sea el suelo del que bellísimo surges,  
siempre en mis honras, siempre serás celebrado con mis dones,  
cornífero río que reinas en las aguas de Hesperia.  
Asísteme sólo y confirma tu numen más aún.»  
Así le habla y escoge de las naves dos birremes  
y para el remo las prepara y al tiempo arma a sus compañeros.  
Y mira por dónde, súbita aparición y asombrosa a los ojos,  
una cerda blanca con sus crías del mismo color  
se recuesta en el bosque y aparece en la verde ribera:  
en tu honor, precisamente para ti, Juno soberana, Eneas piadoso  
la lleva en sacrificio al altar con su piara y la inmola.  
Esa noche, larga como era, aplacó el Tíber su hinchada  
corriente y se frenó en olas calladas refluyendo,  
para que a la manera de un tranquilo estanque y una plácida laguna  
se tendiera la superficie de sus aguas sin resistirse al remo.  
Así que apresuran el camino emprendido con rumor favorable;  
por los vados se desliza la untosa madera y se pasman las olas,  
se pasma el bosque que hace tiempo no ve el brillar  
de los escudos de los soldados ni el bogar de pintadas naves por el río.  
Ellos fatigan la noche y el día con sus remos  
y superan largos meandros cubiertos de variados  
árboles y por la plácida llanura cortan las verdes selvas.  
El sol de fuego había alcanzado el centro de su órbita en el cielo  
cuando ven a lo lejos los muros y el alcázar y unos cuantos  
tejados de casas que hoy el poder romano hasta el cielo  
ha elevado y entonces, humildes posesiones, Evandro tenía.  
Enfilan ansiosos las proas y a la ciudad se acercan.  
Justo aquel día el rey arcadio honras solemnes  
al gran hijo de Anfitrión y a los dioses estaba ofreciendo  
en el bosque, delante de la ciudad. Con él su hijo Palante,  
con él lo mejor de los jóvenes, todos, y un humilde senado  
incienso ofrecían, y la tibia sangre humeaba en los altares.  
Cuando vieron deslizarse las altas naves y a ellos entre lo negro  
del bosque volcados sobre los remos en silencio,  
se asustan ante la escena inesperada y se levantan todos  
dejando las mesas. El audaz Palante les impide  
romper el sacrificio y tomando sus flechas sale raudo al encuentro,  
y de lejos, desde una altura, dice: «Jóvenes, ¿qué motivo  
os obliga a probar rutas desconocidas? ¿A dónde os dirigís?  
¿De quién sois? ¿Dónde vuestra casa? ¿Paz nos traéis o armas?»

Entonces así dice el padre Eneas desde la alta popa,  
y tiende en su mano la rama de olivo de la paz:  
«Gente de Troya ves y armas enemigas de los latinos,  
quienes han hecho a unos fugitivos con orgullosa guerra.  
A Evandro buscamos. Contádselo y decidle que escogidos  
caudillos de Dardania han llegado en busca de armas aliadas.»  
Se quedó Palante estupefacto, asombrado de gloria tamaña.  
«Desciende, seas quien seas -dice-, y en presencia de mi padre  
habla y entra como huésped en nuestros penates.»  
Y le recibió con sus manos y le estrechó la diestra en un abrazo;  
andando se meten en el bosque y abandonan el río.  
Habla entonces Eneas al rey con palabras de amigo:  
«El mejor de los griegos, a quien quiso Fortuna que yo suplicase  
y le tendiera los ramos atados con las cintas sagradas,  
no he sentido miedo alguno, porque seas jefe de dánaos y arcadio,  
ni porque por tu stirpe estés unido a ambos Atridas;  
que a mí mi propio valor y los santos oráculos de los dioses  
y el parentesco de los padres, tu fama por el mundo extendida,  
me han unido a ti y aquí me han traído de acuerdo con mis hados.  
Dárdano, padre primero de la ciudad de Ilión y fundador,  
nacido, como enseñan los griegos, de la Atlántide Electra,  
arribó al país de los teucros: el gigantesco Atlante a Electra  
engendró, el que sostiene en sus hombros los orbes etéreos.  
Vuestro padre es Mercurio, a quien parió, engendrado  
en la helada cima del Cilene, blanquísima Maya.  
Mas, si hemos de creer lo que se cuenta, a Maya Atlante  
la engendra, el mismo Atlante que levanta los astros del cielo.  
Así pues, procede la raza de ambos de una sola sangre.  
Por ello confiado no envié mensajeros ni con rodeos  
traté de entrar en contacto contigo; a mí, a mí yo mismo  
y mi propia persona mandé y vine suplicante hasta tu puerta.  
Los mismos que a ti, el pueblo daunio, con guerra cruel  
me persiguen; creen que si nos echan nada habrá  
que les impida someter por entero a su yugo la Hesperia toda,  
y hacerse con el mar que por arriba la baña y por abajo.  
Recibe mi palabra y dame la tuya. Son duros nuestros pechos  
en la guerra; un corazón tenemos y una juventud ya probados.»  
Había dicho Eneas. Aquél el rostro y los ojos al hablar  
hacía rato y todo su cuerpo recorría con la mirada.  
Dice así entonces brevemente: «¡Con qué alegría, el más valiente de los teucros,  
te recibo y te reconozco! ¡Cómo me recuerdas las palabras  
de tu padre y la voz del gran Anquises y su cara!

Pues recuerdo que a visitar el reino de su hermana Hesíone  
Príamo Laomedontíada yendo a Salamina  
nunca dejaba de recorrer el helado territorio de Arcadia.  
Me vestía entonces de flor las mejillas la juventud primera  
y admiraba a los caudillos teucros y al mismo Laomedontíada  
admiraba, pero por encima de todos iba  
Anquises. Mi corazón se inflamaba de ansia juvenil  
por hablar al héroe y unir mi diestra con su diestra;  
me acerqué y ansioso lo conduje al pie de las murallas de Feneo.  
Él una hermosa aljaba y unas flechas licias  
al partir me dejó y una clámide bordada en oro  
y dos bocados de oro que guarda hoy mi hijo Palante.  
Así que la diestra que pedís, unida me está en un pacto  
y, en cuanto la luz de mañana regrese a las tierras,  
alegres os despediré con mi ayuda y os ofreceré mis recursos.  
Mientras tanto este sacrificio anual que no puede dejarse,  
ya que aquí habéis venido como amigos, celebrad de buen grado  
con nosotros, y ya desde hoy acostumbraos a la mesa de vuestros aliados.»  
Dicho que hubo esto, viandas ordena y reponer los vasos  
retirados, y él mismo dispone a los hombres en asiento de hierba,  
y acoge en especial a Eneas en un lecho y en la vellosa  
piel de un león y lo honra con un trono de arce.  
Luego jóvenes escogidos y el sacerdote llevan a porfía  
al altar las entrañas asadas de los toros y cargan en cestas  
los presentes de la fatigosa Ceres, y Baco sirven.  
Come Eneas y con él la juventud troyana  
el lomo de un buey entero y las vísceras lustrales.  
Cuando saciaron el hambre y calmaron su ansia de comer  
dice el rey Evandro: «Estos ritos solemnes,  
este tradicional banquete, este ara de numen tan grande  
no nos la impuso vana superstición e ignorante  
de los dioses antiguos; salvados, huésped troyano, de crueles  
peligros lo hacemos y renovamos honores merecidos.  
Mira en primer lugar esa roca que cuelga sobre los peñascos,  
cómo se alzan a lo lejos quebrados macizos y la morada  
desierta del monte y causaron los escollos ingente ruina.  
Aquí estuvo la gruta, escondida en vasto abrigo,  
que la figura terrible del medio humano Caco ocupaba  
inaccesible del sol a los rayos, y siempre estaba tibio  
el suelo de sangre reciente y de sus soberbias puertas pendían  
cabezas humanas, pálidas de triste podredumbre.  
Era Vulcano el padre de este monstruo: con inmensa mole

avanzaba arrojando sus negras llamas por la boca.  
Mas quiso un día la ocasión satisfacer nuestro deseo  
y brindarnos ayuda y la llegada de un dios. Y el gran vengador  
orgulloso de la muerte del triple Gerión y sus despojos,  
Alcides, llegó trayendo hasta aquí, vencedor, los toros  
enormes, y llenaban sus bueyes el valle y el río.  
Pero la mente fiera del ladrón Caco, por nada dejar  
de crimen o engaño sin osar o probar,  
sacó de sus pesebres cuatro toros de hermosa  
figura y otras tantas novillas con mejor aspecto,  
y a todos ellos, para no dejar huellas de la marcha de sus pasos,  
arrastrados por la cola a la cueva y con las marcas de las patas  
al revés, los ocultaba el raptor en su ciega guarida;  
ninguna señal llevaba al que buscarse a la cueva.  
Mientras tanto, cuando ya sus ganados saciados sacaba  
de sus corrales el hijo de Anfitrión y preparaba la marcha,  
mugieron al partir los bueyes y se llenó el bosque entero  
de sus quejas y con tal clamor dejaban las colinas.  
Con su voz contestó una de las vacas y en la vasta caverna  
mugió y, aun guardada, defraudó la esperanza de Caco.  
Entonces la cólera de Alcides se inflamó de furia  
y de negra bilis: coge sus armas y la maza cargada  
de nudos, y se marcha corriendo a lo alto del monte elevado.  
Vieron en ese momento por vez primera los nuestros a Caco temblar  
y con ojos turbados: escapa al punto más rápido que el Euro  
y busca su gruta; el terror en sus pies puso alas.  
Cuando se encerró y liberó las cadenas rompiendo  
el enorme peñasco que colgaba con hierros y el arte  
paterna y protegió con su mole la firme entrada,  
aquí llega el Tirintio con ánimo furioso y toda  
la entrada recorre, llevando aquí y allá su mirada,  
los dientes rechinando. Tres vueltas da hirviendo de ira  
al monte entero del Aventino, tres veces tiente en vano  
los umbrales de roca, tres veces se sienta agotado en el valle.  
Se alzaba un agudo farallón entre rocas cortadas  
erguido a espaldas de la cueva, altísimo a la vista,  
adecuado cobijo para los nidos de las aves siniestras.  
Según pendía inclinado desde la cima sobre el río de la izquierda,  
lo sacudió apoyándose en contra hacia la derecha  
y de sus profundas raíces lo arrancó, luego de repente  
lo arrojó; trueno con el impulso el éter más alto,  
se agitan las riberas y refluye aterrada la corriente.



Así apareció la gruta y sin techo la enorme  
morada de Caco, y se abrieron del todo las sombrías cavernas,  
no de otro modo que si el suelo, abierto por completo  
por alguna fuerza, ofreciera las mansiones infernales y mostrase  
los pálidos reinos, odiosos a los dioses, y desde lo alto se viera  
el inmenso abismo, y temblasen los Manes por la luz recibida.  
Así pues, pillado de improviso por el resplandor repentino,  
y encerrado en su cavo peñasco y rugiendo como nunca,  
Alcides lo acosa desde arriba con sus dardos y echa mano  
de todas sus armas y ramas y piedras le arroja como de molino.  
El otro, que ya no puede escapar del peligro,  
de sus fauces ingente humareda (asombra decirlo)  
vomita y en ciega calígine envuelve la casa  
ocultando su visión a los ojos, y llena su gruta  
de una noche de humo con tinieblas mezcladas de fuego.  
No lo aguantó Alcides y él mismo se lanzó de cabeza  
a través del fuego, por donde más espeso el humo  
agita sus ondas y bulle la enorme cueva de negra niebla.  
Sorprende aquí a Caco en las tinieblas vanos incendios  
vomitando y lo abraza en un nudo y lo ahoga  
con los ojos fuera y seca de sangre la garganta.  
Se abre al punto la negra mansión arrancadas sus puertas,  
y las vacas robadas y el botín negado con perjurio  
se muestran al cielo y por los pies el informe cadáver  
es arrastrado. No pueden hartarse los corazones de mirar  
los ojos terribles, el rostro y el velludo pecho  
de cerdas de la medio fiera, y los fuegos apagados de su fauces.  
Desde entonces celebramos su honor y la alegre descendencia  
guardó su día y Potitio lo impulsó el primero  
y, del culto de Hércules guardiana, la casa Pinaria  
este ara levantó en el bosque, a la que siempre  
llamaremos Máxima, y que siempre será la más grande.  
Así que vamos, jóvenes; ceñid con ramas vuestro pelo  
con ocasión de gloria tan grande y tended con las diestras  
vuestros vasos invocando al dios común y ofreced el vino gustosos.»  
Había dicho, cuando con la sombra de Hércules el chopo bicolor  
cubrió sus cabellos dejando colgar sus hojas,  
y la copa sagrada ocupó su diestra. Rápido todos  
alegres liban en la mesa y rezan a los dioses.  
Se acerca entretanto más Véspero a las pendientes del Olimpo.  
Y marchaban ya los sacerdotes y Potitio el primero  
vestidos de pieles según la costumbre, y llevaban antorchas.

Reanudan el banquete y llevan gratos presentes  
de la segunda mesa y colman las aras de platos llenos.  
Llega entonces en torno a los altares humeantes  
el canto de los Salios, ceñidas las sienes de ramas de chopo,  
aquí el coro de jóvenes, allí el de ancianos, cantan con ritmo  
los gloriosas hazañas de Hércules: cómo en primer lugar  
mató, estrangulándolas, a las dos monstruosas serpientes de su madrastra,  
cómo también arrasó con la guerra ciudades egregias,  
Troya y Ecalia; cómo mil duros trabajos  
llevó a cabo bajo el rey Euristeo por los hados  
de la inicua Juno. «Tú, invicto, con tu mano acabas  
con los bimembres hijos de las nubes, Folo e Hileo; tú de Creta  
con el monstruo y con el gran león de Nemea en su guarida.  
Ante ti tembló la laguna estigia, ante ti el portero del Orco  
echado en el antro cruento sobre huesos roídos,  
y no te asustó visión alguna, ni tampoco el propio Tifeo  
llevando en alto sus armas, ni falta de recursos  
la hidra de Lerna te rodeó con su legión de cabezas.  
Salve, retoño verdadero de Jove, nueva prez de los dioses,  
y con paso alegre propicio ven a nosotros y a tus sacrificios.»  
Esto celebran en sus cantos; añaden además la gruta  
de Caco y a él también fuego respirando.  
Resuena todo el bosque con el estrépito y lo devuelven los collados.  
Después, cumplidos los oficios divinos todos juntos  
a la ciudad vuelven. Iba el rey vencido por su edad,  
y llevaba a Eneas a su lado de compañeros y a su hijo  
al caminar y hacía grata la marcha con amena charla.  
Se asombra Eneas y lleva sus ojos dispuestos por cuanto  
le rodea, cautivo del lugar, alegre por todo  
pregunta y escucha las historias de los antepasados.  
Y en eso el rey Evandro, fundador de la ciudadela romana:  
«Estos bosques habitaban los Faunos del lugar y las Ninfas  
y una raza de hombres surgida de los troncos y la dura madera;  
carecían de cultura y de tradición, ni uncir los toros  
ni amontonar riqueza sabían o guardar lo ganado,  
que las ramas y una caza mala de lograr les alimentaba.  
Saturno llegó el primero del etéreo Olimpo de las armas  
de Júpiter huyendo y expulsado del reino perdido.  
Él estableció a ese pueblo indócil y disperso sobre los altos  
montes y leyes les dio, y quiso que Lacio se llamara,  
porque latente se salvó en la seguridad de estas riberas.  
Bajo tal rey se dieron los siglos de oro

de que nos hablan; en tranquila paz así gobernaba a los pueblos,  
hasta que poco a poco la edad se hizo peor y descolorida  
y llegaron la locura de la guerra y de tener el ansia.  
Vinieron entonces la gente de Ausonia y los pueblos sicanos,  
y a menudo perdió su nombre la tierra saturnia;  
luego los reyes y el áspero Tiber de cuerpo gigante  
con cuyo nombre llamamos después al río Tíber  
los ítalos; perdió el viejo Álbula su verdadero nombre.  
A mí, de mi patria arrojado y buscando del mar los confines,  
hasta estos lugares Fortuna que todo lo puede me trajo  
y el hado ineluctable; me empujaron los terribles avisos  
de mi madre la Ninfa Carmenta y el propio dios Apolo me inspiró.»  
Apenas dijo esto, y avanzando el ara le muestra  
y la puerta que los romanos llaman  
Carmental, antiguo honor a la Ninfa Carmenta,  
vidente del porvenir que anunció la primera  
que grandes serían los Enéadas y noble Palanteo.  
Luego le enseña un gran bosque que el fiero Rómulo  
convirtió en asilo y el Lupercal bajo una roca helada,  
llamado de Pan Liceo según la costumbre parrasia.  
Y le enseña asimismo el bosque del sagrado Argileto  
y le indica el lugar y le cuenta la muerte de Argo el huésped.  
De aquí lo conduce a la roca Tarpeya y al Capitolio  
hoy de oro, erizado entonces de zarzas silvestres.  
Ya entonces la terrible santidad del lugar asustaba  
a los agrestes temerosos, que temblaban por su selva y su roca.  
«Este bosque -dijo-, este collado de cima frondosa  
un dios (no se sabe qué dios) los habita; creen los arcadios  
haber visto al mismo Júpiter cuando en su diestra  
blandía la égida negreante y amontonaba las nubes.  
Estos dos bastiones además de derribados muros  
que ves, reliquias son y recuerdos de los antepasados.  
Esa fortaleza el padre Jano y esa otra la fundó Saturno;  
una se llamaba Janículo y la otra Saturnia.»  
Con tal conversación se iban acercando al poblado  
del humilde Evandro y por todas partes mugir veían  
al ganado, por el foro romano y las elegantes Carinas.  
Cuando llegaron a la casa: «Alcides victorioso -dijo-  
pisó estos umbrales, esta morada real lo acogió.  
Anímate, mi huésped, a despreciar el lujo y hazte tú  
también digno de un dios y entra sin altivez en mis pobres posesiones.»  
Dijo, y condujo bajo los techos de la humilde morada

al grande Eneas y lo acomodó en lecho  
de hojas y en la piel de una osa de Libia.  
Cae la noche y abraza a la tierra con sus foscas alas.  
Venus entonces, madre asustada en su corazón no sin motivo,  
llevada de las amenazas de los laurentes y el duro tumulto  
se dirige a Vulcano y así comienza en el tálamo áureo  
de su esposo, infundiéndole divino amor con sus palabras:  
«Mientras los reyes de Argos Pérgamo devastaban,  
que se les debía, y las torres que habían de caer bajo el fuego enemigo,  
ni armas ni auxilio alguno demandé para los desgraciados  
de tu arte y tus mañas, ni quise, queridísimo esposo,  
que inútilmente ejercitaras tu trabajo  
aunque mucho debía a los hijos de Príamo  
y a menudo lloré la esforzada tarea de Eneas.  
Hoy anda en las riberas de los rútuos por mandato de Jove;  
así que, la misma, vengo suplicante y te pido, madre para mi hijo,  
armas, numen sagrado. A ti pudo la hija de Nereo,  
la esposa de Titono pudo con sus lágrimas ablandarte.  
Mira qué pueblos se reúnen, qué murallas afilan  
el hierro tras sus puertas cerradas contra mí y los míos.»  
Así dijo con sus brazos de nieve aquí y allá la diosa  
anima al que duda en abrazo suave. Él, sorprendido,  
recibió la conocida llama, y un calor familiar  
penetró sus médulas y corrió por sus huesos derretidos,  
no de otro modo que cuando, rota por el trueno corusco,  
la chispa de fuego brillando recorre con su luz las nubes;  
lo notó, satisfecha de su maña y segura la esposa de su belleza.  
Habla entonces el padre vencido por amor eterno:  
«¿Por qué buscas lejos las causas? ¿A dónde fue, diosa,  
tu confianza en mí? Si tu cuidado hubiera sido semejante,  
aun entonces se nos habría permitido armar a los teucros;  
ni el padre todopoderoso ni los hados vetaban que Troya  
siguiera levantada y Príamo viviera otros diez años.  
Y ahora, si quieres combatir y ésa es tu voluntad  
cuanto cuidado puedo prometer en mi arte,  
cuanto puede sacarse del hierro o el líquido electro,  
cuanto valen los fuegos y las forjas, no dudes  
en tus fuerzas para lograrlo.» Con esas palabras  
le dio los ansiados abrazos y derretido en el regazo  
de su esposa buscó el plácido sopor en sus miembros.  
Luego, cuando el descanso primero había expulsado al sueño,  
en el centro ya del curso de la noche avanzada, justo cuando la mujer,

a quien se ha impuesto pasar la vida con la delicada Minerva  
y la rueca, las cenizas aviva y el fuego dormido  
sumando la noche a sus tareas, y a la lámpara fatiga con pesado  
trabajo a sus sirvientes para casto guardar el lecho  
del esposo y poder criar a sus hijos pequeños:  
no de otro modo el señor del fuego ni en esa ocasión más perezoso  
salta del blando lecho a su trabajo de artesano.  
junto a la costa sicana y a la Lípara eolia una isla  
se alza erizada de peñascos humeantes,  
bajo la cual truenan la gruta y de los Cíclopes los antros etneos  
corroídos de chimeneas y se oyen los golpes que arrancan  
gemidos a los yunques y en las cavernas rechinan  
las barras de los cálibes y el fuego respira en los hornos,  
de Vulcano morada y tierra de Vulcano por su nombre.  
Aquí baja entonces el señor del fuego de lo alto del cielo.  
El hierro trabajaban los Cíclopes en su vasta guarida,  
Brontes y Estéropes y Piragmón con el cuerpo desnudo.  
ocupados estaban en terminar, en parte ya pulido,  
un rayo de los muchos que lanza el padre por todo el cielo  
a la tierra; otra parte estaba aún sin acabar.  
Habían añadido tres puntas retorcidas de lluvia, tres de nube  
de agua, tres del rojo fuego y del alado Austro.  
Fulgores horribles y trueno y espanto añadían ahora  
a su trabajo y las iras a las llamas tenaces.  
En otro lado preparaban a Marte su carro y las ruedas  
veloces, con las que a las ciudades provoca y a los hombres;  
y la égida terrible, arma de la enojada Palas,  
se esforzaban en cubrir de escamas de serpientes y de oro,  
y las culebras enlazadas y la misma Gorgona en el pecho  
de la diosa haciendo girar sus ojos sobre el cuello cortado.  
«Retirad todo -dijo-, dejad los trabajos empezados,  
Cíclopes del Etna, y atención prestadme:  
armas hay que hacer para un hombre valiente. Ahora precisa es  
la fuerza, ahora las rápidas manos y el arte magistral.  
Evitad todo retraso.» Y nada más dijo, y ellos  
raudos se pusieron al trabajo distribuyendo la tarea  
a suertes. Mana el bronce en arroyos y el metal del oro  
y se licua el acero mortal en la vasta fragua.  
Forjan un escudo enorme, que sólo se valga contra todos  
los dardos de los latinos, y unen con fuerza  
las siete capas. Unos en fuelles de viento las auras  
cogen y devuelven, otros los estridentes bronce

templan en un lago: gime la caverna con el batir de los yunques.  
Ellos alternadamente con mucha fuerza levantan con ritmo  
los brazos y hacen girar la masa con segura tenaza.  
Mientras el padre Lemnio apresura el trabajo en las costas eolias,  
la luz sustentadora saca a Evandro de su humilde morada  
y el canto mañanero de los pájaros bajo su tejado.  
Se levanta el anciano y reviste con la túnica el cuerpo  
y anuda a sus pies las sandalias tirrenas.  
Se ciñe entonces al costado y los hombros la espada tegea  
colgando del izquierdo una piel de pantera que le cubre la espalda.  
Desde el alto umbral también dos guardianes  
marchan delante y acompañan los perros el paso de su amo.  
Buscaba el lugar y los aposentos de Eneas, su huésped,  
recordando el héroe sus palabras y la ayuda ofrecida.  
Y no menos madrugador andaba Eneas;  
a uno le acompañaba el hijo Palante, al otro Acates.  
Se encuentran y unen sus diestras y en medio se sientan  
del palacio y disfrutan al fin de tranquila charla.  
El rey primero así:  
«Caudillo principal de los teucros que, si vives, nunca en verdad  
diré que Troya y su reino han sido derrotados:  
en favor de nombre tan grande pequeñas fuerzas tenemos  
para auxiliarte en la guerra; de un lado nos limita el río etrusco,  
de otro el rútilo apremia y rodea nuestros muros con sus armas.  
Mas yo planeo unir contigo grandes pueblos y tropas  
de reinos poderosos, ayuda que una suerte inesperada  
nos brinda; llegas como enviado del destino.  
No lejos de aquí se encuentra el lugar de la ciudad de Agila,  
fundada sobre vetusta roca, donde un día una raza  
de Lidia, ilustre en la guerra, se asentó sobre lomas etruscas.  
Luego que floreció durante muchos años, un rey de orgulloso  
poder y armas crueles la tuvo, Mecencio.  
¿A qué recordar los crímenes infandos, a qué las viles hazañas  
de un tirano? ¡Los guarden los dioses para él y su estirpe!  
Solía además atar los cadáveres con los vivos  
juntando manos con manos y bocas con bocas,  
espantosa tortura, y en larga agonía los mataba  
con horrible abrazo, cubiertos de pus y de sangre.  
Mas hartos al fin los ciudadanos rodean al loco  
de horror con sus armas, a su casa y a él mismo,  
matan a sus cómplices y lanzan antorchas a su tejado.  
Él, escapando a la matanza, se refugió en los campos

de los rútilos y se protege con las armas de su huésped Turno.  
Así que toda Etruria se levantó en furia justiciera  
pidiendo castigo para el rey con la ayuda de Marte.  
A estos miles, Eneas, pondré bajo tu mando.  
Que se agitan las popas apretadas por toda la ribera  
y ordenan izar las enseñas, y los detiene cantando el futuro  
el longevo arúspice: «Oh, escogida juventud de Meonia,  
flor y virtud de héroes antiguos, a quienes lanza contra el enemigo  
un justo dolor y provoca Mecencio con ira merecida;  
a ningún ítalo le está permitido mandar expedición tan grande,  
buscad caudillos extranjeros.» Acampó entonces el ejército  
etrusco en esta llanura, asustado por los avisos del cielo.  
El propio Tarconte me envió embajadores y la corona  
del mando con el cetro y me encomienda las insignias;  
que acuda al campamento y me haga cargo de los reinos tirrenos.  
Masa mí una torpe vejez vencida por el frío y los años  
me impide mandar y unas fuerzas tardías para las hazañas.  
A mi hijo se lo pediría, de no ser porque tiene  
sangre de esta patria por su madre sabina. Tú, a quien favorece  
el destino por la raza y los años, a quien reclaman los dioses,  
da el paso, valerosísimo caudillo de ítalos y teucros.  
Te daré además a mi hijo Palante, nuestro consuelo  
y esperanza; que se acostumbre con tu magisterio  
a la milicia y la pesada tarea de Marte, a contemplar  
tus hazañas; que desde su edad primera te admire.  
A él doscientos jinetes arcadios, las fuerzas mejores  
de nuestra juventud, le daré, y otro tanto en su nombre a ti, Palante.»  
Apenas había hablado, y clavados le tenían sus ojos  
Eneas el hijo de Anquises y el fiel Acates,  
y vueltas daban en su triste pecho a graves desgracias,  
si no hubiera Citerea mandado su señal a cielo abierto.  
Pues un relámpago de improviso lanzado desde el éter  
vino con el trueno y todo pareció agitarse de pronto  
y mugir por el cielo el clangor de la tuba tirrena.  
Levantán la cabeza y una y otra vez un tremendo fragor les sacude.  
Entre las nubes, ven brillar en la región serena del cielo  
unas armas por el azul y tronar sacudidas.  
Los demás se quedaron sin aliento, mas el héroe de Troya  
reconoció el sonido y las promesas de la diosa, su madre.  
Exclama entonces: «En verdad, huésped, no busques  
qué suceso anuncia el portento: es a mí a quien llama el Olimpo.  
Esta señal la madre que me engendró me dijo que enviaría

si empezaba la guerra, y las armas de Vulcano por los aires  
que mandaría en mi auxilio.  
¡Ay! ¡Qué matanzas terribles aguardan a los pobres laurentes!  
¡Qué castigo habrás de pagarme, Turno! ¡Cuántos escudos  
de guerreros y yelmos y cuerpos valientes harás rodar bajo tus aguas,  
padre Tiber! Que guerra busquen y rompan los pactos.»  
Luego que pronunció estas palabras, se alza del alto solio  
y aviva en primer lugar las aras dormidas con los fuegos  
de Hércules, y alegre se acerca al Lar del día anterior  
y a los humildes Penates; mata Evandro igualmente  
ovejas escogidas según la costumbre e igualmente la juventud troyana.  
Se marcha tras esto a las naves y pasa revista a sus compañeros  
para escoger de entre ellos a los que le sigan a la guerra  
por destacar en valor; los demás se dejan llevar  
por la corriente y perezosos se van río abajo  
para llevar noticias a Ascanio de la situación y de su padre.  
Se entregan caballos a los teucros que se dirigen a los campos tirrenos;  
a Eneas le reservan uno sin sorteo, y del todo le cubre  
una rubia piel de león que brilla con uñas de oro.  
Vuela la noticia divulgada de pronto en la ciudad pequeña,  
de que rápido van jinetes a los umbrales del rey tirreno.  
De miedo redoblan las madres sus votos, y el temor crece  
más aún por el peligro y más grande se muestra la imagen de Marte.  
El padre Evandro entonces se resiste abrazando la diestra  
del que parte, sin saciarse de lágrimas, y dice de este modo:  
«Ay, si Júpiter me devolviera mis años pasados,  
como era yo cuando a las puertas de Preneste el primer ejército  
aplasté e incendié victorioso montañas de escudos  
y al Tártaro envié al rey Érulo con mi diestra,  
al que al nacer tres vidas su madre Feronia  
(espanta decirlo) había dado, que debía blandir tres armas  
y morir de tres muertes; a él, sin embargo, esta diestra  
todas sus vidas le quitó y al tiempo le privó de sus armas:  
nadie podría arrancarme ahora de este dulce abrazo tuyo,  
hijo mío, no Mecencio burlándose de este vecino suyo  
habría causado tantas muertes con su espada,  
ni habría enviudado la ciudad de tantos de sus hombres.  
Pero a vosotros os ruego, dioses de lo alto y a ti, Jove,  
rector supremo de los dioses, piedad para este rey arcadio;  
y escuchad las preces de un padre. Si vuestro numen,  
si los hados me reservan salvo a Palante,  
si vivo para verle y abrazarle de nuevo,



la vida os pido, podré soportar cualquier fatiga.  
Pero si tramas, Fortuna, otra salida nefanda,  
que pueda yo dejar esta vida cruel ahora mismo,  
cuando aún en duda están mis cuitas e incierta la esperanza del futuro;  
ahora que a ti, querido hijo, único placer de mis años,  
abrazado te tengo. ¡Que no hiera mi oído la noticia  
más triste! » Estas palabras vertía el padre en la definitiva  
despedida; derrumbado sus siervos a casa lo llevaban.  
Y ya había sacado la caballería por las puertas abiertas  
Eneas entre los primeros y el fiel Acates,  
y detrás los demás caudillos de Troya; el mismo Palante marcha  
en medio de la formación, señalado por su clámide y sus armas pintadas,  
como cuando Lucifer derramado de Océano en las olas,  
al que ama Venus más que a los otros fuegos de los astros,  
asoma su rostro sagrado por el cielo y disuelve la tiniebla.  
De pie quedan las madres asustadas en los muros y siguen con los ojos  
la nube de polvo y la tropa de bronce reluciente.  
Ellos entre las zarzas, por donde es más corto el camino,  
marchan armados; se alza el clamor y en formación perfecta  
el casco de los caballos bate con su trotar el llano polvoriento.  
Hay junto a la helada corriente de Cere un gran bosque sagrado,  
muy venerado por la devoción de los mayores; de todas partes  
un circo de colinas lo rodea y lo ciñe una selva de negros abetos.  
Fama es que los antiguos pelasgos lo consagraron a Silvano,  
al dios de los predios y del ganado, el bosque y una fiesta,  
los que habitaron un día los primeros la tierra latina.  
No lejos de aquí Tarconte y los tirrenos con el lugar defendían  
su campamento, y todo su ejército podía ser visto de lo alto  
del monte con sus tiendas en los campos abiertos.  
Aquí llegan Eneas y la juventud elegida  
para el combate, y cansados reposo dan a cuerpos y caballos.  
Mas Venus, la blanquísima diosa, se presenta entre nubes  
etéreas llevando sus dones, y cuando vio a su hijo solitario  
a lo lejos en un apartado valle junto a las frescas aguas,  
se le apareció y le habló con estas palabras:  
«Aquí tienes la ayuda prometida del arte  
de mi esposo. No dudes ya, hijo, en entrar en combate  
contra los orgullosos laurentes y el fiero Turno.»  
Dijo, y buscó Citerea los abrazos del hijo  
y enfrente colocó las armas brillantes bajo una encina.  
Él, satisfecho con los presentes de la diosa y por honor tan grande,  
no podía saciarse de mirar todo con sus ojos,

y se asombra, y entre brazos y manos da vueltas  
al yelmo terrible con su penacho y que llamas vomita,  
y a la espada portadora de muerte y la rígida loriga de bronce  
color de sangre, inmensa, cual la nube cerúlea cuando  
se enciende con los rayos del sol y brilla a lo lejos.  
Después las bruñidas grebas de electro y oro refinado,  
y la lanza, y la trama indescrptible del escudo.  
Aquí las hazañas ítalas y las gestas triunfales de los romanos,  
conocedor de vaticinios y no ignorante de la edad por llegar,  
había representado el señor del fuego; aquí toda la raza de la futura  
estirpe de Ascanio y las guerras libradas por orden.  
Había figurado también en la verde gruta de Marte  
la loba tumbada recién parida, con los niños gemelos jugando  
colgados de sus ubres y mamando sin miedo  
de su madre; ella, con su suave pescuezo agachado,  
los lamía por turno y moldeaba sus cuerpos con la lengua.  
No lejos de aquí había añadido Roma y las sabinas  
raptadas brutalmente de entre el gentío del teatro  
durante los grandes circenses y de pronto surgir nueva guerra  
entre los hijos de Rómulo y el viejo Tacio y los austeros hombres de Cures.  
Después los mismos reyes, dejando la guerra entre ellos,  
en pie aparecían armados ofreciendo ante el ara de Jove  
sus páteras y el pacto firmaban con la muerte de una cerda.  
No muy lejos, cuadrigas azuzadas en contra destrozaban  
a Meto (¡pero tú, albano, deberías mantener tu palabra!)  
y Tulo las entrañas del embustero arrastraba  
por el bosque, y sangre goteaban los abrojos empapados.  
También Porsena ordenaba acoger a Tarquinio  
expulsado y a la ciudad apremiaba con ingente asedio;  
los Enéades se lanzaban al hierro por su libertad.  
Podrías verlo igual que quien se indigna e igual  
que el que amenaza, porque había osado Cocles arrancar el puente  
y Clelia cruzaba el río a nado, rotas sus cadenas.  
En lo alto estaba Manlio, guardián de la roca  
Tarpeya delante del templo y ocupaba las alturas del Capitolio,  
erizado de la paja de Rómulo el palacio reciente.  
Y aquí, revoloteando por los dorados pórticos una oca  
de plata anunciaba que estaban los galos a las puertas;  
los galos llegaban por las zarzas y el alcázar ocupaban  
protegidos por las tinieblas y el regalo de una noche oscura.  
Con su cabellera de oro y de oro vestidos  
relucen con sus ropas listadas, y sus cuellos de leche

se ven trabados de oro; en la mano dos jabalinas de los Alpes  
agita cada uno, cubiertos los cuerpos con grandes escudos.  
Aquí había moldeado a los Salios saltando y a los Lupercos  
desnudos, y los gorros de lana y los escudos caídos  
del cielo; castas matronas portaban los objetos del culto  
por la ciudad en blandas carrozas. Añadió también lejos  
de aquí las sedes del Tártaro, las bocas profundas de Dite  
y el castigo de los crímenes y a ti, Catilina, colgado  
de roca amenazante y temiendo el rostro de las Furias,  
y a los justos, separados, y a Catón dándoles leyes.  
Entre todo esto se extendía la imagen de oro  
del mar henchido, mas el azul espumaba de blancas olas.  
Y alrededor en círculo brillantes delfines de plata surcaban  
la superficie con sus colas y cortaban las aguas.  
En el centro escuadras de bronce, las guerras de Accio,  
aparecían, y toda Leucate podías ver hirviendo  
con Marte en formación y las olas refulgiendo en oro.  
A este lado César Augusto guiando a los ítalos al combate  
con los padres y el pueblo, y los Penates y los grandes dioses,  
en pie en lo alto de la popa, al que llamas gemelas le arrojan  
las espléndidas sienes y el astro de su padre brilla en su cabeza.  
En otra parte Agripa, con los vientos y los dioses de su lado  
guiando altivo la flota; soberbia insignia de la guerra,  
las sienes rostradas le relucen con la corona naval.  
Al otro lado, con tropa variopinta de bárbaros, Antonio,  
vencedor sobre los pueblos de la Aurora y el rojo litoral,  
Egipto y las fuerzas de Oriente y la lejana Bactra  
arrastra consigo, y le sigue (¡sacrilegio!) la esposa egipcia.  
Todos se enfrentaron a la vez y espumas echó todo el mar  
sacudido por el refluir de los remos y los rostros tridentes.  
A alta mar se dirigen; creerías que las Cícladas flotaban  
arrancadas por el piélago o que altos montes con montes chocaban,  
en popas almenadas de mole tan grande se esfuerzan los hombres.  
Llama de estopa con la mano y hierro volador con las flechas  
arrojan, y enrojecen los campos de Neptuno con la nueva matanza.  
La reina en el centro convoca a sus tropas con el patrio sistro,  
y aún no ve a su espalda las dos serpientes.  
Y monstruosos dioses multiformes y el ladrador Anubis  
empuñan sus dardos contra Neptuno y Venus  
y contra Minerva. En medio del fragor Marte se enfurece  
en hierro cincelado, y las tristes Furias desde el cielo,  
y avanza la Discordia gozosa con el manto desgarrado

acompañada de Belona con su flagelo de sangre.  
Apolo Accíaco, viendo esto, tensaba su arco  
desde lo alto; con tal terror todo Egipto y los indos,  
toda la Arabia, todos los sabeos sus espaldas volvían.  
A la misma reina se veía, invocando a los vientos,  
las velas desplegar y largar y largar amarras.  
La había representado el señor del fuego pálida entre los muertos  
por la futura muerte, sacudida por las olas y el Yápige;  
al Nilo, enfrente, afligido con su enorme cuerpo  
y abriendo su seno y llamando con todo el vestido  
a los vencidos a su regazo azul y a sus aguas latebrosas.  
Mas César, llevado en triple triunfo a las murallas  
romanas, consagraba un voto inmortal a los dioses itálicos,  
trescientos grandes santuarios por la ciudad entera.  
vibraban las calles de alegría y de juegos y de aplausos;  
en todos los templos coros de madres, aras en todos;  
ante las aras cayeron a tierra novillos muertos.  
Y él mismo sentado en el níveo umbral del brillante Febo  
agradece los presentes de los pueblos y los cuelga de las puertas  
soberbias; en larga hilera avanzan las naciones vencidas,  
diversas en lenguas y en la forma de vestir y de armarse.  
Aquí la raza de los nómadas había labrado Mulcíber  
y los desnudos africanos; aquí los léleges, carios y gelonos  
con sus flechas; iba luego el Éufrates con corriente más calma,  
y los morinos, los últimos de los hombres, y el Rin bicorne,  
y los indómitos dahos y el Araxes rechazando su puente.  
Todo eso contempla en el escudo de Vulcano, regalo  
de su madre, y goza con las imágenes sin conocer los sucesos,  
y al hombro se cuelga la fama y el destino de sus nietos.

## LIBRO IX

Y mientras esto ocurre en lugar bien lejano,  
Juno Saturnia del cielo envió a Iris  
al valiente Turno. En el bosque de su padre Pilumno  
estaba sentado Turno, en un valle sagrado.  
Así le habló la hija de Taumante con su boca de rosa:  
«Turno, lo que ninguno de los dioses osaría prometerte  
en tu deseo, he aquí que el correr de los días te lo ofrece.  
Eneas, dejando la ciudad, sus compañeros y sus naves,  
se dirige a los cetros del Palatino y a la sede de Evandro.  
Y hay más: ha llegado a las últimas ciudades de Etruria  
y arma a un puñado de lidios y campesinos recluta.  
¿Qué dudas? Éste es el momento de reclamar caballos y carros.  
Deja todo retraso y ataca un campo amedrentado.»  
Dijo, y con alas iguales se levantó hasta el cielo  
y trazó a su paso bajo las nubes un arco enorme.  
La conoció el joven y alzó a las estrellas sus palmas  
gemelas y con estas palabras la siguió en su huida:  
«Iris, gloria del cielo, ¿quién te hizo bajar de las nubes  
a la tierra para mí? ¿De dónde este brillante  
prodigio repentino? Veo el cielo por la mitad abierto  
y el vagar de los astros por su bóveda. Sigo señal tan grande,  
quienquiera que a las armas me convocas.» Y dicho esto,  
se agachó hasta el agua y líquido bebió de su superficie  
implorando a los dioses, y el éter llenó de promesas.  
Y ya todo el ejército marchaba en campo abierto  
rico de caballos, rico de bordados vestidos y de oro;  
Mesapo dirige las primeras filas, y el final los jóvenes  
Tirridas; Turno en el centro de la formación como jefe.  
Como el Ganges profundo manando por siete apacibles  
corrientes en silencio o el Nilo de fecundas aguas

cuando se derrama por los campos y se mete de nuevo en su cauce  
Entonces divisan los teucros una súbita nube  
de negro polvo y ven surgir tinieblas por el llano.  
Y enfrente Caíco el primero a gritos llama desde su atalaya:  
«¿Qué masa, ciudadanos, de negra calígine se revuelve?  
¡Empuñad raudos el hierro, a las armas, subid a los muros!,  
¡aquí está el enemigo, ea! » Con gran griterío se meten  
los teucros por todas las puertas y llenan las murallas.  
Pues así lo había ordenado al partir el mejor en las armas,  
Eneas: si algo ocurría en su ausencia,  
que no osaran formar el ejército ni confiarse al llano;  
que tras el foso guardasen el campamento y seguros los muros.  
Así que si bien el pundonor y la ira les lanzan al combate,  
cierran las puertas, sin embargo, y las órdenes cumplen,  
y en las huecas torres aguardan armados al enemigo.  
Turno, adelantándose volando a la lenta marcha,  
acompañado de veinte jinetes escogidos llega de pronto  
a la ciudad; monta un caballo tracio con manchas blancas  
y se cubre con un yelmo de oro de rojo penacho:  
«¿Quién estará, jóvenes, a mi lado? ¿Quién el primero contra el enemigo,  
eh?», dice y blande, y arroja al aire su jabalina,  
señal para el combate, y altivo se lanza a la llanura.  
Lanzan un grito sus compañeros y le siguen con alarido  
horrísono; se asombran del cobarde corazón de los teucros,  
de que no salgan a campo abierto ni acudan los hombres  
al encuentro de sus armas, de que protejan su campo. Enfurecido,  
aquí y allá rodea los muros a caballo y busca una entrada imposible.  
Y como el lobo que acecha el redil recogido  
cuando aúlla a los troncos batido por el viento y la lluvia,  
pasada la medianoche; seguros bajo sus madres los corderos  
no dejan de balar; él, irritado y negro de ira, se enfurece  
con los que nada puede; le agota la rabia por comer  
desde hace tiempo y las fauces secas de sangre.  
No de otro modo se enciende de furia el rútilo que contempla  
muros y campamentos, arde el dolor en sus duros huesos.  
¿Por dónde buscar un camino de entrada y de sacar a los teucros  
encerrados la manera y desparramarlos por el llano?  
La flota, que estaba escondida a un lado de las tiendas  
protegida por fosos y por las aguas del río,  
la ataca, y fuego pide a los compañeros que le animan  
y llena su mano, furioso, con una antorcha encendida.  
Acuden los demás entonces (les apremia la presencia de Turno)

y todos los jóvenes se lanzan con negras teas.  
Echaron mano al fuego: una luz de pez da la humosa  
antorcha y Vulcano brasas mezcladas a las estrellas.  
¿Qué dios, oh Musas, alejó de los teucros incendios  
tan crueles? ¿Quién libró a los barcos de fuego tan grande?,  
decidme: antigua es la fe en lo sucedido y perenne su fama.  
En los días en que andaba preparando en el Ida de Frigia  
Eneas su flota y se disponía a partir hacia mares remotos,  
se dice que la misma madre de los dioses Berecintia  
así habló al gran Jove: «Concédeme, hijo, lo que te pide  
tu madre querida puesto que has domeñado el Olimpo.  
Hay una selva de pinos que he amado muchos años,  
un bosque sagrado en lo alto de la roca donde llevaban las ofrendas,  
oscuro de negros pinos y de ramas de arce.  
Gustosa se lo di al joven dardanio, cuando una flota  
precisaba; ahora un temor angustioso me inquieta.  
Líbrame de miedo y permite a tu madre esto poder con sus preces:  
que no las desarbole ruta alguna ni sean vencidas  
por las tempestades, que de algo les valga el ser hijas de nuestras montañas.»  
Así le respondió el hijo que hace girar las estrellas del cielo:  
«Oh, madre mía, ¿a dónde llamas a los hados? ¿Qué pides para ellas?  
¿Que tengan ley inmortal unas naves que manos mortales  
han construido y que a salvo arrostre Eneas  
peligros inciertos? ¿A qué dios tan gran poder se ha concedido?  
En todo caso, cumplida su misión, cuando lleguen un día  
a los puertos y las tierras de Ausonia, a cuantas escapen de las olas  
y al jefe dardanio conduzcan a los campos laurentes  
les quitaré su forma mortal y ordenaré que sean  
diosas del ancho mar, igual que la Nereida Doto  
y Galatea surcan con sus pechos el ponto espumante.»  
Dijo, y lo juró por los ríos de su hermano estigio;  
por los torrentes de pez y las orillas del negro remolino  
asintió, e hizo temblar el Olimpo entero con su gesto.  
Había llegado, pues, el día prometido y habían cumplido  
el tiempo marcado las Parcas, cuando de Turno el sacrilegio  
hizo apartar a la Madre las antorchas de las naves sagradas.  
Brilló entonces una rara luz ante los ojos y una enorme  
nube pareció cruzar el cielo de lado de la Aurora  
y los coros ideos; luego cae por los aires  
una voz horrenda y llena las tropas de rútilos y troyanos:  
«No os empeñéis, teucros, en defender mis naves queridas  
ni arméis vuestras manos; antes incendiaré Turno los mares

que los sagrados pinos. Quedad vosotras libres,  
marchaos, diosas del mar; lo manda vuestra madre.»  
Y al punto cada barco rompe las cadenas de la orilla  
y como delfines, metiendo sus rostros en el agua  
buscan el fondo. Salen de ahí (asombroso prodigio)  
como otros tantos cuerpos de doncellas y al mar se lanzan.  
Se quedaron los rútilos sin habla y hasta Mesapo  
asustado sobre inquietos caballos, y ronca resonando duda  
la corriente y el Tíber se vuelve desde alta mar.  
Mas no abandonó su confianza al bravo Turno;  
tanto más alza los ánimos con sus palabras y tanto más grita:  
«A los troyanos buscan estas apariciones, Júpiter con ellas  
les ha privado de la ayuda acostumbrada: ni dardos ni fuegos  
esperan a los rútilos. Así que mares no navegables para los teucros,  
sin esperanza alguna de huir: han perdido la mitad de sus recursos,  
mientras queda la tierra en nuestras manos: tantos miles,  
sus armas blanden los pueblos ítalos. No me asustan las fatales  
respuestas de los dioses, si de alguna presumen los frigios;  
bastante se ha dado ya a Venus y al hado, que han podido  
tocar los troyanos los fértiles campos de Ausonia. Tengo yo hados  
contrarios a los suyos, aplastar con la espada a un pueblo  
criminal que me robó la esposa; este dolor no toca sólo  
a los Atridas, ni sólo a Micenas cabe empuñar las armas.  
“Pero basta con morir una vez.” Habría bastado el pecado  
anterior, mas no odiaron por completo a toda  
la raza de las mujeres. Ánimos les dan su confianza  
en la empalizada y el estorbo de los fosos, breve demora  
de su muerte; mas ¿no vieron de Troya las murallas  
fabricadas por mano de Neptuno caer bajo el fuego?  
Y vosotros, lo mejor de los míos, ¿quién está dispuesto  
a abrir la valla con su espada y entrar conmigo en el campo tembloroso?  
No necesito yo las armas de Vulcano, ni barcos  
a millares contra los teucros. Que además se les sumen  
todos los etruscos por aliados. Las tinieblas y el vano robo  
del Paladio, muertos los centinelas de la fortaleza,  
no teman: no nos meteremos en la ciega panza de un caballo.  
A plena luz no fallará rodear con fuego sus muros.  
Les haré sentir que no se las ven con dánaos y jóvenes  
pelagos, a quienes Héctor pudo resistir hasta el décimo año.  
Así que ahora, puesto que ya ha pasado lo mejor del día,  
cuidad lo que queda vuestros cuerpos, contentos  
con lo realizado, y aguardad prestos el combate.»



Se confía entretanto a Mesapo los puestos de guardia  
ante las puertas, y ceñir con fuegos las murallas.  
Se eligieron dos veces siete rútuos para guardar los muros  
con soldados, y a cada uno de ellos le siguen cien  
jóvenes de rojo penacho y relucientes de oro.  
Acuden y se van turnando, y echados por la hierba  
se entregan al vino y vacían las crateras de bronce.  
Brillan los fuegos, pasa la noche la guardia  
insomne, entre juegos.  
Observan esto los troyanos desde su empalizada y las alturas  
ganan con sus armas, y, temblando de ansia,  
vigilan las puertas y preparan puentes y bastiones,  
y disponen sus flechas. Les apremia Mnesteo y el fiero Seresto  
a quienes el padre Eneas, si la situación lo requería,  
había dado por guías a los jóvenes y caudillos.  
Por todos los muros monta guardia la legión echando a suertes  
el riesgo por turnos, y lo que debe guardar cada uno.  
Niso era centinela de la puerta, valeroso guerrero,  
el hijo de Hírtaco, a quien había enviado el Ida rico en caza  
de compañero de Eneas, rápido con la lanza y las veloces flechas,  
y a su lado Euríalo, su amigo, más hermoso que el cual  
no hubo otro entre los Enéadas ni vistió las armas troyanas,  
y la flor de la juventud adornaba el rostro imberbe del muchacho.  
Un único amor les unía y juntos se lanzaban al combate;  
también entonces en guardia común vigilaban la puerta,  
Niso dice: «¿Ponen los dioses este ardor en nuestros corazones,  
Euríalo, o de cada uno su fiera pasión se vuelve el dios?  
Hace tiempo que se agita mi pecho por combatir  
o por emprender algo grande, y no se conforma con este tranquilo reposo.  
Ya está viendo la confianza que embarga a los rútuos:  
Pocas luces se ven, yacen vencidos por el sueño  
y el vino, y todo está en silencio. Escucha todavía  
cuál es mi duda y qué idea en mi ánimo brota.  
Ir en busca de Eneas piden todos, el pueblo  
y los padres, y enviarle quien le cuente lo que pasa.  
Si me prometen lo que pido para ti (pues a mí la fama  
de la acción me basta), creo poder encontrar al pie  
de aquel cerro un camino a las torres y murallas de Palanteo.»  
Atónito quedó Euríalo, tocado por un ansia muy grande  
de gloria, y así se dirige a su ardoroso amigo:  
«¿Así que no quieres tomarme en hazaña tan alta, Niso,  
por compañero? ¿Sólo he de dejarte en peligro tan grande?»

No tal mi padre Ofeltes, avezado a la guerra,  
me enseñó al criarme entre el terror de Argos  
y las fatigas de Troya, ni así me he portado contigo  
en pos del magnánimo Eneas y sus hados extremos.  
Hay aquí un corazón que desprecia la luz y que cree  
que bien puede pagarse con la vida esa gloria que buscas.»  
Niso a esto: «En verdad nada de eso temía de ti,  
y no sería justo; así el gran Júpiter a ti me devuelva  
triumfante o quienquiera que esto contempla con ojos benignos.  
Mas si algún dios o alguna mala suerte (como a menudo ves  
en tal peligro) me arrastran al desastre,  
me gustaría que tú sobrevivieras, más digno de la vida por tu edad.  
Que hubiera quien me encomendase a la tierra sacándome  
del combate o pagando un rescate, o, si Fortuna lo prohíbe,  
que en ausencia las exequias me hiciese y adornase mi tumba.  
Y por no ser causa de un dolor tan grande para tu madre,  
la pobre, la única entre muchas que valiente ha seguido  
a su hijo, sin cuidarse de las murallas del gran Acestes.»  
Mas el otro: «No entrelaces en vano argumentos vacíos,  
que mi opinión no cede y es inamovible.  
Démonos prisa.» Dice y al tiempo despierta a los guardias.  
Éstos les relevan y mantienen el turno; dejando el puesto,  
él acompaña a Niso y salen en busca de su rey.  
Por todas las tierras los demás animales curaban sus cuitas  
con el sueño y los corazones olvidados de fatigas;  
los primeros caudillos de los teucros, la juventud escogida,  
celebraban consejo sobre asuntos importantes del reino,  
qué harían y quién sería ya el mensajero de Eneas.  
En pie están apoyados en lanzas largas y con sus escudos  
en medio del llano y del campamento. Entonces Niso y con él  
Euríalo solicitan presurosos ser admitidos sin demora,  
que el asunto era importante y la tardanza cara. Julo  
el primero les recibió nerviosos y mandó hablar a Niso.  
Así entonces el hijo de Hírtaco: «Escuchad con voluntad propicia,  
amigos de Eneas, y no juzguéis por nuestros años  
lo que traemos. Han callado los rútilos vencidos  
por el vino y el sueño. Nosotros mismos un lugar hemos visto  
para nuestro plan, que se abre en el cruce de la puerta marina.  
Han cesado los fuegos y negra humareda se levanta  
hasta el cielo. Si nos permitís aprovechar esta fortuna  
para buscar a Eneas y las murallas de Palanteo,  
nos veréis al punto regresar con el botín cargados

de una gran matanza. Y no nos engaña el camino en la marcha:  
hemos visto antes las primeras casas entre valles oscuros  
yendo a menudo de caza y hemos recorrido todo el río.»  
Entonces Aletes, maduro de ánimo y grave por sus años:  
«¡Dioses de la patria bajo cuyo poder Troya está siempre!  
No queréis, sin embargo, destruir por completo a los teucros  
cuando ánimos disteis así a nuestros jóvenes y pechos  
tan firmes.» Tal diciendo abrazaba a los hombros y las diestras  
de ambos, y regaba de llanto su rostro y sus mejillas.  
«¿Qué para vosotros, guerreros, qué recompensa digna  
pagar se puede por esa hazaña? Lo mejor en seguida  
os lo darán los dioses y vosotros mismos: os pagará muy pronto  
el resto el piadoso Eneas y, con su edad entera,  
Ascanio, que nunca olvida méritos tan grandes.»  
«Yo, por mi parte -afirma Ascanio-, para quien la esperanza sola  
está en la vuelta de mi padre, a vosotros os pongo por testigos,  
Niso, por los grandes Penates y el Lar de Asáraco y el templo  
de la canosa Vesta: sea cual sea mi confianza y mi fortuna,  
la pongo en vuestro pecho. Buscadme a mi padre,  
devolvedme su presencia; nada será triste si lo recupero.  
Os daré dos copas llenas de relieves, terminadas  
en plata, que mi padre tomó tras la derrota de Arisba,  
con dos trípodas iguales, dos grandes talentos de oro,  
una cratera antigua que me dio la sidonia Dido.  
Ahora, si me cupiera conquistar vencedor Italia,  
hacerme con el reino y repartir el botín a suertes,  
viste con qué caballo iba Turno y con qué armas, todo  
de oro; pues ese caballo y su escudo y su rojo penacho,  
son ya tu premio, Niso, libres del sorteo.  
Mi padre por su parte dos veces seis madres  
bien elegidas y cautivos y todos con sus armas,  
y además cuanto campo posee el propio rey Latino.  
Y en cuanto a ti, respetable muchacho a quien sigue  
de cerca mi edad, te acojo ya con todo el corazón  
y te abrazo compañero de todas las fatigas.  
No he de buscar gloria alguna sin ti en mis empresas:  
tanto en paz como en guerra, en ti residirá mi confianza  
mayor de palabra y de obra.» A quien tal dice replica  
Eurialo: «Jamás llegará el día que me vea indigno  
de acciones tan valientes; sólo, que no se vuelva de espaldas  
la suerte favorable. Pero nada más esto te pido, por encima  
de todos los regalos: tengo a mi madre, de la rancia stirpe

de Príamo, a quien, desdichada, la tierra de Ilión no retuvo cuando partí, ni las murallas del rey Acestes.  
La dejo yo ahora sin saber nada de todo este riesgo y sin despedirme (pongo a la noche por testigo y a tu diestra), que sufrir no puedo lágrimas de mi madre. Así que tú, te lo ruego, consuela a la desgraciada y mira por la que dejo. Permíteme llevar esta esperanza y con mayor audacia arrostraré todos los peligros.» Con el corazón estremecido vertieron lágrimas los Dardánidas, y el hermoso Julo más que los otros, y anegó su ánimo esta piadosa imagen de un hijo.  
Dice así entonces:  
«Puedes prometerte cuanto sea digno de tus grandes empresas. Pues ella ha de ser mi madre y ha de faltarle sólo el nombre de Creúsa, y no le aguarda pequeña recompensa por un hijo así. Sea cual sea el final de tu hazaña, juro por mi cabeza, por la que antes solía mi padre: cuanto a ti te prometo a la vuelta si todo va bien, lo mismo se hará con tu madre y toda su estirpe.»  
Así dice entre lágrimas; al tiempo se quita del hombro la espada de oro que había forjado Licaón de Cnosos con arte admirable, con la vaina de marfil que rapidez le daba. A Niso da Mnesteo la piel de un león espantoso, sus despojos, y el yelmo le cambia el fiel Aletes. Parten al punto armados; al tiempo que marchan les sigue con sus votos junto a las puertas todo el grupo de los principales, jóvenes y viejos, así como el hermoso Julo, haciendo gala antes de tiempo de ánimo y cuidado de hombre, les daba muchos encargos para su padre; mas todo dispersan las brisas y lo entregan sin sentido a las nubes. Cruzan saliendo los fosos y entre las sombras de la noche se dirigen al campo enemigo, pero antes serían causa de muerte para muchos. Los ven tendidos en la hierba por el vino y el sueño, carros de pie en la playa, hombres entre ruedas y arreos, las armas por el suelo y entre las copas. El hijo de Hírtaco así dijo el primero:  
«Euríalo, es el momento de atacar, la ocasión a ello nos invita. Por aquí está el camino. Tú, para que ningún grupo pueda alzarse a nuestras espaldas, vigila y observa de lejos; voy a sembrar la muerte abriéndote con ello ancho sendero.»  
Así dice y sofoca su voz al tiempo que ataca con la espada al orgulloso Ramnete, que en mullidos tapices andaba echado y sueño respiraba de todo su pecho,

rey a la vez que gratísimo augur del rey Turno,  
aunque no pudo con su augurio librarse de la muerte.  
Acaba a su lado con tres sirvientes que yacían tranquilos  
entre sus armas y con el escudero de Remo y con el auriga bajo sus propios  
caballos sorprendidos, y corta con la espada los cuellos colgantes.  
Luego le arranca al dueño mismo la cabeza y deja su cuerpo  
sangrando a borbotones; de negra sangre la tibia tierra  
y los lechos se empapan. Y así con Lámiro y Lamo  
y con el joven Serrano que mucho había jugado  
aquella noche, de hermosa figura, y yacía con el cuerpo  
vencido del mucho vino: dichoso él si hubiera igualado  
a la noche con su juego y lo hubiera llevado al amanecer;  
como un león hambriento moviéndose entre los llenos rediales  
(como le pide su loca hambre), devora y arrastra  
al tierno ganado mudó de espanto y ruge con boca cruenta.  
No menor fue la matanza de Euríalo; también él encendido,  
loco se vuelve y se lanza en medio de un gran grupo  
sin nombre, de Fado y Herbeso, de Abaris y Reto,  
desprevenidos; a Reto despierto y viéndolo todo  
que, lleno de miedo, se ocultaba tras una cratera,  
le clavó la espada en el pecho hasta la empuñadura  
cuando se incorporaba, y la sacó llena de muerte.  
Vomita el otro un alma de púrpura y al morir echa  
el vino mezclado con la sangre, él prosigue su loco daño.  
Y ya se dirigía al grupo de Mesapo; allí veía apagarse  
los fuegos y los caballos atados según la costumbre  
pacían en la hierba, cuando así Niso brevemente  
(pues siente que le arrastra el exceso de sangre y el ansia):  
«Dejémoslo -dice-, pues se acerca la luz peligrosa.  
Castigo bastante han tenido, un camino se abre entre los enemigos.»  
Abandonan numerosos objetos de plata maciza de los soldados,  
y armas y crateras, así como hermosos tapices.  
Euríalo toma los arreos de Ramnete y un cinturón de placas  
de oro, presentes un día que el riquísimo Cédico enviara  
a Rémulos de Tíbur, cuando lo hizo su huésped en ausencia;  
él los entrega al morir a su nieto para que los tenga;  
después de su muerte lo tomaron los rútilos en la guerra y en el combate:  
lo coge y se lo cuelga al hombro inútilmente poderoso.  
Luego el yelmo de Mesapo, cómodo y adornado de penacho,  
se pone. Salen del campo y buscan lugares seguros.  
Andaban entretanto jinetes enviados en descubierta  
de la ciudad latina, mientras el resto de la tropa acampaba

en el llano, y respuesta traían al rey Turno.  
Trescientos, todos con escudos, y Volcente al mando.  
Y ya se acercaban al campamento y a sus muros llegaban,  
cuando les ven doblar a lo lejos en el camino de la izquierda,  
y el yelmo traicionó al descuidado Euríalo en la sombra  
brillante de la noche y refulgió tocado por los rayos.  
No pasó inadvertido; desde su columna grita Volcente:  
«¡Quietos, soldados! ¿Cuál es la causa de la salida?  
¿De quién sois soldados y a dónde os dirigís?» Ellos nada responden,  
sino que se metieron corriendo en el bosque y se confiaron a la noche.  
Se lanzan los jinetes a los senderos conocidos  
aquí y allá, y rodean de guardias todos los accesos.  
Era una selva erizada de negra encina y zarzas,  
que espesos matorrales llenaban por todas partes;  
entre ocultos caminos brillaba un raro sendero.  
Estorban a Euríalo las tinieblas de las ramas y el pesado  
botín y el temor le engaña con la dirección del camino.  
Niso escapa, y ya se había librado del enemigo el descuidado  
y de los lugares que luego se llamaron albanos  
del nombre de Alba (donde el rey latino tenía sus pastos),  
y se detuvo y en vano buscó al amigo ausente:  
«Pobre Euríalo, ¿por dónde te habrá abandonado?,  
¿por dónde seguirte?» Recorriendo de nuevo el difícil camino  
de la selva engañosa, observa las huellas recientes  
y las sigue hacia atrás y vaga entre los zarzales silenciosos.  
Oye los caballos, oye el estrépito y las señales de los que le persiguen,  
y no pasa mucho tiempo, cuando un clamor llega  
a sus oídos y ve a Euríalo, a quien con el engaño  
del lugar y la noche todo el grupo ya lo tiene apresado  
en repentina escaramuza y aunque todo lo intenta en vano.  
¿Qué hacer? ¿Con qué fuerzas intentaría al joven  
rescatar, o con qué armas? ¿Se ha de lanzar a morir  
entre las espadas ganando con heridas una muerte hermosa?  
Raudo blande la lanza doblando el brazo  
y mirando a la alta Luna reza de esta manera:  
«Tú, diosa, acude en nuestra ayuda en este trance,  
gloria de los astros y guardiana de los bosques, hija de Latona.  
Si algún presente llevó hasta tus altares mi padre Hírtaco  
por mí; si los aumenté yo en mis cacerías o los colgué  
de tu bóveda o los clavé en tus sagrados techos,  
concédeme dispersar este grupo y guía mis disparos por el aire.»  
Dijo, y lanzó su hierro haciendo fuerza

con todo su cuerpo. La lanza voladora azota las sombras de la noche y se clava en la espalda de Sulmón y se quiebra allí, y la madera clavada el corazón le atraviesa. Éste se revuelve vomitando un río caliente de su pecho, helado, y golpea sus ijares en largos espasmos. Miran a su alrededor. Aún más enardecido, hete aquí que otra lanza sopesaba a la altura de la oreja. Mientras corren confundidos, silbando llega el asta a las sienas de Tago y se clava tibia en el cerebro atravesado. Enloquece el feroz Volcente sin poder ver al que lanza los disparos, y sin poder arrojarse ardiendo sobre él. «Pues tú mientras tanto vas a pagar con tu sangre caliente el castigo por ambos», dijo, y al tiempo empuñando su espada marchaba contra Euríalo. Fuera de sí entonces, aterrado, grita Niso y ya no aguanta más escondido en las tinieblas, ni puede soportar un dolor tan grande: «¡A mí, a mí, aquí está el que lo hizo! ¡Volved a mí las armas, rútilos! Mío ha sido el plan, y nada osó éste ni nada pudo; el cielo y los astros que lo saben son mis testigos; él sólo amó demasiado a un infeliz amigo.» Tales gritos daba, mas la espada impulsada con fuerza traspasa las costillas y rompe el blanco pecho. Cae Euríalo herido de muerte, y por su hermoso cuerpo corre la sangre y se derrumba su cuello sobre los hombros: como cuando la flor encarnada que siega el arado languidece y muere, o como la amapola de lacio cuello inclina la cabeza bajo el peso de la lluvia. Mas Niso se lanza en medio y sólo entre tantos quiere a Volcente, sólo en Volcente se fija. Los enemigos lo rodean y de cerca lo acosan por todas partes. No ceja por ello y voltea su espada relampagueante, hasta que en la boca del rútilo que gritaba la clavó de frente y muriendo quitó la vida a su enemigo. Se arrojó entonces sobre su exánime amigo, acribillado, y allí descansó al fin con plácida muerte. ¡Afortunados ambos! Si algo pueden mis versos, jamás día alguno os borraré del tiempo memorioso, mientras habite la roca inamovible del Capitolio la casa de Eneas y su poder mantenga el padre romano. Los rútilos vencedores se hacen con el botín y los despojos y llevan llorando al campamento a Volcente sin vida. No fue menor el duelo en el campo al hallar a Ramnete

exangüe y tan gran matanza de los mejores,  
y a Serrano y a Numa. Un gran corro se forma  
ante sus cuerpos y los hombres medio muertos y el lugar reciente  
de tibia muerte y los ríos espumantes llenos de sangre.  
Reconocen entre ellos los despojos y el casco reluciente  
de Mesapo y los arreos con tanto sudor ganados.  
Y ya la Aurora primera regaba las tierras con el nuevo día  
abandonando el lecho azafrán de Titono.  
Con el sol ya esparcido, descubiertas por la luz las cosas,  
Turno llama a sus hombres a las armas revestido él mismo  
con sus armas: forman las bronceínas columnas para el combate,  
cada cual las suyas, y aguzan sus iras con diversas consignas.  
Clavan incluso las propias cabezas en lanzas enhiestas  
(lamentable espectáculo) de Euríalo y Niso, y las siguen con gran griterío.  
Los duros Enéadas en la parte izquierda de los muros  
dispusieron su línea (la derecha la ciñen las aguas),  
y ocupan los fosos enormes y en las altas torres  
se colocan, tristes; conmovían a los desgraciados los rostros clavados  
de sus hombres, tan conocidos, chorreando negra sangre.  
Volando entretanto con sus plumas Fama la mensajera  
corre por la ciudad asustada y llega a los oídos de la madre  
de Euríalo. Y de pronto dejó el calor sus huesos, desgraciada,  
el huso se escapó de sus manos y cayeron los ovillos.  
Sale corriendo la infeliz y con alaridos de mujer  
mesándose el cabello, fuera de sí, busca los muros  
y las primeras filas, y no se fija en los hombres ni en el peligro  
ni en los disparos, y llena entonces el cielo con su lamento:  
«¿Así te veo, Euríalo? ¿Eres tú, el reposo postrero  
de mis años, y has podido dejarme sola,  
cruel? Y cuando te enviaron a peligros tan grandes,  
¿no se dio a tu madre el hablarte por última vez?  
¡Ay! Yaces en tierra extraña botín de los perros latinos  
y de sus buitres. Siendo tu madre, ni tus exequias te he podido  
hacer, ni he cerrado tus ojos, ni lavé tus heridas,  
cubriéndote con la tela que te estaba tejiendo a toda prisa,  
de día y de noche, y en el telar consolaba mis cuitas de vieja.  
¿Dónde buscarte? ¿Qué tierra guarda ahora tu cuerpo  
y tus miembros lacerados y tu cadáver roto? ¿Esto me traes  
de ti, hijo mío? ¿Esto es lo que he seguido por mar y por tierra?  
Atravesadme, si queda aún piedad; contra mí todas las flechas  
disparad, rútilos, matadme la primera con la espada;  
o tú, gran padre de los dioses, ten piedad y esta odiada



cabeza sepulta bajo el Tártaro con tu rayo,  
que de otro modo no puedo quebrar esta vida cruel.»  
Con este llanto tocados los ánimos, un triste lamento  
brota de todos, se entorpecen las fuerzas rotas para el combate.  
Ideo y Áctor, como inflamaba la pena de todos,  
por orden de Ilioneo y de julo que mucho lloraba  
la cogen y en sus manos la conducen a casa.  
Y lanzó a lo lejos la tuba su terrible sonido  
de bronce canoro, sigue un clamor y el cielo retumba.  
Rápidamente forman los volscos su tortuga  
y se disponen a llenar los fosos y arrancar la empalizada;  
busca la entrada una parte y subir a los muros con escalas  
por donde hay menos tropa y clarea la espesa  
corona de soldados. Responden los teucros lanzando  
todo tipo de dardos y los derriban con duros troncos,  
habitados a defender sus muros en una larga guerra.  
Hacían rodar también piedras de gran peso, por si podían  
quebrar la cubierta columna, aunque bajo la densa  
tortuga todo se está dispuesto a resistir.  
Y ya no aguantan más. Pues por donde el grupo es más compacto,  
acuden los teucros y hacen rodar una mole tremenda  
que aplasta por completo a los rútilos y destroza la cubierta  
de sus armas. Y ya no se cuidan los rútilos bravos  
de atacar con un Marte ciego, sino que compiten  
en echarlos del muro con proyectiles.  
En otra parte blandía Mecencio con horrible aspecto  
un pino etrusco y lleva fuegos humeantes;  
y Mesapo, domador de caballos, prole de Neptuno,  
abre la empalizada y escalas pide para la muralla.  
A vosotras, Calíope, os pido que inspiréis al que canta  
los desastres que el hierro causó, qué muertos Turno  
dejó atrás, a quién envió cada cual al Orco,  
y desplegad conmigo las grandes vueltas de la guerra.  
Había una torre de gran tamaño y puentes elevados,  
adecuada al lugar, que los ítalos con grande empeño  
todos se esforzaban en tomar y abatir con la mayor violencia  
de sus recursos, y los troyanos, al contrario, defendían  
con piedras y dardos, apiñados, por el hueco de las saeteras.  
Turno el primero lanzó una antorcha encendida  
y clavó en el costado la llama que, inflamada del viento,  
hizo presa en las tablas y se pegó a las puertas consumidas.  
Asustados se agitaban en su interior y escapar pretendían

de la desgracia. Al amontonarse y hacerse hacia atrás,  
a la parte libre de fuego, cayó de repente la torre  
bajo el peso y resuena con el fragor todo el cielo.  
Caen medio muertos al suelo bajo la enorme mole  
y se clavan en sus propios dardos y traspasan  
sus pechos los duros troncos. Apenas escaparon  
Helénor y Lico; de ellos, en la flor de la edad Helénor,  
para el rey meonio al que la esclava Licimnia en secreto  
había criado y enviado a Troya con armas prohibidas,  
ligero con su espada desnuda y el blanco escudo, aún sin gloria.  
Y cuando se vio en medio de millares de los de Turno,  
que de un lado y de otro se alzaban tropas latinas,  
cual la fiera acosada por densa corona de cazadores  
se revuelve contra las flechas y se arroja a la muerte  
a sabiendas y se lanza de un salto sobre los venablos,  
no de otro modo el joven a morir entre los enemigos  
se lanza, y corre allí donde más densas son las flechas.  
Lico, por su parte, mucho mejor con los pies, entre los enemigos  
y entre sus armas busca los muros huyendo y se empeña  
en tocar con la mano su parte más alta y las diestras de sus compañeros.  
Turno le sigue igual con los pies que con las flechas  
y, vencedor, le increpa: «¿Pensabas poder escaparte,  
loco, de nuestras manos?» Y lo agarra colgado  
como estaba y lo arranca con gran parte del muro.  
Como cuando a una liebre o a un cisne de blanco cuerpo  
lo toma en sus garras el escudero de Jove ganando altura,  
o el lobo de Marte se lleva del redil a un cordero  
que reclama su madre con muchos balidos. De todas partes  
se alza el clamor: entran y rellenan con tierra los fosos,  
lanzan otros a los tejados teas encendidas.  
Ilioneo con un peñasco y un enorme trozo de monte  
a Lucetio que se acercaba a la puerta con su antorcha,  
Líger a Ematión, a Corineo abate Asilas,  
hábil éste con la jabalina y aquél de lejos con la flecha que engaña;  
Céneo a Ortigio, al vencedor Céneo Turno,  
Turno a Itis y Clonio, y a Prómolo y Dioxipo,  
y a Ságaris y a Idas que las altas torres defendía;  
Capis a Priverno, a quien había alcanzado primero  
la lanza ligera de Temillas: deja, loco, el escudo y se lleva  
la mano a la herida, así que llega volando una flecha  
y le clava la mano al costado izquierdo y desgarrar  
con su herida mortal el camino escondido del aliento.

Estaba el hijo de Arcente con egregias armas  
revestido de su clámide bordada y brillante de púrpura hibera,  
con hermoso aspecto, al que su padre Arcente había enviado  
criado en el bosque de Marte junto a los arroyos  
del Simeto, donde el altar benigno de Palico y pingüe:  
dejando las lanzas Mecencio su honda estridente  
volteó tres veces en torno a su cabeza con la correa,  
y golpeó de frente el centro de sus sienes con plomo  
fundido y lo dejó tendido en la arena del suelo.  
Se dice que entonces por primera vez lanzó en la guerra  
una rápida flecha Ascanio, acostumbrado como estaba a asustar  
a fieras huidizas, y tumbó con su mano al fuerte Numano,  
apodado Rémulos, que hacía poco se había unido  
en matrimonio con la hermosa pequeña de Turno.  
Iba en primera fila dando voces dignas e indignas  
de decir y con el pecho henchido de su nuevo  
poder, y avanzaba orgulloso gritando:  
«¿No os avergüenza estar de nuevo asediados tras una empalizada,  
frigios dos veces prisioneros, y levantar una muralla ante la muerte?  
¡Mira, tú! ¡Los que nos pedían matrimonio por la fuerza!  
¿Qué dios a Italia, o qué locura os ha traído?  
No están aquí los Atridas ni el urdidor de historias, Ulises:  
raza dura por la estirpe, llevamos primero a los hijos  
al río y los endurecemos con el hielo cruel y las olas;  
no duermen nuestros niños por la caza y fatigan los bosques,  
es su juego montar caballos y disparar flechas con sus arcos.  
Y la juventud, hecha al trabajo y con poco conforme,  
o doma la tierra con rastrillos o golpea con la guerra las ciudades.  
Toda la edad la pasamos con el hierro y con la lanza vuelta  
el lomo de los novillos sin que de la vejez la torpeza picamos  
apague las fuerzas de nuestro pecho ni altere su vigor:  
ceñimos nuestras canas con el yelmo y traer nos agrada  
constantemente nuevos botines y vivir de la rapiña.  
A vosotros os va la ropa teñida de púrpura brillante  
y de azafrán, os gusta la indolencia y entregaros a la danza,  
y tienen mangas vuestras túnicas y cintas vuestras mitras.  
¡Oh, frigias en verdad, más que frigios! Andad por las cumbres  
del Dídimo donde soléis escuchar el canto de la flauta.  
Que os llaman los tímpanos y el boj berecintio de la Madre  
del Ida; dejad las armas a los hombres y soltad el hierro.»  
Que así se jactase gritando amenazas  
no pudo soportar Ascanio, y tensó de frente su flecha

en el nervio de caballo y abriendo los brazos  
se detuvo para ganar antes con sus votos el favor de Jove:  
«¡Júpiter todopoderoso, aprueba esta audaz empresa!  
Yo mismo llevaré a tus templos solemnes presentes  
y sacrificaré ante tus aras un novillo de frente dorada,  
blanco, que alcance con la cabeza a su madre,  
que embista ya y que esparza la arena con sus patas.»  
Lo escuchó y tronó por la izquierda en región serena  
del cielo el padre, al tiempo que silba el arco fatal.  
Escapa con horrible zumbido la flecha disparada  
y atraviesa la cabeza de Rémulo y cruza con la punta  
el hueco de sus sienes. « ¡Anda, búrlate del valor con jactancia!  
Esta respuesta envían a los rútilos los frigios dos veces prisioneros.»  
No dijo más Ascanio. Los teucros le siguen con sus gritos  
y vibran de alegría y sus ánimos lanzan al cielo.  
Veía casualmente desde lo alto Apolo de larga cabellera  
en la región del cielo la ciudad y las tropas ausonias,  
sentado en una nube, y al vencedor Julio así le dice:  
«¡Bravo por ese nuevo valor, muchacho! ¡Así se va a las estrellas,  
hijo de dioses que dioses engendrarás! Con razón, toda guerra  
cesará bajo el linaje de Asáraco que los hados nos mandan,  
y Troya no te basta.» A la vez que esto dice caer se deja  
del alto éter, hiende las auras que respiran  
y busca a Ascanio; cambia entonces la forma de sus rasgos  
por los del viejo Butes. Éste fue antes del dardanio  
Anquises escudero y leal centinela de sus umbrales;  
luego el padre se lo dio a Ascanio por compañero.  
Iba Apolo en todo igual al viejo, en la voz y el color  
Y los blancos cabellos y las armas de sombrío sonido,  
ya] enardecido Julio se dirige con estas palabras:  
«Sea suficiente, hijo de Eneas, abatir impunemente con tus flechas  
a Numano. El gran Apolo te ha otorgado  
esta gloria primera y no ve mal tus armas iguales a las suyas;  
deja ahora el combate, muchacho.» Tras comenzar así, Apolo  
dejó su aspecto mortal en medio del discurso  
y escapó hacia el aire sutil, lejos de los ojos.  
Reconocieron al dios los jefes dardanios y las divinas  
flechas oyeron resonar en la huida y su aljaba.  
Y así, con sus palabras y por la voluntad de Febo  
alejan a Ascanio ávido de pelea, y vuelven ellos mismos  
de nuevo al combate y lanzan sus almas a peligros abiertos.  
En todo el muro sale el clamor por los bastiones,

tensan los arcos fieros y retuercen los amientos.  
Todo el suelo se cubre de flechas y los escudos y los cavos  
yelmos resuenan con los golpes; se traba un áspero combate.  
Cuanto sacude la tierra el chaparrón que viene de poniente  
con las Cabrillas lluviosas, como los nimbos cargados de granizo  
se lanzan sobre los ríos, cuando Júpiter hórrido de Austros  
lanza una tormenta de agua y rompe las huecas nubes en el cielo.  
Pándaro y Bitias, hijo de Alcánor Ideo,  
a quienes crió en el bosque de Jove la silvestre Yera,  
jóvenes como los abetos de su patria y sus montes,  
abren la puerta que las encomendó la orden de su jefe,  
fiados en sus armas, e invitan además a pasar al enemigo.  
Ellos se quedan dentro ante las torres a izquierda y derecha  
armados con la espada y luciendo sus enhiestos penachos:  
como dos encinas se alzan al aire junto a la líquida corriente  
en las orillas del Po o cerca del Átesis ameno,  
y levantan al cielo sus cabezas frondosas y agitan la altísima copa.  
Los rútilos irrumpen en la entrada en cuanto la vieron abierta;  
en seguida Quercente y Aquículo, hermoso con sus armas,  
y Tmaro lanzado de ánimo y el marcial Hemón  
con todos sus hombres, o se volvieron y dieron la espalda  
o en el mismo umbral de la puerta dejaron sus vidas.  
Entonces crece aún más el furor en los corazones discordes,  
y ya los troyanos reunidos en el mismo lugar se agrupan  
y osan hacerles frente y salir adelante.  
Al caudillo Turno, enfurecido en otra parte  
y asustando a los hombres le llega la noticia de que hierve  
el enemigo con la nueva matanza y ofrece las puertas abiertas.  
Deja lo emprendido y llevado de una ira tremenda  
corre a la puerta dardania y contra los hermanos orgullosos.  
Y tumba primero arrojando su lanza a Antífates  
(pues era el primero en presentarse), bastardo del noble Sarpedón,  
de madre tebana: vuela el ítalo cornejo  
por el aire sutil y clavado en el estómago se esconde  
en lo hondo del pecho; devuelve la gruta de la negra herida  
un río de espuma y se empapa el hierro del pulmón atravesado.  
Luego a Mérope y Erimanto con su mano y tumba a Afidno,  
luego a Bitias con los ojos en llamas y el ánimo excitado,  
no con la jabalina (pues a una jabalina no habría dado él su vida),  
sino que disparó con intenso silbido una falárica sacudida  
a modo de un rayo, que ni dos pieles de toro  
ni la loriga fiel, de oro y doble escama,

resistieron; caen desastados sus miembros enormes,  
exhala la tierra un gemido y resuena sobre el gran escudo.  
Así cae a veces en la costa eubea de Bayas  
un pilar de piedra que con grandes moles construyen  
antes y lo lanzan al mar; inclinado,  
se precipita y se queda clavado en el fondo;  
se revuelven las aguas y se elevan las negras arenas,  
y entonces tiembla del ruido la alta Prócida e Inárime,  
duro lecho impuesto a Tifeo por orden de Jove.  
Marte entonces poderoso en las armas, ánimo y fuerzas  
dio a los latinos y puso en su pecho estímulos agrios,  
y envió a los teucros el negro Temor y la Huida.  
Llegan de todas partes, pues se les da ocasión de combatir,  
y el dios de la guerra se mete en su pecho.  
Pándaro, cuando ve derribado el cuerpo de su hermano  
y en qué lugar se halla la fortuna y cómo andan las cosas,  
atranca la puerta con gran violencia girando los goznes  
y empujando con sus anchos hombros, y a muchos de los suyos  
deja fuera del recinto en trance difícil;  
mas a otros los cierra consigo y los recibe corriendo,  
¡loco!, sin ver al rey rútilo en medio de la tropa,  
que irrumpe y queda además encerrado dentro de la ciudad,  
como un tigre tremendo entre corderos indefensos.  
Al punto brilló en sus ojos una nueva luz y las armas  
resonaron horribles, en su casco tremolan las crestas  
de sangre y despide con su escudo rayos brillantes.  
Reconocen los Enéadas la odiada cara, turbados de repente,  
y los miembros inmensos. El gran Pándaro entonces  
salta y lleno de ira por la muerte del hermano  
exclama: «No es éste el palacio de la dote de Amata,  
ni Ardea recibe a Turno en los muros patrios.  
Estás viendo un campo enemigo, no hay forma de escapar.»  
Turno le replica sonriente con pecho sereno:  
«Empieza tú, si te atreves, y cruza conmigo tu diestra;  
contarás a Príamo que aquí también has encontrado a Aquiles.»  
Así dijo. El otro con todas sus fuerzas blande  
y arroja su lanza llena de nudos y con la corteza;  
le recibieron las auras. Desvió Juno Saturnia  
el golpe inminente y se clava la lanza en la puerta.  
«No escaparás tú de esta arma que maneja con fuerza  
mi diestra, ni es como tú el que ahora golpea»:  
así dice, y salta con la espada en alto

y entre las sienes por mitad le parte con el hierro  
la frente y las jóvenes mandíbulas con espantosa herida.  
Suena el golpe, la tierra se ve sacudida por el enorme peso,  
cubre el suelo al morir con los miembros derribados  
y las armas sangrientas de sesos, y en partes iguales  
le cuelga la cabeza acá y allá sobre uno y otro hombro.  
Se dispersan huyendo de miedo temblorosos los troyanos,  
y si al punto el vencedor se hubiera cuidado  
de romper con su mano los cerrojos y abrir las puertas a sus compañeros,  
habría sido aquél el último día de la guerra y de un pueblo.  
Mas la locura y el ansia de matar insana, furioso  
lo lanzaron contra los de enfrente.  
Primero se ocupa de Fáleris y Giges al que corta el jarrete,  
luego toma las lanzas de los que huyen y se las arroja  
a la espalda, Juno le brinda ánimos y fuerzas.  
Les siguen Halis y Fégeo, con el escudo atravesado:  
luego, ignorantes en los muros que seguían combatiendo,  
Alcandro y Halio, Noemón y Prítanis.  
A la derecha del terraplén, esforzado con su vibrante espada  
ve venir a su encuentro a Linceo llamando a sus amigos;  
su cabeza quedó en el suelo, lejos, junto al casco,  
arrancada de cerca de un solo golpe. Después a Amico,  
el exterminador de fieras, mejor que el cual otro no había  
en untar las flechas con la mano y armar el hierro de veneno,  
y a Clitio el Eólida y a Créteo, el amigo de las Musas,  
Créteo de las Musas compañero, a quien siempre placían  
versos y cítaras y marcar el ritmo con las cuerdas,  
siempre caballos y armas cantaba y las guerras de los hombres.  
Acuden por último los jefes de los teucros enterados  
de la matanza de los suyos, Mnesteo y el fiero Seresto,  
y dispersados ven a sus compañeros y al enemigo en casa.  
Y Mnesteo: «¿A dónde huís, a dónde?», dice.  
«¿Es que tenéis más muros u otras murallas más allá?  
¿Un solo hombre, ciudadanos, rodeado del todo  
por vuestras defensas causará impunemente  
estrageo tan grande en la ciudad? ¿Mandaré al Orco a tantos  
de los mejores jóvenes? ¿No os da pena, cobardes y vergüenza  
del gran Eneas y de la pobre patria, de los antiguos dioses?»  
Encendidos con tales palabras se animan y en línea cerrada  
se detienen. Turno salía del combate poco a poco  
y el río buscaba y la parte que ciñen las olas.  
Con bríos mayores acuden por esto los teucros con gran griterío

y apretaban el cerco como cuando con nubes de flechas  
acosa la partida al cruel león, y él, asustado,  
feroz, mirando fieramente retrocede y ni el valor ni la ira  
le permiten echar a correr, ni puede revolverse en contra  
aun deseándolo, entre las flechas y los hombres.  
No de otro modo, dudando, Turno vuelve sus pasos  
sin prisa hacia atrás y su ánimo se enciende de rabia.  
Aún dos veces se lanzó en medio de sus enemigos,  
y dos veces les puso en fuga desordenada por los muros;  
pero rápidamente acuden a la vez todos los hombres del campo  
y no se atreve Juno, la hija de Saturno, a darle en su contra  
fuerzas bastantes, pues Júpiter mandó a la aérea Iris  
desde el cielo llevando a su hermana órdenes terminantes,  
si Turno no salía de las altas murallas de los teucros.  
Y es que no resiste ya el joven ni con el escudo  
ni con su diestra, así se ve acosado por los dardos  
que le arrojan por doquier. De repicar no cesa en sus huecas  
sienes el casco y se rajan por las piedras los sólidos bronce,  
y ha perdido los penachos y en su cabeza no aguanta el escudo  
los golpes; redoblan sus disparos los troyanos  
y el propio Mnesteo, como un rayo. Corre el sudor entonces  
por todo su cuerpo y forma (respirar ya no puede)  
un río de pez, un doloroso jadeo sacude sus miembros agotados.  
Así que, finalmente, se arrojó al río de cabeza  
con todas sus armas. Él en su amarillo remolino  
lo acogió al caer y lo sacó fuera sobre plácidas olas,  
y feliz lo devolvió a sus compañeros, limpio de sangre.



## LIBRO X

Se abre la mansión del todopoderoso Olimpo entretanto  
y llama a asamblea el padre de los dioses y rey de los hombres  
en la sede sidérica de donde en lo alto todas las tierras  
y el campo de los Dardánidas contempla y los pueblos latinos.  
Toman asiento en las salas de dos puertas, comienza él mismo:  
«Poderosos habitantes del cielo, ¿por qué así han cambiado  
vuestras opiniones y tanto porfiáis con ánimo inicuo?  
Había yo decidido que Italia no hiciera la guerra a los teucros,  
¿a qué esta discordia contra mis órdenes? ¿A unos y otros  
qué miedo ha llevado a empuñar las armas y provocar la guerra?  
Vendrá el momento justo (no lo adelantéis) para el combate,  
cuando la fiera Cartago al alcázar romano un día  
cause gran exterminio y abra los Alpes;  
entonces será bueno competir en odios y entonces usar la fuerza.  
Dejadlo ahora y sellad contentos un pacto de tregua.»  
Júpiter así en pocas palabras; mas la áurea Venus  
no poco le repuso:  
«Padre mío, oh, poder eterno sobre hombres y cosas  
(pues ¿qué otra cosa hay que implorar ya podemos?).  
Viendo estás cómo provocan los rútilos y Turno se pasea  
orgullosa en sus caballos y avanza henchido por un Marte  
propicio. Las murallas, aun cerradas, no cubren ya a los teucros;  
se traban los combates y se llenan los fosos de sangre.  
Eneas sin saberlo está lejos. ¿No dejarás ya nunca  
que se levante el sitio? Otra vez amenaza el enemigo los muros  
de la naciente Troya y de nuevo otro ejército,  
y otra vez se alza desde la Arpos etolia el Tidida  
contra los teucros. Así que creo que faltan sólo mis heridas,  
y siendo hija tuya estoy esperando las armas mortales.  
Si sin tu aprobación y en contra de tu numen los troyanos

vinieron a Italia, que laven su pecado y no les brindes  
tu auxilio; si, por el contrario, tanto oráculo siguieron  
que les daban dioses celestes y Manes, ¿por qué puede nadie  
cambiar ahora tus órdenes y por qué fundar nuevos hados?  
¿Para qué mencionar el incendio de las naves en la costa ericina,  
para qué al rey de las tormentas y los vientos furiosos  
lanzados desde Eolia, o a Iris enviada por las nubes?  
Ahora incluso a los Manes (esto era cuanto quedaba  
por probar) provoca y Alecto, enviada de pronto a lo alto,  
anda como loca por las ciudades de Italia.  
Nada me mueve ya el imperio. Lo hemos estado esperando,  
mientras hubo fortuna. Que venzan quienes quieras que venzan.  
Si ninguna región deja para los teucros tu esposa  
cruel, padre mío, por las ruinas humeantes de Troya  
destruida te pido: permíteme sacar de entre las armas  
incólume a Ascanio, deja que sobreviva mi nieto.  
Que Eneas se vea arrojado a aguas desconocidas, sea,  
y que vaya por donde le consienta Fortuna:  
pero que sea yo capaz de proteger a aquél y librarlo de una cruel guerra.  
Mía es Amatunte, más la alta Pafos y Citera  
y las moradas ¡dalias: que abandone las armas y pueda  
pasar aquí sus años sin gloria. Manda que Cartago  
aplaste a Ausonia con gran poder; nada estorbará entonces  
a las ciudades tirias. ¿De qué ha servido evitar de la guerra  
la peste y haber escapado entre las llamas argivas,  
y haber pasado tantos peligros en el mar y la vasta tierra  
mientras buscan el Lacio los teucros y una Pérgamo renacida?  
¿No habría sido mejor establecerse en las postreras cenizas de la patria  
y en el solar en el que Troya estuvo? Devuélveles, te pido,  
el Jano y el Simunte, pobres de ellos, y concede a los teucros, padre mío,  
de nuevo revivir los avatares de Troya.» Entonces Juno soberana,  
gravemente enojada: «¿Por qué me obligas a romper  
un silencio profundo y a desvelar con palabras un dolor secreto?  
¿Quién de los hombres o de los dioses empujó a Eneas  
a emprender la guerra y llegar enemigo ante el rey Latino?  
A Italia llegó por impulso de los hados (sea),  
empujado por las locuras de Casandra. ¿Acaso le hemos animado  
a dejar su campamento y encomendar su vida a los vientos?  
¿O a confiar a un niño el mando de la guerra y sus muros,  
o a turbar la lealtad tirrena y a unos pueblos tranquilos?  
¿Qué dios lo puso en peligro o de los nuestros qué cruel  
poder? ¿Dónde está aquí Juno, o Iris enviada por las nubes?

Es injusto que los ítalos rodeen la Troya que nace  
con llamas y que Turno se establezca en la tierra de sus padres,  
siendo Pilumno su abuelo y su madre la diva Venilia.  
¿Y qué si los troyanos atacan a los latinos con negra tea,  
someten a su yugo campos ajenos y el botín se llevan?  
¿Y qué si roban suegros y arrancan de su regazo a las prometidas,  
piden con la mano la paz y cuelgan las armas de sus popas?  
Tú puedes salvar a Eneas de manos de los griegos,  
y ocultarlo en la niebla y los vientos inanes,  
y puedes convertir sus barcos en otras tantas Ninfas,  
¿y me estará a mí vedado ayudar un poco a mi vez a los rútuos?  
“Eneas sin saberlo está lejos”: pues que lejos esté y no lo sepa.  
Tuyas son Pafos y el Idalio, tuya la alta Citera:  
¿por qué provocas a una ciudad preñada de guerras  
y a unos ásperos corazones? ¿Acaso yo intento destruir el lábil poder  
de los frigios? ¿Yo? ¿Y quién enfrentó a los pobres troyanos  
con los aqueos? ¿Cuál fue el motivo de que Asia y Europa  
se alzasen en armas y un rapto rompiera sus pactos?  
¿Guiado por mí el adúltero dardanio entró en Esparta,  
o le di yo las flechas y fomenté la guerra con la ayuda de Cupido?  
Entonces debieron tener miedo los tuyos; tarde te alzas ahora  
en injusta protesta y promueves vanas disputas.»  
Con tales palabras hablaba Juno, y se agitaban todos  
los habitantes del cielo con parecer diverso igual que en los bosques  
cuando atrapados los soplos primeros se agitan y levantan murmullos  
invisibles anunciando a los marinos los vientos que llegan.  
Entonces el padre todopoderoso que ostenta el mando de las cosas  
comienza (mientras él habla calla la alta morada de los dioses,  
tiembla la tierra desde el fondo, el alto éter enmudece,  
se posan entonces los Céfiros y aquieta el mar su plácida llanura):  
«Recibid, pues, estas palabras mías y clavadas en vuestros corazones.  
Puesto que no es posible unir a ausonios y troyanos  
en un pacto ni encuentra su final vuestra discordia,  
sea cual sea la fortuna que hoy tiene cada cual, sea  
como sea la esperanza que labra, rútuos o troyano, no haré yo distinciones,  
bien que por los hados de los ítalos se asedie el campamento,  
bien por un mal paso de Troya y siniestros presagios.  
Y no libro a los rútuos. Las propias empresas darán a cada uno  
fatigas y fortuna. Júpiter será el rey de todos por igual.  
Hallarán los hados su camino.» Por los ríos de su hermano estigio,  
por los torrentes de pez y las orillas del negro remolino  
asintió, e hizo también el Olimpo entero con su gesto.

Así acabó de hablar. Júpiter se alzó entonces en su trono  
de oro, y en corro lo llevan al umbral los habitantes del cielo.  
Prosiguen entre tanto los rútilos en torno a todas las puertas,  
a los hombres tumban de muerte y rodean de llamas las murallas.  
Mas la legión de los Enéadas se mantiene asediada en su encierro  
y ninguna posibilidad de huir. Están los desgraciados en las altas torres  
inútilmente, y en rala corona ciñen los muros  
Asio el Imbrásida y Timetes Hicetaonio  
y los dos Asáracos y Tímber, ya mayor, con Cástor,  
la primera línea; a éstos acompañan ambos hermanos  
de Sarpedón, Temón y Claro, de la alta Licia.  
Acmón Lirnesio toma esforzándose con todo el cuerpo  
un enorme peñasco, parte no pequeña de un monte,  
ni menor que Clitio su padre ni que su hermano Menesteo.  
Unos se esfuerzan por defender con lanzas, otros con piedras,  
en preparar más fuego y en montar en la cuerda las flechas.  
Y él mismo entre todos, justísima cuita de Venus,  
míralo: el niño dardanio con su hermosa cabeza cubierta  
resplandece como una gema que divide el oro amarillo,  
ornato del cuello o la cabeza, o como incrustado  
con pericia en el boj o en el terebinto de Órico  
luce el marfil; su cuello de leche recibe el cabello  
suelto que un aro ciñe de blando oro.  
También a ti, Ísmaro, te vieron magnánimos pueblos  
dirigir tus golpes o armar las cañas con veneno,  
noble hijo de la casa meonia donde pingües cultivos  
trabajan los hombres y el Pactolo los riega con oro.  
Allí estaba Mnesteo también, a quien ennoblece la gloria  
primera de haber expulsado a Turno del bastión de los muros,  
y Capis, de quien toma su nombre la ciudad de Campania.  
Unos y otros libraban los combates  
de una dura guerra: en medio de la noche Eneas surcaba las aguas.  
Pues cuando de parte de Evandro llegó al campo etrusco,  
se presenta ante el rey y al rey dice su nombre y su linaje,  
qué es lo que busca y qué ofrece, las armas que Mecencio  
se está ganando, y le cuenta la violencia del pecho  
de Turno; qué confianza merecen las cosas de los hombres  
le advierte y mezcla sus ruegos. Tarconte no duda  
en prestarle su apoyo y sellan la alianza; los lidios entonces,  
por voluntad de los dioses y libres del destino, suben a las naves  
bajo el mando de un jefe extranjero. El barco de Eneas,  
el primero, lleva en el espolón leones frigios

y el Ida en lo alto, gratísimo a los teucros fugitivos.  
Allá va sentado el gran Eneas y consigo da vueltas  
a los varios sucesos de la guerra, y, a su izquierda, Palante  
clavado a su lado le pregunta bien por las estrellas, la ruta  
en una noche oscura, bien por cuanto pasó por mar y por tierra.  
Abrid, diosas, ahora el Helicón y entonad vuestro canto,  
qué fuerzas van siguiendo desde etruscas riberas  
a Eneas y arman sus naves y se dejan llevar por el agua.  
Másico surca el primero las olas con su tigre de bronce;  
con él un grupo de mil jóvenes, cuantos las murallas de Clusio  
dejaron y la ciudad de Cosas, que tienen por armas las flechas  
y las ligeras aljabas sobre los hombros y los arcos mortales.  
Con él el torvo Abante: toda su tropa relucía  
con armas insignes y su nave con un Apolo de oro.  
Seiscientos le había dado la ciudad de Populonia,  
jóvenes expertos en la guerra, y trescientos Ilva,  
isla generosa de inagotables minas del metal de los cálibes.  
El tercero, aquel célebre intérprete de hombres y dioses, Asilas,  
a quien los nervios de los animales y las estrellas del cielo obedecen  
y las lenguas de los pájaros y los fuegos presagiosos del rayo;  
lleva a mil en formación cerrada erizada de lanzas.  
A éstos les manda obedecer Pisa, ciudad alfea de origen  
y etrusca de solar. Sigue el bellísimo Ástir,  
Ástir fiado en su caballo y en sus armas multicolores.  
Trescientos más le suman (con una sola voluntad de acudir)  
los que viven en Cere, los de los campos del Minión,  
y la vieja Pirgos y la insana Graviscas.  
No podía yo olvidarte, fortísimo en la guerra Cúnaro,  
jefe de los lígures, y Cupavón, seguido de pocos,  
en cuya cabeza se yerguen las plumas del cisne  
(Amor, vuestro crimen) y el recuerdo de la forma paterna.  
Pues cuentan que Cicno de duelo por el amado Faetonte,  
entre las frondas de los chopos y la sombra de sus hermanas  
mientras canta y consuela su triste amor con la Musa,  
alcanzó una canosa vejez de blanda pluma,  
dejando las tierras y ganando con su voz las estrellas.  
Su hijo, acompañando a tropas de su edad en la flota,  
impulsa con los remos el enorme Centauro: altísimo  
asoma en el agua y con una gran roca amenaza  
a las olas y surca el mar profundo con larga quilla.  
También Ocno lleva su ejército desde las riberas paternas,  
hijo de la adivina Manto y del río etrusco,

que te dio a ti los muros, Mantua, y el nombre de su madre,  
Mantuca rica en antepasados, si bien no todos de la misma raza;  
tiene una triple stirpe con cuatro pueblos bajo cada una,  
ella misma cabeza de estos pueblos; sus fuerzas, de sangre etrusca.  
De aquí también Mecencio arma a quinientos en su contra  
a los que desde el padre Benaco, cubierto de glaucas cañas,  
el Mincio llevaba al mar en nave de guerra.  
Va, majestuoso, Aulestes en lo alto y golpea las olas  
con cien remos, espuman las aguas al agitarse el mármol.  
Lo lleva el inmenso Tritón que espanta a las olas azules  
con su caracola; al nadar aparece como hombre  
su hispida figura hasta el costado, en pez acaba el vientre  
y murmura el agua espumante bajo el pecho del monstruo.  
Tantos escogidos capitanes iban en treinta naves  
en ayuda de Troya y cortaban con el bronce los campos de sal.  
Y ya el día había dejado el cielo y la madre Febe  
recorría el centro del Olimpo con noctámbulo carro.  
Eneas (pues no da el cuidado reposo a sus miembros),  
sentado, gobierna el timón y dirige las velas.  
Y he aquí que, a mitad de camino, le sale al encuentro  
el coro de sus compañeras las Ninfas, a quienes había ordenado  
la madre Cibeles ser diosas del mar y de naves  
Ninfas las hizo; nadaban a la vez y surcaban las olas,  
igual que antes sus proas de bronce se erguían en las playas.  
Reconocen de lejos a su rey y lo rodean en corro;  
Cimódoce, la mejor de ellas para hablar, se coloca  
detrás y agarra su popa con la diestra y saca la espalda  
al tiempo que rema con la izquierda en las aguas calladas.  
Y sin que la conozca así, le dice: «¿Estás despierto, Eneas,  
hijo de dioses? Sigue despierto y da sogas a tus velas.  
Somos nosotras, los pinos de la sagrada cumbre del Ida  
hoy Ninfas del mar, tu flota. Cuando a nosotras,  
prestaras para zarpar, el pérfido rútilo a hierro y fuego nos amenazaba,  
rompimos sin quererlo tus amarras y te hemos buscado  
por el mar. Esta forma nos dio la madre, piadosa,  
y nos mandó ser diosas y pasar bajo las olas la vida.  
Pero es que el niño Ascanio está detrás del muro y los fosos,  
en medio de las flechas y los latinos erizados de guerra.  
Los jinetes arcadios ya están en los lugares señalados  
con los etruscos valerosos; es firme opinión de Turno,  
para que no lleguen al campamento, hacerles frente antes.  
Así que, ¡arriba!, y en cuanto llegue la Aurora

llama a las armas a tus aliados y empuña el escudo que invicto  
te dio el señor del fuego y lo cercó con bordes de oro.  
La luz de mañana, si no tomas en vano mis palabras,  
contemplará montones ingentes de rútilos muertos.»  
Así dijo, y al retirarse empujó con la diestra la alta  
nave con gran habilidad: escapa ella entre las aguas  
más veloz que una lanza y que la flecha que alcanza a los vientos.  
Después las demás aceleran la marcha. Nada sabiendo atónito se queda  
el troyano Anquisiada, mas levanta su ánimo con el augurio.  
Entonces suplica brevemente mirando la bóveda del cielo:  
«Alma Madre Idea de los dioses que el Díndimo amas  
y las ciudades llenas de torres y los leones uncidos bajo el yugo:  
tú eres ahora mi guía en la lucha; cúpleme con bien  
el augurio y asiste a los frigios, diosa, con pie favorable.»  
Sólo esto dijo, y entretanto corría ya el día de nuevo  
con luz madura y había puesto en fuga a la noche;  
ordena al punto a sus aliados seguir sus órdenes  
y que dispongan su ánimo para las armas y se apresten al combate.  
Y tiene ya a la vista a los teucros y su campamento  
de pie en lo alto de su popa, cuando alzó en la izquierda  
el escudo de fuego. Lanzan un grito a los astros  
los Dardánidas desde los muros, nueva esperanza sus iras enciende,  
arrojan dardos con la mano como cuando bajo negras nubes  
hacen señales las grullas estrimonia y rompen el éter  
con sus graznidos y evitan los Notos con clamor gozoso.  
Y asombroso parece todo esto al rey rútilo y los jefes  
ausonios, hasta que pueden ver vueltos hacia la costa  
los barcos y el mar llenarse por completo de naves.  
Le arde el yelmo en la cabeza y deja caer de lo alto  
su llama el penacho y gran fuego vomita el escudo de oro.  
No menos que cuando lúgubres enrojecen en la noche  
limpia los cometas de sangre o el ardor de Sirio,  
el que trae a los mortales enfermos la sed y los morbos  
nace y entristece con siniestra luz el cielo.  
Sin embargo, no abandonó su confianza al bravo Turno  
en ocupar primero la playa y arrojar de tierra a los que llegaban:  
«Aquí está lo que pedisteis con vuestros votos, aplastarlos con la diestra.  
El propio Marte está en manos de los hombres. Acordaos ahora  
cada cual de su esposa y su casa, recordad ahora las grandes  
hazañas, la gloria de los padres. Corramos antes al agua  
mientras dudan y vacilan sus primeros pasos al desembarcar.  
A los audaces ayuda la fortuna.»

Esto dice y medita en su interior a quién mandar puede  
al combate y a quién confiar los muros asediados.  
Entretanto Eneas hace bajar de las altas naves  
por puentes a sus compañeros. Muchos observan el reflujo  
del mar al descender y se lanzan de un salto a los bajíos  
y otros por los remos. Tarconte, explorando la orilla,  
por donde vados no espera y la ola no murmura al romperse  
sino que llega el mar inofensivo en creciente oleada,  
hace virar de pronto la proa y pide a sus hombres:  
«Ahora, tropa escogida, caed sobre los fuertes remos;  
levantad, moved las naves, hended con las quillas  
esta tierra enemiga y que se abra su propio surco la carena.  
Y no dudo en estrellar mi nave en tal atracada  
si con ello me apodero de esta tierra.» Luego que dijo esto  
Tarconte, se alzaron sobre los remos sus compañeros  
y metieron en los campos latinos las naves espumantes,  
hasta poner en seco los rostros e ilesas  
varar todas las carenas. Mas no tu nave, Tarconte:  
pues clavada en los vados mientras pende en un bajío  
peligroso vacilando largo rato y las olas fatiga,  
se deshace y lanza al agua a los hombres  
a quienes estorban los trozos de los remos y los bancos  
que flotan y al tiempo la ola les arrastra de los pies en su reflujo.  
Y no entretiene a Turno torpe retraso, sino que toma raudo  
todo su ejército contra los teucros y frente les hace en la playa.  
Dan la señal. Eneas fue el primero en atacar a las agrestes  
tropas, augurio del combate, y abatió a los latinos  
matando a Terón, gran guerrero que a Eneas desafiaba  
por su voluntad. A él con la espada y por las escamas de bronce  
y la túnica áspera de oro le bebe en el costado abierto.  
Y luego hiere a Licas, quien fue sacado de su madre ya muerta  
y consagrado a ti, Febo: ¿a qué fin de pequeño  
pudo librarse de la suerte del hierro? Y al duro Ciseo no lejos  
y al enorme Gías que rompían con maza las líneas  
arrojó a la muerte; de nada les valieron las armas  
de Hércules ni la fuerza de sus manos ni el padre Melampo,  
compañero de Alcides mientras le impuso la tierra  
graves trabajos. Y ahí Farón: mientras se jacta con voces vanas,  
blandiendo la jabalina se la clava en la boca que grita.  
Tú también, Cidón infeliz, mientras seguías a tu nuevo goce,  
a Clitio, al que amarilleaban las mandíbulas con su primer bozo;  
abatido por la diestra dardania, olvidando de los amores



de los jóvenes que nunca te faltaban, digno de compasión yacerías  
si no hubiera salido a su encuentro, compacta, la cohorte  
de los hermanos, la progenie de Forco en número de siete y que siete dardos  
lanzan; parte rebotan contra el yelmo y el escudo  
inútiles, parte los desvía la madre Venus cuando silban  
junto a su cuerpo. Se dirige Eneas al fiel Acates:  
«Pásame dardos, que ni uno arrojará en vano mi diestra  
contra los rútilos de los que en las llanuras de Troya  
se clavaron en el cuerpo de los griegos.» Toma entonces una gran lanza  
y la arroja: ella, volando, traspasa el bronce del escudo  
de Meón y rompe a la vez la coraza y el pecho.  
Acude en su ayuda su hermano Alcánor y con la diestra  
sujeta al hermano que cae: otra lanza le atraviesa el brazo  
y se escapa y mantiene su camino ensangrentada,  
y del hombro le cuelga por los tendones la diestra moribunda.  
Numitor entonces sacó la lanza del cuerpo de su hermano  
y la envió contra Eneas, mas no se le dio  
alcanzarle de lleno y rozó el muslo del gran Acates.  
Aquí acude Clauso con su cuerpo juvenil fiado  
en los de Cures, y hiere de lejos a Dríope con rígida lanza  
blandida con fuerza, bajo el mentón y atravesando la garganta  
cuando hablaba, le quita a la vez la voz y la vida. Golpea  
él con su frente la tierra y arroja por la boca espesa sangre.  
Abate también de diversas maneras a tres tracios  
del noble linaje de Bóreas y a tres que envía  
el padre Idas y la patria Ismara. Acude Haleso  
y el grupo de auruncos, llega también la prole de Neptuno,  
Mesapo señalado por sus caballos. Tratan de rechazarse  
unos y otros: se combate en los mismos umbrales  
de Ausonia. Como a lo ancho del cielo, discordes,  
traban combate los vientos con ánimo y fuerzas iguales  
sin que ninguno ceda, ni el mar, ni las nubes;  
incierto largo tiempo parece la lucha y todos se alzan contra todos:  
no de otro modo la línea troyana y la línea latina  
se enfrentan, el pie se pega al pie, hombres apretados contra hombres.  
Mas en otra parte, por donde un torrente arrastraba  
rodando muchas piedras y arbustos arrancados de la orilla,  
a los arcadios no acostumbrados a aguantar ataques a pie,  
Palante cuando les vio dar la espalda al Lacio que les perseguía  
porque la difícil naturaleza del lugar les había hecho  
soltarlos caballos, última solución en situaciones desesperadas,  
ya con ruegos, ya con amargas palabras su valor enciende:

«¿A dónde huís, compañeros? Por vosotros y por vuestras hazañas,  
por el nombre de nuestro rey Evandro y las guerras ganadas  
y por mi esperanza, que me nace ahora émula de la gloria de mi padre,  
no os confiéis a vuestros pies. Un camino hay que abrir con la espada  
entre los enemigos. Por donde más denso es el cerco de soldados,  
por ahí os llama con vuestro jefe Palante la patria sagrada.  
Ningún poder divino nos acosa, mortales somos atacados  
pon un enemigo mortal; la misma fuerza tenemos y las mismas manos.  
Mirad: el mar nos encierra con la gran barrera de sus aguas  
y no hay ya tierra para huir. ¿Vamos al piélago o a Troya?»  
Esto dice, y se arroja en medio del apretado grupo de enemigos.  
Frente le hace el primero enviado por hados inicuos  
Lago. A éste, mientras arranca un peñasco de gran peso,  
le clava un dardo disparado y se lo mete donde el espinazo  
separa las costillas, y el asta recibe  
clavada en sus huesos. No logra Hisbón sorprenderlo  
aunque lo intentaba; pues se le adelanta Palante  
cuando corría enfurecido y por la muerte cruel del compañero  
incauto, y clava su espada en el pulmón hinchado.  
Busca después a Estenio y a Anquémolo de la antigua  
estirpe de Reto, el que osó mancillar el lecho de su madrastra.  
También vosotros, gemelos, caísteis en las llanuras rútilas,  
Larides y Timbro, prole parecidísima de Dauco,  
indiscernible para los suyos y grata confusión de sus padres;  
mas hoy Palante os infligió crueles diferencias.  
Pues a ti, Timbo, la espada de Evandro te arrancó la cabeza;  
a ti, Larides, como suyo te busca la diestra cortada  
y saltan los dedos moribundos y aún empuñan el hierro.  
A los arcadios encendidos por la arenga que contemplaban de su héroe  
las gloriosas acciones, dolor y pudor les arman contra los enemigos.  
Luego Palante atraviesa a Reteo que escapaba junto a él  
en su carro. Esto y sólo esto sirvió a Ilo de retraso;  
pues contra Ilo iba dirigida desde lejos la fuerte lanza  
cuyo camino Reteo interceptó, óptimo Teutrante,  
huyendo de ti y de tu hermano Tires, y arrojado del carro  
hiende medio muerto los campos de los rútilos con sus talones.  
Y como cuando según su voto se levantan los vientos  
en verano y enciende en los bosques el pastor fuegos dispersos,  
y de pronto si alcanzan el centro se extienden por los anchos  
campos en un hórrido frente de Vulcano mientras él, victorioso,  
se sienta a contemplar las llamas triunfantes:  
no de otro modo se agrupa todo el valor de los compañeros

en tu ayuda, Palante. Mas Haleso, fiero en la guerra,  
se lanza en su contra y se protege tras sus armas.  
Acaba así con Ladón y Ferete y Demódoco,  
con la brillante espada cercena a Estrimonio la diestra  
lanzada contra su garganta; con una piedra hiere el rostro de Toante  
y dispersa sus huesos mezclados con los sesos ensangrentados.  
Su padre, previendo el destino, había ocultado a Haleso en los bosques;  
cuando anciano cerró los ojos blanquecinos con la muerte,  
pusieron su mano las Parcas y lo consagraron de Evandro  
a las armas. Contra él se dirige Palante rezando así primero:  
«Da, padre Tíber, ahora fortuna a este hierro que pienso  
lanzar y un camino a través del pecho del duro Haleso.  
Tu encina tendrá estas armas y los despojos de ese hombre.»  
Y lo escuchó el dios; mientras Haleso a Imaón protegía,  
ofrece el infeliz su pecho inerme a la flecha arcadia.  
Mas no deja Lauso, parte notable de la guerra,  
que se espanten sus tropas por muerte tan señera: a Abante  
mata el primero al hacerle frente, nudo y soporte del combate.  
Caen los hijos de Arcadia, caen los etruscos  
y vosotros, teucros que con vida escapasteis de los griegos.  
Se enfrentan las líneas con caudillos y fuerzas iguales;  
los últimos empujan el frente y la multitud no deja  
que se muevan ni manos ni armas. Les insta y anima de un lado Palante  
y del otro Lauso, que no se llevan mucho en edad;  
gallardos de presencia, la Fortuna les había negado  
el retorno a la patria. No toleró, sin embargo,  
que se enfrentasen el que reina en el gran Olimpo;  
les aguarda en seguida su destino bajo un enemigo más grande.  
Entretanto su divina hermana a Turno aconseja  
releva a Lauso, y con carro volador corta el centro de las líneas.  
Cuando ve a sus hombres: «Es hora de dejar el combate;  
haré frente yo solo a Palante, Palante es cosa mía.  
¡Cómo me gustaría que de espectador estuviera su padre!»  
Esto dice, y salieron sus compañeros del campo, según se les mandaba.  
Y, al retirarse los rútilos, pasmado el joven de la orgullosa orden  
se asombra ante Turno y por su cuerpo enorme  
lleva sus ojos y con fiera mirada en todo se fija de lejos,  
y con tales palabras replica a las palabras del rey:  
«Yo seré celebrado por conseguir despojos opimos  
o por una muerte gloriosa; con las dos suertes se conforma mi padre.  
déjate de amenazas.» Avanza luego al centro del campo;  
helada corre la sangre en las entrañas de los arcadios.

Turno saltó de su carro, se dispone a enfrentársele a pie, y como el león cuando ve desde alta atalaya en el campo a lo lejos un toro que se apresta al combate salta raudo, no otra es la imagen de Turno avanzando. Cuando creyó que éste estaba al alcance de sus lanzas, ataca Palante el primero, por si la suerte al audaz amparaba de fuerzas desiguales, y dice así al cielo inmenso: «Por la hospitalidad de mi padre y las mesas que visitaste, Alcides, te pido, asísteme en esta gran empresa. Que me vea quitarle moribundo las armas llenas de sangre y lleven los ojos de Turno al morir mi victoria.» Oyó Alcides al joven y ahogó un gran suspiro en lo profundo del pecho y derramó lágrimas vanas. Entonces habla el padre a su hijo con palabras de amigo: «Fijado está el día de cada cual, breve e irreparable el tiempo de la vida es para todos; mas al valor prolongar corresponde la fama con hazañas. Al pie de las altas murallas de Troya cayeron muchos hijos de dioses y con ellos murió también Sarpedón, mi propia descendencia; también sus hados llaman a Turno y llega al final del tiempo concedido.» Así dice y de los campos de los rútilos aparta sus ojos. Palante por fin arroja con gran fuerza su lanza y saca de la hueca vaina la espada reluciente. Aquélla, volando, cae donde termina el reparo del hombro y abriéndose camino entre los bordes del escudo mordió por último el gran cuerpo de Turno. Turno a su vez la madera que acaba en punta de hierro blande largo tiempo y contra Palante la arroja, y así exclama: «¡Mira si mi arma no es más penetrante!» Había dicho, y el escudo, tantas capas de hierro y de bronce al que tantas veces da vuelta una piel de toro, la punta lo traspasa por el centro con golpe vibrante y perfora la defensa de la loriga y el pecho enorme. Arranca Palante en vano el arma caliente de la herida: por el mismo camino salen la sangre y la vida. Cayó sobre la herida (sobre él resonaron sus armas) y besa al morir con boca ensangrentada la tierra enemiga. Turno alzándose sobre él: «Acordaos, arcadios -dice- de mis palabras y llevadlas a Evandro: le devuelvo a Palante según ha merecido. Sea cual sea el honor de un túmulo, sea cual sea el consuelo de un sepulcro, se lo concedo. No le va a costar poco de Eneas

la hospitalidad.» Y así que hubo hablado aplastó con el pie izquierdo al muerto robándole del cinturón el peso enorme con el crimen grabado: el grupo de jóvenes asesinados a la vez en la noche de bodas horriblemente y los lechos de sangre, que había trabajado en mucho oro el Eurítida Clono; con este despojo pasea Turno en triunfo, gozoso por tenerlo. ¡Corazón de los hombres que ignora el destino y la suerte futura y respetar soberbio la medida en la ocasión favorable! Día vendrá en que el gran Turno deseará haber cobrado un buen rescate por la vida de Palante y odiará estos despojos y esta hora. Mas sus compañeros entre lágrimas y muchos gemidos se llevan en gran número a Palante sobre su escudo. ¡Ay, tú, que volverás gloria grande y dolor a tu padre! Este día primero te metió en la guerra y este mismo te saca, y dejas, sin embargo, de rútilos montones inmensos. Y ya llega volando hasta Eneas la fama no sólo de desgracia tan grande, sino la cierta noticia de que están los suyos cerca de la muerte, que es tiempo ya de auxiliar a los teucros en retirada. Siega con la espada cuanto cae a su alcance y enfurecido se abre ancho sendero entre las tropas con el hierro, Turno, buscándote a ti, orgulloso de la sangre reciente. Palante, Evandro, todo está en sus ojos, las mesas primeras que le acogieron extranjero y las diestras unidas. Aquí a los cuatro jóvenes hijos de Sulmón y a otros tantos que Ufente criara, los coge vivos para inmolarlos a las sombras en sacrificio, y regar con sangre de cautivos las llamas de la pira. Luego dispara de lejos contra Mago la lanza enemiga: éste la esquiva con astucia y pasa la lanza silbando por encima, y así dice, suplicante agarrado a sus rodillas: «Por los Manes de tu padre y la esperanza de Julo que crece te suplico que guardes esta vida para mi hijo y para mi padre. Tengo una noble casa, allí hay talentos enterrados de plata labrada; tengo gran cantidad de oro trabajado y sin trabajar. No depende de mí la victoria de los teucros ni determinará resultado tan grande una sola vida.» Dijo, y Eneas le devolvió estas palabras: «Guarda para tus hijos todos esos talentos de oro y de plata que dices. Turno ha acabado ya con esos negocios de guerra al dar muerte a Palante. Así lo sienten los Manes de mi padre Anquises y así Julo.» Dicho esto agarra el yelmo con la izquierda y le clava la espada hasta la empuñadura alzando la cabeza del suplicante.

Y no lejos Hemónides, sacerdote de Febo y de Trivia  
a quien ceñía las sienes la ínfula con la banda sagrada,  
todo brillante con la ropa y las insignias blancas.  
Le sale al encuentro en el campo, y, según cae, se le pone  
encima y lo mata, y lo cubre con una gran sombra; se carga  
Seresto al hombro las armas mejores, trofeo para ti, rey Gradivo.  
Abren un nuevo frente el nacido de la estirpe de Vulcano,  
Céculo, y Umbrón llegado de los montes de los marsos.  
Se enfurece con ellos el Dardánida: izquierda de Ánxur  
y toda la orla del escudo le había cercenado con la espada  
(había dicho aquél algo grande y había puesto su fuerza  
en su palabra y quizá lanzaba su ánimo al cielo  
y se había prometido las canas y unos largos años);  
Tárquito, exultante en su contra con armas relucientes,  
a quien la ninfa Dríope había parido para el silvícola Fauno,  
salió al encuentro del enfurecido; éste, blandiendo su lanza,  
atraviesa a la vez la loriga y la enorme mole del escudo,  
y lanza por tierra la cabeza que en vano suplicaba  
y mucho se aprestaba a decir, y el tibio tronco  
haciendo rodar así dice con pecho enemigo:  
«Ahí, temeroso, quédate ahora. No te pondrá en el suelo  
tu madre piadosa ni tatará tus miembros con un sepulcro en la patria:  
serás abandonado a las aladas fieras, o habrán de tragarte las aguas  
con su remolino y peces hambrientos lamerán tus heridas.»  
Persigue después a Anteo y a Luca, línea primera de Turno,  
y al valeroso Numa y al rubio Camerte,  
el hijo del magnánimo Volcente, el más rico en tierras  
de los Ausónidas que reinó en la Amiclas silenciosa.  
Cual Egeón, de quien dicen que cien brazos tenía  
con sus cien manos y que echaba fuego por sus cincuenta  
bocas y pechos, cuando contra los rayos de Jove  
se agitaba con tantos escudos iguales, tantas espadas blandía;  
así lanzó su furia Eneas victorioso por toda la llanura  
luego que calentó su filo. Y mira cómo va contra los caballos  
de la cuadriga de Nifeo y el pecho que se le enfrenta.  
Y ellos, cuando le vieron acercarse gritando  
horriblemente, se volvieron de miedo y, retrocediendo,  
derriban al auriga y hacen volar su carro hacia la costa.  
De pronto se interponen Lúcano y Líger, su hermano,  
sobre una blanca biga; el hermano gobierna los caballos  
con las riendas, Lúcano voltea fiero la espada desnuda.  
No aguantó Eneas a quienes con hervor tan grande se enfurecían;

llegó corriendo y enorme se mostró con la lanza dispuesta.  
A él Líger:  
«No son los que ves caballos de Diomedes ni el carro de Aquiles  
o los llanos de Frigia: ahora el fin de la guerra y de tus años  
se cumplirá en estas tierras.» Vuelan a lo ancho tales  
palabras del vesánico Líger. Mas no prepara el héroe troyano  
palabras en su contra, que una lanza blande contra sus enemigos.  
Cuando Lúcano echado sobre las riendas con su espada  
azuzó a los caballos y se apresta al combate  
con el pie izquierdo adelantado, llega la lanza por debajo del borde  
del refulgente escudo y le perfora la ingle izquierda;  
rueda, cayendo del carro, moribundo por el suelo.  
Y el piadoso Eneas le habla con palabras amargas:  
«Lúcano, no traicionó a tu carro la vergonzosa huida  
de tus caballos, ni vanas sombras lo alejaron del enemigo.  
Tú mismo has dejado tu yugo saltando de sus ruedas.» Así dijo  
y sujetó a los animales; en el suelo las palmas inertes  
tendía su hermano infeliz, derribado del carro:  
«Por ti, por los padres que tal te engendraron,  
héroe de Troya, perdona esta vida y compadécete del suplicante.»  
Aún implorando Eneas: «No decías cosas como éstas  
hace poco. Muere y que no deje el hermano al hermano.»  
Entonces abre con su filo el pecho, los escondites del alma.  
Así llenaba de muerte los campos el caudillo  
dardanio, loco a la manera de un torrente de agua  
o de negro turbión. Rompen la línea por fin y salen del campo  
el niño Ascanio y la juventud en vano asediada.  
A Juno entre tanto increpa Júpiter de pronto:  
«¡Oh, hermana y a la vez gratísima esposa mía!  
Como pensabas, Venus (y no te engañó tu idea)  
sustenta a las fuerzas troyanas, ni vigorosa en la guerra  
está la diestra de los hombres ni su ánimo fiero y dispuesto al peligro.»  
Y Juno, sumisa: «¿Por qué, mi bellissimo esposo,  
atormentas a la que afligida teme tristes palabras de tu parte?  
Si la fuerza de tu amor estuviera conmigo como lo estuvo un día  
y así conviene, no me dirías en esto que no,  
tú que todo lo puedes, y podría sacar a Turno de la lucha  
y rescatarlo incólume para Dauno, su padre.  
Ahora, que muera y sufra castigo de los teucros con sangre piadosa.  
Y, sin embargo, él recibió su nombre de nuestra estirpe  
y es Pilumno su cuarto padre, y con mano generosa  
y muchos presentes colmó a menudo tus umbrales.»

Brevemente le dice así el rey del etéreo Olimpo:  
«Si me estás suplicando un retraso en la muerte que acecha  
y una tregua para el joven que ha de caer y quieres que así lo determine,  
dispón la huida de Turno y líbralo de la hora presente:  
hasta aquí me es posible ceder. Pero si bajo estas plegarias  
se esconde una venia más alta y piensas todo  
remover y alterar la guerra, vana esperanza alimentas.»  
Y Juno, llorando: «¿Y qué si lo que de palabra te pesa  
lo concedieras en tu corazón y se otorgase esta vida a Turno?  
Ahora le aguarda, inocente, un grave fin, o yo me engaño  
sobre la verdad. Porque ¡ojalá sea yo burlada por un falso  
temor y cambies tus planes, tú que puedes, para bien!»  
Luego que pronunció estas palabras se lanzó de inmediato  
desde el alto cielo envuelta en una nube y trayendo por los aires la tormenta,  
y se encaminó al frente de Ilión y al campo laurente.  
Luego la diosa con una vana nube una tenue sombra sin fuerzas  
a semejanza de Eneas (prodigio de ver maravilloso)  
adorna con las armas dardanias y el escudo y los penachos  
simula de la divina cabeza, le pone palabras inanes,  
le da una voz sin sentido y finge al andar sus pasos,  
como al llegar la muerte es fama que vuelan las sombras,  
o los sueños que engañan a los sentidos adormecidos.  
Y salta la imagen dispuesta a las primeras líneas  
a retar al héroe con sus dardos y con voces provocarlo.  
Turno la persigue y arroja una lanza estridente  
de lejos; ella vuelve la espalda y cambia sus pasos.  
Fue entonces cuando Turno pensó que Eneas huía  
y apuntó en su ánimo resuelto una vana esperanza:  
«¿A dónde huyes, Eneas? No abandones el lecho prometido;  
mi diestra te dará la tierra que has buscado por los mares.»  
Vociferando así le sigue y hace brillar su espada  
desenvainada y no ve que los vientos se llevan su alegría.  
Había casualmente un barco atado al pico de una roca  
con sus escalas dispuestas y el puente preparado,  
con el que había llegado el rey Osinio de las costas de Clusio.  
Aquí se metió rauda la imagen de Eneas que escapaba  
para esconderse, y Turno la sigue no menos valiente  
y vence los obstáculos y logra saltar los altos puentes.  
Apenas había alcanzado la proa, rompe amarras la hija de Saturno  
y se lleva por mares en reflujo la nave liberada.  
Y al otro en su ausencia Eneas lo reta al combate  
y manda a la muerte a muchos hombres que le hacen frente.



Luego la imagen leve no busca ya más escondites,  
sino que vuela a lo alto y con una negra nube se confunde,  
mientras un turbión hacia alta mar se lleva entretanto a Turno.  
Mira hacia atrás ignorante de todo y sin agradecer la salvación  
y tiende a las estrellas su voz y sus dos manos:  
«Padre todopoderoso, ¿de tan grande infamia  
me has creído digno y has querido que tal castigo sufriera?  
¿Adónde voy? ¿De dónde he salido? ¿Qué fuga me lleva y cómo?  
¿Volveré a ver de nuevo las murallas y el campo laurente?  
¿Qué será de aquel puñado de hombres que me han seguido y a mis armas?  
¿A todos los dejé (¡qué vergüenza!) en una muerte infanda  
y ahora los veo dispersos y escucho los gemidos  
de los que caen? ¿Qué pretendo? ¿Hasta dónde podrá abrirse  
la tierra para tragarme? ¡Compadeceos al menos vosotros, vientos!  
Contra las rocas y el acantilado (gustoso Turno os lo pide)  
estrellad la nave, y clavad las sirtes en los bancos crueles,  
que no me sigan los rútilos ni la fama que todo lo sabe.»  
Esto diciendo en su ánimo vacila de un lado para otro,  
loco dé vergüenza tan grande, si ha de clavarse  
la espada y sacar por las costillas el filo desnudo  
o si se arrojará en medio de las olas y ganará a nado  
el curvo litoral y volverá de nuevo contra las armas de los teucros.  
Tres veces probó una y otra vía, tres veces Juno soberana  
lo detuvo y compadecida de ánimo sujetó al joven.  
Se desliza cortando las aguas con olas y marea propicias  
y llega a la antigua ciudad de Dauno su padre.  
Y entretanto Mecencio exaltado por obra de Jove  
le sucede en la lucha y arremete contra los teucros triunfantes.  
Acuden las tropas tirrenas y a él con todos sus odios,  
a ese hombre solo y con innúmeros disparos le atacan.  
Él (como roca inmensa que avanza hacia el ponto  
frente a la furia de los vientos y expuesta a las aguas,  
toda la fuerza y ataques soporta, y en mar y cielo  
firme permanece inamovible) a Hebro, prole de Dolicaon,  
tumba en el suelo y con él a Látago y a Palmo fugitivo;  
pero a Látago con una roca y un gran pedazo de monte  
le alcanza en la boca y la cara de frente, a Palmo le hace  
caer como un cobarde con los tendones cortados, y a Lauso concede  
llevar en sus hombros las armas y poner en su casco los penachos.  
Y lo mismo con Evante el frigio y Mimante, de Paris  
compañero e igual, a quien Teano dio a luz siendo su padre  
Amico la misma noche que, preñada de una tea,

la reina Ciseida a Paris; Paris en la ciudad de sus padres  
yace, tiene a un desconocido Mimante la costa laurente.  
Y como el jabalí arrojado de las cumbres del monte  
por el mordisco de los perros, a quien el Vésulo cubierto de pinos  
defendió muchos años y muchos los pantanos laurentes  
lo alimentaron con su bosque de cañas; luego que cayó en las redes,  
se detiene y gruñe feroz y eriza el espinazo  
y nadie se atreve a irritarlo o a acercarse más,  
sino que le atacan de lejos con lanzas y gritos seguros.  
No de otro modo, de los que dirigen su justa ira contra Mecencio  
ninguno osa enfrentársele con las armas en la mano,  
y de lejos le retan con sus disparos y con gran griterío.  
Mas él, impávido, hacia todas partes vacila  
rechinando los dientes y sacude las lanzas de su escudo.  
Acrón había venido de las antiguas tierras de Córito,  
hombre griego, dejando en su huida sin cumplir una boda.  
Cuando lo vio a lo lejos perturbando el centro de la línea,  
rojo en las plumas y en la púrpura de la esposa pactada,  
como el león hambriento que merodea a menudo entre altos apriscos  
(pues se lo pide su vesánica hambre), si llega a ver una cabra  
fugitiva o un ciervo que asoma con sus cuernos,  
gozoso abre su enorme boca y eriza las crines y se clava  
en las vísceras cayendo de lo alto; baña la boca feroz  
la negra sangre;  
así cayó raudo Mecencio en lo más denso del enemigo.  
Acrón, infeliz, cae abatido y al morir golpea la negra tierra  
con sus talones y llena de sangre las armas quebradas.  
Y no creyó Mecencio oportuno matar a Orodes  
cuando huía ni hacerle con su lanza ciega herida;  
salió corriendo a su encuentro y, de hombre a hombre,  
le hizo frente mejor que con engaños con armas valerosas.  
Le derribó entonces y apoyando encima su lanza y su pie:  
«Parte no despreciable de la guerra, soldados, yace el alto Orodes.»  
Gritan con él sus compañeros siguiendo sus voces de triunfo,  
y el otro a su vez, muriendo: «Vencedor seas quien seas,  
no te alegrarás mucho sin que sea yo vengado; hados iguales  
te están aguardando y ocuparás pronto este mismo suelo.»  
Y a él Mecencio, con sonrisa mezclada de ira:  
«Muere tú de momento. En cuanto a mí, el rey padre  
de dioses y hombres verá.» Esto diciendo arrancó la lanza de su cuerpo.  
Un duro descanso cayó sobre los ojos de Orodes y un sueño  
de hierro, se apaga su luz para una noche eterna.

Cédico a Alcátoo mata, Sacrátor a Hidaspes  
y Rapón a Partensio y a Orses durísimo de fuerzas,  
Mesapo a Clonio y a Eriquetes Licaonio,  
a uno cuando en tierra yacía arrojado de su caballo sin freno,  
y al otro a pie. A pie también se había adelantado  
Agis el licio, a quien derriba sin embargo Válero lleno del valor  
de sus mayores, y a Tronio Salio y a Salio Nealces  
con ardides, con la lanza y la flecha que sorprende de lejos.  
Ya un grave Marte el duelo igualaba y las muertes  
de todos; iguales mataban y caían iguales  
vencedores y vencidos y ni unos ni otros conocían la huida.  
Los dioses en la mansión de Jove lamentan ira tan vana  
de ambos y que sufrieran los mortales fatigas tan grandes;  
a un lado Venus y al contrario mira Juno Saturnia.  
Pálida Tisífone se enfurece en medio de tantos millares.  
Mecencio, por fin, blandiendo su enorme lanza,  
avanza por el campo como un torbellino. Grande como Orión  
cuando anda abriéndose camino por las aguas  
sin fondo de Nereo y saca el hombro de las olas  
o con añoso tronco que cogió en lo alto de los montes  
avanza por tierra ocultando su cabeza entre las nubes;  
tal se presenta Mecencio con vastas armas.  
En su contra se dispone a marchar Eneas, que de lejos  
lo ha visto en la formación. El otro impertérrito se planta  
aguardando al magnánimo enemigo y en pie con su gran mole,  
y luego que midió con la vista el alcance que la lanza precisaba:  
« ¡Mi diestra, mi único dios, y el dardo que a lanzar me dispongo  
me asistan ahora! Voto hacer de ti, Lauso, un trofeo  
revistiéndote con los despojos que arranque de Eneas,  
del ladrón.» Dijo, y de lejos disparó su lanza  
estridente. Ella, volando, rebotó en el escudo y, lejos,  
se fue a clavar entre el costado y los ijares del egregio Antor,  
de Antor el compañero de Hércules que enviado por Argos  
se había unido a Evandro y en la ciudad ítala se había instalado.  
Cae el desgraciado por la herida de otro y al cielo  
mira y recuerda la dulce Argos mientras se muere.  
Lanza entonces su dardo el piadoso Eneas, que atraviesa  
el cavo círculo de triple bronce, las capas de lino y el trabajo  
tejido de tres pieles de toro y en lo profundo se asienta  
de la ingle, mas no se llevó sus fuerzas. Rápido saca  
Eneas del muslo la espada gozoso al ver la sangre  
del tirreno y persigue decidido al que se tambalea.

Gimió profundamente por amor a su padre querido cuando lo vio Lauso, y las lágrimas rodaron por su cara (aquí la desgracia de una dura muerte y tus gloriosas gestas, si el tiempo ha de otorgar confianza a empresa tan grande, no he de callar en verdad ni a ti, joven digno de memoria); aquél retrocediendo inútil y trabado se retiraba y trataba de arrancar de su escudo la lanza enemiga. Se lanzó el joven y se interpuso entre las armas y, cuando alzaba ya su diestra y el golpe asestaba, se metió bajo el filo de Eneas y lo aguantó, retrasándole; le secundan los compañeros con gran griterío mientras escapa el padre bajo el pequeño escudo del hijo, y arrojan sus flechas y entorpecen de lejos al enemigo con sus dardos. Eneas se enfurece y se mantiene a cubierto. Y como cuando descargan las nubes con granizo abundante y todo el que ara huye por los campos y todo campesino y en seguro refugio se esconde el caminante o en las orillas del río o bajo el arco de un alto peñasco, mientras llueve en las tierras, para poder con el regreso del sol aprovechar el día: así por todas partes rodeado de dardos aguanta Eneas la nube de la guerra mientras todo descarga, y a Lauso increpa y a Lauso amenaza: «¿A dónde corres a morir, osando más de lo que puedes? Tu amor te engaña, incauto.» Y no menos él salta enloquecido y sube más alto la ira cruel del caudillo dardanio, y recogen las Parcas los cabos de los hilos de Lauso. Pues clava su fuerte espada Eneas y al joven atraviesa y la oculta del todo, y pasó la hoja el escudo, arma ligera de un valiente, y la túnica que su madre había bordado con blando oro, y la sangre llenó sus pliegues; entonces la vida por las auras se retiró afligida a los Manes y dejó su cuerpo. Mas cuando vio la mirada y el rostro del que moría, el rostro asombrosamente pálido, el hijo de Anquises gimió con grave compasión y le tendió su diestra y a su mente acudió la imagen piadosa de su padre. «¿Qué te dará ahora, pobre muchacho, por tus hazañas, qué darte puede el piadoso Eneas adecuado a tan gran alma? Quédate con tus armas, de las que te alegrabas, y te envío a los Manes y a la ceniza de tus padres, si eso te preocupa. Con esto aliviarás, infeliz, tu muerte desgraciada: caes por la diestra del gran Eneas.» Llama al punto

a los vacilantes compañeros y alza del suelo a Lauso,  
manchados de sangre sus bien peinados cabellos.  
Entretanto su padre junto a las aguas del río Tiberino  
restañaba con el líquido sus heridas y aliviaba su cuerpo  
apoyado en el tronco de un árbol. Su yelmo de bronce  
cuelga, lejos, de una rama y en el prado descansan las armas más pesadas.  
Le rodean en pie jóvenes escogidos; él mismo herido, jadeante,  
da reposo a su cuello, desparramada por el pecho la larga barba;  
mucho pregunta sobre Lauso y a muchos envía  
a buscarle, que le lleven los recados de su afligido padre.  
Mas a Lauso traían sus compañeros sin vida sobre las armas  
llorando, inmenso y vencido por inmensa herida.  
De lejos reconoció el lamento el corazón que presagia los males.  
Ensucia sus canas con mucho polvo y al cielo  
alza ambas palmas y se abraza a su cuerpo:  
«¿Deseo tan grande de vivir, hijo mío, de mí se ha apoderado  
como para sufrir que ocupe mi puesto ante la diestra enemiga  
aquél al que engendré? ¿Por tus heridas va a salvarse tu padre  
viviendo por tu muerte? ¡Ay, que al fin ahora siento, desgraciado  
la desgracia infortunada, al fin la herida recibida en lo más hondo!  
También yo, hijo mío, mancillé con mis crímenes tu nombre,  
expulsado por odio del trono y del cetro paterno.  
Un castigo debía a mi patria y al rencor de los míos,  
¡lo hubiera yo pagado con mil muertes de mi vida culpable!  
Ahora estoy vivo y no abandono aún la luz y a los hombres.  
Pero lo haré.» Al tiempo que esto dice se levanta sobre el muslo  
dolorido, y aunque le faltan las fuerzas por la profunda herida,  
sin flaquear ordena que le traigan el caballo. Éste era su gloria,  
éste su consuelo, con él victorioso salía de todos  
los combates. Se dirige al mohíno y así comienza:  
«Largo tiempo, Rebo, si algo de los mortales dura largo tiempo,  
hemos vivido. O traerás hoy victorioso aquellos despojos  
ensangrentados y la cabeza de Eneas, y serás conmigo  
vengador de los dolores de Lauso, o, si ninguna fuerza nos abre camino,  
caerás a la vez; pues en verdad no creo, valiente,  
que sufras órdenes de otro ni a los teucros de amos.»  
Dijo, y sentado a la grupa acomodó los miembros  
como solía y cargó sus manos de dardos agudos,  
brillando de bronce su cabeza y erizada su cresta equina.  
Así avanzó raudo hacia el centro. Hierven en el mismo pecho  
una gran vergüenza y la locura con el dolor mezclada.  
Y entonces con gran grito a Eneas gritó por tres veces.

Eneas le reconoció al punto y alegre suplica:  
«¡Así lo quiera el padre de los dioses, así el alto Apolo!  
¡Empieza de una vez a pelear!»  
Sólo esto dijo y sale al encuentro del asta enemiga.  
Y el otro: «¿Crees asustarme cuando a mi hijo me has robado,  
más que cruel? Éste era el único camino para perderme:  
ni a la muerte tememos ni respetamos a ninguno de los dioses.  
Déjalo, pues vengo a morir y te traigo primero  
estos presentes.» Dijo y disparó su dardo contra el enemigo;  
luego le lanza otro y otro más que van volando  
en gran giro, pero aguanta firme el escudo de oro.  
Tres vueltas cabalgó a su alrededor hacia la izquierda  
lanzando dardos con la mano, tres veces gira sobre sí el héroe de Troya  
aguantando en su cubierta de bronce un bosque inmenso.  
Luego de resistir largo tiempo, de arrancar cansado  
tantas puntas y apurado por sostener un desigual combate,  
tras planear muchas cosas en su pecho salta por fin y entre  
las cavas sienes del caballo guerrero clava su lanza.  
Se alza sobre sus patas el cuadrúpedo y con los cascos  
sacude el aire, y cayendo sobre el jinete derribado  
lo traba y se le viene encima de cabeza con una pata rota.  
Con sus gritos alcanzan el cielo latinos y troyanos.  
Vuela Eneas hacia allí y desenvaina la espada  
y, desde arriba: «¿Dónde está ahora el agrio Mecencio  
y la fiereza aquella de tu corazón?» Por respuesta, el etrusco,  
cuando mirando al cielo se bebió las auras y recobró el sentido:  
«Amargo enemigo, ¿por qué me gritas y amenazas de muerte?  
No hay delito en matarme, ni así llegué al combate,  
ni mi Lauso me hizo este pacto contigo.  
Sólo esto te pido, si algo puede pedir el enemigo derrotado:  
que permitas que la tierra cubra mi cuerpo. Sé que acechan  
odios amargos de los míos: aléjame de ese furor, te ruego,  
y entrégame, compañero de mi hijo, al sepulcro.»  
Así habla, y a sabiendas recibe la espada en su garganta  
y vierte la vida sobre las armas entre olas de sangre.

## LIBRO XI

Entretanto la Aurora naciente abandonó el Océano.  
Eneas, aunque su cuidado le inclina a dar un tiempo para enterrar  
a los compañeros y su corazón está turbado por la muerte,  
rendía sus votos a los dioses, victorioso, al despuntar el día.  
Una enorme encina bien pelada de ramas  
levantó sobre el túmulo y la vistió con armas relucientes,  
despojos del caudillo Mecencio, un trofeo para ti,  
gran señor de la guerra; cuelga los penachos chorreando sangre  
y los dardos arrancados del héroe y la coraza golpeada  
y perforada por doce sitios, y ata a la izquierda el escudo  
de bronce, y cuelga del cuello la espada de marfil.  
Luego, así comienza a arengar a sus compañeros  
que le aclamaban (pues apretado le rodeaba el grupo de los jefes):  
«Hemos logrado algo grande, soldados; dejad todo temor  
en cuanto a lo que resta. Éstos son los despojos y las primicias  
de un rey orgulloso, y éste es Mecencio, por mis manos.  
Ahora, el camino hacia el rey y los muros latinos nos espera.  
Disponed las armas, animosos aguardad la guerra;  
que ningún retraso nos sorprenda cuando quieran los dioses  
que alcemos las enseñas y saquemos a los jóvenes del campamento,  
ni nos retrase con el miedo una opinión cobarde.  
Confiemos entretanto a la tierra los cuerpos insepultos  
de nuestros camaradas, única honra en el Aqueronte profundo.  
«Id -dice-. Adornad con los tributos postreros a esas almas  
egregias que con su sangre nos han deparado  
esta patria, y el primero a la afligida ciudad de Evandro  
sea enviado Palante, a quien no falto de valor  
se llevó el negro día y lo sepultó en una muerte amarga.»  
Así dice lleno de lágrimas y encamina sus pasos al umbral  
donde el cuerpo expuesto sin vida de Palante velaba

el anciano Acetes, quien primero llevara las armas al parrasio  
Evandro y fue asignado luego como acompañante  
de su amado pupilo, con auspicios no igualmente felices.  
Alrededor todo el grupo de siervos y la turba troyana  
y las mujeres de Ilión con el triste pelo suelto según la costumbre.  
En cuanto Eneas cruzó las altas puertas,  
un profundo gemido con golpes de pecho lanzaron  
a los astros y resonó el lugar de triste duelo.  
Él mismo, cuando vio la cabeza abatida del níveo Palante  
y su cara y la herida de la lanza ausonia abierta  
y el delicado pecho, así dice rompiendo a llorar:  
«¿Te me ha arrebatado Fortuna, desgraciado muchacho,  
cuando empezaba a sernos favorable, a fin de que no vieras  
nuestros reinos ni fueras conducido en triunfo a la sede paterna?  
No había yo hecho esta promesa sobre ti a Evandro,  
tu padre, al partir cuando, abrazándome, me dejó  
marchar hacia un gran imperio y temeroso me advertía  
que eran hombres difíciles, combates con un duro pueblo.  
Y ahora él quizá, llevado de una vana esperanza,  
hasta hace sus votos y colma de presentes los altares.  
Nosotros, a un joven sin vida que nada debe a ninguno  
de los dioses acompañamos, tristes, con vana pompa.  
¡Infeliz, que has de ver la muerte cruel del hijo!  
¿Es éste el regreso y los triunfos que se esperaban de nosotros?  
¿Es éste el valor de mi palabra? Mas no de vergonzosas  
heridas manchado la verás. Evandro, ni, como padre suyo,  
habrás de desear una muerte cruel para el hijo que huye. ¡Ay de mí,  
qué baluarte pierdes, Ausonia, y tú también, Julo!»  
Luego que así lloró, ordena levantar el cuerpo  
miserable y envía a mil soldados escogidos de todo  
el ejército a que le acompañen en los honores postreros  
y asistan a las lágrimas del padre, pequeño consuelo  
en un gran duelo, aunque debido a un padre infortunado.  
Otros, solícitos, tejen con varas de madroño  
y ramas de encina el entramado de un blando féretro, y dan sombra  
con techo de hojas al lecho así formado.  
Colocan entonces al joven en lo alto de la agreste cama;  
como la flor tronchada por el pulgar de una doncella,  
ya de la blanda violeta, ya del jacinto lánguido,  
a la que no dejaron aún ni su fulgor ni su belleza  
y no la alimenta ya la madre tierra ni fuerzas le brinda.  
Luego sacó Eneas dos vestidos de púrpura y oro



recamados, que un día, contenta de sus labores,  
le había hecho con sus manos la sidonia Dido  
y había bordado las telas con hilo de oro.  
Con uno de ellos viste, entristecido, al joven, postrero  
honor, y cubre con un manto el cabello destinado a la pira,  
y muchos premios además de la batalla laurente  
amontona y ordena que sea llevado el botín en larga fila.  
Añade caballos y armas de los despojos del enemigo.  
Había atado también a la espalda las manos de los que mandaba  
como ofrenda a las sombras, para regar las llamas con sangre,  
y ordena que, vestidos de las armas enemigas,  
porten troncos los jefes y se claven los nombres de sus rivales.  
Llevan al infeliz Acetes, vencido por los años,  
ya hiriéndose el pecho con los puños, ya con las uñas la cara;  
se derrumba y cae al suelo con todo su cuerpo.  
Llevan también los carros manchados de sangre rútila.  
Detrás Etón, el caballo de guerra, privado de sus insignias,  
avanza llorando y baña su hocico con grandes lágrimas.  
Otros portan su lanza y su yelmo, pues Turno el resto  
lo tiene como su vencedor. Siguen luego los teucros, triste falange,  
y todos los etruscos y los arcadios con las armas vueltas.  
Después que había pasado gran parte del cortejo,  
Eneas lo detuvo y esto añadió con profundo suspiro:  
«A otras lágrimas nos llama desde ahora el mismo destino  
horrendo de esta guerra. Salve, noble Palante, para siempre,  
y para siempre adiós.» Y sin más decir a los altos  
muros se encaminaba y dirigía sus pasos al campamento.  
Y ya se habían presentado embajadores de la ciudad latina  
cubiertos con ramos de olivo a pedir una tregua:  
los cuerpos que el hierro había esparcido por los campos,  
que los entregara y permitiera enterrarlos bajo un túmulo,  
que ninguno era el pleito con los vencidos y privados del aire,  
que perdonase a los que un día trató de huéspedes y suegros.  
El bondadoso Eneas a los que súplicas no despreciables hacían  
responde con su venia y añade además estas palabras:  
«¿Qué inmerecida fortuna os enredó, latinos,  
en guerra tan grande, y os hace evitar nuestra amistad?  
¿La paz me pedís para los que, sin vida, perecieron  
por azares de Marte? En verdad, quisiera concertarla también con los vivos.  
He venido porque los hados me asignaron el lugar y la sede  
y no hago la guerra con el pueblo; vuestro rey rompió  
nuestra hospitalidad y decidió acogerse a las armas de Turno.

Mejor habría sido que Turno se hubiera enfrentado a esta muerte;  
si se dispone a acabar la guerra por la fuerza, si a expulsar  
a los teucros, debiera enfrentarse con estas armas mías:  
vivirá aquél a quien la vida le concedieran el dios o su diestra.  
Partid ahora y entregad al fuego a vuestros pobres ciudadanos.»  
Había dicho Eneas. Ellos, atónitos y en silencio,  
se cambiaban miradas sin atreverse a hablar.  
Entonces, anciano y siempre enemigo con odio  
y acusaciones del joven Turno, Drances inició así a su vez  
la respuesta: «Oh, grande por tu fama y mayor por tus armas,  
héroe troyano. ¿Con qué alabanzas te igualaré al cielo?  
¿He de admirar primero tu justicia o tus gestas guerreras?  
Agradecidos llevaremos estas palabras a la ciudad de nuestros padres,  
y a ti, si Fortuna nos deja algún camino, con el rey Latino  
te uniremos. Que se busque Turno sus propios pactos.  
Y con gusto, además, levantaremos los sillares del destino  
y acarreamos sobre nuestros hombros las piedras troyanas.»  
Así había dicho y todos gritaban lo mismo con una sola voz.  
Pactaron dos veces seis días y en el pacífico intervalo  
teucros y latinos vagaron sin peligro mezclados  
por bosques y colinas. Cruje el alto fresno bajo el hacha  
de hierro, abaten pinos que los astros tocaban,  
y no cesan de abrir con las cuñas el oloroso cedro  
y los robles ni de arrastrar en gimientes carretas los olmos.  
Y ya la Fama voladora, llevando por delante un dolor tan grande,  
colma a Evandro y de Evandro las casas y los muros,  
ella, que poco ha decía de Palante vencedor en el Lacio.  
Los arcadios corrieron a las puertas y según la antigua costumbre  
empuñaron antorchas funerales; reluce el camino con larga  
hilera de llamas que parte los campos en dos.  
La turba de frigios que viene a su encuentro alcanza  
al doliente ejército. Cuando las madres vieron que entraban  
en las casas, encienden con sus gritos la afligida ciudad.  
Y ninguna fuerza es capaz de sujetar a Evandro  
que se lanza a buscarle. Depositado el féretro,  
se arrojó sobre Palante y le abraza llorando y gimiendo,  
y apenas abrió por fin el dolor camino a las palabras:  
«No era ésta, Palante, la promesa que hiciste a tu padre  
de que con cuidado te habrías de entregar a un Marte cruel.  
Y no desconocía yo cuánto una nueva gloria puede  
en las armas y las mieles del triunfo en el primer combate.  
¡Miseras primicias de un joven y en la guerra cercana

dura iniciación y votos y preces mías que ninguno  
de los dioses ha escuchado! Y tú, oh, santísima esposa,  
¡feliz en tu muerte que no has llegado a este dolor!  
Yo, por el contrario, viviendo vencí a mi destino, para más durar  
siendo su padre. ¡Ojalá me hubieran abatido los dardos  
rútilos siguiendo las armas de Troya! Habría dado yo mi vida  
y a mí y no a Palante habría traído hasta casa este cortejo.  
Y no os he de culpar, teucros, ni a los pactos ni a las diestras  
que unimos en señal de hospitalidad; para mi vejez estaba preparada  
una suerte tan mala. Si prematura aguardaba  
la muerte a mi hijo, me servirá de consuelo que haya caído  
entre miles de volscos muertos, conduciendo a los teucros al Lacio.  
Y no podría yo honrarte, hijo mío, con funeral mejor  
que el piadoso Eneas y que los nobles frigios  
y que los jefes etruscos, que todo el ejército etrusco.  
Portan grandes trofeos de los que tu diestra ha enviado a la muerte;  
te alzarías ahora tú también como tronco imponente en los campos,  
si igual fuera su edad y la misma la fuerza de los años,  
Turno. Mas, ¿por qué, desdichado, demoro a los teucros lejos de sus armas?  
Id y llevad al rey en la memoria este recado:  
de que soporte una vida odiosa, muerto Palante,  
tu diestra es la causa, que ves nos debe a Turno  
al hijo y al padre. Sólo este mérito te falta  
y esta ocasión a tu suerte. No lo demando -no sería lícito-  
como alegría de mi vida, sino para mi hijo en los Manes profundos.»  
La Aurora entretanto había sacado para los pobres mortales  
la luz de la vida, trayéndoles de nuevo afanes y fatigas.  
Levantaron las piras ya el padre Eneas, ya Tarconte  
en el curvo litoral. Aquí cada cual el cuerpo llevó de los suyos  
según la costumbre de sus padres, y prendiéndoles negro fuego  
ocultan el alto cielo con la calígine de la tiniebla.  
Tres vueltas dieron corriendo ceñidos de las brillantes armas  
en torno a las piras encendidas, tres veces recorrieron  
a caballo el triste fuego funeral y arrancaron alaridos de su boca.  
La tierra se cubre de lágrimas, se cubren las armas,  
llega al cielo el clamor de los hombres y el clangor de las tubas.  
Aquí unos arrojan al fuego los despojos arrebatados  
a los latinos muertos, los yelmos y las labradas espadas  
y los frenos y las ruedas ardientes; otros las conocidas ofrendas,  
los escudos de los suyos y las poco felices armas.  
Sacrifican por allí muchos cuerpos de bueyes a la Muerte  
y cerdos erizados y degüellan sobre las llamas muchas

ovejas robadas de todos los campos. Luego por toda la playa  
ven arder a sus compañeros y guardan las piras  
medio apagadas sin poder retirarse hasta que la húmeda noche  
da vuelta al cielo tachonado de estrellas encendidas.  
Y también, muy lejos de allí, los míseros latinos  
erigieron innúmeras piras y entierran por un lado  
muchos cuerpos de soldados y por otro los toman  
y los llevan a los campos vecinos y a la ciudad los devuelven.  
El resto, un enorme montón de confusa matanza,  
sin número ni honores lo queman; brillan entonces por doquier  
las vastas llanuras con frecuentes hogueras.  
La luz tercera había retirado del cielo la gélida sombra;  
afligidos retiraban de las piras la alta ceniza y los huesos  
mezclados y los cubrían con una tibia capa de tierra.  
Ya dentro de las casas, en la ciudad del muy rico Latino,  
un sentido lamento y la parte mayor de un largo duelo.  
Aquí las madres y las pobres nueras, aquí los pechos queridos  
de las afligidas hermanas y los niños privados de sus padres  
maldicen una guerra cruel y los himeneos de Turno;  
que él mismo piden se enfrente con las armas y él con el hierro  
ya que reinar reclama en Italia y honores principales.  
Agrava esto implacable Drances y declara que sólo él  
es requerido, que llama a Turno solo al combate.  
En su contra se alzan con diversos argumentos muchas opiniones  
en favor de Turno, y lo ampara el peso del nombre de la reina,  
sustenta al héroe la fama inmensa de sus merecidos trofeos.  
En medio de todo esto, cuando más ardoroso era el tumulto,  
he aquí que llegan sombríos mensajeros de la gran ciudad  
de Diomedes con su respuesta: nada se ha logrado  
con gastos tan enormes, de nada han valido ni regalos  
ni oro ni grandes preces; otras armas han de buscar  
los latinos o pedir la paz al rey troyano.  
Se dejó vencer el propio rey Latino por una gran tristeza.  
De que a Eneas lo trae el destino por voluntad divina  
le advierten la ira de los dioses y los recientes túmulos que ve.  
Así que una gran asamblea y a los primeros de los suyos  
por su poder convocados reúne en los altos umbrales.  
Ellos acudieron y fluyen al palacio del rey  
llenando los caminos. Toma asiento en el centro, el mayor en edad  
y primero por su cetro, con ceño poco alegre Latino.  
Y entonces a los mensajeros llegados de la ciudad etolia  
manda contar lo que traen y exige las respuestas

todas por orden. Guardaron así silencio las lenguas  
y Vénulo, obediente al mandato, comienza de este modo:  
«Hemos visto, ciudadanos, a Diomedes y el campamento argivo  
y hemos superado en nuestro camino todos los avatares,  
y llegamos a tocar la mano por la que cayó de Ilión la tierra.  
Él estaba fundando victorioso la ciudad de Argiripa,  
con el nombre de su raza patria, en los campos del Gárgano yápige.  
Luego que se nos introdujo y hablar pudimos con libertad  
delante de todos, ofrecemos los regalos, decimos el nombre y la patria,  
quiénes habían iniciado la guerra, qué motivos a Arpos nos llevaban.  
Con plácida boca así repuso él a cuanto oía:  
“Pueblos afortunados, oh, reinos de Saturno,  
ausonios venerables. ¿Qué fortuna os solicita  
en vuestra paz y os persuade a emprender guerras desconocidas?  
Cuantos violamos los campos de Ilión con el hierro  
(omito todo lo que realizamos guerreando al pie del alto muro  
y los héroes que arrastra aquel Simunte) hemos pagado todos  
infandos suplicios por el mundo y los castigos del crimen nuestro,  
grupo que hasta a Príamo daría pena; lo sabe el triste astro  
de Minerva y los escollos de Eubea y el vengador Cafereo.  
De aquella milicia, arrojados a distintas playas,  
Menelao el Atrida pasa su exilio en las columnas  
de Proteo y ha visto Ulises a los Ciclopes del Etna.  
¿He de hablar del reino de Neoptólemo y los Penates arrasados  
de Idomeneo? ¿De los locros, hoy habitantes de la costa libia?  
El propio micénico, el general de los grandes aqueos  
cayó a la puerta de su casa a manos de su esposa  
maldita: a la vencida Asia acechaba un adúltero.  
¿Y cómo no quisieron los dioses que, de regreso a las aras de la patria,  
pudiera yo vera mi anhelada esposa y la bella Calidón?  
Aún hoy continúan de horrible visión los portentos  
y los amigos desaparecidos buscaron el éter con sus plumas  
y vagan como aves de los ríos (¡ay, suplicios crueles  
de los míos!) y llenan los escollos de voces lastimeras.  
Esto debí esperármelo yo desde aquel día  
en que, loco de mí, ataqué con mi espada el cuerpo  
de la diosa y profané con una herida la diestra de Venus.  
No, en verdad, no me arrastréis a tales combates.  
Ni volveré a entrar en guerra con los teucros tras la caída  
de Pérgamo ni me acuerdo ni me alegro de viejos males.  
Los presentes que me ofrecéis de vuestras costas patrias,  
llevádselos a Eneas. Nos enfrentamos como armas enhiestas

y hemos llegado a las manos; creed a quien conoce  
cuánto se yergue sobre su escudo, con qué remolino blande la lanza.  
Si la tierra del Ida hubiese alumbrado a otros dos hombres  
de su talla, hasta las ciudades de Ínaco habría venido  
el dárdano y lloraría Grecia con hados contrarios.  
Cuanto nos demoramos bajo los muros de la dura Troya,  
la victoria de los griegos se detuvo por la mano de Héctor  
y de Eneas, y arrastró sus pasos hasta el décimo año.  
Ambos insignes de coraje, ambos por la fuerza de sus armas,  
y éste mayor por su piedad. Que se unan las diestras en el pacto  
que se os propone, pero, ¡cuidado!, no se enfrenten armas con armas!”  
Y al tiempo has escuchado, óptimo rey, del cuál es  
la respuesta y cuál su parecer sobre esta gran guerra.»  
Apenas así los mensajeros, y un variado murmullo corrió  
por las turbadas bocas de los ausonios, como cuando detienen  
las rocas la rápida corriente, se forma un rumor en el remolino  
encerrado y tiemblan las orillas vecinas con las aguas que crepitan.  
En cuanto se aplacaron los ánimos y se calmaron las bocas temblorosas,  
tras hablar a los dioses comienza el rey desde su alto escaño:  
«Habría querido decidir antes sobre la suerte del reino,  
latinos, y mejor habría sido y no en tal circunstancia  
convocar la asamblea, cuando el enemigo está a las puertas.  
Libramos una guerra adversa, ciudadanos, contra una estirpe  
de dioses y unos hombres indómitos, a quienes ninguna batalla  
rinde y ni vencidos pueden abandonar su espada.  
Si habíais abrigado alguna esperanza de conseguir las armas etolias,  
deponedla. Cada cual es su propia esperanza. Pero veis cuán exigua  
es la nuestra. Cómo yace todo abatido en ruinas,  
a la vista está y al alcance de vuestras manos.  
Y no acuso a nadie. Cuanto valor pudo darse,  
se dio; se ha combatido con todas las fuerzas del reino.  
Ahora, por último, os expondré qué opinión alberga  
un corazón vacilante y (prestad atención) os lo diré con pocas palabras.  
Tengo de antiguo un campo cercano al río etrusco  
que se extiende hacia el ocaso hasta el territorio de los sicanos;  
lo siembran auruncos y rútilos y con su arado trabajan  
los duros collados y tienen en lo más áspero sus pastos.  
Toda esta región y la zona de pinos sobre el monte alto  
pase a la amistad de los teucros y justas cláusulas  
de un tratado pactemos y llamémosles aliados del reino.  
Establézcanse, si tanto lo desean, y funden su muralla.  
Pero si es su intención apoderarse de otros territorios

y de otro pueblo y pueden abandonar nuestro suelo,  
construyamos con ítala madera dos veces diez naves,  
o, si más pueden llenar, madera hay suficiente  
junto a las aguas; que ellos mismos nos indiquen la forma  
y el número de barcos y les daremos el bronce, las manos y el astillero.  
Es más, para llevar mis palabras y firmar los pactos  
decreto que hayan cien parlamentarios de las mejores  
familias latinas y tiendan en su mano los ramos de la paz  
cargados de presentes, talentos de oro y marfil,  
y la silla y la trábea, insignias de nuestro reino.  
Deliberad entre vosotros y acudid en ayuda de una situación nada fácil.»  
Entonces Drances, siempre hostil y agitado  
con torcida envidia y amargos estímulos por la gloria de Turno,  
largo de medios y mejor de lengua, pero con diestra fría  
para la guerra, tenido por consejero no fútil,  
poderoso en los enfrentamientos (la nobleza de su madre  
le confería estirpe orgullosa, incierta por parte de padre),  
se levanta y carga y hace subir la ira con estas palabras:  
«Sometes a nuestra consideración, oh buen rey, un asunto  
para nadie oscuro que no precisa de palabras: todos saber confiesan  
qué está pidiendo la suerte del pueblo, mas decirlo no osan.  
Que dé libertad para hablar y deje libres las palabras  
aquel por cuyo infausto auspicio y costumbres siniestras  
(lo diré claramente, aunque me amenace con armas y muerte)  
cayeron las vidas de tantos jefes y vemos que se ha cubierto  
la ciudad entera de luto, mientras provoca al campo  
troyano confiando en la huida al tiempo que asusta al cielo con sus armas.  
Sólo uno has de añadir, oh el mejor de los reyes, un solo presente  
a esos que en gran cantidad ordenas sean enviados y asignados  
a los Dardánidas, y que no pueda vencerte la violencia  
de nadie al dar tu hija a un yerno egregio y a un digno  
himeneo y sellar esta paz con un pacto eterno.  
Pero si terror tan grande se ha apoderado de pechos y mentes,  
citémosle a él mismo y solicitemos de él mismo la venia:  
que consienta y devuelva al rey y a la patria su propio derecho.  
¿Por qué tantas veces lanzas a estos pobres ciudadanos  
a riesgos manifiestos, oh para el Lacio causa y cabeza de los males presentes?  
No hay salvación en la guerra, todos la paz te reclamamos,  
Turno, y, a la vez, de la paz la única prenda inviolable.  
Yo el primero, a quien te imaginas tu enemigo (y nada  
me preocupa si lo soy), aquí vengo a suplicarte. Ten piedad  
de los tuyos, depón tu actitud y, derrotado, vete. Dispersados

hemos visto ya bastantes muertes y despoblado grandes campos.  
O bien, si la fama te mueve, si coraje tan grande abrigas  
en tu pecho y si tanto ansías la real dote,  
sé valiente y ofrece, cara a cara, al enemigo tu pecho confiado.  
¡Bien está que para que a Turno corresponda la real esposa,  
nosotros, almas viles, turba sin sepultura y sin lágrimas,  
nos amontonemos por los campos! Tú eres más bien, si fuerzas te quedan,  
si tienes algo del Marte de la patria, quien desafiar debe  
al que te reclama.»

Con tales palabras se encendió la violencia de Turno.  
Gime y prorrumpe con estas voces de lo profundo del pecho:  
«Larga ocasión de hablar tienes siempre, Drances,  
justo cuando las guerras brazos reclaman, y acudes el primero  
si se convoca a los padres. Pero no hay que llenar la curia de palabras  
que vuelan grandiosas estando tú a cubierto mientras el valladar de los muros  
detiene al enemigo y no se inundan de sangre las fosas.

Continúa tronando con tu discurso (como sueles) y acúsame  
de tener miedo tú, Drances, ya que tan gran montón de teucros  
muertos ha dejado tu diestra y todos los campos señalados  
de trofeos. De cuánto es capaz un valor vigoroso  
nos cabe experimentar, y está claro que no hay que buscar  
muy lejos al enemigo; rodean los muros por todas partes.  
Vayamos a su encuentro, ¿por qué dudas? ¿Es que siempre  
tendrás a Marte en el flato de tu lengua y en esos  
pies tuyos prestos a correr?

¿Yo, derrotado? ¿Me dirá alguien con razón derrotado,  
más que oprobioso, si puede ver el Tíber crecer henchido  
de la sangre troyana y cómo ha caído con su estirpe  
la casa entera de Evandro y a los arcadios privados de sus armas?

No así me han conocido Bitias y Pándaro el grande  
y los mil que vencedor mandé al Tártaro en un día,  
encerrado en sus muros y atrapado por el terraplén del enemigo.

¿No hay salvación en la guerra? Ve a cantar así, loco,  
a la cabeza de los dárdanos y a tus propios asuntos. No ceses  
de turbarlo todo con gran miedo y de ensalzar a los hombres  
de un pueblo dos veces derrotado y de humillar, por contra, las armas de Latino.  
Ahora hasta los jefes de los mirmídones tiemblan ante las armas frigias,  
ahora hasta el hijo de Tideo y Aquiles de Larisa,  
y huye, y retrocede el río Áufido perseguido por las ondas adriáticas.

Y simula estar asustado de mis enconos  
y exacerba su acusación y su impostura con miedo fingido.  
Nunca un alma de esa calaña (no temas) bajo esta diestra



habrás de perder; que viva contigo y permanezca en este pecho.  
Me dirijo ahora, padre, a ti y a tu importante decreto.  
Si no depositas ya confianza alguna en nuestras armas,  
si tan dejados estamos y por un contratiempo del ejército  
hemos caído del todo y no puede regresar nuestra suerte,  
pidamos la paz y tendamos unas diestras incapaces.  
Pero, ¡ay si quedase algo de nuestro antiguo valor!  
Afortunado en los afanes es para mí antes que los otros  
y de egregio corazón aquel que, por no ver estas cosas,  
cayó muriendo y mordió una vez el polvo con su boca.  
Mas si tenemos recursos e intacta nuestra juventud  
y nos queda aún la ayuda de las ciudades ítalas y sus pueblos,  
y si tanta sangre ha costado a los troyanos  
su gloria (tienen también sus muertos e igual para todos  
es la tormenta), ¿por qué flojeamos sin vergüenza  
en el primer umbral? ¿Por qué temblamos antes de que suene la tuba?  
Muchas cosas el día y el mudable trabajo del tiempo diverso  
han vuelto mejores, con muchos jugó la Fortuna  
regresando cambiada y los puso de nuevo en seguro.  
No tendremos la ayuda del etolio y de Arpos, sea;  
pero estará Mesapo y el feliz Tolumnio y los caudillos  
que tantos pueblos enviaron, y gloria no pequeña  
seguirá a cuantos reclutamos por el Lacio y los campos laurentes.  
También está Camila, del pueblo ilustre de los volscos,  
al frente de tropas a caballo y batallones que relucen de bronce.  
Pero si es a mí a quien retan los teucros en singular combate  
y así os parece y tanto estorbo al interés común,  
no escapó la Victoria de estas manos ni las odia de tal modo  
que rehúse yo arriesgar algo a cambio de esperanza tan grande.  
Le haré frente animoso incluso si supera al gran Aquiles,  
incluso si, como él, lleva en sus manos las armas  
de Vulcano. Yo, Turno, que no estoy por debajo de nadie  
en el valor de nuestros padres, os he ofrecido mi vida a vosotros  
y a Latino, mi suegro. ¿Que sólo a mí reclama Eneas?  
Que me reclame, lo pido. Si es esto ira de dioses, que no lo pague  
Drances con su muerte; ni lo recoja, si esto es valor y gloria.»  
Ellos se dedicaban a discutir agriamente sobre lo difícil  
de la situación; Eneas levantaba el campamento y sus tropas.  
Hete aquí que, en medio de gran tumulto, la noticia  
se cuela en la mansión real y llena de terrores la ciudad:  
los teucros en formación de combate y las tropas tirrenas  
descendían del río Tíber llenando todo el valle.

Al punto se turbaron los ánimos y se agitaron del pueblo  
los corazones y aumentó su cólera con duro acicate.  
Se agarran nerviosos a las armas, « ¡armas!», gritan los jóvenes,  
los padres lloran y murmuran afligidos. Entonces de todos lados  
se alza al aire un gran clamor de opiniones enfrentadas,  
no de otro modo que cuando las bandadas de aves  
se posan en lo hondo del bosque o en la corriente del Padusa,  
rica en peces, cantan por los locuaces estanques los roncós cisnes.  
«Muy bien, ciudadanos -aprovecha Turno la ocasión-,  
seguid reunidos y alabad, sentados, la paz;  
ellos corren en armas contra el reino.» Y sin más decir  
se levantó y salió de la alta mansión presuroso.  
«Tú, Vóluso, ordena a los manípulos de los volscos armarse.  
Guía -dice- también a los rútilos. Desplegad Mesapo y Coras, tú,  
con tu hermano en armas la caballería alo ancho del campo.  
Refuercen unos las entradas de la ciudad y ocupen las torres;  
el resto del ejército, que tome sus armas y me siga.»  
Al punto de toda la ciudad se corre a los muros.  
El mismo padre Latino abandona sus grandes planes  
y la asamblea, y, turbado por la triste circunstancia, los pospone  
y mucho se reprocha el no haber antes aceptado  
al dardanio Eneas y no haberlo traído por yerno a la ciudad.  
Otros cavan delante de las puertas o acarrear piedras  
y estacas. Cruenta señal da la ronca bocina  
de guerra. Entonces en abigarrada corona ciñeron  
los muros madres y niños, que a todos reclama la labor postrera.  
Y acude también al templo y a la elevada fortaleza  
de Palas la reina con gran séquito de mujeres,  
llevando ofrendas, y le acompaña a su lado la virgen Lavinia,  
causa de mal tan grande, bajos los ojos pudorosos.  
Les siguen las mujeres y el templo llenan de humo de incienso  
y dejan escapar voces afligidas desde el alto umbral:  
«Señora de las armas, guía en la guerra, virgen Tritonia:  
rompe con tu mano las flechas del pirata frigio y tumbalo  
boca abajo en el suelo y derríbalo al pie de las altas puertas.»  
El propio Turno, loco de excitación, se apresta al combate.  
Y ya revestido de la rutilante coraza estaba erizado  
de escamas de bronce y había encerrado en oro sus piernas,  
desnudo aún de sienes, y habíase ceñido la espada al costado,  
y resplandecía en oro al descender corriendo de la alta ciudadela  
y exulta de ánimos y en su esperanza se apodera ya del enemigo;  
cual el caballo cuando, rompiendo sus cadenas, escapa

libre al fin del establo y dueño del campo abierto  
busca los pastos y la manada de yeguas,  
o acostumbrado a bañarse en conocida corriente de agua,  
brinca y relincha con la cerviz enhiesta al aire,  
gozoso, y le juegan las crines por el cuello, por el lomo.  
A su encuentro corrió, seguida del ejército de volscos,  
Camila y descendió la reina del caballo en la misma  
puerta y toda la cohorte la imitó dejando los caballos  
y echaron pie a tierra; entonces dice así:  
«Turno, si alguna confianza merece el valiente tenerse,  
oso y prometo enfrentarme a los escuadrones de Enéadas  
y, sola, salir al encuentro de los jinetes tirrenos.  
Déjame probar la primera con mis tropas los riesgos de la guerra.  
Tú quédate junto a las murallas con la infantería y guarda las defensas.»  
Turno a esto, con los ojos clavados en la joven temible:  
«Oh, virgen, gloria de Italia, ¿qué gracias podré darte  
y ofrecerte a cambio? Mas de momento, ya que ese valor tuyo  
está por encima de todo, comparte conmigo el trabajo.  
Eneas, según cuentan noticias fidedignas y los exploradores  
enviados, ha mandado por delante con intención aviesa las armas  
ligeras de caballería a batir los campos; él, a su vez, por la cima  
desierta del monte avanza sobre la ciudad las cumbres superando.  
Preparo un ardid de guerra en un curvo sendero del bosque  
para bloquear con hombres armados las dos salidas del camino.  
Tú debes tomar posiciones y aguantar a la caballería tirrena;  
a tu lado estará el fiero Mesapo con los escuadrones latinos  
y las tropas de Tiburto, y asume tú el papel de comandante.»  
Así dice, y con palabras iguales exhorta a Mesapo  
al combate y a los jefes aliados y marcha contra el enemigo.  
Hay un valle de curvos rodeos, apropiados para las tretas  
y los engaños de las armas, que ve cubierto de densos bosques  
sus negros costados, a donde conduce un estrecho sendero  
y abren paso cerradas gargantas y difícil acceso.  
Sobre él, como atalaya y en lo más alto del monte,  
se extiende una escondida planicie y un abrigo seguro,  
bien si quieres correr al combate por derecha e izquierda,  
bien atacar desde lo alto y hacer rodar enormes peñascos.  
Hacia aquí se dirige el joven por caminos conocidos  
y ocupó este lugar y acampó en los bosques inicuos.  
A la rápida Opis mientras tanto en las celestes regiones,  
una de sus vírgenes compañeras y de su sagrada tropa,  
llamaba la hija de Latona y estas tristes palabras

le daba de su boca: «A una guerra cruel marcha Camila,  
doncella mía, y en vano ciñe nuestras armas,  
aunque la quiero más que a todas. Pues no es que le haya venido  
a Diana un nuevo amor y movido su corazón con dulzor repentino.  
Expulsado del reino por odio a su poder orgulloso,  
Métabo, al salir de la antigua ciudad de Priverno,  
se llevó a su niña entre los avatares de la guerra  
como compañera de exilio, y la llamó Camila  
cambiando en parte el nombre de su madre Casmila.  
Él mismo la llevaba ante sí en el regazo por los largos collados  
de los bosques solitarios; dardos crueles le asediaban por doquier  
y revoloteaban alrededor los volscos desplegando su tropa,  
y hete aquí que, a mitad de su fuga, había crecido el Amaseno  
con abundante espuma, tan gran tormenta había descargado  
de las nubes. Él, dispuesto a nadar, por amor a la niña  
se retrasa y teme por su carga querida. Esta decisión dura  
tomó de pronto mientras todo revolvía en su interior:  
una maza enorme que por suerte en la robusta mano llevaba  
como arma de guerra, llena de nudos y de madera adusta,  
encerrando en ella a su hija con el corcho de la silvestre corteza  
la envuelve y la ata con cuidado al centro de la lanza.  
Y blandiéndola con diestra poderosa así dice al éter:  
“Tú que habitas los bosques, a ti, benigna virgen Latonia,  
yo, su padre, te la consagro como sierva; con tus armas primeras  
en las manos escapa, suplicante, del enemigo por los aires. Acógela  
como tuya, te lo ruego, diosa, ahora que la encomiendo a vientos inciertos.”  
Dijo, y lanzando hacia atrás el brazo blande con fuerza  
el astil; resonaron las ondas, sobre la rápida corriente  
escapa la pobre Camila en la lanza estridente.  
Y Métabo, cuando ya encima se le echaba la gran caterva,  
se arroja al río y vencedor la lanza con la niña,  
regalo de la Trivia, arranca del tapiz de hierba.  
Ninguna casa lo acogió, ni las murallas de ninguna  
ciudad (y él nunca, con su bravura, se habría rendido),  
y llevó una vida de pastores en los montes solitarios.  
Aquí criaba a su hija entre zarzas y por caminos  
erizados con las mamas de una yegua y leche de animales,  
exprimiendo sus ubres sobre los labios tiernos.  
Y cuando la niña había dejado las primeras huellas  
de las plantas de sus pies, armó sus manos de aguda jabalina  
y colgó de sus pequeños hombros el arco y las flechas.  
En vez de oro en el pelo, en vez de largo manto que la cubra,

cuelga de su cabeza por la espalda una piel de tigre.  
Ya entonces disparó dardos infantiles con tierna mano  
y volteó en torno a su cabeza la honda de pulida correa.  
Y abatió una grulla estrimonia o un blanco cisne.  
Muchas madres de las ciudades etruscas la quisieron  
en vano por nuera; sola, con Diana se conforma  
y sin mancha cultiva un amor eterno por los dardos  
y la virginidad. ¡Ya me gustaría que no se hubiese dejado ganar  
para un servicio tal, tratando de hostigar a los teucros!  
Me sería ahora muy querida y una de mis compañeras.  
Pero, ea, puesto que hados acerbos la están acechando,  
desciende, Ninfa, del cielo y visita los territorios latinos,  
donde un triste combate se libra con infausto presagio.  
Toma esto y saca de la aljaba una flecha vengadora;  
con ella me pague, quienquiera que profane con su herida  
el cuerpo sagrado, ítalo o troyano, igual castigo con su sangre.  
Luego yo misma en el hueco de una nube llevaré al sepulcro  
el cuerpo de la infortunada y sus armas intactas y la devolveré a la patria.»  
Dijo, y Opis, dejándose caer por las auras ligeras del cielo,  
resonó con su cuerpo envuelto en negro remolino.  
Se acercan entretanto las fuerzas troyanas a los muros,  
y los jefes etruscos y todo el ejército de jinetes  
agrupados por número en escuadrones. Suenan por toda la llanura  
los caballos de sonoros cascos que brincan y luchan con los frenos  
por volverse a uno y otro lado; el campo de hierro aparece  
[erizado de lanzas en gran extensión y arden los llanos con las armas enhiestas.  
Y asoman contra ellos Mesapo y los veloces latinos  
y Coras con su hermano y el ala de la virgen Camila,  
haciéndoles frente en el llano y con las diestras tendidas  
ofrecen de lejos sus lanzas y hacen vibrar los dardos,  
y se inflama la llegada de los hombres y el relinchar de los caballos.  
Y ya, luego que estuvieron a tiro de flecha, unos y otros  
se habían detenido; de pronto rompen a gritar y espolean  
los fieros caballos. De todas partes salen a la vez dardos  
espesos como copos de nieve que cubren el cielo con su sombra.  
Al punto se atacan empujando sus lanzas enfrentadas  
Tirreno y el bravo Acónteo y provocan el choque primero  
con gran estrépito y rompen y quiebran los pechos  
con los pechos de sus cuadrúpedos; Acónteo, despedido  
a la manera de un rayo o de la bala sacudida por la catapulta,  
cae a lo lejos y esparce la vida por los aires.  
Se confunden al instante los frentes y se retiran los latinos

echando hacia atrás los escudos y vuelven los caballos hacia la muralla;  
empujan los troyanos y Asilas, al frente, conduce las tropas.  
Y ya llegaban a las puertas y de nuevo los latinos  
alzan su grito y hacen volver los blandos cuellos  
y huyen los otros y retroceden largo trecho a rienda suelta.  
Como el mar cuando avanzando con alterno flujo  
ya rola hacia tierra y baña por encima los escollos  
con su ola de espuma y llega a tragarse el final de la arena,  
ya regresa raudo hacia atrás empapando al recoger las olas  
las rocas y deja en la playa efímero vado:  
dos veces los etruscos llevaron a los rútilos hasta la muralla;  
dos veces, rechazados, miran hacia atrás guardándose las espaldas con los escudos.  
Pero luego que se enfrentaron por tercera vez,  
todas las líneas se enzarzaron y elige al hombre el hombre,  
así que finalmente se escucha el gemir de los que mueren  
y cuerpos y armas bañados en sangre y se revuelcan los caballos  
sin vida entre los hombres muertos, se hace feroz el combate.  
Orsíloco clavó su lanza en el caballo de Rémulos,  
que miedo le daba atacarle, y dejó el hierro bajo la oreja;  
enloquece el alto animal con el golpe, y, sin soportar el dolor,  
se pone de patas levantando el pecho  
y rueda aquél despedido por el suelo. Cátulo a Yolao  
derriba y a Herminio, grande de corazón,  
grande de cuerpo y de armas, cuya desnuda cabeza cubre  
rubia melena; desnudos van sus hombros y no teme las heridas:  
así de grado se ofrece a las armas. En su ancha espalda le vibra  
la lanza arrojada y, atravesando al héroe, le dobla de dolor.  
Por todas partes corre negra la sangre; siembran la ruina  
con su espada peleando y buscan una hermosa muerte entre las heridas.  
Entre tan gran matanza exulta la Amazona,  
un pecho descubierta para el combate, Camila con su aljaba,  
y bien multiplica flexibles astiles lanzándolos con la mano,  
bien incansable empuña con la diestra la pesada segur;  
suenan el arco de oro en su hombro y las armas de Diana.  
Ella asimismo, si a veces volvía la espalda rechazada,  
apunta con el arco hacia atrás dardos fugitivos.  
Y con ella compañeras escogidas, la virgen Larina  
y Tula y Tarpeya que blande la segur de bronce,  
hijas de Italia a quienes eligió como ornato propio la divina  
Camila, buenas asistentes en la paz y en la guerra:  
igual que las tracias Amazonas cuando recorren las riberas  
del Termodonte y luchan con sus armas pintadas,

bien junto a Hipólita, bien cuando vuelve en su carro,  
marcial, Pentesilea, y entre gran tumulto de alaridos  
exultan los ejércitos de mujeres con sus peltas lunadas.  
Virgen fiera, ¿a quién tumbas primero con tu dardo  
y a quién después? ¿O cuántos cuerpos moribundos por tierra?  
Euneo, en primer lugar, el hijo de Clitio; al hacerle frente  
le atraviesa con una larga lanza su pecho descubierto.  
Él cae vomitando ríos de sangre y muerde  
cruento el polvo y rueda al morir sobre su propia herida.  
Vienen después Liris y Págaso, uno mientras recoge las riendas  
derribado del caballo herido y el otro  
por acercarse y ofrecer al caído una diestra inerme,  
a la vez ambos caen de cabeza. Añade a éstos Amastro  
Hipótades y persigue, acosándolos de lejos con su lanza,  
a Téreo y a Harpálico, a Demofonte y a Cromis,  
y cuantos dardos salieron volando de la mano de la virgen,  
tantos guerreros frigios cayeron. Lejos cabalga con armas  
desconocidas Órnito, cazador en su caballo yápigé,  
cuyas anchas espaldas cubre una piel arrancada  
a un novillo mientras combate, y la cabeza le protege la enorme  
boca abierta y las mandíbulas de un lobo con sus blancos dientes,  
y arma sus manos agreste maza; él se mueve  
entre las tropas y saca por encima su cabeza.  
Ella, sorprendiéndolo (no fue difícil al volverse la columna),  
lo atraviesa, y le dice además con pecho enemigo:  
«¿Creíste, tirreno, que con fieras andabas por el bosque?  
El día ha llegado que conteste a vuestras palabras  
con armas de mujer; sin embargo, te llevarás a los Manes  
de tus padres gloria no pequeña: haber caído a manos de Camila.»  
A continuación, a Orsffoco y Butes, dos grandes cuerpos  
entre los teucros. A Butes, de espaldas, le clavó la lanza  
entre el yelmo y la loriga por donde asoma el cuello  
según ya sentado y cuelga del brazo izquierdo el escudo;  
burla a Orsíloco dando en su huida una gran vuelta  
y, en giro más pequeño, persigue al perseguidor.  
Entonces, alzándose más, por las armas del soldado y por sus huesos  
redobla la pesada segur, aunque le implora y le suplica  
muchas cosas; riega la herida su cara con el tibio cerebro.  
Cayó sobre ella y, de pronto asustado por su visión, se detuvo  
el hijo guerrero de Auno, habitante del Apenino,  
no el último de los lígures mientras el hado mentir le dejaba.  
Y él, cuando comprende que con ninguna carrera

puede escapar ni alejarse de la reina que le acosaba,  
comenzando a tender sus lazos con ingenio y astucia,  
dice así: «¿Qué hay de glorioso si, aunque mujer, te confías  
a un valiente caballo? Deja de huir y el cuerpo a cuerpo  
busca conmigo en suelo llano y combate pie a tierra.  
Ya verás a quién causa daño una gloria vana.»  
Dijo y entonces ella, furiosa y encendida por agrio dolor,  
pasa el caballo a una compañera y se planta con armas iguales,  
a pie, con la espada desnuda, valiente con su escudo sin insignias.  
Mas el joven, pensando que ha salido bien su engaño, escapa volando  
(sin tardanza) y se aleja fugitivo volviendo grupas  
y espolea al rápido cuadrúpedo con su talón de hierro.  
«Lígur embustero y en vano engreído en tu ánimo soberbio,  
has intentado inútilmente, falaz, las artes patrias,  
y tu truco no habrá de devolvete incólume al mentiroso Auno.»  
Así dice la virgen y hecha fuego con sus rápidas plantas  
adelanta corriendo al caballo y agarra de frente sus bridas,  
lo asalta y toma venganza de la sangre enemiga:  
con igual facilidad el gavián, ave sagrada, de lo alto de una roca  
se lanza con sus alas sobre la paloma que asoma altísima en las nubes  
y la tiene agarrada y la destripa con sus curvas garras;  
caen entonces del cielo la sangre y las plumas arrancadas.  
Mas el sembrador de dioses y hombres no está sentado, excelso,  
en el supremo Olimpo sin observar con mil ojos estas cosas.  
El padre incita al etrusco Tarconte a una lucha  
sin cuartel y con no blando estímulo provoca su encono.  
Así que llega Tarconte a caballo entre los muertos y las tropas  
que se retiran y con voces diversas instiga a las alas  
llamando a cada cual por su nombre y a los rechazados devuelve al combate.  
«¿Qué miedo, tirrenos que todo lo aguantáis, como siempre  
indolentes, qué cobardía tan grande se ha colado en vuestros corazones?  
¡Una mujer os pone en fuga y rompe vuestras líneas!  
¿Para qué el hierro empuñamos o estos dardos inútiles?  
Mas no sois perezosos para Venus y las batallas nocturnas  
o cuando la curva flauta invita a las danzas de Baco.  
¡Esperad las viandas y las copas de una mesa repleta  
(ésta es vuestra pasión y vuestro celo) mientras anuncia el arúspice  
propicio el sacrificio y una pingüe víctima os llama a los bosques profundos!»  
Esto dicho, espolea él mismo su caballo hacia el centro,  
dispuesto a morir, y como un torbellino se pone frente a Vénulo  
y agarra con la diestra al enemigo al tiempo que lo arroja del caballo  
y a galope tendido lo lleva en sus brazos con gran violencia.



Se alza al cielo el clamor y todos los latinos  
volvieron a él sus ojos. Vuela fogoso Tarconte por la llanura  
llevando las armas y al guerrero; entonces de la punta de la lanza del otro  
arranca el hierro y busca las partes descubiertas  
por donde infligir la herida mortal; él, a su vez, resistiéndose,  
sujeta la diestra lejos del cuello y esquivo la fuerza con la fuerza.  
Como cuando el águila leonada se lleva volando a lo alto  
una serpiente y la agarró con sus patas y le clavó las garras,  
mas la culebra, herida, hace girar su cuerpo sinuoso  
y yergue sus escamas erizadas y silba con la boca  
lanzándose hacia arriba; ella no ataca menos con su curvo  
pico a la que se resiste y a la vez azota el aire con las alas.  
No de otro modo saca en triunfo Tarconte su presa  
de las líneas tiburtinas. En pos del éxito y el ejemplo de su jefe  
atacan los meónidas. Entonces Arrunte, deuda del destino,  
mejor con la jabalina y su gran pericia, a la veloz Camila  
rodeó y busca por dónde probar mejor fortuna.  
Allá donde en medio del combate se lanza Camila fiera,  
allá acude Arrunte, y sigilosamente sigue sus pasos;  
por donde, vencedora, regresa ella y se aleja del enemigo,  
por ahí el joven a escondidas dirige sus rápidas riendas.  
Y éstos y los otros lugares y todos sus movimientos  
sigue por doquier y blande con intención aviesa su lanza certera.  
Por caso Cloreo, un día sacerdote consagrado al Cíbelo,  
brillaba destacado a lo lejos entre las armas frigias  
y espoleaba a su espúmeo caballo a quien cubría  
una piel de escamas de bronce como plumas cosida en oro.  
Él también, reluciente de exótica púrpura parda,  
disparaba flechas de Gortina con el arco licio;  
de oro colgaba el arco de sus hombros y de oro el yelmo  
del vate; había recogido además en un nudo la clámide  
azafrán y los pliegues de lino, crepitantes de oro amarillo,  
bordada con aguja su túnica y la bárbara ropa de las piernas.  
A éste la virgen, bien por clavar en los templos armas  
troyanas; bien por vestirse en sus cacerías con el oro  
apresado, sólo a él de cuantos andaban enfrentados  
perseguía, ciega y desprevenida a lo largo de toda la línea  
ardía con un ansia de mujer por el botín y los despojos,  
cuando Arrunte, por fin llegada la ocasión, desde su escondite  
lanza su dardo e invoca a los dioses de esta manera:  
«El mejor de los dioses, Apolo guardián del santo Soracte,  
a quien veneramos los primeros y por quien alimentamos en los bosques

la llama de pino y, confiados en la piedad, entre el fuego  
caminamos tus adoradores sobre muchas ascuas;  
dame, padre, terminar con esta deshonra de nuestras armas,  
todopoderoso. No busco el botín o el trofeo  
de la virgen derrotada, ni despojo alguno; otras hazañas  
me darán la fama. Que caiga derribada por la herida  
esta peste terrible y volveré sin gloria a las ciudades de mi patria.»  
Lo escuchó Febo y acordó en su corazón concederle  
parte de su voto y parte dispersó en el aire volátil.  
Concedió al suplicante derribar a Camila sorprendida  
por repentina muerte; mas que su alta patria regresar le viera  
no se lo dio, y las ráfagas se llevaron su voz a los Notos.  
Así que cuando escapada de la mano silbó la lanza por las auras,  
los volscos le prestaron toda su atención y todos pusieron  
sus ojos en la reina. Mas nada advirtió ella  
del silbido, del aire o del dardo que venía del éter,  
hasta que la lanza se clavó con fuerza bajo el pecho  
descubierto y en lo profundo bebió la sangre de la virgen.  
Acuden presurosas sus compañeras y abrazan a su dueña  
que se desploma. Arrunte huye más asustado que nadie  
con una mezcla de miedo y alegría y no se atreve ya a confiar  
en su lanza o a enfrentarse a los dardos de la virgen.  
Y como el lobo aquel, tras matar a un pastor o a un gran novillo  
y antes que le persigan los dardos enemigos, se esconde  
al punto y se pierde en lo profundo del monte,  
consciente de su atrevida acción, y doblando la cola  
temblorosa la mete bajo el vientre y se encamina a los bosques;  
no de otro modo Arrunte, rauda, se apartó de la vista  
y contento con escapar se metió entre las armas.  
Ella se muere e intenta arrancar el dardo con su mano, mas entre los huesos,  
hasta las costillas llega en profunda herida la punta de hierro.  
Se apaga exangüe, se apagan sus ojos mortalmente  
helados, el color de púrpura un día abandona su cara.  
Entonces así se dirige moribunda a Acca sola  
de sus iguales, que era fiel más que todas a Camila  
y con ella compartía las cuitas, y así le dice:  
«Hasta aquí, Acca hermana mía, he podido: amarga herida me vence  
ahora y todo alrededor se oscurece de tinieblas.  
Escapa y lleva a Turno mis últimos recados:  
que entre en combate y aleje a los troyanos de la ciudad.  
Y ahora, adiós.» Con estas frases al tiempo dejaba las riendas  
cayendo a tierra sin quererlo; poco a poco se fue quedando

helada por todo el cuerpo, y posó el cuello  
lánguido y la cabeza vencida por la muerte, dejando las armas,  
y se le escapa la vida con un gemido, doliente, a las sombras.  
Entonces se alza un inmenso clamor que hiere los astros  
de oro; muerta Camila se recrudece el combate,  
atacan a la vez en apretada formación toda la tropa de los teucros  
y los jefes etruscos y los escuadrones arcadios de Evandro.  
Mas, alta, sentada está hace tiempo en la cumbre de los montes  
Opis, guardiana de Trivia, y sin miedo contempla los combates.  
Y en cuanto, a lo lejos, entre el clamor de jóvenes furiosos  
vio a Camila abatida de triste muerte,  
gimió y sacó de lo hondo del pecho estas palabras:  
«¡Ay! ¡Demasiado, virgen, demasiado cruel  
castigo has pagado porque osaste hostigar a los teucros!  
Y no te ha valido el haber honrado a Diana a solas  
entre las zarzas, ni el haber llevado al hombro nuestra aljaba.  
Sin embargo, no te ha abandonado tu reina sin gloria  
en esta hora final de la muerte, ni sin fama quedará tu fin  
por los pueblos, ni sufrirás la infamia de no ser vengada.  
Pues quienquiera que ha profanado tu cuerpo con la herida  
lo pagará con merecida muerte.» Al pie de un alto monte se alzaba,  
enorme, la tumba de Derceno, antiguo rey laurente,  
bajo un montón de tierra cubierta por umbrosa encina;  
aquí se posa primero la bellísima diosa en rauda  
maniobra y de lo alto del túmulo vigila a Arrunte.  
Cuando lo vio con las armas brillando y henchido en vano:  
«¿Por qué -dice- te marchas a otra parte? Dirige aquí tus pasos,  
ven a morir aquí, de modo que recibas una digna recompensa  
de Camila. ¿No morirás tú por las flechas de Diana?»  
Dijo y sacó veloz saeta la tracia  
de la aljaba de oro y la tensó amenazante en el arco  
y mucho lo dobló hasta que se tocaron  
los curvos extremos y quedaban las manos a la misma altura,  
la izquierda en la punta de hierro, la derecha en la cuerda y el seno.  
Al punto escuchó Arrunte el estridor del dardo, y, a la vez,  
el aire silbando, y se clavó el hierro en su cuerpo.  
De él, moribundo y suspirando por última vez, se olvidaron  
los compañeros y lo dejaron en el ignoto polvo de los campos.  
Opis se deja llevar por sus alas al etéreo Olimpo.  
Al perder a su reina, huye el primero el escuadrón ligero de Camila,  
asustados huyen los rútilos, huye el bravo Atinas  
y los dispersos caudillos y los manípulos abandonados

buscan lo seguro, y, retirándose, huyen a caballo a las murallas.  
Y nadie hay ya capaz de enfrentarse a los teucros que acosan  
y les llevan la muerte, con flechas o cuerpo a cuerpo;  
llevan en los lánguidos hombros arcos flojos,  
y el casco de los cuadrúpedos bate a la carrera el llano polvoriento.  
Llega a los muros una negra nube de polvo  
removido y desde las torres las madres se golpean el pecho  
y lanzan a los astros del cielo un clamor de mujeres.  
Quienes, corriendo, irrumpieron los primeros por las puertas abiertas,  
a éstos les acosa la turba enemiga en formación confusa  
y no escapan de una muerte desgraciada, y en el mismo umbral,  
en las murallas de la patria junto al refugio de sus casas,  
entregan la vida, acribillados. Otros cerraron las puertas  
y no se atreven a abrir paso a sus amigos ni en las murallas  
a recibir a los que suplicaban, y se produce penosísima matanza  
de quienes defendían con armas los accesos y quienes contra las armas se lanzaban.  
Rechazados ante los propios ojos de sus padres llenos de lágrimas,  
caen unos rodando de cabeza en los fosos empujados  
por la aglomeración; otros, ciegos, a galope tendido  
se lanzan contra las puertas y los duros postes atrancados.  
Las propias madres en desesperado intento desde los muros  
(así se lo señala el verdadero amor a la patria, al ver a Camila)  
arrojan temblando dardos con sus manos y remedan el hierro  
con troncos de dura madera y palos afilados al fuego  
y se arrojan, y arden por ser las primeras en morir por su muralla.  
Entretanto la crudelísima noticia alcanza a Turno  
en los bosques y refiere Acca al joven el enorme desastre:  
deshechas las tropas de los volscos, muerta Camila,  
los enemigos se les echaban encima y con la ayuda de Marte  
con todo acababan y llevaban ya el miedo a las murallas.  
Él, fuera de sí (y así lo demanda la voluntad cruel de Júpiter),  
abandona el asedio de los montes, deja los ásperos bosques.  
Apenas había salido de su atalaya y ocupaba la llanura,  
cuando el padre Eneas entró en los desfiladeros libres  
y franquea las alturas y sale de la umbrosa selva.  
Ambos, así, se dirigen rápidamente a los muros  
con todo su ejército y no se llevan mucha ventaja;  
y a la vez Eneas vio a lo lejos el hervor  
del polvo de los campos y el ejército laurente,  
y al terrible Eneas reconoció Turno entre sus armas  
y escuchó el ruido de los pasos y el relinchar de los caballos.  
Y al punto entraran en combate e intentarían la lucha,

si no bañase ya el purpúreo Febo sus cansados caballos  
en el agua de Hiberia, y, al pasar el día, trajese la noche.  
Plantan ante la ciudad sus campamentos y atrincheran las murallas.

ENEIDA  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## LIBRO XII

Turno, aun cuando ve que ceden los latinos quebrantados por un Marte adverso, que se le exigen ahora las promesas, que a él se dirigen todos los ojos, arde implacable aún más y levanta su ánimo. Como el león aquel en los campos de Cartago que, tocado en el pecho por una grave herida de los cazadores, lanza entonces sus armas al ataque y se goza sacudiendo la abultada melena en su cerviz e impávido quiebra el dardo clavado del mercenario y ruge con la boca ensangrentada. No de otro modo crece la violencia en el fogoso Turno. Se dirige entonces así al rey y comienza sombrío de esta manera: «No hay duda ninguna en Turno, ni razón para que los Enéadas cobardes retiren su desafío o rechacen lo pactado. Parto para el combate. Cumple el rito, padre, y prepara la tregua. O con esta diestra mía enviaré al Tártaro al dardanio desertor de Asia (que se sienten y lo vean los latinos) y yo solo responderé con mi espada a la común ofensa, o que nos someta a su poder y reciba a Lavinia por esposa.» A él le respondió Latino con ánimo sosegado: «Oh, joven de valeroso corazón, cuanto tú destacas por tu fiereza, tanto más justo es que yo delibere y sopesé, prudente, todas las salidas. Tienes los reinos de tu padre Dauno, tienes muchas ciudades tomadas por la fuerza y tiene además Latino oro y coraje; hay en el Lacio otras muchas sin casar y en los campos laurentes, que no desmerecen por su linaje. Deja que cosas no fáciles de decir descubra sin engaños y graba ala vez esto en tu corazón: no me estaba permitido unir a mi hija con ninguno de los antiguos pretendientes, y así lo anunciaban todos los dioses y los hombres. Vencido por tu amor, vencido por la sangre emparentada y por las lágrimas de mi afligida esposa, rompí todos los vínculos;

dejé a mi yerno sin su prometida, empuñé armas impías.  
Ves por ello, Turno, qué azares a mí me persiguen  
y qué guerras, cuántas fatigas eres el primero en sufrir.  
Dos veces vencidos en un gran combate, defendemos apenas en la ciudad  
las esperanzas ítalas; se calientan de nuevo las aguas del Tíber  
con nuestra sangre y blanquean de huesos las grandes llanuras.  
¿A dónde me dejo llevar una y otra vez? ¿Qué locura me hace cambiar de idea?  
Si, desaparecido Turno, dispuesto estoy a aceptarlos por aliados,  
¿por qué no evito mejor el combate cuando aún vive?  
¿Qué dirán mis parientes rútuos, qué el resto  
de Italia si a la muerte (¡la fortuna desmienta mis palabras!)  
te entrego, pretendiente de mi hija y de nuestra boda?  
Estudia las alternativas de la guerra, ten piedad de tu anciano  
padre a quien hoy, afligido, separa de ti la lejana  
patria Árdea.» En modo alguno se abate la violencia de Turno  
con estas palabras; aumenta más aún y se agrava con la medicina.  
En cuanto pudo hablar, insistió de esta manera:  
«Todo ese afán de protegerme, te suplico, óptimo padre, ese afán  
depón y déjame sufrir la muerte a cambio de la gloria.  
También nosotros, oh padre, dardos y hierro no flojo lanzamos  
con la diestra, y de sus heridas mana igualmente la sangre.  
Él tendrá lejos a su divina madre, sin que cubrir pueda  
su huida con nube mujeril y ocultarse en sombras vanas.»  
Mas la reina, asustada de la nueva suerte del combate,  
lloraba y dispuesta a morir sujetaba al yerno ardiente:  
«Turno, yo a ti por estas lágrimas, por el nombre de Amata  
si es que te importa algo. Tú eres ahora su única esperanza,  
tú el descanso de su mísera vejez, en tus manos la honra y el poder  
de Latino, en ti se apoya toda mi casa vacilante.  
Esto sólo te pido: no acudas al combate con los teucros.  
Sea cual sea el resultado que te aguarda en ese duelo,  
también a mí, Turno, me aguarda; al tiempo dejaré  
esta odiada luz y no veré, cautiva, a Eneas de yerno.»  
Escuchó Lavinia las palabras de su madre entre lágrimas  
que regaban sus mejillas encendidas; un intenso rubor  
las hizo arder y corrió por su rostro caliente.  
Como si alguno mancha con púrpura de sangre  
el marfil de la India o como enrojecen los blancos lirios  
al mezclarse con muchas rosas, tal color presentaba el rostro de la muchacha.  
A él lo turba el amor y clava su mirada en la muchacha;  
arde más por las armas y con pocas palabras dice a Amata:  
«No, te ruego, no me persigas con lágrimas ni con agüero



tan fatal cuando me lanzo al encuentro del duro Marte,  
madre mía; pues Turno no puede demorar libremente su muerte.  
Tú, Idmón, sé mi mensajero y lleva al tirano frigio estas  
palabras mías que no han de placerle. Llevada en sus ruedas de púrpura  
en cuanto enrojezca en el cielo la Aurora de mañana,  
que no lleve a los teucros contra los rútilos; descansen las armas de rútilos  
y teucros, decidamos esta guerra con nuestra sangre  
y conquiste a su esposa Lavinia en aquel llano.»  
Luego que dijo esto y rápido se retiró a su tienda,  
pide sus caballos y goza viéndolos relinchar ante él;  
la propia Oritía los entregó como premio a Pilumno  
y ganaban a la nieve en blancura y en rapidez al viento.  
Los rodean sus atentos aurigas y con la palma de la mano  
acarician y palmean sus pechos y les peinan las crines del cuello.  
Él mismo después rodea sus hombros con la loriga  
rígida de oro y blanco oricalco y a la vez coloca en su sitio  
la espada y el escudo y las puntas de su roja cresta,  
la espada que el mismo dios señor del fuego había forjado  
para su padre Dauno metiéndola al rojo en las aguas estigias.  
Luego, ase con fuerza la pesada lanza que se alzaba  
apoyada a una columna en el centro de la sala,  
despojo del aurunco Áctor, y blandiéndola la hace vibrar  
al tiempo que grita: «Ahora, lanza mía que nunca has defraudado  
mis ruegos, ahora es el momento; antes el grandísimo Áctor  
y ahora te lleva de Turno la diestra; concédeme abatir su cuerpo  
y arrancar y destrozar con fuerte mano la loriga  
del frigio afeminado y manchar en el polvo sus cabellos  
rizados con el hierro caliente y empapados de mirra.»  
Con tal furia se agita y de toda la cara le saltan  
chispas encendidas, brilla el fuego en sus ojos salvajes,  
como lanza el toro al inicio de la lucha mugidos  
terribles o trata de llevar la ira a sus cuernos  
sacudiendo el tronco de un árbol y a los vientos desafía  
con sus embestidas o se prepara para pelear barriendo la arena.  
Entretanto no menos terrible con las armas de su madre  
aguzada Eneas su Marte y se inflama de ira,  
satisfecho de dirimir la guerra con el pacto propuesto.  
Conforta entonces a sus compañeros y el miedo del afligido Julo  
haciéndoles ver el destino, y ordena llevar respuesta cierta  
al rey Latino y que los mensajeros le presenten condiciones de paz.  
Nació el día siguiente y apenas regaba con su luz  
las cumbres de los montes, cuando primero se alzan del profundo abismo

los caballos del Sol y luz respiran por las narices abiertas.  
Bajo las murallas de la gran ciudad midiendo el campo  
para el duelo los rútilos y los hombres de Troya disponían  
hogares en el centro, y para los dioses comunes altares  
de hierba. Otros portaban agua y fuego cubiertos con la falda  
de franjas de púrpura y ceñidas las sienes de verbena.  
Avanza la legión de los ausónidas y a puertas llenas  
se derraman los escuadrones armados. Acude luego todo  
el ejército troyano y el tirreno con armas diversas,  
cubiertos de hierro no de otro modo que si les convocase  
la fiera cita de Marte. Y entre tantos miles dan vueltas  
los propios caudillos, soberbios de púrpura y oro:  
Mnesteo del linaje de Asáraco y el fuerte Asilas  
y Mesapo domador de caballos, prole de Neptuno.  
Y cuando, al darse la señal, cada cual ocupó su sitio,  
clavan en tierra las lanzas y apoyan los escudos.  
Entonces acudieron con ansia las madres y el pueblo inerme  
y los ancianos sin fuerzas ocuparon las torres y las azoteas  
de las casas; otros se colocan en lo alto de las puertas.  
Mas Juno (¡ay!) desde lo alto de un monte (que hoy Albano  
se llama: no tenía entonces ni nombre, ni culto, ni fama)  
vigilaba observando la llanura y ambas  
líneas de laurentes y troyanos y la ciudad de Latino.  
Al punto así habló a la hermana de Turno,  
una diosa a otra diosa, que preside los pantanos y los ríos  
sonoros (a ella Júpiter, el alto rey del éter,  
le concedió este honor al arrancarle la virginidad):  
«Ninfa, gloria de los ríos, gratísima a nuestro corazón,  
sabes cómo a ti sola entre todas las latinas cuantas  
subieron al ingrato lecho del generoso Júpiter  
te he preferido y te he dado con gusto un lugar en el cielo.  
Aprende, Yuturna, y no me acuses, tu propio dolor.  
Hasta donde Fortuna parecía consentir y las Parcas dejaban  
que las cosas fueran bien para el Lacio, he protegido a Turno y tus murallas.  
Ahora veo que el joven se enfrenta a hados desiguales  
y se acerca el día de las Parcas y la fuerza enemiga.  
No puedo contemplar este duelo con mis ojos, ni el pacto.  
Tú, si te atreves a algo más eficaz por tu hermano,  
adelante, puedes hacerlo. Quizá días mejores aguardan a los desgraciados.»  
Apenas acabó cuando Yuturna se deshizo en lágrimas  
y tres y cuatro veces golpeó su hermoso pecho con la mano.  
«No es hora ésta de lágrimas -dice Juno Saturnia-.

Date prisa y, si hay algún medio, salva a tu hermano de la muerte;  
o provoca tú misma la guerra y rompe el pacto conseguido.  
Inspiro yo tu atrevimiento.» Exhortándola así la deja  
indecisa y con el ánimo turbado por triste herida.  
Llegan entretanto los reyes y Latino sobre su carro  
de cuatro caballos impresionante (le ciñen  
las sienes brillantes doce rayos de oro,  
emblema del Sol, su abuelo), va Turno sobre su biga blanca,  
agitando con la mano dos astiles de ancho hierro.  
Luego el padre Eneas, origen de la estirpe romana,  
ardiente con su escudo de estrellas y sus armas celestes  
y Ascanio a su lado, segunda esperanza de la gran Roma,  
salen del campamento, y el sacerdote vestido de blanco puro  
llevó una cría de la erizada cerda y una oveja  
intonsa y acercó los animales a los altares encendidos.  
Aquéllos, con los ojos vueltos hacia el sol naciente,  
ofrecen harina salada con las manos y marcan con el hierro  
las sienes de los animales, y liban con las páteras los altares.  
Entonces Eneas piadoso reza de este modo con la espada enhiesta:  
«Sé ahora, Sol, mi testigo en esta invocación junto con la tierra  
por la que soportar he podido tantas fatigas,  
y el padre todopoderoso y tú, su Saturnia esposa  
(más favorable ya por fin, te suplico), y tú, ínclito Marte,  
que toda guerra pliegas, padre, a tu voluntad;  
a las fuentes y a los ríos invoco y a todas las divinidades  
del alto éter y a todos los poderes divinos del mar cerúleo:  
si acaso la victoria cae del lado del ausonio Turno,  
acordado queda que los vencidos se retiren a la ciudad de Evandro,  
Julo dejará los campos y nunca más empuñarán sus armas,  
rebeldes, los Enéadas ni desafiarán a estos reinos con la espada.  
Si, por el contrario, sonrío la Victoria a nuestro Marte  
(como creo mejor y mejor con su numen lo confirmen los dioses),  
no haré yo que los ítalos obedezcan a los teucros  
ni pido el reino para mí: ambos pueblos, invictos,  
se pongan bajo leyes iguales en eterno pacto.  
Ritos y dioses les daré; tenga sus armas Latino, mi suegro,  
y su dominio soberano mi suegro: para mí levantarán  
los teucros murallas y Lavinia dará su nombre a la ciudad.»  
Así Eneas el primero, así le sigue después Latino  
mirando hacia el cielo y tiende su diestra a las estrellas:  
«Yo por lo mismo juro, Eneas, por la tierra, el mar, las estrellas  
y la doble estirpe de Latona y Jano bifronte,

y el poder de los dioses infernales y los sagrarios del severo Dite;  
escuche esto el padre que con su rayo sanciona los pactos.  
Toco los altares y llamo entre vosotros por testigos a fuegos y dioses:  
ningún día habrá de romper a los ítalos esta paz y este pacto,  
salgan como salgan las cosas; ni a mí, que así lo quiero, me moverá  
fuerza alguna, no, aunque por medio de un diluvio pueda  
confundir la tierra con las aguas y hacer que caiga el cielo hasta el Tártaro,  
igual que este cetro (pues por caso llevaba el cetro en la diestra)  
nunca echará ramas de leve fronda ni sombras,  
puesto que fue arrancado un día en las selvas desde la raíz  
y carece de madre y perdió por el hierro su cabello y sus brazos;  
árbol un tiempo, hoy la mano del orfebre lo encerró entre adornos  
de bronce y lo entregó a los padres latinos para que lo llevarsen.»  
Con tales palabras confirmaban entre ellos su pacto  
ante la general contemplación de los próceres. Luego, según el rito  
consagradas degüellan ante el fuego las víctimas y vivas les arrancan  
las vísceras, y colman los altares de fuentes rebosantes.  
Pero a los rútuos ese duelo desigual les parecía  
ya y sentimientos diversos se mezclaban en sus pechos,  
y más aún cuando les ven llegar no iguales en fuerzas.  
A ello contribuye el caminar con paso callado de Turno  
venerando suplicante el altar con los ojos bajos,  
así como sus juveniles mejillas y la palidez del cuerpo del joven.  
En cuanto su hermana Yturna vio que se extendían  
los murmullos y que cambiaba el lábil parecer del pueblo.  
entre los soldados simulando el aspecto de Camerte,  
que desde los antepasados tenía una estirpe gloriosa y era famoso  
el renombre del valor de su padre, valerosísimo él también con las armas,  
se mete entre los soldados, sabedora de las condiciones,  
y siembra rumores diversos, y dice de este modo:  
«¿No os da vergüenza, rútuos, ofrecer una sola vida  
a cambio de tantas tan valiosas? ¿Es que no somos iguales  
en número o fuerzas? Vaya, no son más que arcadios y troyanos  
y el escuadrón del destino, la Etruria hostil a Turno:  
apenas tenemos enemigos, si combatimos uno a uno.  
Él en verdad seguirá a los dioses, ante cuyos altares  
se ofrece, en fama, y vivo andará de boca en boca;  
nosotros perderemos la patria y a obedecer a amos orgullosos  
nos veremos obligados, ya que ahora nos sentamos tranquilos por los campos.»  
Se encendió la opinión de los jóvenes con tales palabras  
más y más aún y serpea la agitación entre los soldados;  
los mismos laurentes cambiaron y los mismos latinos.

Quienes ya ansiaban el descanso en el combate y de la patria la salvación quieren ahora armas, y piden que se rompa el pacto y lamentan la inicua suerte de Turno.  
Otra cosa aún mayor añade a esto Yuturna, y envía del alto cielo una señal, la más eficaz en turbar el corazón de los ítalos y en engañarles con su visión. Pues surcando el rojo cielo, el águila leonada de Jove perseguía a las aves de la ribera y a la ruidosa turba del alígero ejército, cuando, de pronto, cae hasta las olas y se lleva feroz en sus garras un bellissimo cisne. Concentraron su atención los ítalos, y todos los pájaros abandonan entre graznidos su huida (asombrosa visión) y oscurecen el éter con sus alas y acosan por las auras a su enemigo formando una nube, hasta que se rindió vencida por la fuerza y el peso de la carga y dejó escapar el águila la presa de sus garras al río y a lo lejos se perdió entre las nubes. Saludan entonces los rútuos con gritos el augurio y aprestan sus brazos y el primero el augur Tolumnio dice: «Esto era, esto, lo que yo tantas veces he pedido. Siento y reconozco a los dioses; bajo mi guía, desgraciados, corred alas armas, que un extranjero feroz con la guerra os espanta como a débiles aves, y por la fuerza arrasa vuestras costas. Escapará él también y llevará sus velas bien lejos. Vosotros, cerrad filas como un solo hombre y defended peleando al rey que se os ha arrebatado.» Dijo, y abalanzándose disparó su dardo contra los enemigos que tenía enfrente; lanza el cornejo su estridente silbido y corta certero el aire. Al punto sigue a esto un gran clamor, y todas las filas se agitaron y se inflamaron los corazones con el tumulto. Enfrente justo se encontraban los bellísimos cuerpos de nueve hermanos, tantos cuantos leal esposa tirrena diera, ella sola, al arcadio Galipo. Vuela la lanza y atraviesa a uno de ellos por donde se pega al vientre el cosido cinturón y muerde la fíbula las correas del costado, al joven de hermosa figura y relucientes armas le traspasa las costillas y lo tumba en la rubia arena. Y sus hermanos, falange ya animosa ahora de dolor inflamada, empuñan unos las espadas y otros el hierro volador arrebatan y ciegos se lanzan. Acuden a su encuentro las tropas de laurentes y en seguida se desbordan apretados los troyanos y los agilinos y los arcadios de pintadas armas; así, igual ansia se apodera de todos por decidir con el hierro.

Saquearon los altares, vuela por todo el cielo agitada  
tempestad de dardos y estalla una tormenta de hierro,  
retiran las crateras y los fuegos. Huye el propio Latino  
llevándose de nuevo los dioses ofendidos por la ruptura del pacto.  
Preparan otros los carros o ponen sus cuerpos de un salto  
sobre los caballos y aparecen con las espadas enhiestas.  
Mesapo, ansioso por desbaratar el pacto, al rey tirreno  
Aulestes, que portaba su insignia de rey,  
aterra enfrentándosele a caballo; cae éste al retirarse  
y rueda, desgraciado, de cabeza y hombros con las aras  
que tenía a la espalda. Mas enardecido vuela hasta él con su lanza  
Mesapo y con ella, como una viga, lo hiere gravemente  
desde lo alto del caballo, aunque mucho suplicaba, y así dice:  
« ¡Ya lo tiene! Es ésta la mejor víctima ofrecida a los grandes dioses.»  
Acuden los ítalos y despojan los miembros calientes.  
Al ataque, arranca Corineo del ara un tizón quemado  
y a Ebiso que corría preparando su golpe  
le llena la cara de llamas: prendió su barba enorme  
y olió al arder. Le sigue aún aquél  
y agarra con la izquierda la cabellera del turbado enemigo  
y le hace morder el polvo poniéndole encima la rodilla;  
de esta guisa hiere con la rígida espada el costado. Podalirio a Also,  
un pastor que irrumpía en primera fila entre los dardos,  
persiguiéndole le da alcance con la espada desnuda. Mas él, blandiendo  
la segur, abre por la mitad la frente y el mentón del adversario  
y riega en gran extensión las armas con la sangre esparcida.  
Un duro descanso cayó sobre sus ojos y un sueño  
de hierro, se oculta su luz para una noche eterna.  
El piadoso Eneas, por su parte, tendía su diestra inerme  
con la cabeza descubierta y llamaba a gritos a los suyos:  
«¿A dónde corréis? ¿De dónde nace esta repentina discordia? ¡  
Reprimid, ay, vuestra ira! Acordado está ya el pacto  
y fijadas todas sus leyes. Mío sólo es el derecho a combatir,  
dejadme y alejad el miedo. Yo firmaré pactos  
firmes con mi mano; estas víctimas me deben ya a Turno.»  
En medio de estas palabras, entre razones tales,  
he aquí que hasta el héroe se escapó una flecha de alas estridentes  
sin que se sepa qué mano la lanzó, con qué impulso voló,  
quién brindó a los rútilos, si un dios o el azar,  
gloria tan grande; en secreto quedó la fama de la hazaña  
y nadie se jactó de la herida de Eneas.  
Turno, al ver que Eneas se retiraba de la formación

y a sus jefes turbados, arde inflamado por súbita esperanza;  
reclama sus caballos y a la vez las armas, y sube orgulloso  
de un salto al carro y sacude con las manos las riendas.  
Pensando en muchas cosas entrega a la muerte a valientes guerreros.  
Arrolla a muchos, medio muertos: o devora las filas  
con su carro o arroja a los que huyen lanzas robadas.  
Cual sanguinario Marte cuando junto a las aguas  
del gélido Hebro, agitado, golpea su escudo y los salvajes  
caballos lanza al galope, a guerra tocando, y ellos a campo abierto  
vuelan más que los Notos y el Céfiro, gimen los confines  
de Tracia bajo el golpe de sus cascos y alrededor se agitan  
los fantasmas del negro Terror, de la Ira y la Insidia, séquito del dios:  
así azuza Turno, impetuoso, en medio del combate  
sus caballos humeantes de sudor, saltando sobre los enemigos  
muertos sin piedad; el rápido casco salpica rocíos  
de sangre y pisa una arena ensangrentada.  
Y entregó ya a la muerte a Esténelo y a Támico y a Folo,  
a éste de cerca y a éste, al otro de lejos; de lejos a ambos  
Imbrásidas, a Glauco y a Lades, a los que Ímbraso mismo  
había criado en Licia y había adornado con armas iguales  
para llegar a las manos o para ganar a caballo a los vientos.  
En parte distinta se mete en el centro del combate Eumedes,  
prole preclara en la guerra del antiguo Dolón  
que llevaba al abuelo en el nombre y al padre en el arrojito y las manos;  
éste un día como llegara a espiar al campamento de los dánaos,  
osó reclamar para sí en recompensa el carro del Pelida,  
y le pagó el Tidida con premio bien distinto  
por tal hazaña y no aspira ya a los caballos de Aquiles.  
Cuando Turno lo divisó a lo lejos en campo abierto,  
persiguiéndole antes con la lanza ligera largo trecho,  
detiene su pareja de caballos y salta del carro y se lanza  
sobre él, caído ya sin aliento, y pisándole el cuello con el pie  
le arranca la espada de la diestra y le clava su brillo  
hasta el fondo en la garganta y añade además:  
«¡Aquí tienes, troyano, los campos y la Hesperia que buscaste  
con la guerra! ¡Mídelos con tu cuerpo! Estos premios reciben  
quienes osan probarme con la espada. Así levantan sus murallas.»  
Con la punta de su lanza hace que le acompañe Asbistes,  
y Clóreo y Síbaris y Dares y Tersíloco  
y, resbalando del lomo de su caballo montaraz, Timetes.  
Y como el aliento del Bóreas edonio cuando silba  
en lo profundo del Egeo y persigue a las olas hasta la playa;

por donde cayeron los vientos se escapan las nubes al cielo:  
así ante Turno, allí donde se abre camino, ceden los escuadrones,  
corren revueltas las filas; su propio ímpetu lo lleva  
y al correr del carro agita la brisa su penacho volador.  
No aguantó Fegeo sus amenazas ni el rugir de su ánimo  
y se lanzó contra el carro y torció con la diestra los hocicos  
espumantes por los frenos de los caballos lanzados al galope.  
Mientras lo arrastran y cuelga del yugo, indefenso, lo alcanza  
una ancha lanza que se clava y desgarran la loriga  
de doble malla y llega a probar el cuerpo con una herida.  
Él, sin embargo, iba vuelto hacia el enemigo cubierto  
con su escudo y trata de defenderse sacando la espada  
cuando una rueda y el eje lanzado a la carrera lo empujaron  
y lo lanzaron de cabeza al suelo y Turno, alcanzándole  
entre el final del casco y el borde superior de la coraza,  
la cabeza le quitó con la espada y dejó su tronco en la arena.  
Y mientras, vencedor, tanta muerte causa Turno por los campos,  
Mnesteo entretanto y el fiel Acates y Ascanio  
con ellos se llevaron al campamento ensangrentado a Eneas,  
que cada dos pasos se apoyaba en su larga lanza.  
Su enfurece y se empeña en arrancar el dardo  
de la caña quebrada y pide como remedio el camino más rápido,  
que corten la herida con la hoja de la espada y abran del todo  
el escondite de la flecha y lo manden de nuevo al combate.  
Y estaba ya a su lado aquel que Febo amaba más que a los demás,  
el Yásida Yápige, a quien un día, cautivo de violento amor,  
Apolo mismo, satisfecho, sus propias artes y sus atributos  
le ofrecía, el augurio, la cítara y las rápidas flechas.  
Él, para prolongar la vida del padre moribundo,  
prefirió conocer los poderes de las hierbas y su uso  
para curar y practicar sin gloria un arte callado.  
Estaba Eneas de pie gritando amargamente apoyado en enorme  
lanza, en presencia de muchos jóvenes y de Julo  
afligido, inmóvil a las lágrimas. El viejo, ceñido,  
con el manto recogido a la manera peonia,  
con el poder de su mano y la fuerza de las hierbas de Febo  
mucho se afana en vano, en vano mueve el dardo  
con la diestra y agarra el hierro con tenaz pinza.  
Ninguna Fortuna gobierna su camino, en nada le asiste Apolo  
su protector y un cruel espanto se hace más y más intenso  
en la llanura y más se acerca la desgracia. Ya ven que se forma  
en el cielo una nube de polvo: están llegando los jinetes y una lluvia de dardos



cae en el corazón del campamento. Sube al éter un triste clamor  
de jóvenes combatientes que caen bajo un Marte severo.  
Venus entonces, conmovida como madre por el indigno dolor  
de su hijo, recoge el díctamo en el Ida cretense,  
el tallo de hojas rugosas que en una flor acaba  
de púrpura; no desconocen esta hierba las cabras  
agrestes cuando se clavan en su lomo las flechas voladoras.  
Venus, con la figura escondida en una oscura nube,  
lo trajo y con él tiñe el agua vertida en un brillante  
cuenco, curando en secreto, y la riega con los jugos  
de la salutífera ambrosía y con la pánace olorosa.  
Fomenta con este brebaje la herida el longevo Yápige,  
sin saberlo, y de pronto escapa de su cuerpo  
todo dolor, dejó de manar sangre la herida profunda.  
Y salió al fin la flecha siguiendo sin que nadie la forzase  
la mano y volvieron de nuevo a su sitio las antiguas fuerzas.  
«Rápido, las armas del héroe. ¿Por qué estáis parados?» exclama  
Yápige y enciende el primero los ánimos contra el enemigo.  
«No salen estas cosas de humanos recursos ni de un arte  
magistral, y no es mía, Eneas, la mano que te cura.  
Alguien mayor lo hace y un dios, de nuevo, te envía a empresas mayores.»  
Él, ávido de combate, había encerrado en oro sus piernas  
por una y otra parte, y detesta el retraso y vibra su lanza.  
Luego que ajusta el escudo al costado y la loriga a la espalda,  
abrazo a Ascanio rodeado por completo de armas  
y besándole suavemente a través del yelmo, le dice:  
«Aprende de mí, muchacho, el valor y el esfuerzo verdadero,  
y de otros la fortuna. Ahora mi diestra te dará  
protección en la guerra y te conducirá entre grandes trofeos.  
Tú, en cuanto haya madurado tu edad, procura  
recordarlo y, repitiéndote en el corazón los ejemplos de los tuyos,  
te inciten tu padre Eneas y Héctor, tu tío.»  
Después de pronunciar estas palabras, se lanzó enorme por la puerta  
blandiendo en su mano pesada lanza; a la vez en apretadas filas  
corren Anteo y Mnesteo y toda la turba sale  
del campamento abandonado. Se cubre entonces el llano  
de un polvo cegador y tiembla la tierra sacudida por sus pasos.  
Los vio Turno llegar desde el opuesto terraplén,  
lo vieron los ausonios y corrió por dentro de sus huesos  
helado temblor; antes que ninguno de los latinos Yuturna  
escuchó y reconoció el alboroto y huyó despavorida.  
Vuela Eneas y arrastra negra columna en campo abierto.

Cual la nube cuando, desatada la tormenta, avanza  
por el mar hacia tierra (los corazones, ay, de los desgraciados campesinos  
lo presienten de lejos y se estremecen: abatirá sus árboles  
y arrasará sus sembrados, todo arramblará en gran extensión);  
vuelan por delante y llevan su bramido a la playa los vientos.  
Tal conduce su ejército el caudillo reteo  
contra el enemigo y todos se agrupan en apretadas  
cuñas. Hiere Timbreo con la espada al grande Osiris,  
Mnesteo mata a Arcetio y a Epulón Acates  
y a Ufente Gías; cae también Tolumnio el augur,  
el primero que lanzara su dardo contra los enemigos.  
Álzase el clamor hasta el cielo y a su vez rechazados  
por los campos los rútilos dan la espalda en polvorienta fuga,  
y Eneas no se digna en abatir de muerte a los que huyen  
ni a quienes le hacen frente a pie firme ataca ni a los que lanzan  
sus dardos: dando vueltas por la densa calígene  
busca sólo a Turno, sólo a él le exige el duelo.  
Agitada por esta inquietud en su corazón, la virago Yuturna  
a Metisco, el auriga de Turno, en medio de sus riendas,  
lo lanza fuera, y apartado del timón lo deja lejos;  
se pone ella misma y lleva en sus manos las ondulantes correas  
todo simulando, la voz, el cuerpo y las armas de Metisco.  
Como cuando por las grandes salas de un rico señor  
vuela y con sus alas recorre los patios profundos la negra golondrina,  
capturando pequeñas presas y alimento para los gárrulos nidos,  
y ya por los pórticos vacíos, ya alrededor de los estanques  
húmedos suena: así Yuturna entre los enemigos  
avanza con sus caballos y a todo se enfrenta volando en el rápido carro  
y aquí y allá deja ver a su hermano en triunfo  
sin permitirle combatir, y vuela lejos sin rumbo definido.  
Eneas, no menos, recorre en su persecución las torcidas vueltas  
y persigue al héroe y entre las formaciones deshechas con gran  
voz le llama. Cuantas veces echó la vista al enemigo  
e intentó a la carrera la fuga de los alados caballos,  
tantas veces Yuturna dio la vuelta y cambió la dirección del carro.  
¡Ay! ¿Qué puede hacer? En vano fluctúa en olas cambiantes  
y diversos afanes su atención reclaman a partes distintas.  
Y así Mesapo, veloz en la carrera, que en la izquierda  
llevaba por caso dos pesadas lanzas de punta de hierro,  
blandiendo una de ellas se la arrojó con golpe certero.  
Se detuvo Eneas, y, poniéndose de rodillas,  
se protegió con sus armas; mas la lanza veloz aún le arrancó

la punta del yelmo y lo dejó sin los penachos más altos.  
Crecen entonces las iras y, empujado por las trampas  
cuando advirtió que se alejaban los caballos y se llevaban el carro,  
invocando profundamente a Júpiter y las aras del pacto violado,  
se lanza ya por fin al centro y con Marte propicio  
provoca terrible espantosa matanza sin distinción  
alguna y libera todas las riendas de su enojo.  
¿Qué dios podrá ahora explicarme con versos tanta desgracia?  
¿Quién las diversas matanzas y la muerte de los jefes a quienes por uno  
y otro lado en toda la llanura persigue ya Turno, ya el héroe  
troyano? ¿Te plugo que se enfrentaran con tan gran tumulto,  
Júpiter, pueblos que debían vivir bajo una paz eterna?  
Eneas al rútilo Sucrón (primer encuentro que detuvo  
en su lugar a los teucros que huían) sin gran resistencia  
lo ataca de costado, y, por donde más veloces son los hados, la espada  
cruel le traspasó las costillas y la reja del pecho.  
Turno a Amico, caído del caballo, y a su hermano Diores,  
haciéndoles frente a pie, a uno según venía con la larga punta  
y al otro con la espada les hiere, y cuelga del carro  
las dos cabezas cortadas y las lleva chorreando sangre.  
Eneas envía a la muerte á Talos y Tanais y al fuerte Cetego  
los tres en un solo encuentro, y al triste Onites,  
nombre equionio, del linaje de su madre Peridía.  
El otro a los hermanos llegados de Licia y de los campos de Apolo  
y a Menetes, el joven que en vano odió las guerras,  
arcadio, que tenía su trabajo junto a las aguas de Lerna  
rica en peces y su humilde morada sin conocer los deberes  
de los poderosos, y sembraba su padre una tierra arrendada.  
Y como fuegos encendidos por partes diversas  
en una selva árida o en crepitantes ramas de laurel,  
o cuando en rápida carrera de lo alto de los montes  
caen resonando espúmeos torrentes y corren al mar  
y arrasa cada uno su camino: así de impetuosos  
ambos, Turno y Eneas, se lanzan al combate; ya, ya  
arde la ira por dentro y estallan los pechos que no conocen  
la derrota, ya se busca la herida con todas las fuerzas.  
Éste a Murrano, orgulloso de sus mayores y de los nombres  
antiguos de sus abuelos y de su estirpe, que toda bajaba de los reyes latinos,  
lo lanza de cabeza con una piedra y el torbellino  
de una enorme roca y lo tumba en el suelo; lo arrollaron las ruedas  
entre los yugos y las correas, y con repetida pisada le golpea  
encima el casco veloz de los caballos, olvidados de su dueño.

El otro sale al encuentro de Hilo que se le echaba encima  
gritando a grandes voces y apunta su tiro a las sienas doradas;  
la lanza se le quedó clavada en el cerebro a través del casco.  
Y a ti tampoco, Créteo, el más valiente de los griegos, tu diestra  
te libró de Turno, ni protegieron sus dioses a Cupenco  
de la llegada de Eneas; colocó su pecho en el camino  
de hierro y de nada le valió al pobre su escudo de bronce.  
A ti también, Éolo, te vieron las llanuras laurentes  
sucumbir y cubrir mucho suelo con tu espalda.  
Caes, y no pudieron las falanges argivas tumbarte  
ni el que acabó con los reinos de Príamo, Aquiles;  
aquí estaba la meta de tu muerte: tu alta casa al pie del Ida,  
de Lirneso tu alta casa, en el suelo laurente tu sepulcro.  
Todas las líneas se enfrentaron ya y todos los latinos,  
todos los Dardánidas, Mnesteo y el fiero Seresto  
y Mesapo domador de caballos y el fuerte Asilas  
y la falange de los etruscos y los escuadrones arcadios de Evandro;  
se empeñan por sí cada uno los soldados en el supremo esfuerzo,  
sin dilación ni reposo contienden en vasto combate.  
En este punto su bellísima madre inspiró a Eneas el pensamiento  
de ir hacia los muros y dirigir a la ciudad su ejército  
con rapidez y golpear a los latinos con repentina derrota.  
Él según va siguiendo a Turno entre tropas diversas  
aquí y allá dando vueltas al campo, ve la ciudad  
inmune ante guerra tan grande e impunemente tranquila.  
Al momento le encendió la imagen de una guerra mayor:  
llama a Mnesteo y a Sergesto y al fiero Seresto,  
sus jefes, y toma un altozano a donde acude el resto  
de la legión de los teucros, codo con codo, sin deponer las armas  
ni los escudos. De pie en el centro, en lo alto del montículo habla:  
«No haya retraso alguno tras mis palabras, Júpiter está de nuestro lado:  
así que nadie me vaya más lento por lo repentino de la acción.  
Hoy la ciudad causa de la guerra, corazón del reino de Latino,  
a menos que acepten recibir el yugo y someterse vencidos,  
la voy a destruir y pondré a ras de suelo sus tejados humeantes.  
¿Acaso he de esperar que le venga bien a Turno  
batirse conmigo y quiera, aun vencido, atacar de nuevo?  
Ésta es la cabeza, ciudadanos, éste el eje de una guerra nefanda.  
A las antorchas, rápido. Vamos a vindicar el pacto con fuego.»  
Había dicho, y todos con igual ánimo por combatir  
forman una cuña y como densa mole se dirigen a los muros;  
aparecieron de pronto las escalas y repentinamente el fuego.

Corren unos a las puertas y matan a los primeros,  
otros disparan sus armas y oscurecen el cielo de flechas.  
Eneas también, entre los primeros, al pie de los muros tiende  
su diestra y acusa a grandes voces a Latino  
y reclama el testimonio de los dioses de verse de nuevo forzado a combatir,  
dos veces ya los ítalos enemigos, segunda vez que rompen el pacto.  
Nace la discordia entre los atribulados ciudadanos;  
abrir la ciudad ordenan unos y ofrecer las puertas abiertas  
a los Dardánidas y hay quien trae al propio rey hasta los muros.  
Otros empuñan las armas y prosiguen la defensa de la muralla,  
encerrados como cuando a las abejas azuzó el pastor en la toba  
llena de escondrijos y la llenó de humo insoportable;  
ellas dentro, nerviosas por su suerte, por su campamento de cera  
discurren y encienden su encono con gran estruendo;  
se agita el negro olor por el lugar y resuenan entonces  
las piedras por dentro en ciego murmullo, escapa el humo al aire libre.  
Acaeció, además, a los latinos exhaustos esta desgracia,  
que sacudió con el duelo desde su base a la ciudad entera.  
La reina cuando vio al enemigo llegando a las casas,  
que escalaban los muros, que el fuego volaba a los tejados  
sin que tropa alguna de los rútilos les saliera al paso, ni de Turno,  
pensó la infeliz que el joven, en algún avatar del combate,  
había sucumbido y turbada de pronto su mente por el dolor  
grita que ella es la causa, la culpa y el origen de estos males,  
y tras decir muchas locuras, fuera de sí de pena,  
resuelta a morir con su mano rasga el manto purpúreo  
y ata en una alta viga el nudo de una muerte infame.  
Luego que las desgraciadas latinas se enteraron de este desastre,  
se ensañó la primera la hija Lavinia con sus cabellos de oro  
y sus mejillas de oro y enloqueció en su torno  
todo el resto del grupo, resuenan los alaridos por toda la casa.  
De aquí se extiende por toda la ciudad funesta la noticia;  
se abaten los ánimos, va Latino con las vestiduras rasgadas,  
atónito ante el sino de su esposa y la ruina de su ciudad,  
manchando de sucio polvo sus canas desatadas.  
Alejado entretanto en el campo de batalla el belicoso Turno  
persigue, ya menos confiado, a unos cuantos dispersos,  
menos contento cada vez del trotar de sus caballos.  
La brisa le llevó todos estos gritos confundidos  
con ciegos terrores y llegó hasta sus tensos oídos  
el sonido de una ciudad convulsionada y el siniestro murmullo.  
«¡Ay de mí! ¿Qué duelo tan grande sacude las murallas?

¿Por qué esos gritos de todos los rincones de la ciudad?»  
Así dice y se detiene, fuera de sí, tirando de las riendas.  
Y su hermana, según iba transformada en el auriga  
Metisco y gobernaba carro, caballos y riendas,  
se le dirige con estas palabras: «Sigamos por aquí, Turno,  
a los de Troya, por donde ya se nos abren las puertas de la victoria;  
otros hay que pueden defender con su brazo las casas.  
Eneas ataca a los ítalos y traba combates,  
infiljamos también nosotros con mano cruel muertes a los teucros.  
Ni saldrás del combate con menos víctimas ni con menos gloria.»  
Turno a eso:  
«¡Ay, hermana! Hace tiempo te reconocí, cuando con tus mañas  
conturbaste la primera el pacto y te entregaste a esta guerra,  
y en vano pretendes ahora no ser una diosa. Mas, ¿quién del Olimpo  
sacándote quiso que soportaras fatigas tan grandes?  
¿Tal vez para que vieras la muerte cruel de tu pobre hermano?  
¿Qué me queda, pues, o qué Fortuna puede ya salvarme?  
He visto ante mis propios ojos llamarme con su voz  
a Murrano -y nadie para mí más querido que él-,  
cómo inmenso caía vencido por inmensa herida.  
Cayó el desgraciado Ufente para no ser testigo  
de nuestro deshonor; son los teucros señores de su cuerpo y armas.  
¿He de tolerar que arrasen las casas (lo único ya  
que nos faltaba) sin desmentir con mi diestra las palabras de Drances?  
¿Volveré la espalda y ha de ver esta tierra cómo huye Turno?  
¿Hasta ese punto es morir una desgracia? Sedme propicios,  
Manes míos, que se me han vuelto en contra los dioses del cielo.  
Alma pura descenderé hasta vosotros sin conocer esa culpa,  
jamás indigno de la grandeza de mis antepasados.»  
Apenas había acabado de hablar: he aquí que vuela entre los enemigos  
Saces sobre espumante caballo herido de frente  
en la cara por una flecha y cae implorando a Turno por su nombre:  
«Turno, en ti la última esperanza, ten piedad de los tuyos.  
Nos fulmina Eneas con sus armas y con abatir amenaza  
las fortalezas más altas de los ítalos y exterminarlos,  
y ya vuelan las teas a los tejados. Hacia ti los latinos dirigen  
sus rostros, hacia ti sus ojos; duda hasta el rey Latino  
a quién llamar yerno o a qué pacto plegarse.  
Y además la reina, quien más en ti confiaba, con su propia  
mano se ha dado muerte y ha huido asustada de la luz.  
Solos ante las puertas Mesapo y el fiero Atinas  
resisten el asalto. En su torno de uno y otro lado falanges

se alzan apretadas y se eriza un campo de espigas de hierro  
con los filos de punta, y tú dando vueltas por la hierba desierta con tu carro.»  
Quedóse Turno atónito confundido por la imagen varia  
de los acontecimientos y se quedó, fija la mirada, en silencio;  
una gran vergüenza y la locura que se mezcla con el duelo arden en un solo corazón  
y un amor sacudido por la furia y un valor consciente.  
En cuanto se apartaron las sombras y la luz volvió a su cabeza,  
dirigió a las murallas los círculos ardientes de sus ojos,  
agitado, y contempló la gran ciudad desde su carro.  
Y hete aquí que ondeaba en el cielo un remolino de llamas  
agitándose entre los tablones y envolviendo la torre,  
esa torre que él mismo había levantado de compacto armazón,  
y le había puesto ruedas por debajo y altos puentes por arriba.  
«Ya hermana, ya me vence mi destino; deja de entretenerme.  
Marchemos a donde el dios me llama y la Fortuna fiera.  
Establecido está que me bata con Eneas; lo está, aunque amargo sea,  
que me conforme con la muerte y no me verás, hermana, por más tiempo  
sin gloria. Déjame antes, te ruego, desfogar mi furia.»  
Dijo, y rápido dio un salto del carro al campo  
y entre los enemigos se lanza y los dardos y a su hermana afligida  
deja y rompe el centro de las líneas con rápida carrera.  
Y como una roca cuando se precipita de la cima del monte  
y cae arrancada por el viento o un temporal de lluvia  
la arrastró o la dejó caer el peso de sus años;  
avanza por el abismo el terrible monte con gran impulso  
y salta en el suelo, bosque, ganados y hombres  
arrastrando consigo: por las filas deshechas así corre  
Turno hacia los muros de la ciudad donde copiosa la tierra  
está empapada de la sangre vertida y rechina el aire de flechas,  
y hace una señal con la mano y dice a la vez a grandes voces:  
«Dejadlo ya, rútilos, y contened vosotros vuestros dardos, latinos.  
Sea cual sea la fortuna, mía es; más justo es que yo sólo  
cumpla el pacto por vosotros y lo resuelva con mi espada.»  
Todos se apartaron y le hicieron un sitio en el centro.  
Mas el padre Eneas, al escuchar el nombre de Turno,  
deja los muros y las altas fortalezas deja  
y acaba con toda demora, interrumpe todos sus planes  
exultante de alegría y espantosas hace sonar sus armas:  
como el Atos, o el Érice, o con sus crujiertes encinas  
cuando brama el propio padre Apenino o se goza  
alzándose hasta el cielo con su cumbre nevada.  
Y ya entonces los rútilos a porfía y los troyanos y todos

los ítalos habían vuelto sus ojos, quienes estaban en lo alto  
de la muralla y quienes con el ariete atacaban la base de los muros,  
y soltaron las armas de sus hombros. Asombrado contempla Latino  
cómo dos grandes hombres, nacidos en partes bien distintas  
del orbe, habían llegado a enfrentarse y deciden su suerte con la espada.  
Y ellos, cuando quedó libre el campo con sitio suficiente,  
tras lanzarse de lejos en rápido asalto las lanzas,  
comienzan el duelo con los escudos y el bronce sonoro.  
Se escapa de la tierra un gemido; entonces con repetidos golpes de espada  
se atacan, el azar y el valor se confunden en uno.  
Y como en el gran Sila o en las cumbres del Taburno  
cuando dos toros en áspero combate con la testuz  
gacha se atacan, se apartaron asustados los pastores,  
asiste el rebaño todo mudo de miedo, y dudan las novillas  
quién será el amo del bosque, a quién ha de seguir entera la manada;  
ellos cambian golpes con gran violencia  
y enredan topándose los cuernos y con ríos de sangre  
lavan sus cuellos y lomos, muge gimiendo todo el bosque.  
No de otro modo el troyano Eneas y el héroe Daunio  
chocan con sus escudos; un intenso fragor llena el aire.  
El mismo Júpiter sostiene los dos platillos de la balanza  
en equilibrio y coloca encima el sino distinto de ambos,  
a quién condena el duelo, hacia dónde se inclina el peso de la muerte.  
Salta aquí Turno creyéndose a salvo, y se alza con todo  
su cuerpo levantando en alto la espada  
y golpea: gritan los troyanos y los temblorosos latinos,  
y atentas están las dos filas. Pero la pérfida espada  
se quiebra y abandona al ardiente en mitad del golpe,  
si no acude en su ayuda la huida. Huye más veloz que el Euro  
en cuanto vio la empuñadura desconocida y su diestra inerme.  
Es fama que, cuando montaba en los caballos uncidos  
para el inicio del combate, había nervioso cogido  
la espada de su auriga Metisco, dejándole la de su padre;  
y ésa, mientras los teucros huían en desbandada, fue largo rato  
suficiente. Cuando hubo de enfrentarse a las divinas armas de Vulcano,  
la mortal lama se disolvió con el golpe como hielo  
quebradizo, brillan sus pedazos en la rubia arena.  
Así que enloquecido escapa Turno por partes diversas del llano,  
y ahora aquí y luego allá trenza círculos inciertos;  
pues le encerraron por doquier los teucros en densa corona  
y por un lado vasta laguna le rodea y por otro las escarpadas murallas.  
Y no menos Eneas, aunque a veces le estorban las rodillas



que la flecha entorpeció y le impiden correr,  
le persigue y enardecido acosa con su pie el pie del fugitivo:  
como a veces el perro de caza tras atrapar a un ciervo  
encerrado por el río y cercado por el miedo  
a las rojas plumas, lo acosa con su carrera y sus ladridos,  
y el otro por su parte, asustado por las trampas y la profunda ribera,  
huye y huye otra vez por mil caminos, mas el umbro fogoso  
se le pega con la boca abierta y casi ya lo tiene y como si así fuera  
apretó las mandíbulas y le engañó el mordisco inane;  
se levanta entonces un clamor y las riberas y la laguna  
alrededor responden y truena todo el cielo con el tumulto.  
Turno huye a la vez y a la vez increpa a los rútilos todos  
por su nombre llamando a cada cual y reclama la espada que bien conocía.  
Eneas al contrario amenaza con la muerte y un final  
inmediato a quien le asista y espanta a los temblorosos  
jurando que arrasará su ciudad, y, aun herido, sigue adelante.  
Cinco vueltas completan corriendo y otras tantas repiten  
de acá para allá, y no están en juego premios pequeños  
o de competición, sino que pelean por la vida y la sangre de Turno.  
Un acebuche de amargas hojas consagrado a Fauno  
allí se había alzado, venerable leño un día para los marineros  
donde solían, salvados de las aguas, colgar sus ofrendas  
al dios laurente y dejar el exvoto de sus vestiduras;  
pero los teucros sin atención alguna el tronco sagrado  
habían arrancado para poder atacar con campo libre.  
En ella estaba la lanza de Eneas, ahí su impulso  
la había dejado clavada y en terco abrazo la retenía.  
Se apoyó y quiso arrancar el asta con su mano  
el Dardánida y perseguir con su disparo a quien corriendo  
no podía alcanzar. Y entonces Turno, loco de miedo:  
«Fauno, te suplico. Ten piedad -dice- y sujeta tú el hierro,  
óptima Tierra, si siempre cumplí con vuestros honores,  
los que, por el contrario, han profanado con la guerra los Enéadas.»  
Dijo, y la ayuda del dios invocó con votos no vanos.  
Pues mucho lo intentó y se entretuvo en el tronco tenaz  
sin poder abrir con fuerza alguna Eneas  
el mordisco de la madera. Mientras se empeña fiero e insiste,  
de nuevo convertida en la figura del auriga Metisco  
corre la diosa Daunia y entrega la espada a su hermano.  
Venus, indignada por esta licencia de la Ninfa audaz,  
intervino y arrancó el arma de la raíz profunda.  
Ya los dos enardecidos con sus armas y con el ánimo repuesto,

uno fiado en su espada, el otro fiero y erguido con su lanza,  
se ponen frente a frente anhelando los encuentros de Marte.  
Entretanto a Juno el rey del todopoderoso Olimpo,  
como de una rubia nube seguía el combate, le dice:  
«¿Cuál será ya el final, esposa mía? ¿Qué es lo que queda ya?  
Sabes bien, y así lo reconoces, que al cielo se debe Eneas  
como dios tutelar de la patria, y que a las estrellas lo han de alzar los hados.  
¿Qué estás tramando o con qué esperanza te agarras a las nubes heladas?  
¿Fue justo mancillar a un dios con herida mortal?  
¿Y la espada (pues qué podría Yuturna sin ti),  
entregársela a Turno y acrecentar la fuerza del vencido?  
Déjalo ya por fin y pliégate a mis ruegos,  
que no te devore en silencio un dolor tan grande ni me lleguen  
de tu dulce boca con tanta frecuencia amargos reproches.  
Hemos llegado al final. Has podido sacudir a los troyanos  
por tierra y por mar, encender una guerra nefanda,  
destrozar una casa y cubrir de luto un himeneo:  
que vayas más allá, te lo prohíbo.» Así comenzó Júpiter;  
así le contestó la diosa Saturnia con la mirada baja:  
«Porque sabía bien que era ésa tu voluntad, gran Júpiter,  
he abandonado muy a mi pesar a Turno y sus tierras;  
y no me verías tú ahora, sola en mi sede del aire  
aguantando lo que debo y lo que no: estaría junto a las filas  
revestida de llamas y arrastraría a los teucros a acerbos combates.  
Persuadí (lo confieso) de que ayudase a su pobre hermano  
a Yuturna y vi bien que por su vida intentase empresas mayores,  
aunque no, sin embargo, que el arco tensara y las flechas;  
lo juro por las fuentes implacables del río estigio,  
el solo temor religioso que se asignó a los dioses del cielo.  
Y ahora me aparto en verdad y abandono los odiados combates.  
Sólo esto, que no está fijado por ley alguna del destino,  
te pido por el Lacio, por la grandeza de los tuyos:  
puesto que ya preparan la paz con felices (así sea)  
matrimonios, puesto que ya firman leyes y pactos,  
no permitas que cambien los naturales del Lacio  
su antiguo nombre o se hagan troyanos y se les llame teucros,  
o que cambien su lengua esos hombres o alteren de vestir su forma.  
Que sea el Lacio, que por los siglos sean los reyes albanos,  
sea por el valor de los ítalos poderosa la estirpe romana.  
Sucumbió, y deja que así sea, Troya junto con su nombre.»  
Sonriéndole, el autor de los hombres y de las cosas:  
«Eres la hermana de Jove y el segundo vástago de Saturno.

Agitas en tu pecho olas tan grandes de enojo...  
Pero, ea, deja ese furor que en vano concebiste:  
te concedo lo que quieres y me rindo, vencido y satisfecho.  
Conservarán los ausonios su lengua y las costumbres de su patria  
y como es será su nombre; mezclados sólo de sangre,  
los teucros se les agregarán. Costumbres y ritos sagrados  
les daré y a todos haré latinos con una sola lengua.  
La stirpe que de aquí nacerá, mezclada con la sangre ausonia,  
verás que supera en piedad a los hombres y a los dioses,  
y ningún pueblo te rendirá culto como ellos.»  
Asintió a esto Juno y, satisfecha, cambió sus deseos;  
en ese momento abandona el cielo y deja la nube.  
Hecho esto, da vueltas el padre en su interior a otra cosa,  
y se dispone a apartar a Yuturna de las armas de su hermano.  
Hay dos pestes gemelas, llamadas Furias;  
a ellas y a la tartárea Megera las tuvo la noche oscura  
en uno y el mismo parto, y las ciñó de iguales  
anillos de serpientes y las dotó del viento de sus alas.  
Éstas se muestran junto al trono de Júpiter y en el umbral del rey  
implacable y aguijan el terror de los sufridos mortales  
si alguna vez el rey de los dioses dispone la horribla muerte  
y las enfermedades, o estremece con la guerra a las ciudades culpables.  
A una de ellas la envió rápida de las cumbres del cielo  
Júpiter y le ordenó servir de presagio a Yuturna.  
Vuela aquélla y en rápido torbellino se dirige a la tierra.  
No de otro modo la flecha que la cuerda lanza a través de las nubes  
cuando, armada de la hiel del cruel veneno, el parto,  
el parto o el cidonio, la disparó dardo incurable,  
y silbando atraviesa sin que nadie la vea las rápidas sombras:  
así se lanzó la hija de la Noche y se encaminó a las tierras.  
Cuando divisa los ejércitos de Ilión y las tropas de Turno,  
tomando de pronto la figura de la pequeña ave  
que a veces en las tumbas o en los tejados desiertos  
posada canta hasta tarde en la noche, lúgubre entre las sombras;  
con tal figura se presenta la peste ante los ojos  
de Turno y revuela gimiendo y golpea el escudo con sus alas.  
Una extraña torpeza aflojó sus miembros de miedo,  
y de horror se le erizó el cabello y clavada se quedó la voz en su garganta.  
pero de lejos cuando el estridor reconoció y las alas de la Furia,  
se mesa la infeliz Yuturna los sueltos cabellos,  
se hiere la hermana el rostro con las uñas y el pecho con los puños:  
«¿Cómo puede ahora, Turno, ayudarte tu hermana?

¿Qué me queda, pobre de mí? ¿Con qué artimañas podría  
prolongarte la vida? ¿Es que puedo enfrentarme a un monstruo tal?  
Ya, ya abandono las filas. No me espantéis, que ya estoy asustada,  
pájaros horribles: reconozco el azote de vuestras alas  
y el sonido letal, y no se me ocultan las órdenes altivas  
del magnánimo Jove. ¿Así me paga por mi virginidad?  
¿Para qué me dio una vida eterna? ¿Por qué de la muerte  
me quitó la condición? ¿Podría acabar con penas tan grandes  
ahora mismo, y acompañar a mi pobre hermano entre las sombras!  
¿Yo, inmortal? ¿Podría haber algo dulce para mí  
sin ti, hermano mío? ¡Ay! ¿Qué profundo abismo lo suficiente  
se me abrirá para llevar a una diosa junto a los Manes profundos?»  
Sólo esto dijo y se tapó la cabeza con su manto glauco  
entre muchos gemidos, y se ocultó la diosa en el fondo del río.  
Eneas sigue atacando y hace brillar su lanza  
grande como un árbol, y así habla con pecho terrible:  
«¿Qué es lo que ahora te entretiene? ¿Por qué te retrasas, Turno?  
No a la carrera; debemos pelear de cerca con armas terribles.  
Conviértete en todo lo que gustes y reúne cuanto puedas  
de valor y de trucos; toca con tus alas, si quieres,  
los astros altísimos y ocúltate encerrado en los abismos de la tierra.»  
El otro, sacudiendo la cabeza: «No me asustan tus fogosas palabras,  
arrogante; los dioses me asustan y Júpiter de enemigo.»  
Y sin más decir pone sus ojos en una piedra enorme,  
una antigua y enorme piedra que estaba tirada en el llano,  
puesta como marca en el campo para evitar querellas por los sembrados.  
Apenas podrían aguantarla sobre la cerviz doce hombres escogidos,  
musculosos como hoy los produce nuestra tierra;  
él la alzó con mano temblorosa y la blandía contra su enemigo  
irguiéndose más aún el héroe y lanzado a la carrera.  
Mas ni se reconoció al correr ni al avanzar  
o al tomar la enorme piedra en sus manos y vibrarla;  
vacilan sus rodillas, un escalofrío le cuajó la gélida sangre.  
Y además la roca lanzada al vacío por el guerrero  
ni recorrió toda su distancia ni cumplió el golpe.  
Y como en sueños, cuando de noche lánguido reposo  
nos cierra los ojos; en vano nos parece que queremos emprender  
ansiosas carreras y en medio del intento sucumbimos  
extenuados; no puede la lengua, no nos bastan las conocidas  
fuerzas del cuerpo y no salen voces ni palabras.  
Así a Turno, por donde su valor le lleva a buscar una salida,  
la diosa cruel le niega el camino. Dan vueltas entonces en su pecho

variados sentimientos; contempla a los rútilos y la ciudad  
y vacila de miedo y le estremece buscar la muerte,  
ni cómo escapar o con qué fuerza atacar al enemigo  
ve, ni siquiera su carro ni a su hermana la auriga.  
Contra sus dudas blande Eneas el dardo fatal,  
calculando la fortuna con los ojos, y con todo su cuerpo  
lo dispara de lejos. Nunca tiemblan así las piedras que arroja  
la máquina mural ni con rayo tan terrible  
estallan los truenos. Vuela como negro torbellino  
el asta llevando un cruel final y desgarrando los bordes  
de la coraza y el último cerco del séptuplo escudo;  
silbando le atraviesa el muslo. Cae golpeado  
cuan grande es Turno al suelo doblando la rodilla.  
Se alzan los rútilos en un gemido y resuena todo  
el monte alrededor y los bosques profundos devuelven el eco.  
Él, desde el suelo suplicante, los ojos y la diestra implorante  
le tiende, y dice: «Lo he merecido en verdad, y no me arrepiento;  
aprovecha tu suerte. Si el pensamiento de un padre  
desgraciado puede conmoverte, te ruego (también tú tuviste  
a tu padre Anquises), ten piedad de la vejez de Dauno  
y devuélveme a los míos, aunque sea mi cuerpo  
despojando de la luz. Has ganado y los ausonios me han visto  
vencido tender las palmas; tuya es Lavinia por esposa,  
no vayas con tu odio más allá.» Se detuvo fiero en sus armas  
Eneas volviendo los ojos y frenó el golpe de su diestra;  
estas palabras habían empezado a inclinar sus dudas  
cada vez más, cuando apareció en lo alto de su hombro  
el desgraciado tahalí y relucieron las correas con los conocidos bullones  
del muchacho, de Palante, a quien Turno abatiera vencido  
por su herida, y llevaba en sus hombros el trofeo enemigo.  
Él, cuando se le fijó en los ojos el recuerdo  
del cruel dolor y su botín, encendido de furia y con ira  
terrible: «¡A ti te gustaría escapar ahora revestido  
con los despojos de los míos! Palante te inmola con este golpe,  
y Palante se cobra el castigo con una sangre criminal.»  
Así diciendo le hunde furioso en pleno pecho  
la espada; a él se le desatan los miembros de frío  
y se le escapa la vida con un gemido, doliente, a las sombras.

ENEIDA  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

**-FIN-**





Imprenta Nacional  
Editorial Digital

[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA